DOS CORONAS RETORCIDAS



RACHEL GILLIG

GIUNTI

Table of Contents

Biblia
Ojete
Colofón
Dedica
La Carta de Twin Alders
Prólogo
PARTE I. Sangrado
- Capítulo uno. Ravyn
- Capítulo dos. Olmo
- Capítulo tres. Elspeth
- Capítulo cuatro. Ravyn
- Capítulo cinco. Olmo
- Capítulo seis. Elspeth
- Capítulo Siete. Olmo
- Capítulo ocho. Ravyn
- Capítulo Nueve. Olmo
- Capítulo diez. Elspeth
- Capítulo once. Ravyn
- Capítulo Doce. Olmo
- Capítulo trece. Elspeth
- Capítulo Catorce. Ravyn
- Capítulo quince. Olmo
- Capítulo dieciséis. Ravyn

PARTE II. Trueque
- Capítulo diecisiete. Elspeth
- Capítulo dieciocho. Olmo
- Capítulo diecinueve. Ravyn
- Capítulo veinte. Olmo
- Capítulo veintiuno. Elspeth
- Capítulo veintidós. Ravyn
- Capítulo veintitrés. Elspeth
- Capítulo veinticuatro. Ravyn
- Capítulo veinticinco. Olmo
- Capítulo veintiséis. Elspeth
- Capítulo veintisiete. Olmo
- Capítulo veintiocho. Elspeth
- Capítulo veintinueve. Ravyn
- Capítulo treinta. Olmo
- Capítulo treinta y uno. Ravyn
- Capítulo treinta y dos. Olmo
- Capítulo treinta y tres. Elspeth
- Capítulo treinta y cuatro. Olmo

Capítulo treinta y cinco. Ravyn
Capítulo treinta y seis. Olmo
Capítulo treinta y siete. Elspeth
Capítulo treinta y ocho. Olmo
PARTE III. Flexión
Capítulo treinta y nueve. Elspeth
Capítulo cuarenta. Olmo
Capítulo cuarenta y uno. Ravyn
Capítulo cuarenta y dos. Olmo
Capítulo cuarenta y tres. Elspeth
Capítulo cuarenta y cuatro. Ravyn
Capítulo cuarenta y cinco. Olmo
Capítulo cuarenta y seis. Ravyn
Capítulo cuarenta y siete. Elspeth
Capítulo cuarenta y ocho. Olmo
Capítulo cuarenta y nueve. Ravyn
Capítulo cincuenta. Elspeth
Epílogo
Gracias

Biblia

Dos coronas retorcidas

La Pesadilla se ha apoderado de la mente de Elspeth y el reino está sumido en la oscuridad, a merced de un rey tirano y presa de la magia negra.

Elspeth y Ravyn han conseguido reunir la mayoría de las doce Cartas de la Providencia, pero aún queda la última, la más importante de todas: los Alisos Gemelos.
Para recuperar la Carta antes del Solsticio y liberar el reino, Elspeth y Ravyn se enfrentarán al desafío más abrumador de todos: navegar por el oscuro bosque envuelto en niebla. El único que puede guiarlos es la Pesadilla, el monstruo que comparte la mente de Elspeth y guarda antiguos y peligrosos secretos...
El capítulo final de la duología, una novela oscura en la que, en una atmósfera fantasmal y mágica, se entrelazan el amor, el dolor, la intriga y los secretos enterrados en un pasado lejano.

El autor

Raquel Gillig

Nació y creció en la costa de California. Escribe y da clases, y se licenció en Crítica y Teoría Literaria por la Universidad de California en Davis. Cuando no está acurrucada bajo las sábanas pensando en su próxima novela, Rachel pasa tiempo en el jardín o paseando con su esposo, su hijo y su caniche, Wally. One Dark Window (2022) es su primera novela, seguida de Two Twisted Crowns (2023). Esta duología cosechó inmediatamente múltiples premios y un enorme éxito en todo el mundo, convirtiéndose rápidamente en un éxito de ventas internacional.

Dos coronas retorcidas

Título original: Two Twisted Crowns
Texto: © 2023 Rachel Gillig

Publicado por acuerdo con el autor, c/o BAROR INTERNATIONAL, INC.,
Armonk, Nueva York, EE.UU.
Diseño de portada: © 2023 Hachette Book Group, Inc.
Adaptación: Bebung
Ilustraciones de portada: © Shutterstock, © stock.adobe.com

Traducción: Lucía Feoli
Edición: Francesca Pellegrino

www.giunti.it

© 2025 Giunti Editore S.p.A.
Via Bolognese 165 – 50139 Florencia – Italia
Via G. B. Pirelli 30 – 20124 Milán – Italia

ISBN: 9791223280522
Primera edición digital: abril de 2025



PRO.DIGI GIUNTI
FESTINA LENTE

Para cualquiera que alguna vez se haya sentido perdido en el bosque.
Al perder, hay una extraña forma de encontrar.



La carta del Aliso Gemelo está escondida en un lugar doloroso.
Un lugar sin tiempo, donde se derramó sangre inocente.
Entre árboles centenarios, donde la niebla penetra los huesos, la última Carta yace dormida, esperando la redención.
No hay ningún camino ni carretera que conduzca a la entrada.
Sólo yo puedo encontrarlo…
Porque lo dejé allí yo mismo.

Elspeth
Prólogo



La oscuridad lo impregnaba todo, sin principio ni fin. Flotaba, arrastrado por una corriente de agua salada. Sobre mí, el cielo se había ennegrecido, la luna y las estrellas asfixiadas por nubes impenetrables y cargadas de agua.

Floté sin dolor, mis músculos se relajaron, mi mente tranquila, sin saber dónde comenzaba el agua y terminaba mi cuerpo, entregado a la oscuridad, perdido en el flujo y reflujo de las olas y el sonido del agua cubriéndome.

El tiempo transcurría desmesuradamente. Si había sol, no me alcanzó al amanecer. Pasé minutos, horas y días flotando en un mar de nada, con la mente vacía salvo por un solo pensamiento.

Déjame salir.

Pasó más tiempo, pero ese pensamiento permaneció. Déjame salir.

Estaba completo, inmerso en la comodidad del agua. Sin dolor, sin recuerdos, sin miedo, sin esperanza. Yo era la oscuridad y la oscuridad era yo, y juntos, empujados por la marea hacia una orilla que no podía ver ni sentir. Todo era agua, todo era sal.

Pero ese pensamiento seguía molestándome. Déjame salir.

Intenté decir las palabras en voz alta, pero mi voz era como papel rasgado. «Déjame salir». Lo repetí una y otra vez, con la boca llena de agua salada. «Déjame salir».

Minutos. Horas. Días. Déjame ir.

Entonces, de la nada, apareció una larga playa negra. Algo se movía en ella. Abrí los ojos de par en par, nublados por una capa de sal.

Un hombre vestido con una armadura dorada estaba parado en la oscura costa, justo más allá de las olas rompientes, mirándome fijamente.

Poco a poco, la corriente me atrajo hacia él. El hombre era anciano. Soportaba el peso de su armadura sin flaquear. Su fuerza estaba tan arraigada como la de un árbol milenario.

Intenté llamarlo, pero solo sabía esas dos palabras.

"¡Déjame salir!", grité. En ese momento, me di cuenta de que el peso del vestido de lana que llevaba me arrastraba bajo el agua. Me deslicé bajo la superficie, sin palabras. "Déjame salir..."

Tenía las manos frías cuando me sacó del agua.

Me llevó a la arena negra. Cuando intentó levantarme, mis piernas se doblaron como las de un cervatillo recién nacido.

Yo no conocía su cara. Pero él conocía la mía.

—Elspeth Spindle —dijo en voz baja, con sus extraños ojos amarillos clavados en mí—. Te he estado esperando.

Capítulo uno
Ravyn



Le mani di Ravyn sanguinavano.

No se había dado cuenta hasta que vio caer la sangre. Con tres golpes en el borde de terciopelo púrpura del Papel Espejo, se había vuelto completamente invisible. Sus dedos, sus nudillos, las palmas de las manos se hundieron en la tierra endurecida al fondo de la antigua cámara, al borde del césped.

No importaba. ¿Qué era otra herida, otra cicatriz? Las manos de Ravyn eran simplemente herramientas sin filo. No las herramientas de un caballero, sino las de un soldado. Capitán de los Paladines. Bandido.

Traidor.

La niebla se filtraba en la habitación por la ventana, filtrándose por las grietas del techo desmoronado. La sal se pegaba a los ojos de Ravyn. Una advertencia, quizás, de que lo que fuera que buscaba al pie de la piedra no quería ser encontrado.

Ravyn no prestó atención a la niebla. Él también era una criatura de sal. Sudor, sangre y magia. Sin embargo, sus manos ásperas no tenían ninguna posibilidad contra el suelo inarañable y endurecido por el tiempo de la cámara de piedra. Tenía las uñas rotas y las heridas de las manos se habían reabierto, pero seguía cavando, envuelto en el frío de la Carta Espejo, mientras la cámara donde tantas veces había jugado de niño se transformaba ante sus ojos en algo grotesco: un lugar de misterio, de muerte.

Un lugar de monstruos.

Se había despertado horas antes de un sueño interrumpido por ataques convulsivos y el recuerdo de dos penetrantes ojos amarillos, mientras la voz de Elspeth Spindle resonaba en su mente.

«Era su castillo... el que estaba en ruinas», le había dicho, con los ojos negros humedecidos por las lágrimas al hablar del Rey Pastor, la voz en su cabeza. «Está enterrado bajo la piedra de la cámara mágica del Castillo Yew».

Ravyn había saltado de su cama y cabalgaba desde la Roca como un espectro arrastrado por el viento, rumbo a la cámara. Ansiaba descubrir la verdad. Porque nada de lo que ocurría parecía real. El Rey Pastor, con sus ojos amarillos y su voz melosa y siniestra, atrapado en la

mente de una joven. El Rey Pastor, que había prometido ayudarlos a encontrar la Carta perdida de los Dos Alisos.

El Rey Pastor, muerto hace quinientos años.

Ravyn conocía la muerte; había sido su verdugo. Había visto desvanecerse la luz en los ojos de los hombres. Había oído sus últimos suspiros. Al otro lado del velo no había más que fantasmas, no había vida después de la muerte. Para ningún hombre, ladrón o bandido... ni siquiera para el Rey Pastor.

Sin embargo…

No toda la tierra en la base de la piedra era dura. Parte estaba suelta, como si la hubieran removido. Alguien había estado allí antes que él, y recientemente. Elspeth, probablemente, buscando respuestas, igual que él. Allí, en la base de la piedra, oculto a treinta centímetros bajo la superficie de la tierra endurecida, había un grabado. Una sola palabra, indescifrable por el tiempo. Una inscripción funeraria.

Ravyn siguió cavando. Cuando una uña se desprendió y la punta de su dedo golpeó algo duro y afilado, retiró la mano, maldiciendo. Su cuerpo era invisible, pero no su sangre. Empezó a gotear, escarlata, apareciendo en cuanto salió de su dedo, extendiéndose sobre el agujero que Ravyn acababa de cavar, donde la tierra la absorbió con avidez.

Algo estaba oculto en la tierra, esperando. Algo más afilado que la piedra... más frío que el suelo.

Acero.

Con el corazón en un puño, siguió cavando hasta desenterrar una espada de acero. Estaba deformada, manchada de tierra. Pero era imposible no fijarse en su exquisita factura, la elaborada empuñadura, demasiado refinada para pertenecer a un soldado.

Ravyn extendió la mano para cogerlo. La sal del aire le apuñalaba los pulmones con cada respiración entrecortada. Pero antes de que pudiera sacarlo del suelo, vio algo enterrado debajo.

Descansó allí, intacto durante siglos. Un objeto pálido y nudoso. Humano. Esquelético.

Una columna vertebral.

Sus músculos se tensaron. Se le secó la boca y una náusea le subió del estómago a la garganta. La sangre seguía goteando de su mano. Y con cada gota que salía de su cuerpo, Ravyn adquiría una consciencia fragmentada y profunda: Blunder estaba lleno de magia. Una magia maravillosa y terrible. Este era el cuerpo del Rey Pastor. Estaba realmente muerto.

Pero su alma seguía viva, enterrada en lo profundo de Elspeth Spindle, la única mujer que había amado.

Salió corriendo de la habitación llevándose la espada consigo.

Encorvado bajo el tejo del exterior, intentó contener las ganas de vomitar y le asaltó un ataque de tos. El árbol era antiguo, con ramas que no habían sido podadas en mucho tiempo, y su copa era lo

suficientemente ancha como para protegerlo de la lluvia matutina. Permaneció allí un rato, mientras su corazón luchaba por calmarse.

"¿Qué razón tienes para cavar, cuervo?"

Ravyn se giró, aferrando con fuerza la empuñadura de marfil de su daga. El prado no era más que hierba marchita, y el estrecho sendero que conducía al Castillo Yew estaba desierto.

La voz volvió a hablar, más fuerte que antes: "¿Me oíste, cuervo?"

Sentada en el tejo, sobre su cabeza, con las piernas colgando de una rama antigua, había una niña pequeña. Era joven, incluso menor que su hermano Emory. Ravyn calculó que no tendría más de doce años. Su cabello le caía hasta los hombros en dos trenzas oscuras, con algunos mechones sueltos que le enmarcaban el rostro. Su capa era gris, de lana gruesa, con un cuello elaborado y bordado. Ravyn buscó algún escudo familiar, pero no lo encontró.

No la conocía. Sin duda habría recordado un rostro tan singular, una nariz tan distintiva. Unos ojos amarillos tan vivos.

Amarillos.

¿Quién eres?, preguntó con voz ronca.

Ella lo miró con esos ojos amarillos, con la cabeza ladeada. "Soy Tilly".

¿Qué haces aquí, Tilly?

—Lo que siempre he hecho. —Por un instante, le recordó a Jespyr de niño—. Estoy esperando.

Caía una lluvia torrencial, impulsada por un viento fuerte. Las gotas le golpeaban la cara. El viento le arrancó la capucha de la frente. Ravyn se protegió los ojos con una mano.

Pero la muchacha del árbol permaneció inmóvil, aunque la rama bajo ella temblaba y las hojas del tejo susurraban al viento. Su manto no se movió, ni siquiera un mechón de su cabello ondeaba al viento. La lluvia y la brisa parecían atravesarla sin tocarla, como si estuviera hecha de niebla o humo.

De nada.

Sólo entonces Ravyn recordó que todavía estaba usando la Carta Espejo.

Por eso había renunciado al sueño y acudido a la cámara secreta. Cavó con las manos desnudas, vertió su propia sangre sobre los huesos y encontró el cuerpo del Rey Pastor. Pero la Carta del Espejo contenía las respuestas que buscaba.

La había usado mil veces para hacerse invisible, pero siempre había tenido cuidado de no usarla demasiado tiempo. Nunca había querido experimentar los efectos negativos de la Carta: ver más allá del velo, a un mundo de fantasmas. Nunca había querido hablar con un fantasma.

Hasta entonces.

Ravyn se aclaró la garganta. No sabía nada de los espíritus ni de sus temperamentos. ¿Eran como las personas que habían estado en vida?

¿O el más allá… los había cambiado?

Alzó la voz para hacerse oír por encima del viento. "¿A quién esperas, Tilly?"

Los ojos de la niña se dirigieron brevemente a la espada que tenía en la mano y luego volvieron a la cámara.

“¿Conoces al hombre que está enterrado allí?” preguntó Ravyn.

Ella rió y respondió secamente: «Cómo conozco este valle, cuervo. Cómo conozco este árbol y todos los rostros que han permanecido bajo él». Enrolló la punta de su trenza en un dedo. «Supongo que has oído hablar de él». Sus labios se curvaron en una sonrisa. «Es un hombre extraño, mi padre. Prudente. Astuto. Bueno».

Ravyn jadeó. "¿Es el Rey Pastor tu padre?"

La sonrisa de la chica se desvaneció, sus ojos amarillos se volvieron distantes. "No le dieron un entierro real. Quizás por eso no..." Su mirada volvió a Ravyn. "No lo viste con tu Carta Espejo, ¿verdad? Prometió que vendría a buscarnos en cuanto cruzara el velo. Pero nunca vino."

¿A quién se lo prometió?

La niña se giró hacia el bosque que bordeaba el otro lado del prado. «Mi madre está por allí. Ya no viene tan a menudo como al principio. Ilyc y Afton están cerca de la avenida de las estatuas. Fenly y Lenor nunca salen de tu castillo». Frunció el ceño. «Bennett suele estar en otro lugar. No murió aquí como los demás».

Muerto. A Ravyn se le hizo un nudo en la garganta. "¿Esta gente es... tu familia? ¿La familia del Rey Pastor?"

—Estamos esperando —dijo ella, cruzando los brazos—. A nuestro padre.

"¿Por qué no regresa?"

La niña no respondió. Su mirada vagó por el prado, hacia las ruinas. «Una vez, creí oír su voz», murmuró. «Había anochecido. Estaba sola, aquí, en mi árbol favorito». Su mirada se dirigió a Ravyn. «Te vi, cuervo. Viniste como siempre, con tu capa negra, tus ojos grises llenos de inteligencia, tu rostro experimentado. Solo que esta vez no estabas sola. Había una mujer contigo. Una mujer extraña, con ojos que brillaban de un amarillo dorado, como los míos. Como los de mi padre».

Las entrañas de Ravyn se retorcieron.

—Te vi salir, pero la chica regresó. —Tilly señaló la ventana de la cámara secreta—. Entró. Fue entonces cuando las oí... las canciones que mi padre tarareaba mientras escribía su libro. Pero cuando entré, no estaba. Era la mujer que cantaba mientras cavaba con las manos en la tierra sobre la tumba de mi padre.

—Elspeth —susurró Ravyn, como si pronunciar el nombre le quitara algo—. Se llama Elspeth.

Tilly no dio señales de haberlo oído. «La muchacha visitó la cámara dos veces, cavó dos veces bajo su lápida. Deambuló por el prado, entre las ruinas». Apretó los labios. «Pero al amanecer, sus ojos amarillos se

volvieron negros como el carbón. Así que regresé aquí, a esta tumba. A vigilar. A esperar».

Ravyn permaneció en silencio, su mente buscando respuestas que no tenía.

Recordó la noche en que trajo a Elspeth a la habitación. Aún podía oler el aroma de su cabello... su mejilla contra la palma de su mano. La besó profundamente, y ella le devolvió el beso. Todo su ser anhelaba cada parte de ella.

Pero de repente, se apartó de él, con los ojos abiertos y la voz temblorosa. Algo en la habitación la había asustado. En ese momento, Ravyn pensó que era él. Pero ahora sabía que era algo más. Algo mucho más grande, algo que siempre llevaba consigo.

Su mirada se posó de nuevo en la niña del árbol. "¿Qué le pasó a tu padre?"

Tilly no respondió.

Ravyn lo intentó de nuevo: “¿Cómo murió?”

Apartó la mirada. Sus dedos tamborileaban silenciosamente sobre la rama de tejo. «No lo sé. Me llevaron primero». Su voz temblaba. «Crucé el velo antes que él y mis hermanos».

No era el frío del Espejo lo que invadía a Ravyn. Era algo más. Una pregunta cuya respuesta, en lo más recóndito de su mente, ya conocía. "¿Quién te mató?"

Esos ojos amarillos brillaron. Luego se posaron en Ravyn. "Sabes su nombre." Su voz se convirtió en un susurro profundo y rasposo. "Rowan."

La insignia del Rey cruzó por la mente de Ravyn. El estandarte de su tío, el serbal inquebrantable. La Carta de la Guadaña roja, los ojos verdes. Un linaje de cazadores brutales.

Su familia.

Sus manos ensangrentadas comenzaron a temblar.

"Hemos esperado mucho tiempo a mi padre", dijo Tilly, levantando la vista, como si solo le hablara al árbol. Su voz se volvió más firme, sus dedos se curvaron como garras en su regazo. "Y seguiremos esperando hasta que complete su tarea".

Un escalofrío recorrió el cuello de Ravyn. Pensó en la criatura dentro del cuerpo de Elspeth, en sus ojos amarillos y en las palabras ambiguas y persuasivas que había pronunciado en la mazmorra. Su promesa de ayudarlos a encontrar la Carta de los Dos Alisos.

Pero Ravyn sabía bien que ninguna promesa se hacía sin un precio. Blunder era un lugar de magia, de intercambio y trueque. Todo tenía un precio. "¿Qué quiere el Rey Pastor?", le preguntó al fantasma de la niña. "¿Qué busca?"

"Equilibrio", respondió ella, ladeando la cabeza como un ave de rapiña. "Para corregir errores terribles. Para liberar a Blunder del

Rowan". Sus ojos amarillos se entrecerraron, malvados e inflexibles. "Para vengarme".

Capítulo dos
Olmo

El Príncipe Elm Rowan cabalgaba más rápido que los otros dos Paladines. Al desmontar frente a la vieja casa de ladrillo, se asombró de lo tranquilo que parecía el mundo cuando no estaba en la silla. Lo ponía nervioso.

Una paloma arrulló. Por un instante, Elm se quitó los guantes y metió la mano en el bolsillo de su túnica, reconfortado por la reconfortante presencia del borde aterciopelado de su Carta de la Guadaña.

Se acercó a la puerta principal, con los guantes ajustados hasta los nudillos y las manos apretadas en puños. La puerta era antigua, con restos de líquenes en las grietas. Toda la fachada norte del edificio estaba cubierta de hiedra y musgo, como si el bosque estuviera a punto de tragársela. Enredaderas tan gruesas como el brazo de un hombre se enroscaban alrededor de la chimenea como serpientes.

La Casa Hawthorn estaba vacía. Sus habitantes habían sido advertidos días antes. Sin embargo, Elm pegó la oreja a la puerta, escuchando.

Nada. Ni llantos ahogados de niños, ni ruido de ollas y sartenes en la cocina. Ni siquiera el ladrido de un perro. El edificio estaba en silencio, como si se mantuviera en su lugar gracias a zarcillos de vegetación que parecían extenderse desde la niebla.

Tras él, los demás paladines desmontaron. "¿Señor?", preguntó Wicker.

Elm abrió los ojos y suspiró. No estaba de humor para darles órdenes, pero Ravyn se había desvanecido, y Jespyr se había quedado en la Roca para vigilar a Emory, dejándolo solo para cumplir a regañadientes las órdenes del Rey y buscar a la familia desaparecida de Elspeth Spindle.

—Está vacía —murmuró entre dientes—. Opal Hawthorn no es tonta. Ella y sus hijos jamás habrían regresado a esta casa.

—Su marido parecía convencido de que los encontraríamos aquí —murmuró el segundo paladín, Gorse.

Elm giró la manija de latón y la puerta se abrió con un chirrido de bisagras oxidadas. «Tyrn Hawthorn diría cualquier cosa por liberarse de esa prisión».

"Tiene algunas cartas", señaló Wicker. "Por cómo presume, uno pensaría que el viejo Tyrn lo había armado él mismo".

—Entonces lo menos que podemos hacer es quitarle sus tesoros. Registren la casa. —Elm se giró brevemente para mirar al cielo—. Pero date prisa. Quiero irme antes de que lleguen esas nubes.

Primero fueron a la biblioteca, vaciando los estantes y sacudiendo volúmenes antiguos hasta que la casa olió a cuero y polvo. "¡Encontré un Profeta!", exclamó Gorse entre los estantes de caoba.

Elm pasó un dedo por el marco irregular de la chimenea. Las piedras estaban agrietadas, pero el mortero era sólido. No había ninguna grieta que ocultara una Carta Magna. Salió de la biblioteca y subió las escaleras. Nichos ovalados albergaban velas apagadas. Una sombra acechaba en cada piedra.

La primera habitación al llegar al rellano estaba hecha un desastre, con ropa desparejada, mantas y calcetines esparcidos por todas partes. Dos camas estrechas, dos espadas de madera. Debía de ser el dormitorio de los primos de Elspeth.

La habitación contigua era decididamente más femenina. Elm se detuvo en la puerta, respirando el aire fresco, el aroma a lana y lavanda. Una colcha yacía sobre la cama, con las sábanas bien apretadas y dobladas. Una vela reposaba sobre una mesita verde con la pintura ligeramente descascarada, y junto a ella, un espejo ovalado. Debajo del espejo había un peine de dientes finos.

Entre los dientes de madera quedaban atrapados unos largos pelos negros.

"No queda nada suyo aquí", dijo una voz detrás de Elm. "Lo que Elspeth se llevó de esta casa, lo tiene consigo".

Elm se estremeció e instintivamente buscó su cinturón. Un siseo metálico resonó en el pasillo cuando se giró y apuntó con el cuchillo hacia la voz.

La hoja se detuvo a solo milímetros de la garganta de Ione Hawthorn.

Ella estaba de pie frente a él, vestida de blanco como una novia. Su vestido largo y vaporoso llegaba hasta el suelo. La brisa del pasillo agitaba su cabello rubio. Sus labios rosados se fruncieron en una pregunta silenciosa.

Su mirada se posó en el cuchillo. "Príncipe Renelm."

La mente de Elm empezó a correr, al ritmo de su respiración agitada. "¿Qué demonios hacen aquí?"

"Es mi casa. ¿Por qué no debería estar aquí?"

Elm cerró la boca. Retiró bruscamente el cuchillo y lo guardó en su cinturón. "Árboles sagrados, Hawthorn. Podría haberte matado."

Su voz era aguda como una aguja. "Lo dudo."

Olmo buscó a tientas el consuelo familiar de la Guadaña. No la había usado en cuatro días, desde aquella noche en la Casa del Huso.

Tras el secuestro de Hauth, agonizante y cubierto de sangre, Ravyn encadenó a Erik Spindle y a Tyrn Hawthorn. Jespyr corrió a la Casa Hawthorn para advertir a la tía de Elspeth, Opal Hawthorn, de la llegada de los Paladines. Elm, sin embargo, golpeó su guadaña tres veces y ahuyentó a los últimos miembros de la familia de Elspeth. Su madrastra, Nerium, sus hermanastras, Nya y Dimia...

Y su prima, Ione Hawthorn. Todos habían desaparecido en la noche, sin dejar rastro.

Hasta entonces.

Ione estaba de pie frente a él, con sus penetrantes ojos color avellana fijos en él. Le recordaba a un pergamino nuevo. Inmaculado, lleno de promesas. La Doncella tenía este efecto: hacía que cualquiera que lo usara pareciera intolerablemente nuevo. Elm se asombró de que la joven siguiera usando el Papel Rosa de la Belleza incluso en la soledad de Hawthorn House, lejos de las miradas indiscretas de la corte del Rey.

Se inclinó sobre ella, envolviéndola con su sombra. "No estás segura aquí".

Los ojos de Ione se abrieron de par en par. Pero antes de que pudiera hablar, se oyeron pasos detrás de él.

Gorse se detuvo en lo alto de las escaleras, con la mirada fija en ella.

—Si buscas a mi padre, me temo que te decepcionarás —dijo Ione, mirándolo con indiferencia—. Estoy sola. Mi familia se ha ido quién sabe dónde, sin dejar siquiera una nota.

Gorse arqueó una ceja. Se volvió hacia Elm. "¿Señor?"

Se oyeron más pasos en la escalera. "¡Mierda!". Wicker se detuvo justo detrás de Gorse. Sus dedos se deslizaron hacia la empuñadura de su espada.

Los labios de Ione se apretaron. «Quizás me estoy perdiendo algo. ¿Por qué estás aquí?». Su mirada se ensombreció. «¿Está Hauth contigo?».

"El Príncipe Heredero está en la Roca, debatiéndose entre la vida y la muerte", soltó Gorse. "Fue atacado por tu prima. Todo porque tu familia no tuvo el coraje de quemarla en la hoguera cuando tuvo la oportunidad".

Ione miró la mano de Wicker, que aferraba la empuñadura de su espada. «Mi prima», susurró suavemente. Entonces su voz recuperó su tono cortante. «¿Qué le hizo Hauth?»

—Sólo lo que se merecía —respondió Gorse.

El rostro de Ione permaneció inexpresivo. Pero sus ojos hablaban. Elm habría estudiado su rostro con más atención si Wicker no hubiera desenvainado su espada. «Mantén la mano, Paladín», ordenó.

Gorse también empezó a desenvainar su espada. «El Rey desea que la traigan ante él de inmediato».

—Árboles sagrados. —Elm metió la mano en su bolsillo una vez más. Cuando sus dedos tocaron el terciopelo de la Guadaña, la golpeó tres

veces—. Ignoradla —ordenó a los Paladines—. Seguid buscando las Cartas.

Las manos de Gorse y Wicker se desplomaron sobre la empuñadura. Parpadearon un instante, confundidos, y luego apartaron la mirada de Ione, con los ojos vidriosos.

Elm saltó hacia adelante, apretando con fuerza el brazo de Ione. "Ni una palabra más", advirtió. Empujándola, se abrió paso entre los Paladines y bajó corriendo las escaleras.

El ruido de los pies descalzos de Ione sobre el suelo de piedra resonó por la casa vacía. Al llegar a la sala, se soltó el brazo de golpe. "¿Qué pasa?"

"Tu prima Elspeth...", dijo Elm con voz entrecortada. No, ya no es Elspeth. Apretó la mandíbula. "Atacó a Hauth en la Casa del Huso. Le rompió la columna. Apenas está vivo. Mi padre quiere venganza. Habrá una investigación..." Miró a Ione y un escalofrío le recorrió la espalda. "Debo guiarte hasta la Roca."

Ione ni se inmutó. "Pues hazlo."

—No... —Elm respiró hondo—. Se nota que no lo entiendes.

—Claro que lo entiendo, Príncipe. Si no te hubieras ofrecido a acompañarme, habría ido sola a la Roca.

—No te estoy escoltando —respondió Elm secamente—. Te estoy arrestando.

Ione se giró hacia él, pero su expresión permaneció inmóvil, vacía. Debería haber roto a llorar. O a gritar. La mayoría de la gente reaccionaba así ante la perspectiva de una investigación. Pero ella simplemente estaba... tranquila. Era bastante perturbador.

Elm la miró de arriba abajo con un sabor amargo en la boca. "Llevas demasiado tiempo usando a la Doncella, ¿verdad? ¿Dónde está?"

¿Por qué? ¿Quieres que te lo preste, príncipe? —Ione lo observó—. Podría aclararle esas horribles ojeras.

No esperó a que él formulara una respuesta. Abrió la puerta principal mientras la lluvia azotaba el techo de paja de Hawthorn House. El suspiro de Elm se disipó en el aire frío. Su tolerancia al mal tiempo —y a las mujeres difíciles— era baja incluso en los mejores días.

—Olvídate de la Doncella. —Pasó junto a ella, con su túnica blanca ondeando—. ¿Al menos llevas contigo tu amuleto?

Ione se sacó una cadena de oro del cuello, de la que colgaba lo que parecía un diente de caballo. Un talismán para proteger su mente y cuerpo de la niebla. Por un momento, se giró para mirar su casa. "¿Qué le pasó a mi familia?"

—Tu padre está en la Roca, con Erik Spindle. Tu madre y tus hermanos... se han ido. Al igual que Nerium y sus hijas. —Elm apartó la mirada—. Tu primo está encadenado en las mazmorras.

Ione salió. Arrancó una hoja mojada de una rama de espino y la acarició con los dedos. Unas gotas de agua le cayeron en la punta de la

nariz y en la curva de los labios. Cuando pronunció el nombre de su prima, fue como un susurro... tan delicado como el secreto de una niña. «Elspeth».

Miró a Elm. «Guardaba muchos secretos, incluso para mí. Por la noche, después de acostarnos, oía sus pasos en el pasillo. Escuchaba las canciones que tarareaba. Hablaba como si estuviera enfrascada en una conversación, aunque estuviera sola la mayor parte del tiempo. Y sus ojos...», murmuró. «Negros. Luego, de repente, amarillos como el oro de un dragón».

"No sé nada al respecto", mintió Elm, sin pensar.

—¿Ah, no? —Ione se metió el pelo húmedo detrás de la oreja—. Pensé que lo habrías notado, después de haber pasado tanto tiempo con ella en el Castillo Yew después del Equinoccio. Tú, Jespyr y, por supuesto, el Capitán Paladín.

Elm sintió una punzada de angustia. El Rey sabía que Elspeth Spindle podía ver las Cartas de la Providencia. Pero no sabía que esa era exactamente la razón por la que Ravyn la había contratado. Que Ravyn, Jespyr y Elm, sus guardias de élite, habían acogido a una mujer infectada en su compañía con el propósito de robar las Cartas de la Providencia. Para recomponer la Baraja. Para disipar la niebla y curar la infección.

Y para salvar a Emory, el hermano de Ravyn.

Todo esto, manchándose de alta traición.

Una hoja de cristal le atravesó la mente. La Guadaña. Había olvidado que aún controlaba la voluntad de Gorse y Wicker. Metió la mano en su túnica, golpeó el papel de terciopelo tres veces, y el dolor cesó.

Ione mantuvo su mirada fija en su mano.

Se oyó un trueno. Elm miró al cielo y se estremeció. «Se acerca una tormenta». La condujo hasta su caballo. «No será un viaje fácil».

Ione no dijo nada. Cuando Elm la ayudó a montar, se levantó el vestido por encima de las rodillas y abrió las piernas para sentarse a horcajadas sobre él. Él se acomodó detrás de ella. Al sentir sus curvas contra su cuerpo, tensó la mandíbula. Su cabello desprendía un dulce aroma.

Elm espoleó su caballo y Hawthorn House desapareció en el bosque; su último habitante fue arrastrado por un torbellino de lluvia y barro.

Ione se apoyó en su pecho, con la mirada fija en el camino. Elm la miró furtivamente, preguntándose si era consciente del destino que le aguardaba en la Roca. Si se daba cuenta de que probablemente se había despedido por última vez de la casa donde creció. Se preguntó si miraría atrás.

Ella no lo hizo.

Capítulo tres
Elspeth

Con un crujido de su reluciente armadura dorada, el hombre que me había sacado del agua se sentó a mi lado en la arena negra. Juntos, observamos cómo el agua nos rozaba los tobillos y luego retrocedía en un flujo constante de olas idénticas.

—Taxus —dijo finalmente, alzando la voz por encima del rumor de las olas.

El agua salada se me había secado en los labios. Me los lamí y pregunté con voz entrecortada: "¿Qué dijiste?".

—Aemmory Percyval Taxus —arrastró sus pesados guanteletes por la arena—. Ese es mi nombre.

Abrí los ojos de par en par, con arena entre las pestañas. "Tú... tú eres..."

Cuando me miró, sus ojos amarillos me trajeron algo olvidado. «Pronto lo recordarás». Volvió la mirada al horizonte plomizo. «No hay mucho que hacer aquí, salvo recordar».

Me llamaba Elspeth Spindle, y solo lo sabía porque él, Taxus, me había llamado así. Intenté decirlo en voz alta. Salió como un siseo sigiloso. «Elspeth Spindle».

Taxus se había ido, aunque no lo había visto. Giré la cabeza en ambas direcciones, buscándolo, pero no había dejado rastro.

Me quedé mirando el mar, arrastrando las manos por la arena hasta que me quedé en carne viva. Mi largo cabello estaba fibroso por la sal. Agarré un mechón y lo enrollé en mi dedo, tan fuerte que la punta se volvió morada. No comí... No dormí.

El tiempo no me tocó. Nada me tocó. Y la nada estaba vacía. Cuando Taxus regresó, mirándome como si me conociera, fruncí el ceño. "Te equivocas. No recuerdo quién eres. No..." Volví a mirar el agua. "No recuerdo nada".

"¿Quieres que te cuente la historia?"

"¿Qué historia?"

“La nuestra, querida.”

Enderecé mi espalda.

«Había una vez una doncella», dijo con voz meliflua, «buena e ingeniosa, que rondaba entre las sombras del bosque. También había un rey, un pastor, un hombre, que dominaba la magia y escribió un antiguo tomo. Los dos estaban juntos, y eran uno: la doncella, el rey... unidos, una criatura monstruosa».

Capítulo cuatro
Ravyn

El frío de la Carta Espejo ya no impregnaba la piel de Ravyn. Había regresado a la Roca, pero no había podido entrar en calor. Era como si el frío de las mazmorras subiera sigilosamente por las oscuras y gélidas escaleras, filtrándosele en el pecho.

Tenía dos llaves en la mano. Al detenerse en lo alto de las escaleras, mirando hacia abajo, las sujetó con más fuerza. No oyó acercarse a su hermana. Además, ¿qué clase de paladín habría sido si lo hubiera hecho?

"Garganta."

Se dio la vuelta, ocultando su sorpresa tras el ceño fruncido. "Jes."

Jespyr se apoyó en la pared del pasillo, tan perdida en las sombras que una Carta Espejo habría sido casi inútil. Su mirada se posó en las llaves que su hermano aferraba. «Necesitarás otras manos para abrir esa puerta».

“Yo habría buscado un guardia.”

Algo cambió en los ojos marrones de la niña. "Soy muy capaz", dijo con firmeza.

Había un matiz de acusación en su voz. Ravyn lo ignoró. «El Rey desea ver a Els...». Hizo una mueca. «Quiere saber de los Alisos Gemelos. En privado».

Jespyr juntó las manos. "¿Es prudente?"

«Probablemente no.»

El sonido del gong resonó por el castillo, anunciando el comienzo de la tarde. Mediodía, medianoche... el tiempo significaba poco para Ravyn. Lo único que sabía del tiempo era que nunca parecía tener suficiente.

Jespyr arrastró la bota por un pliegue de la alfombra del pasillo. "¿De verdad te apetece hacer esto? Aún no has dicho ni una palabra sobre lo que pasó. Sobre Elspeth."

Los músculos de la mandíbula de Ravyn se tensaron. "Estoy bien."

Ella negó con la cabeza. "Siempre sé cuándo mientes. Tu mirada se vuelve vacía, ausente."

“Tal vez sea porque está vacío”.

—Te gustaría que todos pensaran eso, ¿verdad? —Jespyr se acercó y le arrebató la segunda llave—. Sabes, puedes hablar conmigo. Siempre

estoy aquí, Ravyn. —Las comisuras de sus labios se crisparon—. Siempre voy un paso por detrás de ti.

Consiguieron bajar las escaleras sin resbalar en el hielo. En la antecámara, los esperaba la puerta de la prisión. Era el doble de ancha que los brazos de Ravyn. Tallada en madera de serbal y reforzada con hierro, había que girar ambas llaves simultáneamente para abrirla.

Ravyn y Jespyr se pararon frente a una de las dos cerraduras a cada lado de la puerta e insertaron sus llaves. Ravyn le dio la espalda a su hermana para que no viera sus dedos temblar.

Los mecanismos incrustados en la pared de piedra abrieron las cerraduras. Ravyn presionó la manija y abrió la pesada y antigua puerta lo justo para entrar.

—Déjala sin llave —dijo, recuperando ambas llaves—. Los Paladines llegarán pronto para interrogar a Erik Spindle y Tyrn Hawthorn. Cruzó la puerta.

"¿Quieres que vaya contigo?"

—No. Consigue una carta del cáliz en la armería. Nos vemos en la cámara del rey.

"¿Estás seguro de que puedes con ello?" Jespyr le preguntó de nuevo.

Ravyn siempre había mentido por necesidad, nunca porque lo disfrutara. Era una de las muchas máscaras que usaba. Y la había usado durante tanto tiempo que, incluso cuando debería habérsela quitado, no siempre sabía cómo.

Dio un paso adelante en la oscuridad. "Estoy bien."

Cuanto más al norte caminaba, menos oxígeno había en el aire. El pasillo continuaba descendiendo, adentrándose más en la tierra. Ravyn se ajustó aún más la capa. Mantenía la mirada fija al frente, temeroso de que si miraba dentro de las celdas vacías, los fantasmas de todos los niños infectados que habían muerto allí pudieran emerger de las sombras y atraparlo.

El pasillo estaba sembrado de restos de antorchas ennegrecidas, pues incluso los guardias rara vez se aventuraban a esa parte de la prisión. Ravyn siguió caminando hasta el final... hasta la última celda.

El monstruo esperaba.

Lo que una vez fue el cuerpo de Elspeth Spindle yacía inmóvil en el suelo, con la mirada fija en el techo como si contemplara las estrellas. De su boca —ahora la boca del Rey Pastor— salían volutas de vapor como humo de dragón. Cuando los pasos de Ravyn se detuvieron frente a la celda, el Rey Pastor no se giró para mirarlo. El chasquido de dientes fue el único saludo que le ofreció.

A Ravyn se le hizo un nudo en la garganta. A pesar suyo, examinó el cuerpo de Elspeth.

Lo que una vez fue el cuerpo de Elspeth.

"¿Estás despierto?"

No hubo respuesta

Ravyn dio un paso adelante. Los fríos barrotes de hierro de la celda le dolían como carámbanos bajo las manos. «Sé que puedes oírme».

Una risa resonó en la oscuridad. Lentamente, la figura en la celda se incorporó y se giró. Ravyn tuvo que contenerse para no estremecerse. Los ojos negros de Elspeth habían desaparecido. En su lugar brillaban dos iris felinos, de un amarillo intenso, pertenecientes a un hombre muerto quinientos años atrás.

Aparte de sus ojos, el Rey Pastor no se movió. «Está solo, Capitán», dijo. Seguía siendo la voz de Elspeth. Pero ahora era tranquilizadora, meliflua. Error. «¿Es prudente?»

Ravyn se puso rígido. "¿Me harías daño?"

Su respuesta fue una sonrisa torcida y sardónica: «Mentiría si dijera que nunca se me había ocurrido».

No había nadie que escuchara a escondidas su conversación. Sin embargo, Ravyn sacó su Tarjeta de Pesadilla del bolsillo y la golpeó tres veces.

La sal le quemó la garganta y la nariz. Cerrando los ojos, dejó que la magia lo envolviera y luego la expulsó, penetrando la mente del Rey Pastor. Escudriñó la oscuridad, buscando cualquier rastro de la presencia de Elspeth.

No lo encontró.

Cuando volvió a abrir los ojos, el Rey Pastor lo observaba. Una voz masculina, insinuante y venenosa, le habló en la mente. «¿Qué quieres, Ravyn Yew?»

Ravyn se pasó el dorso de la mano por la boca para ocultar una mueca de repulsión.

Seguía mirando el cuerpo de Elspeth. Era su piel... sus labios, sus manos. Su cabello largo, negro y despeinado le caía sobre los hombros. Su pecho subía y bajaba con cada respiración.

Pero, al igual que con su voz, algo innegablemente fallaba en ese cuerpo. Sus dedos estaban rígidos, doblados como garras, su postura era grotesca, sus hombros demasiado altos, su espalda demasiado encorvada.

—El Rey desea verte —dijo Ravyn—. Pero antes de llevarte ante él, necesito dos cosas.

El Rey Pastor se levantó del suelo en el centro de la celda. Luego, con un movimiento rapidísimo, se arrastró hacia Ravyn. «Te escucho».

Los dedos de Ravyn se apretaron alrededor de los barrotes. "Quiero la verdad. Sin juegos ni acertijos. ¿De verdad eres el Rey Pastor?"

Unos ojos amarillos recorrieron sus manos: las uñas rotas, la tierra aún incrustada en las grietas de su piel seca. El cuerpo de Elspeth se encorvó como el de un buitre. «Me llamaban así».

¿Cómo te llamó?

Por un instante, no hubo nada. Ningún movimiento. Ninguna bocanada de vapor de su nariz. Entonces, cuando el Rey Pastor parecía haberse congelado por completo, sus pálidos dedos comenzaron a vibrar, como si pulsaran las cuerdas de un arpa invisible. «Me vio como realmente soy». Pronunció la palabra con extrema lentitud, susurrándola en la mente de Ravyn. Pesadilla.

"Y tú, Pesadilla, ¿sabes dónde está el Mapa de los Alisos Gemelos?"

"Sí."

"¿Me llevarás allí?"

Su voz sonaba a la vez cercana y lejana. "Lo haré."

"¿Es un viaje largo?"

La Pesadilla inclinó la cabeza y sonrió. "No. Sin embargo, es más lejos de lo que has llegado en tu vida."

Ravyn golpeó las barras con las manos. "Dije que no hay juego".

Me pediste la verdad. La verdad se doblega, Ravyn Yew. Y todos debemos doblegarnos ante ella. Si no, bueno... —Sus ojos amarillos brillaron—. Nos derrumbamos.

Entonces volvió a hablar, su voz en la mente de Ravyn. «Incluso antes de que nacieras», dijo, «antes de la historia de la doncella, el Rey y el monstruo, conté otra más antigua. Una historia de magia, niebla y las Cartas de la Providencia. De infección y degeneración». Su sonrisa se desvaneció. De comercio y trueque.

«Conozco el Antiguo Libro de los Alisos.»

"Bien. Porque estás a punto de entrar."

Ravyn inhaló y el aire le congeló los pulmones.

"Los Alisos Gemelos son la última carta de la baraja, y son únicos", continuó la Pesadilla. "Otorgan el poder de comunicarse con nuestra deidad, el Espíritu del Bosque. Él es su guardián. Habrá un precio que pagar. Todo tiene un precio".

—Estoy dispuesta a pagar el precio que el Espíritu exija. —Ravyn se pegó a los barrotes y bajó la voz—. Y cuando pague, Pesadilla, la Carta de los Alisos Gemelos será mía. No del Rey, ni tuya. Mía.

Algo cambió en esos ojos amarillos. "¿Qué es lo segundo que quieres de mí, Ravyn Yew?", murmuró la Pesadilla.

Aunque estaban rodeados de hielo, Ravyn percibió el olor a sangre en la ropa de Elspeth. Retrocedió un paso, pero ya era demasiado tarde. Un ligero temblor le recorrió la mano izquierda. La apretó en un puño. «Cuando te lleve a la cámara del Rey, no debes atacarlo. No debes hacer nada que me impida sacarte de la Roca, en busca de los Dos Alisos».

—¿Entonces Rowan aceptó mi oferta de cambiar mi vida por la del joven Emory?

—Todavía no. Y por eso tendrás que comportarte.

La risa de la Pesadilla resonó por la prisión, como si llevara alas negras. "Compórtate." Sus dedos se curvaron a los costados. "Puedes

contar con ello. Llévame con tu Rey Rowan."

A lo largo del muro de la prisión había ganchos de los que colgaban diversas armas y ataduras. Ravyn bajó unas esposas de hierro sujetas a una cadena y abrió la puerta de la celda. La Pesadilla le ofreció sus muñecas.

Una piel pálida y amoratada se asomaba por debajo de las mangas gastadas.

Ravyn se mordió el labio. «Bájate las mangas para que el hierro no te toque las muñecas. No quiero causarle más moretones a Elspeth».

"No puede oírlos ahora."

Con la mandíbula rígida, Ravyn se aseguró de no tocar la piel de la Pesadilla mientras le ajustaba las esposas. "Vamos."

Incluso encadenado, los movimientos de la Pesadilla eran inquietantemente silenciosos. Ravyn tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no darse la vuelta. La única razón por la que estaba seguro de que el monstruo estaba detrás de él era que podía sentir su presencia fantasmal al emerger de las gélidas entrañas de la Roca.

Mientras subían las escaleras, Ravyn le estrechó las manos y, poco a poco, la sangre volvió a sus dedos, entumecidos por el frío de la prisión. Seguía usando la Carta de la Pesadilla. Intentó llamar a Elm, pero su prima no contestó.

Otra voz le respondió.

Está muerta, tonto, susurró un tono familiar y burlón desde lo más profundo de su mente. ¿Por qué aferrarse a la esperanza? Aunque reconstruyera la Baraja, disipara la niebla y curara la infección, no volvería. Murió en su habitación de Spindle House, hace cuatro noches. Una risa profunda y hueca. Todo porque regresaste diez minutos tarde de tu reconocimiento.

Ravyn sacó la tarjeta borgoña de su bolsillo y la golpeó tres veces, sofocando la magia. El corazón le latía con fuerza ensordecedoramente. No era la voz de la Pesadilla la que le había hablado, sino otra. Una voz que lo provocaba, desatando sus peores miedos cada vez que usaba la Carta de la Pesadilla demasiado tiempo.

Su propia voz.

Un crujido de dientes resonó contra las paredes de piedra. «No hacía falta usar la Carta de la Pesadilla, Ravyn Yew. De cien celdas, la mía era la única ocupada». Hizo una pausa. «A menos que esperaras oír otra voz al entrar en mi mente».

Ravyn se detuvo en seco. "¿Estabas allí?", dijo débilmente, con la mirada fija al frente y la voz fría, "¿cuando Elspeth y yo estábamos solas?".

"¿Qué importa, forajido? ¿Se están pudriendo tus mejores recuerdos?"

Ravyn giró y empujó a la Pesadilla contra la pared, cerrando su mano alrededor de la pálida garganta del monstruo.

Sintió como si le apretara la garganta a Elspeth. Era su garganta.

Apartó la mano bruscamente. «Así que todo fue mentira». Hasta entonces, no había permitido que ese pensamiento entrara en su mente. Pero ahora...

Había sufrido puñaladas menos dolorosas. «Cada mirada. Cada palabra. Viviste en la mente de Elspeth durante once años. Es imposible saber dónde terminaba ella y dónde empezabas tú».

Una sonrisa se dibujó en la boca de la Pesadilla. "Sí. Eso es imposible."

Ravyn reprimió una arcada.

Si te sirve de consuelo, su admiración por ti era completamente unilateral. Tu fachada impasible me resulta terriblemente aburrida.

Ravyn se dio la vuelta con los ojos cerrados. «Y aun así, estabas ahí. Cuando estábamos juntos».

Hubo una larga pausa. Entonces, con una voz más suave que antes, la Pesadilla habló: «Hay un lugar oscuro que ella y yo compartimos. Imagínatelo como una playa solitaria junto a un mar oscuro. Un lugar que creé para ocultar las cosas que preferiría olvidar. De vez en cuando, durante nuestros once años juntos, fui allí. Para darle un respiro a Elspeth. Y más recientemente —añadió, tamborileando con las uñas en la pared—, para ahorrarme los detalles de su incomprensible pasión por ti».

Ravyn abrió los ojos. "¿Existe este lugar en tu mente?"

Silencio. Luego: «Durante quinientos años, sufrí en la oscuridad. Un hombre destrozado, transformado lentamente en algo horrible. No veía ni el sol ni la luna. Solo podía recordar las cosas terribles que habían sucedido. Así que creé un lugar para confinar al Rey que una vez vivió. Todo su dolor. Todos sus recuerdos. Un lugar de descanso».

Ravyn se giró. Cuando sus ojos se encontraron con los amarillos de la Pesadilla, comprendió. «Ahí está Elspeth. Por eso no puedo oírla con la Carta de la Pesadilla. La tienes oculta». Le ardía la garganta. «Sola, en la oscuridad».

La Pesadilla ladeó la cabeza. «No soy un dragón que atesora tesoros. Desde el momento en que Elspeth tocó esa Carta y me colé en su mente, su destino quedó sellado. Yo fui su degeneración».

No. Ravyn se negó a aceptarlo. «Dime cómo llegar a ella».

"¿Y por qué debería hacerlo, cuando es tan agradable verte en ascuas?"

La mano de Ravyn descansaba sobre la empuñadura de marfil de su cinturón. «Lo harás. Cuando salgamos de este castillo maldito, me dirás cómo llegar a Elspeth».

La sonrisa de la Pesadilla era sutilmente amenazante. «Sé lo que sé. Mis secretos son silenciosos. Los he guardado durante mucho tiempo, y los guardaré por mucho tiempo».

El rey Rowan no estaba en su habitación.

Ravyn maldijo en voz baja. «Espera aquí», le dijo a la Pesadilla. Dejó al monstruo esposado y ensangrentado sobre las suaves alfombras de piel del rey y caminó por el pasillo real hacia la cámara de Hauth. Al entrar, tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol —y menos mal que había comido un almuerzo frugal— para no vomitar por el hedor.

El calor sofocante intensificaba los olores pútridos de sangre y fluidos corporales infectados. Filick Willow estaba junto a la cama del Príncipe Heredero, junto a otros tres Doctores. El Rey también estaba allí, de pie junto a Jespyr, cerca de la chimenea. Estaba borracho. Llevaba tres días así, y no dejaba de tocar su Carta de la Pesadilla, intentando conectar con la mente de su hijo, de cuya cama no se separaba jamás.

Pero dondequiera que Hauth estuviera, si es que estaba en algún lugar, el Rey no podía alcanzarlo. Tampoco podía usar una guadaña para insuflar vida a sus ciegos ojos verdes. La piel que se veía a través de las vendas y las mantas estaba cubierta de cortes y costras. Y debajo de las vendas...

Hauth había quedado completamente devastado. En veintiséis años de vida, Ravyn nunca había visto algo igual. Ni siquiera los lobos desgarraban la carne de esa manera. Rara vez se mataba a los animales por placer. Pero lo que le habían hecho a Hauth —esas laceraciones, esas fracturas, esas abrasiones— era inconmensurable.

De repente, llevar al monstruo que había destruido a su hijo ante el Rey parecía una muy mala idea.

Jespyr sostuvo su mirada. Tensó la mandíbula y le susurró algo al oído. El Rey tardó un instante en comprender sus palabras. Cuando sus ojos finalmente se posaron en Ravyn, estaban oscuros bajo el ceño fruncido.

—¿Y bien? —ladró una vez en el pasillo—. ¿Estás aquí?

Ravyn respiró hondo. "A su habitación, señor."

El puño áspero del Rey se cerró sobre el cuello de cristal de una licorera. "¿Un cáliz?"

—Tengo una aquí. —Jespyr levantó la tarjeta turquesa de Providence que sostenía.

"Veamos si esa perra intenta mentir sobre los Twin Alders ahora".

Cuando el Rey abrió bruscamente la puerta de su aposento, la Pesadilla estaba encaramada como una gárgola en una silla tallada de respaldo alto. Por un instante, se miraron fijamente, dos Reyes con sed

de sangre en los ojos. Los verdes del Serbal, los amarillos de la Pesadilla... y quinientos años de animosidad sin sanar.

La Pesadilla abrió su mano, que parecía una garra, a modo de saludo. En la otra, sostenía una copa de plata ya llena de vino. «Bueno, pues», dijo. «Que comience el interrogatorio».

Jespyr examinó las esposas de sus muñecas con escepticismo. Suspiró y golpeó la Tarjeta del Cáliz tres veces.

El rey Rowan estaba tan lejos de la silla de la Pesadilla que una carreta podría haberla atravesado. Puede que estuviera borracho, pero no era estúpido. Había visto con detalle de qué era capaz el monstruo cuando se le provocaba. «Dime, Elspeth Spindle, ¿cómo sabes dónde está escondida la Carta de los Alisos Gemelos?»

La Pesadilla enroscó un mechón del cabello negro de Elspeth en su dedo. Ravyn lo observaba, atormentado por los recuerdos. Había pasado las manos por ese cabello. Lo había acariciado... había suspirado en él.

Él apartó los ojos de ella y los fijó en la pared.

"Sencillo", murmuró la Pesadilla. "Estuve allí cuando desapareció la Carta".

La mirada del Rey se desvió hacia el Cáliz en las manos de Jespyr, luego de vuelta a la Pesadilla, como si no pudiera decidir si desconfiar de sus ojos o de sus oídos. «Es imposible».

La Pesadilla se burló. "¿Lo dices? La magia es algo extraño y caprichoso."

—Así que es magia lo que te da esto... esto... —tartamudeó el Rey—. ¿Conocimiento antiguo de los Alisos Gemelos?

Las comisuras de la boca de la Pesadilla se curvaron hacia arriba. "Puedes decir eso".

—¿Dónde está exactamente escondida la Carta? —preguntó Jespyr, con los hombros tensos.

La Pesadilla la miró con indiferencia. «En lo profundo de un bosque. Un bosque sin senderos. Pero quienes huelen la sal...» Un destello de dientes. «Se sienten atraídos allí».

El Rey recuperó la compostura con una respiración profunda y temblorosa. Su mirada se dirigió a Ravyn. "¿Sabía mi sobrino que estabas infectado?"

Ravyn sintió que se congelaba y mil alarmas sonaron en sus oídos.

La voz tranquilizadora de la Pesadilla ahogó sus palabras. «Tu Capitán no es el raptor de vista aguda que imaginas. Para cuando descubrió mi magia, ya era demasiado tarde».

Era la verdad… sólo un poco distorsionada.

Una arruga arrugó la máscara de piedra de Ravyn. La Pesadilla la notó y sonrió, como si supiera lo que Ravyn acababa de comprender.

Las Cartas de la Providencia no tuvieron efecto en el Rey Pastor. Estaba escrito en el Antiguo Libro de los Alisos.

Como el precio estaba fijado, se acabó el regateo. Creé doce cartas... pero no pude usarlas.

Sin embargo, surtieron efecto en Elspeth. Hauth había usado un Cáliz contra ella. Ravyn le había hablado a su mente con la Carta de la Pesadilla.

El monstruo que tenía ante sí era a la vez Elspeth y el Rey Pastor. Por lo tanto, podía sucumbir a las Cartas... pero también anular su magia.

No era muy diferente de la magia de Ravyn. Podía usar el Espejo, la Pesadilla y probablemente los Alisos Gemelos, pero no las otras nueve Cartas, que no tenían poder contra él. Podía evadir las órdenes de la Guadaña y mentir contra el Cáliz.

Tal como lo estaba haciendo Pesadilla en ese momento.

“¿Quién sabía de tu infección?” espetó el Rey cuando el silencio se prolongó demasiado.

“Mi magia siempre ha sido un secreto”.

«¿Incluso para tu padre?»

La Pesadilla se quedó boquiabierta. "Pregúntale. No estoy en condiciones de informar sobre lo que Erik Spindle, en su cruel indiferencia, hizo o dejó de hacer."

“¿Realmente puedes ver las Cartas de la Providencia con tu magia?”

"Sí."

"¿Y lo usarás para encontrar la última carta para mí?"

La expresión de la Pesadilla permaneció indescifrable. "Lo haré. Siempre y cuando cumplas con tu parte del trato, Rowan. ¿Has devuelto a Emory Yew a sus padres?"

Las manos del Rey se apretaron a los costados. «Dime dónde están los Alisos Gemelos y lo liberaré esta noche».

La Pesadilla arqueó una ceja. "Muy bien." Inhaló por la nariz. "Escúchame bien. Para llegar a la última Carta, tendrás que hacer tres intercambios. El primero en un lago oscuro, donde podrás ver tu reflejo. El segundo en el límite de un bosque oscuro, del que es casi imposible regresar."

La mirada de la Pesadilla se posó en Ravyn. Las palabras que salieron de su boca fueron agudas, destinadas a herir. «El intercambio final tendrá lugar en un lugar doloroso. Un lugar eterno, donde se derramó sangre inocente. No hay espada que pueda salvarte, ni máscara que pueda ocultarte. Con los Dos Alisos regresarás... Pero ese lugar nunca lo abandonarás».

Capítulo cinco
Olmo

El camino estaba oscuro, el bosque empapado. Cuando un rayo atravesó el cielo, Elm se cubrió la cabeza con la capucha y entrecerró los ojos para protegerse de la lluvia que le azotaba la cara.

Ione no llevaba capa. Ni zapatos. Sus pies y tobillos sobresalían de su túnica blanca, cuya fina tela estaba ahora manchada de barro. Debía de tener mucho frío, pero no se quejó.

Su voz vibró en su espalda, un suave murmullo contra el pecho de Elm, pero no pudo entender las palabras por el sonido de los cascos del caballo. "¿Qué dijiste?"

—¿Está bien? —preguntó Ione más alto—. Elspeth.

Decir que Elspeth Spindle estaba viva sería distorsionar la verdad. "No lo sé." Elm apretó los dientes. "¿No te importa que literalmente destrozara a tu prometido?"

Ione mantuvo la mirada fija al frente. "Igual que tú, supongo."

Hauth. Sangre en el suelo, sangre en su ropa, sangre en su cara. Sí, a Elm le importó. Pero por las razones equivocadas. «Considérate afortunado de no haber tenido que ver lo que quedaba de él cuando terminó».

Una vez que llegaron a la encrucijada, donde el camino se bifurcaba, Elm giró su caballo hacia el este, hacia el lugar que más odiaba en el mundo: La Roca.

“¿Cuándo empieza el interrogatorio?” preguntó Ione.

"¿Estás ansioso por ser sometido al Cáliz?"

"No tengo miedo de la verdad."

Elm se inclinó hacia delante y acercó la boca a su oído. "Deberías."

"Sí. Me lo imagino."

Elm bajó la mirada. No había intercambiado muchas palabras con Ione Hawthorn. Casi todo lo que sabía de ella provenía de miradas, a menudo robadas.

Su rostro siempre había sido fácil de leer, incluso desde el otro lado del salón de honor de la Roca. Sus expresiones eran sinceras, sus sonrisas tan naturales que Elm casi sintió lástima por ella. No había cabida para esa clase de autenticidad genuina en la corte del Rey.

Siempre la había encontrado hermosa. Pero la Doncella —ese inútil papel rosa— había amplificado su belleza, elevándola a una perfección sobrenatural. Su cabello y piel eran impecables. El espacio entre sus dientes frontales había desaparecido. Su nariz era más pequeña. La Doncella no la había hecho más alta, ni (gracias a los árboles) había disminuido sus notables curvas. Aun así, era diferente de la chica rubia que había visto sonreír a la Roca. Era más dueña de sí misma.

Más frío.

La mirada de Elm se detuvo en su cuerpo. Si no hubiera notado el hueco de su garganta, la elevación de sus pechos con cada respiración, la forma de sus muslos bajo el vestido, tal vez habría mantenido la mirada fija en el camino. Y si hubiera mantenido la mirada fija en el camino...

Quizás habría visto a los bandidos.

Llevaban máscaras y capas oscuras y bloqueaban el paso, alineados uno junto al otro. Elm tiró de las riendas, deteniendo al caballo. El animal relinchó y se encabritó. Ione golpeó con fuerza el pecho de Elm, y él la rodeó con un brazo para sujetarla.

El primer bandido llevaba un estoque y varios cuchillos en su curtido cinturón de cuero. El segundo sostenía una ballesta que apuntaba a la cabeza de Ione. El tercero, más alto y robusto, blandía una espada.

—Manos arriba, Príncipe Renelm —ordenó el hombre de la ballesta —. Si intentan quitarme la Guadaña, los apuñalaré a ambos.

Las fosas nasales de Elm se dilataron. Lentamente, retiró el brazo de la cintura de Ione y levantó las manos. «Tienen agallas», dijo, evaluándolos. «Tres es un número bastante pequeño para emboscar a un Príncipe y una tropa de Paladines».

—No veo tropas. —Con una mano en la empuñadura, el bandido de la espada se acercó al caballo de Elm y sujetó firmemente las riendas—. Pareces completamente solo, Príncipe.

Elm maldijo en silencio por haber dejado a Gorse y a Wicker en Hawthorn House.

Ione guardó silencio, con la espalda pegada a su pecho. Elm intentó retroceder para no oír los frenéticos latidos de su corazón, pero no había espacio. Sinuosa como una serpiente, la mano de Ione se deslizó hacia atrás y empezó a palpar el dobladillo de su túnica, cerca del cinturón.

Olmo convertido en piedra.

Ione siguió palpando la tela, buscando. Sus dedos helados rozaron la parte baja del abdomen, cerca del bolsillo trasero.

El bolsillo donde Elm guardaba la guadaña.

—No te atrevas, Hawthorn —le susurró en el pelo.

Su tono amenazante no surtió efecto. Con una maniobra ágil, los dedos de Ione se deslizaron en su bolsillo y agarró la Carta.

Elm mantenía la vista fija en los bandidos y las manos en alto, aturdido, mientras una desagradable sensación de vulnerabilidad se instalaba en su estómago. No quería que Ione Hawthorn tocara su guadaña. Nadie debía tocarla.

Los bandidos avanzaron hacia ellos, desafiantes.

"No está solo", señaló el bandido de los cuchillos, acercándose. Soltó la empuñadura de su estoque y agarró la pierna de Ione, apartando lascivamente el dobladillo de su vestido. "Con él está esta criatura celestial". Pasó un dedo enguantado por la pantorrilla desnuda de Ione, dejando un rastro de barro. "¡Santos árboles, te estás congelando!"

El cuerpo de Ione permaneció inmóvil, con la pierna rígida bajo el toque del bandido. La voz de Elm sonaba estrangulada, gutural. «Quítale la maldita mano de encima».

—Entonces danos lo que queremos, Príncipe.

«¿Y eso es?»

—Tus cartas —dijo el hombre de la espada, con la mirada fija en la pierna de Ione—. La guadaña y el caballo negro. Si además añades a la doncella y a la mujer que lleva, te dejaremos quedarte con el caballo.

La ira estalló como bilis en la boca de Elm y sus dedos se curvaron en puños en el aire.

—¡Arriba esas manos, Príncipe! —gritó el bandido con la ballesta—. Mueve un músculo, y esta flecha le atravesará el corazón a la mujer.

"Mátame. Si puedes", siseó Ione apretando los dientes. Sus ojos color avellana se posaron en el bandido con la ballesta. Respiró hondo... y golpeó la guadaña a su espalda tres veces. "Adelante, dispara tu flecha".

El bandido parecía aturdido, como si se hubiera tragado la lengua. Su ballesta se sacudió, apuntando en otra dirección. Con una tos contenida, cerró los ojos y soltó la flecha.

Elm empujó a Ione hacia adelante, aplastándola contra su caballo. Pero ninguna flecha silbó sobre sus cabezas. Oyó un ruido espantoso y, al levantar la vista, se encontró cara a cara con el bandido que había tocado la pierna de Ione.

La punta de flecha, de un rojo carmesí, sobresalía de su garganta. La sangre manaba a borbotones de su boca y cuello, asfixiándolo. Buscó a tientas la flecha. Agarró el vestido de Ione y se desplomó, arrastrándola a ella y a Elm de sus caballos.

Elm cayó al camino embarrado, aún abrazando a Ione. Ella tosió, con la guadaña apretada en el puño, luchando con todas sus fuerzas por liberarse del bandido con la flecha clavada en la garganta.

Elm se levantó y, tras patear al matón, echó a correr, acortando distancias con el segundo bandido, el de la espada. No llevaba consigo un arma así. Aunque se resistía a cumplir con sus deberes como paladín, la había dejado en la Roca. Sus únicas armas eran los dos cuchillos arrojadizos que llevaba en el cinturón, principalmente para presumir.

El primer cuchillo falló. El segundo rozó el muslo del bandido. Elm metió la mano en el bolsillo. La Guadaña había desaparecido, pero tenía otra Carta. Una Carta brutal, que casi nunca usaba, que había adquirido al asumir el cargo de Paladín.

El caballo negro.

La golpeó tres veces, desatando un arma ancestral que siempre llevaba consigo: la ira. Quizás sin Ravyn y Jespyr, era menos fuerte, pero tenía suficiente ira para los tres.

Esquivó primero una flecha que silbó en el aire, luego el corte de una espada. Acortó la distancia entre él y el bandido, impidiéndole usar la espada a su favor, y lo golpeó en la cara con el puño.

Siguió golpeando, sus nudillos resonando contra los pómulos, la nariz y la mandíbula del hombre. El mundo a su alrededor se desmoronó, y de repente ya no estaba golpeando a un extraño enmascarado, sino a su propio hermano, a su padre... incluso a Ravyn.

El bandido cayó de espaldas al camino y no se movió. Elm permaneció de pie junto a él, con las manos aullando de dolor. Se giró para buscar a Ione...

Y se encontró cara a cara con la ballesta.

"Ríndete", ordenó el bandido, apuntándole el arma al pecho. "No quiero matarte. Dame la Guadaña". Tembló. "Y te dejaré ir".

Elm volvió a levantar las manos, solo que esta vez estaban cubiertas de sangre. «Si pudiera, lo haría. Pero no las tengo».

El poco coraje del bandido pendía de un hilo. Tenía la mirada perdida y la respiración entrecortada, como la de un animal atrapado. «Pero sí. Me obligaste a matarlo. ¡Me obligaste!»

Elm no tenía el don de calmar a la gente. Aun así, bajó la voz, conteniendo la ira. «Baja esa ballesta», dijo. «Si me haces daño, no tendrás ninguna oportunidad. Mi familia te perseguirá. Y cuando te encuentren...». Miró al bandido a los ojos. «Sal mientras puedas».

Pero el hombre no respondió. Dejó caer la ballesta al suelo, sujetando solo la flecha. Sin pestañear, la apuntó a la suave piel de su garganta.

Sus ojos estaban tan vacíos que probablemente ya estaba muerto.

Ione emergió de detrás del caballo de Elm. Sus pies descalzos no hacían ruido en el camino fangoso. Ya no parecía una novia. Su vestido blanco estaba manchado de tierra y sangre. Sus labios rosados formaban una fina línea y retorcía la guadaña de Elm entre los dedos. Miró al bandido con los ojos color avellana entrecerrados.

“Adelante, hazlo”, dijo ella con frialdad.

Un escalofrío recorrió la espalda de Elm. Se giró bruscamente hacia el bandido. "Espera", dijo. "No..."

La punta de flecha del hombre se clavó en la carne bajo su mandíbula. Con un horrible gorgoteo ahogado, se desplomó en el suelo,

mientras su sangre empapaba su máscara negra y se derramaba sobre la calle.

La sal olía mal en la niebla, como si, oliendo la sangre, el Espíritu del Bosque hubiera venido a presenciar la carnicería.

Tras comprobar que el amuleto de crin aún llevaba en la muñeca, Elm arrastró los cuerpos hacia los arbustos. Dos de los bandidos estaban muertos. El tercero, al que había golpeado con las manos desnudas, estaba inconsciente.

Elm les revisó los bolsillos y les quitó las máscaras. Nunca los había visto. Pero aun así los odiaba por su arrogancia. Habían desperdiciado sus vidas por unos papeles de la Providencia.

De vuelta en la carretera, le dio un golpecito al Caballo Negro y lo guardó en su bolsillo. "¿Estás herido?"

Ione estaba de pie junto al caballo, con la cabeza inclinada y retorciendo algo entre sus dedos.

La carta de la hoz.

—Espino —dijo Elm por encima de la lluvia torrencial. Se acercó a ella, con cuidado de no pisar la sangre.

"Nunca he sostenido una guadaña", dijo, retorciendo el papel entre sus finos dedos. "Hauth no me dejó tocar la suya".

No es una carta para jugar. Si la usas demasiado tiempo, el dolor es insoportable. Devuélvemela antes de que te hagas daño.

Ione dio un paso atrás. «Me llevarás ante el Rey, quien sin duda me hará daño, aunque no sabía nada de la magia de Elspeth». La comisura de su boca se curvó imperceptiblemente. «Ni que estuviera implicada en las desafortunadas circunstancias de Hauth».

—No me corresponde a mí decidir tu destino. —Suspirando, Elm se limpió los dedos ensangrentados en la túnica. La mancha fue absorbida rápidamente por la tela oscura—. Dame la Guadaña.

Ione le entregó la Tarjeta Roja, pero cuando Elm extendió la mano para tomarla, la escondió rápidamente tras su espalda. "¿Qué me darás a cambio?"

Elm la miró de reojo. Desconocía por experiencia propia los efectos nocivos de la Doncella. Lo poco que sabía provenía del Antiguo Libro de los Alisos, que predecía que a cualquiera que usara el Papel Rosa durante demasiado tiempo se le endurecería el corazón. Imaginó que la Doncella había vuelto a Ione insensible, indiferente, incluso desdeñosa, pero al mirarla a la cara, no vio nada de eso.

No vio absolutamente nada. Sus rasgos eran demasiado controlados. Esta inescrutabilidad lo incomodaba; después de todo, había atravesado el cuello de un hombre con una flecha sin dignarse a mirarlo dos veces.

Olmo escupió sangre y saliva en una retama. "Es mi tarjeta. No te debo nada".

«Te salvé la vida.»

"Me las habría arreglado perfectamente sin tu ayuda." Señaló los charcos de sangre en el camino. "Acabas de causar un desastre."

Podría haberle dejado disparar esa flecha. Huir con la guadaña. Pero no lo hice.

—Gracias a la bondad de vuestros corazones. —Elm dio otro paso al frente—. Ojalá tuvierais uno.

—Te salvé la vida —repitió Ione con más vehemencia—. Todo tiene un precio.

Elm estaba tan cerca que su cuerpo la protegía de la lluvia. Podía sentir su aliento en la cara. «Dame la Guadaña. Ahora».

"No des ni un paso más. De hecho, no te muevas en absoluto."

El olor a sal le quemaba los ojos. Antes de que pudiera extender la mano, torcerle el brazo por la espalda y arrebatarle el papel, sintió que sus músculos se tensaban. El sudor le humedecía las palmas de las manos y luego la nuca. Intentó estirar el brazo, pero no pudo moverse. Estaba inmóvil, clavado en el suelo.

—Espino —dijo en tono de advertencia, con la mandíbula tensa—. Ya basta.

"El pago primero."

Una oleada de calor le subió por el cuello a Elm. Sus músculos —las articulaciones, los huesos— no respondían a sus órdenes, por mucho que les ordenara moverse. Tal era el poder de la Guadaña. Ione podía obligarlo a saltar sobre una pierna hasta romperle el tobillo. Podía obligarlo a tirar el amuleto al suelo y huir, adentrándose en la niebla. Incluso podía obligarlo a sacar el cuchillo del cinturón y clavárselo en el corazón.

Un pánico ancestral, enterrado en lo más profundo de Elm, despertó. Hacía mucho tiempo que nadie usaba una guadaña contra él. "¿Qué quieres?"

La mirada de Ione se detuvo en su cuerpo. "Palabra de honor."

"¿Con qué propósito?"

“Debes convencer al Rey para que me deje vagar libremente por el castillo”.

«Puede que no sea posible.»

Ione se pasó la guadaña por el labio inferior. «Dicen que eres el más listo de los dos Príncipes. Seguro que se te ocurre algo».

Elm seguía inmóvil. El pánico le atenazaba el pecho. Si no se liberaba pronto de la influencia de la Carta Roja, gritaría hasta desgarrarse la garganta. «¡Árboles sagrados... bien! Haré lo que quieras. Pero dame esa maldita Guadaña».

Ione golpeó la tarjeta tres veces, liberándola. Luego sacó la mano de detrás de la espalda y se la ofreció. Una sola gota de sangre le goteó de

la nariz.

Elm le arrebató la guadaña de la mano. Se agachó hasta que sus rostros quedaron a la altura. «No vuelvas a hacer eso», dijo, furioso.

La sangre bajo la nariz de Ione se desvaneció, diluida por la lluvia. «Ni tú ni tu Carta Roja significan nada para mí, Príncipe. Solo quiero equilibrio. Te salvé la vida». Lo miró con ojos llameantes. «Ahora te toca a ti salvar la mía».

Capítulo seis
Elspeth



Recordé lirios en una sala de estar. Un árbol de hojas rojas que crecía en un patio a la sombra de una casa alta y estrecha.

Un bosque. Cabello rubio despeinado. Risas en el jardín. Manos ligeramente arrugadas trabajando con un mortero.

Una biblioteca. La sensación del terciopelo en tus dedos.

Túnicas blancas. Sangre en el pavimento. Marcas de garras en el suelo. Una voz suave como la seda en mi cabeza. ¡Levántate, Elspeth!

Me llevé las manos a la garganta, buscando esa voz en mi mente. No estaba. Sentí su ausencia, la oscuridad de mis pensamientos resonando como una tumba vacía. ¿Pesadilla?

Taxus estaba de pie junto a mí. No sé cuánto tiempo llevaba allí, mirándome fijamente. «Empiezas a recordar», dijo lentamente. «Te dejo. Aquí estarás a salvo».

Contemplé aquella agua oscura, aquella playa interminable y plana. "¿Dónde está esto?"

"Un lugar para descansar. Un lugar para recuperarse."

—No quiero descansar —susurré—. Quiero que me dejes salir.

Sus ojos amarillos se suavizaron. "Rápido, querida."

Se alejó sin dejar huellas. Lo seguí con la mirada hasta que el oro de su armadura desapareció en la oscuridad; entonces me puse de pie, con las piernas temblorosas, e intenté seguirlo. «Taxus... espera».

Pero él se había ido.

En su ausencia, intenté reconstruir los fragmentos del espejo destrozado de mi memoria. Recordé impresiones: colores, olores y sonidos. Los nombres eran más difíciles de recordar. Era como revivir un músculo atrofiado.

Con dificultad, emergieron. Opal. Nya. Dimia. Erik. Tyrn.

Tía. Hermanastras. Padre. Tío.

Entonces, un día o una noche, recordé un paseo por el bosque. Un santo. Una rima antigua. Chica rubia, sencilla y limpia. Chica rubia, ordinaria, desconocida. Chica rubia, pura y cristalina. Chica rubia, no será reina.

Ione. Me reuní con mi prima Ione en la ciudad. La seguí hasta casa de mi padre. Salí temprano...

Y me encontré con dos bandidos en el camino a través del bosque.

Capítulo Siete
Olmo



La Roca se alzaba firme contra la tormenta. Se alzaba entre la niebla, con sus torres iluminadas de naranja por las antorchas. Para cuando llegaron al puente levadizo, Elm estaba empapado hasta la cintura.

El trueno retumbó entre las nubes de hollín, y el anochecer estaba cerca. Mientras el guardia levantaba el rastrillo, Elm condujo a su caballo hacia el lado oeste del recinto exterior.

Dos escuderos corrieron a saludarlo. Al ver a Ione, abrieron los ojos como platos.

Elm desmontó y entró en el bastión, pero tras diez pasos se dio cuenta de que Ione seguía en la silla. Su cabello rubio, oscurecido por la lluvia, se le pegaba al cuerpo como largas y pesadas cuerdas. Un escalofrío le recorrió las piernas y la columna, sacudiéndole todo el cuerpo. Sus labios se habían vuelto azules, y su vestido, manchado de tierra y sangre, se le pegaba a la piel. Parecía una sirena de un cuento ilustrado, arrastrada por la marea tras una tormenta.

—Árboles sagrados —murmuró Elm. Extendió la mano para ayudarla a desmontar, pero su cuerpo estaba rígido y se vio obligado a rodearla con el brazo y bajarla.

Mientras ella se apoyaba en su hombro, él sintió su aliento acariciando su cuello como un viento invernal.

—La próxima vez que vayamos a montar —murmuró Elm con los dientes apretados mientras la dejaba descalza—, asegúrate de llevar una capa.

Ella lo miró fijamente a través de sus pestañas húmedas. "Dudo que haya una p-próxima vez, P-Príncipe."

Al llegar a la puerta fortificada de la Roca, los guardias la abrieron sin rechistar. Elm entró en el castillo, dejando tras sí un rastro húmedo sobre las alfombras de lana y los suelos de piedra. Podía oír el castañeteo de dientes de Ione tras él. El ruido le revolvió los nervios, ya de por sí alterados.

Señaló con la cabeza la gran escalera. «Tienes cinco minutos para calentar, Hawthorn». Se miró los pies descalzos. «Si no quieres perder los dedos en la mazmorra».

Solo lograron subir diez escalones, porque una voz resonó desde el rellano superior: «Renelm».

Elm maldijo en voz baja y levantó la vista, forzando una sonrisa al Paladín. "Linden. Tu condición mejora cada día."

Si Hauth hubiera sido capaz de establecer una conexión genuina, Royce Linden habría sido lo más parecido a un amigo. Ambos tenían la misma postura intimidante, como dos toros a punto de embestir. Con ojos marrones ensombrecidos por unas cejas crueles, Linden llevaba la capa de Paladín como una amenaza.

Pero la capa no podía ocultar sus heridas sin cicatrizar. Heridas que Elspeth Spindle le había infligido sin saberlo unas semanas antes, durante el Día de Mercado.

La mirada de Elm recorrió las lesiones irregulares que le recorrían la oreja hasta el hueco de la garganta. «Nunca serás una belleza», dijo. «Además, la Doncella no estaba en tus Cartas, ¿verdad?»

La boca de Linden permaneció apretada. Se detuvo en el escalón que había encima de Elm, con las cabezas a la altura. «No has venido a ver a tu hermano».

La sonrisa de Elm se desvaneció. Era agotador fingir cortesía. "He estado ocupado."

Linden miró a Ione por encima del hombro. «Así que por fin atrapamos a una pariente de esa puta». Entrecerró los ojos. «¿No deberían meterla en la cárcel?».

Elm se movió, ocultando a Ione y su vestido ensangrentado de la vista del Paladín. Extendió la mano hacia atrás y agarró el brazo de la chica. "Rápido." Continuó subiendo las escaleras de dos en dos, arrastrándola tras él. "Saluda a Hauth de nuestra parte, si se recupera."

La mirada penetrante de Linden los siguió escaleras arriba. "Eso... eso fue una estupidez", balbuceó Ione. "Deberías haberme llevado a prisión de inmediato. Pensará que..."

“Royce Linden es la menor de tus preocupaciones”.

Al llegar al quinto piso, Elm cruzó el rellano y la condujo al ala forrada de terciopelo donde se ubicaban los aposentos de la familia real. Cada pocos instantes, se detenía a escuchar, esperando que el profundo timbre de la voz de Ravyn penetrara en su mente.

Pero los únicos sonidos que oía eran el frenético torbellino de sus pensamientos y el castañeteo de los dientes de Ione por el frío. Si Ravyn estaba en el castillo, y si usaba la Carta de la Pesadilla, Elm estaba excluido de la conversación.

"¡Rápido!", dijo, lanzándose contra una puerta con un zorro tallado en la jamba de caoba. Sus dedos hinchados forcejearon torpemente con el pestillo. Cuando la puerta se abrió, metió a Ione dentro sin más dilación.

"Qué…"

—Cállate. —Elm cerró la puerta rápidamente—. El pasillo está lleno de médicos.

Ione corrió hacia la chimenea, donde crepitaba un fuego vivo. Al inclinarse hacia las llamas, dejó escapar un pequeño gemido. La luz del fuego le recorrió la piel. Acercó las manos al calor lo más que pudo. "¿S-vivirá?", preguntó. "Tu h-hermano".

Elm no pudo cerrar la puerta con llave. Ravyn llevaba las llaves del castillo atadas a su cinturón, y Elm hacía tiempo que había perdido la suya. Tomó la silla de nogal que había estado en su habitación desde niño y la apoyó contra la puerta. Las patas de madera emitieron un leve crujido de protesta. «No he consultado a ningún profeta sobre esto», dijo, empezando a desvestirse.

El cinturón cayó al suelo con un ruido metálico. Luego vino la capa empapada. El jubón y la túnica fueron más difíciles de quitar, pero no tanto como la fina camiseta de seda, cuya tela húmeda se le pegaba a las esbeltas líneas del estómago y la espalda. Una vez que terminó, solo se quedó con sus calzoncillos de lana.

Abandonando su ropa mojada en una pila en el suelo, se quitó las botas y agarró una jarra de vino de la mesa.

—Toma —dijo, agachándose junto a Ione frente al fuego—. Te calentará. Bebe.

La mirada de Ione recorrió la piel de Elm, bajando por sus hombros y su pecho, hasta posarse finalmente en la botella. Sus labios azules se apretaron en una fina línea.

"¿Ves algún veneno escondido por ahí?" preguntó Elm, señalando su desnudez. "Es solo vino".

Como Ione seguía negándose a beber, Elm levantó la jarra hasta sus labios y bebió un largo trago.

El vino se deslizó por su garganta, encendiendo pequeñas llamas al llegar a su estómago. "¿Ves? Sigo respirando." Le entregó la jarra de nuevo. "Ahora bebe."

Ione lo tomó y se lo llevó a los labios. Elm notó la sinuosa curva de su cuello, la forma en que su labio inferior se aferraba al pico de la jarra.

Se dio la vuelta y arrojó otro leño al fuego.

Los dedos de los pies de Ione asomaban por debajo de su vestido, extendiéndose hacia las llamas. «Algo me dice que no tendrías problema en envenenarme si quisieras», dijo. «Pareces de los que recurren al veneno».

Elm le arrebató la botella y bebió otro sorbo. "No sabes nada de mí, Hawthorn".

Ione estiró las extremidades y se puso de pie. Su mirada se posó en la tela sucia y manchada de su vestido, que antes era blanco. Metió la mano en la espalda y empezó a juguetear con los cordones. «Necesito tu ayuda, príncipe. La lluvia ha apretado los nudos».

"¿Me confundiste con tu criada?"

“N̄o me digas que te sientes incómodo desvistiendo a una mujer”.

A Elm se le encogió el estómago. Se quedó quieto, mirando fijamente a los ojos indescifrables de Ione, preguntándose si se enojaría más si la ayudaba o si se negaba. Anhelaba enfurecerla. Ver qué emociones la Doncella le permitiría sentir.

Cuando Elm alcanzó su máxima altura, la enterró en la sombra.

La mirada de Ione se posó en su pecho desnudo. Se giró, dejándole al descubierto la espalda de su vestido, mientras sus hombros subían y bajaban con anticipación.

El atado fue complicado. Y los dedos de Elm estaban hinchados y amoratados. Tendría que usar una navaja. Tomó uno de los cuchillos ceremoniales del montón de ropa en el suelo y regresó tras Ione. Al deslizar la mano izquierda bajo su cabello mojado, sus nudillos rozaron la nuca.

Era sorprendentemente pesado, ese cabello. Grueso. Tan largo que podía enrollarlo alrededor de su puño y tirar.

Apartando ese pensamiento, Elm colocó la masa dorada sobre el hombro de la chica y agarró el cuchillo con la mano derecha. "Quieta."

Con la punta de la cuchilla, cortó los cordones que sujetaban el vestido. Cuando la falda, y luego el corpiño, cayeron al suelo, Elm se mordió la mejilla. «Espero que no haya sido uno de tus favoritos».

Ione dio un paso atrás. «Tu padre me lo regaló la noche del equinoccio, tras anunciar el compromiso con Hauth». Miró el vestido con indiferencia. «Ahora solo queda quemarlo».

La chimenea era la única fuente de luz en la habitación. Aun así, no era difícil distinguir los contornos del cuerpo de Ione, cada curva y valle, bajo su fina y húmeda combinación de seda.

Elm se obligó a mirar el fuego. "¿Y la Carta de la Doncella que te dio mi padre? Creía que la tenías escondida ahí", dijo, señalando con la cabeza el montón de telas estropeadas.

Ione se retorció el pelo entre las manos, escurriendo las últimas gotas de lluvia. "Podrías haberme registrado. Hauth lo habría hecho."

Al mencionar el nombre de su hermano, Elm apretó los labios. «Tenemos métodos diferentes». La miró furtivamente y luego volvió rápidamente la vista hacia la chimenea. «Hay un cofre a los pies de mi cama. Toma lo que quieras».

Las bisagras de hierro del baúl crujieron. Ione rebuscó entre su ropa, deteniéndose de vez en cuando para acariciar las telas con las manos. «Sueles vestir de negro», murmuró. «Para un príncipe».

Elm no dijo nada. Cuando se dio la vuelta, Ione se había puesto una túnica holgada de lana oscura que le llegaba por debajo de las rodillas, ocultando sus curvas. Era una de las prendas que usaba cuando se disfrazaba de bandida.

—Toma. —Ione le lanzó una camisa limpia, oscura como la noche, y un jubón a juego—. El negro te sienta bien.

Con el cabello despeinado, Elm se quitó la camisa y metió la guadaña en un bolsillo lateral. Luego se puso el jubón. Pero al intentar apretar los cordones, el cordón de seda se le escapó entre los dedos hinchados.

Maldijo en voz baja.

—Ahora me toca a mí. —Ione tomó las ataduras y las retiró rápidamente—. Suponiendo que quieras mi ayuda.

Elm la miró de arriba abajo. «Y pensar que ni siquiera tuve que matar a nadie para que me debieras un favor».

Las comisuras de su boca se crisparon. Sus dedos retorcieron los cordones con precisión. Al terminar, agarró los dos extremos y tiró con fuerza para cerrar los dobladillos del jubón.

—Tranquila —gruñó Elm, tambaleándose hacia adelante—. Soy delicada.

Ione bajó la mirada, sus largas pestañas sombreando sus mejillas, y ató el cordón con un nudo apretado justo encima del ombligo. Olía a espacios abiertos, a lluvia y a campo. Un aroma melancólico y embriagador que le nublaba la mente.

Elm se apartó de ella. En ese momento, la sal se le filtró por la nariz, como si alguien le hubiera echado agua de mar helada en la cara, llenándole los oídos, los ojos y la nariz. Al toser, la voz de su primo resonó en los rincones más recónditos de su mente.

Olmo, lo llamó Ravyn. ¿Dónde estás?

Elm respiró temblorosamente y se apartó de Ione. "¿Dónde estoy? ¿Y tú? Has desaparecido hace siglos. Serví con los malditos Paladines sin ti."

Te lo explicaré todo. ¿Estás en tu habitación?

Sí, pero… espera, Ravyn, yo…

Pero Ravyn ya se había ido. La sal abandonó los sentidos de Elm como una ola que se aleja. Cuando se volvió hacia Ione, ella lo observaba.

Elm se acercó al baúl y empezó a rebuscar. "Toma esto". Le lanzó un par de calcetines gruesos de lana. "Hace frío donde vas".

Ione los atrapó y los levantó a contraluz, con el ceño fruncido. "Son de hombre".

—Resulta que soy uno. —Elm encontró un par de botas secas debajo de la cama y metió un pie en las primeras. El cuero estaba rígido por la inactividad—. Cuando dije que no sabías nada de mí, Hawthorn, pensé que al menos lo entenderías...

“Me sorprende que no haya ropa de mujer en tu habitación”.

"¿Por qué carajo habría?"

Cuando estaba en la habitación de Hauth, vi varios pares de medias de mujer esparcidas por todas partes. Ione cerró la tapa del baúl, se sentó sobre él y se puso los calcetines uno tras otro, manteniendo las puntas de los pies en punta. «Supuse que todos los príncipes salían con mujeres».

Elm miró fijamente sus botas, que no podía atar porque tenía los dedos hinchados. "Ojalá tuviera tiempo". Se levantó, buscando algo en el suelo. "Necesitarás una capa".

"Estoy bien así."

Perderás los dedos de los pies, luego los de las manos. Quizás la punta de la nariz. O esa boca malvada.

¿Qué te importa mi boca?

—Nada. —Elm dejó escapar un suspiro que le erizó el pelo de la frente—. Pero podría ser difícil para mí cumplir nuestro trato si estás medio congelado.

Ione no pareció oírlo. Giró la cabeza bruscamente, con la espalda recta y la mirada fija en la puerta. Elm también los oyó: pasos pesados en el pasillo. Pero antes de que pudiera hablar o moverse, el pestillo se levantó.

La silla de nogal cayó al suelo con estrépito y la puerta del dormitorio se abrió de golpe.

Cuando Ravyn entró en la habitación, con los hombros rígidos y la mirada fija en Ione. Su mirada penetrante recorrió su cabello mojado, su túnica negra y la pila de ropa ensangrentada en el suelo.

—Ione Hawthorn —dijo, mirando finalmente a Elm—. Me sorprende verte aquí.

Capítulo ocho
Ravyn



Ravyn sintió un sabor a ceniza en la boca. Miró a Ione Hawthorn, y ella le devolvió la mirada, con sus ojos color avellana llenos de indiferencia. El nudo en el pecho de Ravyn se hizo más fuerte. La prima de Elspeth. Su prima favorita. Ione debería haber estado lejos de la Roca. Pero ahora que estaba aquí...

Sus días estaban contados.

No sabía hacia dónde mirar. Ione Hawthorn, con el pelo empapado y la mirada gélida, vestida con una túnica de Elm. O su primo, que parecía medio ahogado.

"Estaba en Hawthorn House", explicó Elm a la defensiva. "Gorse y Wicker la vieron. Llegarán pronto. No tuve más remedio que llevarla a la Roca".

La atención de Ravyn volvió al vestido en el suelo. A pesar de la tenue luz, las manchas de sangre eran inconfundibles. Su mirada se dirigió a Elm, luego a su mano derecha, con los nudillos hinchados y cubiertos de moretones oscuros. "¿Qué pasó?"

Unos bandidos nos atacaron en el camino del bosque. Eran tres.

Cuando Ione habló, su tono era inexpresivo, casi aburrido. «Tranquilo, capitán. Las manchas de sangre no son nuestras».

Ravyn mantuvo la mirada fija en su prima. "¿Y bien?"

El rostro de Elm estaba demacrado. "Nunca me he sentido mejor. ¿Dónde demonios te has metido?"

«Un tejo de castillo.»

"¿Por qué?"

«Cavar debajo de una piedra determinada.»

Elm se puso rígido. "¿Y bien?"

"Es verdad. Todo."

Ione se quedó quieta, escuchando. Por alguna razón, Ravyn quiso gritarle: «El Rey ha comenzado su interrogatorio. Acaba de ver...». Se le hizo un nudo en la garganta, impidiéndole pronunciar su nombre. «La prisionera. Ahora oirá a los demás».

La sangre desapareció de las mejillas de Elm.

"Capitán", llamó una voz desde la puerta abierta.

Royce Linden era una sombra en el pasillo. La luz de la chimenea de Elm solo iluminaba su nariz y sus cejas prominentes. «El Rey me ha ordenado usar el Cáliz durante la investigación».

Elm cruzó los brazos. "Eso le correspondería a Jespyr".

“Bajó a los calabozos para llevarse a esa puta de vuelta a su celda”.

Ravyn apretó los dientes con fuerza.

Linden se removió, incómodo bajo su mirada, y se quedó mirando sus botas. "Vi al Príncipe y a la Señorita Hawthorn llegar hace unos minutos, y me ofrecí a llamarlos. No sabía que ya lo había pensado, Capitán."

Elm bajó la voz. "¿El Rey llamó específicamente a la señorita Hawthorn? ¿O estabas deseando hacerlo tú mismo?"

Linden abrió la boca, pero Ravyn lo interrumpió. «Es pariente de una infectada», dijo con frialdad. «La señorita Hawthorn se someterá al cáliz como su padre y su tío».

Sintió la mirada ardiente de Elm en su espalda, pero la ignoró. Elm no era el único que tenía motivos para estar enojado. Ione Hawthorn debería haberse ido; haberse esfumado en la noche como su madre, sus hermanos y sus primos.

Pero Ravyn no tenía otra opción. Si quería convencer al Rey de que siguiera confiando en él a pesar de su conexión con Elspeth Spindle, debía comportarse de forma irreprochable. Tenía que llevar la máscara del Capitán Paladín —el frío e insensible líder de los despiadados guardias de élite de Blunder— durante un poco más.

“Dirige el camino”, le dijo a Linden.

Nadie habló. Sus pasos resonaron por los altos y sombríos pasillos de la Roca. Las antorchas iluminaban los antiguos tapices que cubrían las murallas del castillo.

Linden abrió el camino. Ione lo siguió, con los pies amortiguados por calcetines de lana. Ravyn se preguntó qué habría sido de sus zapatos.

Elm caminaba a su lado. Cuando Ravyn volvió a tocar la Carta de la Pesadilla y lo llamó por su nombre, se estremeció.

¿Qué pasa?, exclamó de golpe.

¿Por qué Ione Hawthorn no desapareció con los demás?

No tengo ni idea. Elm miraba al frente. Obviamente no estaba en Spindle House cuando ahuyenté a los demás.

Entonces ¿por qué no usaste la guadaña con ella hoy?

No pude, en presencia de Gorse y Wicker.

Al subir las escaleras, a Ravyn le crujió la rodilla. ¿Qué pasó en la calle?

Te lo dije. Bandidos.

Ravyn era cuatro años mayor que su primo, pero la diferencia de edad nunca le había importado, sobre todo porque Elm ya lo superaba en altura a los diecisiete. Al igual que el zorro tallado sobre la puerta de su dormitorio, Elm era astuto y poco confiado. Unas pocas miradas le bastaban para descifrar el lenguaje corporal, percibir el cambio en la respiración antes de una mentira y percibir la energía de una persona sin necesidad de hablarle.

Pero Ravyn había ignorado sus talentos, sus advertencias. Elm prácticamente le había rogado que no bajara la guardia cerca de Elspeth Spindle. Ravyn no lo había escuchado. Si lo hubiera hecho, tal vez habría notado lo que Elm percibía tras esos ojos negros como el carbón, que a veces brillaban con un tono amarillo.

Peligro.

Quizás si Ravyn hubiera hecho caso a las advertencias de Elm, no habrían tenido que asistir a un interrogatorio ahora. Quizás Hauth nunca se habría encontrado solo con Elspeth.

Y tal vez, el Rey Pastor habría permanecido en su lugar.

Ione se giró y los hombros de Elm se pusieron rígidos, como si algo no dicho hubiera pasado entre ellos.

Llegaron al segundo rellano. Pero antes de descender a la sala del trono, Ravyn agarró el brazo de su prima.

¿Qué pasa, Elm?

Esa maldita chica me salvó la vida, ¿me oyes? Elm me soltó el brazo. No tuve tiempo de coger la guadaña. Me la sacó del bolsillo. Se pasó la mano por el pelo rojizo, con la mirada fija en las escaleras. El resto pasó... rápido.

Los ojos de Ravyn se abrieron de par en par, incrédulo. ¿Los había matado?

—El Rey nos espera, Capitán —gritó Linden desde abajo, apretando con fuerza los dedos alrededor del brazo de Ione.

Ravyn levantó un dedo amenazador hacia el Paladín, pero mantuvo la mirada fija en Elm. «No puedes hacer nada más por ella», susurró. «Se cavó su propia tumba al aceptar a Hauth».

La expresión de Elm se volvió fría. "¿De verdad crees que sabía dónde se metía?"

—Sabía que Elspeth estaba infectada. Y yo... —Ravyn se pasó una mano por la barbilla—. Si voy a buscar la Carta de los Alisos Gemelos, no puedo permitirme seguir provocando la desconfianza de tu padre. No puedo mentir por Ione Hawthorn.

Algo brilló en esos brillantes ojos verdes. "Entonces lo haré."

Ravyn negó con la cabeza. "No, Elm."

«Le debo una.»

“Ella no se ha ganado tu bondad.”

—No es cuestión de bondad —replicó Elm—. Es cuestión de equilibrio.

Ravyn respiró hondo, tranquilizándose. Nunca se irá de aquí, Elm. O congelada en las mazmorras, o por orden del Rey, morirá. Le puso una mano en el hombro. No dejes que su belleza te engañe. Ya tenemos suficientes preocupaciones.

La sonrisa de Elm no llegó a sus ojos. Se encogió de hombros, y la mano de Ravyn bajó. "Porque nunca te ha engañado una mujer hermosa, ¿verdad, Capitán?"

Capítulo Nueve
Olmo

El salón de honor estaba inundado de luz, impregnado del aroma de hierbas y mantecados, de los perfumes de mujeres y vino. Las risas rebotaban en los antiguos muros, y la música se insinuaba tras los tapices, haciendo piruetas alrededor de las columnas y enredándose en las faldas. Pero justo detrás de un muro, tras una gran puerta de hierro, les esperaba otra sala. Un espacio carente de color, aroma y sonido, adornado únicamente por un imponente trono tallado en la dura madera de un serbal. Aparte de la prisión, era la parte del castillo que Elm más odiaba.

La sala del trono.

—Abrid —ordenó Ravyn a los centinelas que custodiaban la puerta.

Las bisagras crujieron como bestias despertando. Elm miró al frente, apretando los dientes, mientras sus pasos resonaban en el vasto espacio cavernoso.

Dos chimeneas gemelas flanqueaban el salón. En ambas, el fuego rugía, proyectando largas sombras danzantes sobre el suelo de piedra. En el centro se alzaba el estrado del trono, donde se sentaba el rey Rowan, con el rostro ensombrecido por el ceño fruncido. Llevaba su corona dorada, un diseño de ramas de serbal entrelazadas, y una capa dorada con cuello de piel de zorro. No había otros asientos en el estrado. Nadie era digno de sentarse tan alto como el rey. Sus únicos compañeros eran tres enormes sabuesos, que patrullaban la sala con ojos oscuros e imperturbables.

El Rey los vio acercarse. En su mano derecha sostenía un cáliz de plata. En la izquierda, una guadaña.

A lo largo de las paredes, medio ocultos en las sombras, estaban alineados los Paladines, entre ellos Wicker y Gorse.

A diez pasos del estrado, Linden soltó el brazo de Ione, y ella permaneció de pie en el centro de la habitación, con los hombros rectos y el cabello reflejando el resplandor de las llamas.

Ravyn y Elm se detuvieron detrás de ella.

El Rey se sentó más cómodo. "Ven", gruñó, indicando el lugar habitual de Ravyn a la izquierda del trono. Ravyn subió al estrado con

los brazos cruzados. El Rey lo miró con los ojos entrecerrados y luego se volvió hacia Elm. "Tú también."

Los ojos de Elm se abrieron de par en par, pero no se movió. Él no era el Príncipe Heredero. Su lugar siempre había estado al margen, perdido en las sombras de la chimenea con los demás Paladines. "¿Cómo?"

"Hay un asiento libre a mi lado", dijo el soberano. "A menos que tú también quieras someterte al Cáliz".

Elm se tambaleó hacia adelante. Se colocó a la derecha del trono, intentando no pensar en las cientos de veces que las botas de Hauth habían golpeado las piedras bajo sus pies. Miró a Ravyn por encima de la cabeza de su padre, pero este permanecía inmóvil como una estatua.

Elm irguió los hombros y apretó los labios en una línea severa. Pero su capacidad para permanecer quieto estaba menos desarrollada que la de Ravyn. Incluso cuando creía estar completamente quieto, su pie golpeaba con fuerza. Si se detenía, sus dedos se crispaban en la manga. Y cuando apretaba los puños, su cabeza rechinaba con el rechinar de sus muelas.

El Rey miró fijamente a Ione. "Veo que Renelm no te ha encadenado."

La mirada de la niña se posó en Elm. «Sus métodos son diferentes a los de su otro hijo, Su Majestad».

—Sí. —El Rey miró a los Paladines—. ¡Encadenadla!

El Paladín junto a Gorse dio un paso al frente, con una cadena en las manos. Agarró las muñecas de Ione una a una y la esposó sin contemplaciones. El peso de los grilletes era tal que los hombros de Ione se hundieron.

El estómago de Elm se tensó.

Un guardia trajo una bandeja con una copa de cristal llena de vino.

Linden lo tomó con una mano. Con la otra, sacó una tarjeta de cáliz de su bolsillo.

—¡Traedlos adentro! —ladró el Rey, sobresaltando a Elm.

La puerta se abrió de nuevo y el tintineo de las cadenas resonó por la sala del trono. Jespyr y otros tres Paladines lideraban a dos hombres. Uno era alto, de cabello oscuro con mechas grises y penetrantes ojos azules que se negaban a bajar la guardia. Era el indomable Erik Spindle.

El otro prisionero era más bajo. Tenía el pelo ralo y la ropa hecha jirones. Cojeaba, con la cara cubierta de moretones. Era Tyrn Hawthorn. No miró a su hija ni al Rey. Mantenía la mirada baja. Al verlo, Elm no pudo evitar hacer una mueca de disgusto. Su fracaso y su vergüenza parecían emanar un olor fétido en la habitación.

Los Paladines empujaron a Erik y Tyrn a ambos lados de Ione y se alinearon detrás de ellos. Jespyr miró a Elm desde detrás de Erik. Tenía el rostro tenso, la mandíbula tensa, pero le guiñó un ojo: un gesto rápido para tranquilizarlo.

La voz del rey Rowan resonó por la sala. «Elspeth Spindle está acusada de alta traición como portadora de la infección». El trono crujió. Se aferró a los reposabrazos con tanta fuerza que tenía los dedos blancos. «Además, está acusada del asesinato de la médica Orithe Willow y del intento de asesinato de mi hijo, el príncipe heredero Hauth Rowan. De estos crímenes, la he declarado irrevocablemente culpable y la condeno a muerte». Dejó escapar un largo y venenoso suspiro. «A través de esta investigación, pretendo determinar hasta qué punto debo considerarlos a ustedes, su familia, cómplices de estas abominaciones».

Tyrn dejó escapar un débil gemido, atrayendo miradas de disgusto de los Paladines alineados a lo largo del muro.

El Rey continuó con un rencor apenas disimulado. «Tyrn Hawthorn, Erik Spindle, Ione Hawthorn. Han sido convocados a la Roca acusados de traición por ayudar a Elspeth Spindle. Cometieron esta traición deliberadamente, a pesar de conocer la ley que, para la seguridad del reino, exige que todos los niños infectados sean entregados a mis Médicos». El Rey se removió en su trono y luego continuó en voz baja: «Serán interrogados, y la gravedad de sus crímenes será juzgada por mí, mi Capitán, su Príncipe y los Paladines. Cuando se encuentren a sus esposas e hijos, sufrirán lo mismo». Golpeó su Guadaña tres veces. «Ahora beban».

Linden trajo la copa de cristal. Tyrn Hawthorn intentó resistir la magia de la Guadaña, forcejeando con manos temblorosas para no agarrarla. Cuando finalmente sucumbió, dos Paladines tuvieron que cerrarle la boca a la fuerza para evitar que escupiera el vino.

Linden giró entre sus dedos la tarjeta del cáliz turquesa y la golpeó tres veces.

La copa pasó a Ione, quien la sujetó por el tallo con ambas manos. Al llevársela a los labios, con los ojos cerrados, mechones de cabello rubio cayeron de detrás de sus orejas, cubriéndole el rostro como un velo. Al bajar la copa, una gota de vino permaneció en su labio inferior. Al abrir sus ojos color avellana, su mirada era lúcida y concentrada.

Y señaló a Elm.

No hacía falta usar una Carta de Pesadilla. Elm sabía exactamente lo que estaba pensando. Te salvé la vida. Ahora te toca a ti salvar la mía.

Erik miró al frente y bebió de la taza; sus rasgos estaban tallados en piedra.

El Rey golpeó la Guadaña tres veces más y la guardó en su bolsillo. "Comencemos." Sus ojos verdes se posaron en Tyrn. "¿Sabías de la infección de tu nieta?"

Un sollozo gutural y desagradable escapó de los labios de Tyrn. «N-n-n...», balbuceó con voz entrecortada, aplastándose la lengua. «N-n-n-n-n...».

El Rey le hizo una señal a un paladín, quien le dio un revés en la cara con el revés de la mano.

Tyrn gimió, con un hilillo de sangre brotando de la comisura de su boca. Sin embargo, siguió intentando engañar al Cáliz mintiendo. "N-n-n-n-n..."

El Paladín lo golpeó de nuevo. Cuando la verdad pareció ahogarlo por completo, Tyrn suspiró profundamente, derrotado. «Sí, Su Gracia».

Cuando se fijó en Erik, la mirada del Rey se llenó de odio. Era evidente que, de todas las traiciones que había sufrido hasta entonces, la suya era la que más le dolía. El ex Capitán Paladín escondiendo a una hija infectada. "¿Conocías su magia, Erik? ¿Su habilidad con las Cartas de la Providencia?"

Erik se mantuvo erguido como un soldado, con los hombros rectos y las piernas firmes. No intentó mentir. "No, señor."

La mirada del Rey recorrió la fila. "¿Y usted, señorita Hawthorn? ¿Sabía de su magia?"

Ione miró fijamente el trono. "No."

—No, Su Majestad —replicó Linden; su voz sonaba demasiado parecida a la de Hauth.

—Pedazo de mierda —murmuró Elm, lo suficientemente fuerte como para provocar una mirada fulminante de Ravyn y una mirada asesina familiar de su padre.

El Rey volvió su atención a Erik Spindle. «Hauth casi siempre llevaba una guadaña y un Caballero Negro. Y Orithe Willow no estaba senil ni débil. ¿Has entrenado a tu hija en combate?»

«No, señor.»

—Entonces, ¿cómo...? —Una película de saliva blanca se formó en el labio inferior del Rey—. ¿Cómo pudo una chica tan frágil vencerlos?

"Cualesquiera que fueran las habilidades que poseía Elspeth", dijo Erik, "no las conocía. Rara vez la veía". Se giró hacia Tyrn, mirándolo con sus penetrantes ojos azules. "Vivía con su tío".

La furia del Rey volvió a Tyrn. «Por lo que tengo entendido, tu esposa e hijos habían desaparecido de la Casa Huso y de la Casa Espino cuando mis Paladines vinieron a arrestarlos. ¿Dónde están?»

Los hombros de Tyrn comenzaron a temblar. "No lo sé, Su Gracia."

El Rey se recostó en su trono. «No lo sabe», repitió. «Quizás, después de todo, no los necesite. Su hija está aquí, después de todo, a mi disposición». Miró a Ione de arriba abajo. «Es usted muy atrevida, señorita Hawthorn, al seguir usando la Carta de la Doncella que le di».

Ione no dijo nada.

El Rey juntó las manos sobre su regazo. "¿Dónde están tu madre y tus hermanos... tu tía y tus primos?"

Ione mantuvo la mirada fija al frente. «No lo sé, señor», respondió sin pestañear.

—Pero sabías que Elspeth Spindle tenía fiebre. Lo supiste cuando mi hijo prometió casarse contigo.

—Sí. —Linden abrió la boca, pero Ione lo interrumpió—: Sí, Su Majestad.

Los ojos del Rey brillaron. "¿Aceptaste casarte con Hauth sabiendo que lo ataría a una familia donde acechaba la enfermedad? Me repugnas."

—El disgusto —dijo Ione perezosamente— es mutuo.

El silencio invadió la sala. Incluso los perros se callaron. Linden extendió la mano y le dio una bofetada a Ione.

Elm se puso rígido, con los puños tan apretados que los cortes recientes en sus nudillos se reabrieron. La sal se le metió en la nariz, en la mente. «No te muevas», le advirtió Ravyn. «Quédate donde estás».

El Rey vació su copa. «Responda a la pregunta, señorita Hawthorn».

La mejilla de Ione permaneció roja solo un instante, donde Linden la había golpeado. Luego, poco a poco, el enrojecimiento desapareció y su piel volvió a estar perfecta. «Nunca le mentí a Hauth sobre Elspeth. Nunca me hizo preguntas sobre mi familia. Nunca me preguntó nada».

El trono crujió bajo el peso del Rey. "¿Estabas allí cuando lo atacó?"

"No."

"¿Por qué estaba ella sola en una habitación con él?"

Tyrn se estremeció al captar la mirada del Rey.

“¿Y bien?” ladró el soberano.

El padre de Ione se cubrió los ojos para secarse las lágrimas. O quizás simplemente intentaba ocultar su rostro de Erik Spindle. "Yo... el príncipe Hauth... quería hablar..." Inhaló levemente. "Fui yo quien guió a Elspeth ante el príncipe, Su Majestad."

Hasta ese momento, Erik Spindle había estado tan tranquilo como un cordero, quieto y quieto. Ahora, todo su cuerpo se volvió contra su cuñado, con los ojos encendidos.

A Elm le empezaron a palpitar las orejas. Se le erizaron los pelos de los brazos. La tensión en la habitación era palpable. Metió la mano en el bolsillo y sus dedos se cerraron sobre el familiar y reconfortante terciopelo de la Guadaña.

Las palabras de Ione seguían atormentándolo. Te salvé la vida. Ahora te toca a ti salvar la mía.

Tenía que suceder ahora, bajo la influencia del cáliz, cuando el Rey le creería. Pero Ione Hawthorn no le había dado instrucciones específicas. Solo pidió que la dejaran vagar por el castillo sin ser molestada.

Elm sabía por experiencia que había pocas cosas que la Guadaña no pudiera obligar a alguien a hacer. Podía obligar a Ione a mentir a pesar del Cáliz, para salvarse.

Sin embargo, el precio sería inmenso. Una mentira seguía siendo una mentira, y el Cáliz castigaba las mentiras exponencialmente. No hacía mucho que había visto a Elspeth Spindle vomitar sangre por intentar mentir bajo la influencia de la Carta.

No, no podía obligarla a mentir; era demasiado arriesgado. Tendría que absolverla indirectamente. La mentira tendría que venir de otra persona. Alguien prescindible del veneno del Cáliz.

«Tú», se dijo a sí mismo mientras su mirada se posaba en Tyrn Hawthorn, con el rostro aún oculto entre las manos. Golpeó la guadaña tres veces. «Lo harás bien».

Cuando Elm sintió que la sal le quemaba la nariz, la expulsó, entrecerró los ojos y se concentró solo en Tyrn Hawthorn. En lo que Tyrn quería.

Ansioso por ocultar su rostro desdichado, Tyrn también ocultó tras sus manos la mirada vacía y apagada de la Guadaña. Tyrn quería proteger a su hija. Quería su absolución.

Su voz era fuerte, aunque amortiguada por las manos. «Mi lealtad es para ti y tu familia, mi Soberano», dijo. «Príncipe Hauth... jamás conspiraría contra él».

Por un instante, las palabras se le atascaron en la garganta. Elm no perdió la concentración. «Cuéntales lo que pasó», murmuró entre la sal.

Llevé a Elspeth ante el príncipe Hauth porque prometió tratar su infección rápidamente, sin deshonrar a nuestra familia. Dijo que era la única manera de salvar la reputación de Ione.

Ahora venía lo más difícil. No una mentira verdadera, sino una combinación de verdades. Algo que alejaría a Ione del verdugo. Algo que tocaría los puntos débiles del Rey y lo detendría en seco.

Afortunadamente para Ione, después de años de experiencia, Elm conocía muy bien las debilidades de su padre.

Tyrn tosió. Al pronunciar las palabras que Elm le obligó a decir, su voz sonó tensa. «Por favor, señor. Si lastiman a mi hija, todos lo sabrán. Es hermosa, amada. Mi familia se ha ido... la gente hablará. Pero si permiten que Ione se quede aquí, su presencia aquietará la corte. Detendrá los chismes. Evitará que se corra la voz sobre lo que le ocurrió al príncipe Hauth».

La voz del Rey era gélida. "¿Y por qué querría ocultar lo que le pasó a mi hijo?"

Tyrn bajó las manos, dejando al descubierto sus ojos vidriosos. «Porque fue culpa vuestra. Fuisteis vosotros quienes firmasteis un contrato matrimonial con una familia portadora de la infección. Fuisteis vosotros quienes valorasteis una Carta de la Pesadilla por encima de todo». Su voz se convirtió en un susurro siniestro. «Si mi hija tiene la culpa de lo que ocurrió en Hauth, tú también».

El silencio reinó en el vasto salón. El Rey se quedó boquiabierto, y unas finas venas escarlatas surcaban el blanco de sus ojos. A su lado, Ravyn observaba con asombro el rostro de Tyrn Hawthorn. Los Paladines intercambiaron miradas de reojo, mientras sus sombras danzaban por la pista.

Ione miró a su padre con asombro.

El tormento que azotaba a quienes empuñaban la Guadaña durante demasiado tiempo —un tormento que Elm conocía muy bien— comenzó. Un dolor punzante y agudo le atravesó la cabeza desde la sien, intensificándose con cada segundo que pasaba. Elm parpadeó para contener el dolor, pero si le sangraba la nariz, sería imposible ocultarlo.

Rezó para que lo que había hecho bastara para mantener con vida a Ione; para que el Rey temiera la disidencia y los chismes lo suficiente como para contenerlo, al menos hasta que se le ocurriera un plan mejor. Golpeó su guadaña tres veces y dejó escapar un largo y tembloroso suspiro.

Toda la atención se centraba en Tyrn. Nadie vio a Erik Spindle moverse hasta que el ex Capitán Paladín apartó a Linden e Ione y encadenó a su cuñado.

Su máscara impasible se hizo añicos. "¿Fuiste tú?", rugió con la voz entrecortada. "¿Traicionaste a Elspeth?"

La cara de Tyrn se puso roja. "No más que tú."

Linden sacó una daga. «Atrás, Huso». Al acercarse, Erik giró, mucho más rápido de lo que debería haberlo hecho un hombre de su edad. Agarró la muñeca de Linden, la retorció y le arrebató la daga.

—¿Dónde está? —preguntó, apuntando con su arma a la garganta del Paladín—. ¿Dónde está mi hija?

Todos corrieron al centro de la sala. Elm saltó del estrado al mismo tiempo que Ravyn. Los Paladines irrumpieron, bloqueando la luz de las chimeneas con sus capas negras, sumiendo la sala del trono en la oscuridad.

Jespyr llegó primero a Erik. Lo agarró por la túnica y tiró de él hacia atrás con fuerza. Con un grito, Erik lanzó la daga al aire a ciegas. La hoja no hirió a ningún paladín.

Golpeó a Ione.

Tan agudo que no hizo ningún sonido, atravesó sus palmas.

El Rey gritó órdenes, pero Elm no las oyó. Apartaba a los demás paladines, chocando contra un mar de capas negras, para abrirse paso entre el tumulto.

El suelo de la sala del trono estaba teñido de rojo. Ione resbaló, atrapada entre Tyrn y los dos Paladines que luchaban por sujetarlo. La estaban aplastando. Elm gritó su nombre, y luego otra vez, más fuerte, presa del pánico: "¡Espino!".

Levantó la vista y sus miradas se cruzaron. Logró zafarse de su padre. Extendió la mano hacia Elm, pero sus dedos se le escaparon de las manos, manchados de sangre.

—¡Vamos! —gritó Elm, con los músculos tensos al borde del espasmo, los hombros doloridos, cada fibra de su cuerpo tendiéndose hacia ella...

Finalmente, logró agarrar la cadena que le ataba las muñecas. Estaba fría y pesada. La rodeó con sus dedos hinchados y tiró, sacando a Ione

de la multitud de Paladines, liberándola del caos.

Ella se estrelló contra su pecho y permaneció allí un instante, apretada contra él, subiendo y bajando la cabeza al ritmo de su respiración acalorada. Cuando Elm le tomó las manos, siseó. Erik Spindle las había apuñalado de palma a palma, dejándole una herida profunda, irregular y sangrienta.

Elm se los apretó contra el pecho para detener la hemorragia y luego metió la mano en el bolsillo. En el instante en que sus dedos tocaron el terciopelo y la sal le picó en la nariz, el mundo a su alrededor se desvaneció.

Imaginó una brisa invernal cortante, un patio de estatuas donde todo estaba quieto, sumido en el silencio. El patio era una imagen perfecta de la sala del trono. Solo que, en su imaginación, todo y todos allí estaban envueltos en hielo, congelados.

El olor a sal se hizo más fuerte, apoderándose de su mente. Lo ignoró y continuó girando la guadaña entre sus dedos. Hielo. Piedra. Silencio. «Alto», se dijo. «Quieto». Repitió las palabras una y otra vez, ordenando al mundo que lo rodeaba que se rindiera ante su guadaña. Alto, quieto.

FERMI.

Cuando abrió los ojos, la sala del trono estaba congelada. Erik, Tyrn, Ione, los Paladines, el Rey... todos estaban paralizados, con los ojos abiertos y vidriosos. Todos excepto Ravyn, quien se giró para mirarlo. Tenía la cara manchada de sangre.

El caos había cesado. Todo estaba quieto, todo estaba en silencio.

A excepción de la sangre que gotea de la nariz de Elm.

Capítulo Diez
Elspeth

El agua me lamía las piernas, la marea imparable, siempre igual, ni alta ni baja. No tenía hambre, ni sed, ni me sentía cansado. Había un nuevo nombre que no podía comprender. Como todos los demás, había comenzado como una imagen en mi mente. Pero mientras Ione era una flor amarillo pálido y mi padre una hoja escarlata, esta imagen era oscura, difícil de distinguir. Casi como si no quisiera ser vista.

Un pájaro de alas negras. Oscuro, alerta, inteligente.

Algo en mi pecho se quebró y el aire salió de mis pulmones.

Nuevos recuerdos me inundaron. No eran como los demás, suavizados por la infancia o ligados a la familia. Eran recientes, forjados cuando ya era mujer. Un hombre vestido con una capa negra, una máscara que solo dejaba al descubierto sus ojos. Luces púrpuras y burdeos. Un viaje sin aliento a través de la niebla. Una mano áspera en mi pierna al montar. La misma mano en mi cabello. El latido de un corazón en mi oído... una falsa promesa de eternidad.

Su nombre se me escapó de los labios: «Ravyn».

Una risa resonó en mi oído.

Abrí los ojos de par en par. Al girarme, una chica estaba sentada en la arena junto a mí. Era una niña todavía. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas perfectas, como si una mujer que la amaba se lo hubiera peinado con esmero.

Pero más que su cabello, más que su cabeza ladeada, fueron sus ojos lo que me llamó la atención. Ojos amarillos y brillantes.

"¿Quién eres?"

Una sonrisa curvó su pequeña boca. "Sabes quién soy. Soy tu Tilly".

Mi nombre se desplegó de mis labios como una larga cinta. «Soy Elspeth Spindle».

Su risa resonó por toda la playa. "¿Podemos construir un columpio en el tejo, como prometiste?"

Miré la vasta extensión vacía. "No veo ningún árbol, Tilly".

Su sonrisa se desvaneció. "De acuerdo." Se recogió la falda y suspiró. "Te esperaré en el prado. Por si cambias de opinión."

Se alejó de puntillas, sin dejar huellas en la arena. La observé, con escalofríos en la nuca.

Otras voces resonaron en la oscuridad, tenues como las olas en la playa.

Miré hacia arriba. Desde el final de la playa, llegaban niños. Todos eran varones, y todos tenían ojos amarillos, excepto el más alto, cuyos ojos eran grises.

Nadie dejó huellas en la arena.

El chico de ojos grises se arrodilló sobre una pierna. Me observó la cara. Suspiró. "Estás con nosotros, pero nunca estás realmente presente, ¿verdad, papá?"

Capítulo Once
Ravyn



—¡Deja de moverte! —espetó Filick Willow, con las yemas de los dedos heladas mientras cosía los trozos de piel de la frente de Ravyn—. No puedo coser bien cuando te mueves así.

Ravyn dejó de golpear el pie y permaneció inmóvil, sentado en un taburete en los aposentos del Rey. Un fuego de pino crepitaba en la gigantesca chimenea. Filick se inclinó sobre él con aguja e hilo y continuó cosiendo meticulosamente la herida sobre su ceja izquierda.

Era tarde. Los Paladines se habían acostado. Unas sombras oscuras rodeaban los ojos del Rey mientras paseaba ante la chimenea, bebiendo largos tragos de una copa de plata. De vez en cuando, su voz se elevaba con furia.

"Apuesto Capitán Paladín", refunfuñó. "Inmune a la magia de las cartas. Inigualable en combate". Miró a Ravyn con enojo. "Noqueado por Erik Spindle, un hombre que llevaba tres días congelado en las mazmorras".

Ravyn negó con la cabeza; un chichón ya le crecía donde las cadenas de Erik habían chocado con su sien. "No es nada."

¿Qué te dije? ¡No te muevas! —exclamó Filick, tirando de la aguja y juntando los trozos de piel—. Si la herida no cicatriza bien, parecerás un carterista común.

Elm se rió entre dientes desde la chimenea.

—Y tú —continuó el Rey, volviéndose hacia su hijo—, un muerto habría blandido la guadaña con más gusto que tú.

Elm se quitó la sangre seca de debajo de las uñas. "Tengo entendido que también llevas una Tarjeta Roja en el bolsillo, ¿verdad?"

El rostro del Rey se ensombreció. «Estabas a la derecha del trono. La Guadaña, y todo el dolor que conlleva, es tu responsabilidad». Bajó la voz. «Hauth lo entendía».

Al mencionar el nombre de su hermano, Elm entrecerró los ojos. Pero antes de que pudiera responder, la puerta se abrió de golpe y Jespyr apareció en el umbral, con el rostro demacrado, el pelo despeinado y las mejillas salpicadas de sangre.

“¿Y bien?” preguntó el Rey.

—Spindle y Hawthorn han sido devueltos a las mazmorras, señor.

—En celdas separadas, espero —murmuró Filick.

El Rey suspiró. Un instante después, toda la bandeja de copas de plata se había estrellado contra el suelo, derramándose el vino sobre el suelo de piedra. «Hauth no da señales de vida. Orithe ha muerto. Erik y Tyrn, hombres de mi círculo íntimo, han vivido en el engaño durante más de una década, ocultándome la infección de Elspeth Spindle. Sin embargo, hasta que la Carta de los Alisos Gemelos esté en mi poder, parece que debo ceder». Su mirada volvió a Ravyn, con las fosas nasales dilatadas. «Y todo es culpa tuya».

Ravyn sabía lo suficiente sobre el temperamento de su tío como para no hacer comentarios.

Elm no tenía el mismo autocontrol. "¿Por qué dices eso?"

El Rey empezó a gritar: "¿No era una invitada del Castillo Yew? ¿Acurrucada como un cuco bajo las malditas narices de mi Capitán?"

“En su defensa”, añadió Elm, “hay que decir que tiene una nariz bastante grande”.

El blanco de los ojos del Rey se enrojeció. Por un instante, pareció como si estuviera a punto de agarrar a su hijo por el cuello. «Debería echarlos a los tres de mi guardia por su abominable ineptitud».

Tras una pausa agobiante, Jespyr habló. «Se cometieron errores de juicio, tío», dijo con calma. «Fuimos incansables en nuestro reconocimiento, meticulosos en la protección de tu reino. Pasamos por alto lo que teníamos ante nuestros ojos. Elspeth era una presencia tan tranquila y amable bajo el techo de nuestro padre».

"La estratagema de un mentiroso."

El golpe en la cabeza había despertado la mente de Ravyn. Estaba sentado en la recalentada cámara del Rey, pero una parte de él deseaba estar en las mazmorras.

Diez minutos, se repitió por enésima vez en esos cuatro días. Todo podría haber sido diferente si hubiera llegado a Spindle House diez minutos antes. Miró al Rey. «No convertimos a Elspeth Spindle en una mentirosa. Desde el momento en que la infección tocó su sangre, fue su destino. Así son las cosas en Blunder».

El Rey se detuvo en seco. Se giró, con la mirada clavada en Ravyn. El silencio pareció absorber el aire de la habitación. Incluso las manos de Filick dejaron de coser. Todos miraron al soberano, expectantes.

—Fuera —dijo el Rey—. Todos. Quiero hablar a solas con mi sobrino.

Ravyn sintió la mirada de Jespyr sobre él. No la devolvió. Estaba fascinado por la mirada del Rey. Filick ató el último punto y se retiró, siguiendo a Jespyr en silencio hacia la puerta.

Elm se quedó junto a la chimenea.

—Ve, Renelm —ordenó el Rey.

Elm le dirigió a Ravyn una mirada significativa y se fue, cerrando la puerta de un portazo.

El Rey esperó a que volviera el silencio. "¿Aprecias tu posición aquí, sobrino?"

Ravyn le sostuvo la mirada. "No sé qué aprecio, tío."

-¿No quieres ser mi capitán?

"Lo que deseo no importa."

El último recipiente que no se había roto ni tirado al suelo era una licorera de plata. «Por fin llegamos a un acuerdo». El Rey dio un largo trago. Al retirar la licorera de sus labios, tenía la mirada nublada. «Permitiré que Ione Hawthorn se quede en el castillo. Aunque solo sea para acallar los rumores de la traición de Erik y Tyrn en la corte. La gente seguirá preguntándose por la ausencia de Hauth. Habrá chismes y vergüenza. Los errores necesitan control, no violencia ni infidelidades ambiguas».

Se quedó mirando el fuego un momento más y luego cruzó la habitación hasta su cama, cubierta de terciopelo. El marco de la cama crujió bajo su peso. «Que Elspeth Spindle cumpla su palabra», murmuró. «Síganla fuera del castillo, adentrándose en la niebla. Que encuentre la Carta de los Alisos Gemelos. Luego, tráiganla aquí. Si alguno de ustedes intenta engañarme, traeré a Emory del Castillo Yew y lo arrastraré de vuelta a la Roca. Pero esta vez no tendrá una habitación bonita ni un fuego ardiente para calentarse». El Rey bostezó. «Tendrá una celda en las mazmorras».

Una oleada de rabia se apoderó de Ravyn. Todos sus músculos se tensaron, y palabras cargadas de veneno se le atascaron en la garganta. Pero su rostro permaneció impasible.

"A tu regreso, haré lo que dice el Libro Antiguo." El Rey cerró los ojos. "En el próximo Solsticio, derramaré la sangre contaminada de Elspeth Spindle. Reuniré la Baraja. Después de quinientos años, seré el Rowan que finalmente disipe la niebla." Su voz estaba cargada de sueño. "La gente dirá esto cuando hable de mi reinado."

—A sus órdenes, tío. —Ravyn se dio la vuelta para irse—. Nos iremos de inmediato.

«Me queda quien.»

Ravyn se detuvo en la puerta. "Pero es mi mano derecha".

—Y mi segundo heredero. —El Rey se hundió en el colchón—. No puedo arriesgarme a exponerlo al mismo peligro que destruyó a Hauth.

“La Inc… Elspeth… no le haría daño.”

El Rey soltó una carcajada. «Ni tú mismo lo crees».

Ravyn se devanó los sesos, buscando algo que pudiera hacer cambiar de opinión al Rey. Pero no le salían las palabras. Su mente estaba nublada, exhausta, tan cansada que le dolía físicamente.

Se presionó las palmas de las manos contra las cuencas de los ojos. "A Elm no le gustará quedarse atrás".

"Es un Príncipe del Error. No importa lo que le guste o no le guste."

Pero Ravyn no estaba dispuesto a adentrarse en la niebla, en lo desconocido, solo con un monstruo de quinientos años empeñado en vengar los agravios del pasado. Necesitaba a alguien que le protegiera las espaldas.

Alguien que siempre había cuidado de ellos.

—Jespyr —dijo en un tono indiscutible—. Necesitaré a mi hermana. —Aunque le costaba, inclinó la cabeza—. Por favor.

El Rey guardó silencio un momento. Cuando finalmente accedió, lo hizo con un gruñido gutural. «De acuerdo. Pero trae también a otro Paladín. Gorse».

Ravyn no se opuso. Asintió brevemente y abrió la puerta.

—De todos modos, tu deseo se cumplirá —gritó el Rey tras él—. Cuando todo esto termine, te destituiré del mando. —Sus palabras destilaban resentimiento—. Has demostrado ser una gran decepción, Ravyn.

Ravyn le dedicó una última reverencia desde la puerta. "Viniendo de ti, tío, lo tomo como un cumplido".

Capítulo Doce
Olmo

Elm llegó a Filick antes de que el Médico llegara a la escalera principal. Estaba tan exhausto que tuvo que agarrarse a la barandilla; de lo contrario, sus rodillas no lo habrían sostenido.

Filick respiró hondo. «El Rey está de mal humor».

—He visto cosas peores. —Elm se pasó la mano por la cara—. ¿Sabes dónde metieron a Hawthorn? No me digas que esos idiotas la llevaron a las mazmorras.

El Doctor bostezó. "Creo que está en la planta de servicio."

¿Le enviaste un médico?

"¿Por qué?"

"Sus manos. Erik las cortó con la daga."

Filick abrió mucho los ojos y negó con la cabeza. «Te equivocas». Ante el asombro de Elm, el Doctor soltó una risa nerviosa. «Te aseguro que cuando la vi, tenía las manos intactas».

"Y te aseguro que había una herida. Una bastante grave."

—Probablemente era sangre de otra persona. —Filick le puso una mano en el hombro—. Duerma unas horas, príncipe. Le aseguro que la señorita Hawthorn está sana y salva.

Elm vio al Médico desaparecer por las escaleras en la oscuridad, con la mente sumida en el agotamiento. Recordó el agarre helado de las cadenas de hierro de Ione. La agonizante conmoción que sintió al ver sus palmas desgarradas.

La sensación de sus manos presionando contra su pecho.

No podría haberlo imaginado todo.

La mirada de Elm bajó hacia su jubón. Casi esperaba no ver nada. En cambio, allí estaban. Visibles incluso en la tela negra, dos manchas.

Las huellas de dos manos ensangrentadas.

Los guardias apostados a ambos lados de la quinta puerta del pasillo de servicio facilitaron la identificación del lugar donde los Paladines habían encerrado a Ione. Al acercarse Elm, se retiraron a las sombras y bajaron la mirada.

El Príncipe golpeó la puerta, maldiciendo entre los moretones en los nudillos. «Abre, Espino». Al no recibir respuesta, asestó otro golpe al nudoso pino. «¡Espino!».

—Está cerrado con llave dentro, señor —dijo el guardia a su izquierda, ofreciéndole una pequeña llave de bronce.

Elm lo sopesó en la mano. Siempre le había dicho a Ravyn que su gran manojo de llaves lo hacía parecer un carcelero, cuando en realidad, tener las llaves del castillo debería ser su trabajo, como segundo príncipe. Ravyn le ahorró esa tarea.

"Váyanse", les dijo a los guardias. Esperó a que se fueran y luego metió la llave en la cerradura.

La puerta se abrió con un crujido. La habitación estaba iluminada por una única linterna de cristal. El olor a lana y madera recién cortada le inundó la nariz. Al cerrar la puerta, captó un movimiento con el rabillo del ojo.

—Árboles sagrados —dijo, girándose bruscamente—. ¿Qué…?

Ione Hawthorn emergió de entre las sombras, tan cerca que Elm la golpeó contra la puerta. Levantó un dedo y se lo clavó en el pecho con una fuerza impresionante, enfatizando cada palabra. «Ahora. Explícame. ¿Por qué?».

La intensidad de su mirada pilló a Elm desprevenido. Apenas le llegaba al hombro, o mejor dicho, a la clavícula, pero eso no hacía que su actitud fuera menos intimidante. Había una ira latente en Ione Hawthorn. La Doncella logró disimularla bien, incluso mitigarla, pero seguía ahí.

Quizás había cosas que ni siquiera la magia podía borrar.

"Sé cuidadoso con ese dedo, Hawthorn. Te dije que era cuidadoso."

—No, eres un maldito idiota. —Ione retrocedió un paso—. Mi padre... lo que dijo durante el interrogatorio. Eras tú, ¿verdad? Tú y tu Guadaña.

Elm se apartó un mechón de pelo de la cara. "No fue mi mejor trabajo, lo admito", dijo, ligeramente a la defensiva. "Aunque no es frecuente que tenga que luchar contra un Cáliz para que la gente haga lo que quiero".

¿No se te ocurre nada mejor que obligar a mi padre a amenazar al Rey?

Elm se apoyó en la puerta. "Solo le di las palabras adecuadas". La miró con el ceño fruncido. "Por cierto, de nada. El Rey no te matará ahora. Al menos no mientras tenga miedo de que la gente hable. Siempre le han temido los chismes. En cualquier caso, te hará pagar caro lo que Elspeth le hizo a su hijo favorito". Señaló la habitación. "Por ahora, te he ahorrado la prisión. Estarás vigilado, pero seguirás siendo bien considerado en la corte. Puedo organizar una escolta armada para cuando necesites moverte por el castillo. Y si el Rey cambia de

opinión..." Se mordió el interior de la mejilla. "Encontraré la manera de que abandones la Roca en secreto".

Ione no dijo nada, pero arrugó la nariz, como si algo repugnante hubiera muerto ante ella. Los hombros de Elm se tensaron. "¿No era eso lo que querías? Una vida por otra vida." La miró con severidad. "Estamos a mano, Hawthorn."

No quería que me exhibieran por la corte para acallar los chismes sobre lo que le pasó a tu desafortunado hermano. Quería recuperar lo que necesito y luego desaparecer del castillo. ¡Dios mío! Creí que eras lo suficientemente inteligente como para darte cuenta.

Sus palabras le dolieron a Elm. Las asimiló. "Podrías haber desaparecido durante la emboscada de los bandidos en el bosque", dijo con la misma fuerza. "Pero no lo hiciste". Se apartó de la puerta, proyectando su sombra sobre ella. "¿Qué hay en la Roca que no pudiste abandonar?"

Ione no dijo nada. Pero sus ojos ardían. Eran del color de un campo verde sembrado de hojas otoñales. Ámbar goteando sobre el musgo. Calor, vida e ira... tanta ira que brillaban, incluso en la oscuridad.

Aún así, permaneció en silencio.

Elm se movió tan rápido que la llama de la linterna titiló tras la pantalla de cristal. Tomó la mano de Ione y la levantó, disfrutando de la sorpresa que se dibujó en su rostro: las cejas arqueadas, el leve jadeo que escapó de sus labios. «Déjame ver tu mano, Hawthorn», dijo en voz peligrosamente baja.

Sus dedos se curvaron, no lo suficiente como para formar un puño, pero sí lo suficiente como para ocultar la palma. Elm solo tenía que aplicar la presión adecuada y se abrían.

No lo hizo. Si ella estuviera herida, el dolor sería insoportable. Y aunque no lo estuviera...

—Por favor —dijo en voz más baja—. ¿Puedo ver tu mano?

Ione no se movió. Ante ese "por favor", toda su postura se tensó, con los ojos abiertos como platos. Casi como si hubiera esperado que le abriera la mano a la fuerza.

A Elm no le gustó esa expresión. Lo hacía sentir sucio. Soltó su mano.

Ione notó el rubor en sus mejillas. Lentamente, abrió los dedos, uno tras otro. Cuando le mostró la palma hacia arriba, Elm se quedó sin aliento.

La sangre había desaparecido. En su lugar, la piel estaba impecable, surcada de finas líneas. No había rastro de la herida.

Elm pasó el pulgar por la palma de su mano, presionando la carne en busca de lo que no podía encontrar.

—No te has vuelto loco —murmuró Ione—. El corte fue profundo.

La necesidad de mordisquear esa palma, de aplastar la piel como si fuera arcilla para probar su resistencia, era irresistible. "¿Cómo?"

«¿No puedes adivinarlo?»

Elm recordaba la sensación de la madera antigua de la puerta de Hawthorn House bajo su oreja. La lluvia en su rostro. El viento gélido. El cabello rubio de Ione, húmedo y despeinado, mientras cabalgaban. La mano del bandido en su pierna. Su voz gélida y despiadada.

Mátame. Si puedes.

Su visión se desvaneció mientras todo volvía a enfocarse dolorosamente y las piezas del rompecabezas empezaban a encajar. Su mirada recorrió los rasgos de Ione... su rostro impecable. La piel era demasiado perfecta, los rasgos demasiado simétricos, la voz demasiado melodiosa. Desde el principio, supo que esta no era la verdadera Ione Hawthorn. Era la forma en que la Carta de la Doncella la había transformado, transfigurándola con una belleza sobrenatural. Enjaulándola. Protegiéndola.

Guarendola.

“La Doncella.” Las palabras salieron estridentes de su boca.

La punta de la ceja de Ione se elevó tan imperceptiblemente que Elm casi no se dio cuenta. "Pareces inteligente. A veces."

Elm caminó hacia el centro de la habitación, aturdido, eufórico, con una ligera náusea en el estómago. «Árboles sagrados, necesito sentarme». Retrocedió hasta el borde de la cama y se dejó caer boca arriba, haciendo una mueca de dolor al ver lo delgado del colchón. «Quinientos años», murmuró para sí. «Durante quinientos años, los Papeles de la Doncella solo se han usado como regalo para las hijas de los hombres ricos».

—¿Quieres decir que quinientos años se han desperdiciado en mujeres, Príncipe?

"No es..." Elm se mordió el labio. "No malinterpretes mis palabras. Si la Doncella tiene el poder de sanar, es evidente que se han cometido graves omisiones."

Ione se sentó en la cama junto a él. No parecía cansada, pero tenía los hombros encorvados y la voz apagada. «Los hombres no sabrían qué hacer con la Doncella. ¿Qué es la belleza comparada con el verdadero poder? Mi padre nunca me dejó tocar sus Cartas de la Providencia. Pero la Doncella... me la dieron voluntariamente, como un terrón de azúcar a un caballo. Algo dulce para distraerme del bocado que me metieron en la boca». Bajó la barbilla y su largo cabello le cayó hasta los hombros. «Si las mujeres han descubierto el verdadero potencial de la Doncella, sus poderes curativos, ¿te sorprende que los hayan mantenido en secreto?».

Olmo permaneció en silencio. Pero por dentro gritaba. Así que los serbales, además de brutales, eran tontos. En cinco siglos, alguien debería haberse dado cuenta de eso.

Se pellizcó el puente de la nariz. "¿Dónde está tu tarjeta de soltera?"

"¿Por qué debería decírtelo?"

"¿Todavía no confías en mí, Hawthorn?"

"Šiete un Rowan."

Lo dijo en voz baja. Pero en su melodiosa voz se escondía una acusación, una hostilidad silenciosa que lo hería profundamente, conmoviéndolo por completo. «Está aquí, ¿verdad?», preguntó. «Tu Doncella. Por eso querías volver a la Roca... para recuperarla». La miró fijamente. «¿Dónde está, Ione?».

Pero ese rostro, ese hermoso rostro indiferente, no revelaba nada. Antes de abrir la boca, Elm supo que no respondería a su pregunta. "Ahora que sabes lo que la Doncella puede hacer", dijo Ione, recogiéndose el cabello tras las orejas, "¿piensas usarla para curar a tu hermano?"

Elm no lo había pensado. Se pasó las manos por los ojos, gimiendo. «No hay suficientes palabrotas en todos los idiomas del mundo para responder a esa pregunta», murmuró.

"Porque si lo haces, él..."

La lista de cosas terribles que haría mi hermano si despertara es más larga de lo que te imaginas. Elm cerró los ojos y respiró hondo, con dolor. Días atrás, cuando estuvo en las mazmorras con Ravyn y su padre frente a la celda de Elspeth Spindle, no podría haber imaginado una situación más desesperada.

Pero ahora las cosas habían empeorado aún más, y todo por culpa de la maldita Ione Hawthorn y su Carta de Doncella. Si algún día tuviera la edad suficiente, les contaría esa historia a sus nietos, con la lección de nunca pactar con una mujer hermosa.

"Parece que la mejor opción es mantener en secreto la magia de la Doncella", dijo. "Al menos por ahora".

Cuando abrió los ojos, Ione lo miraba fijamente. Buscaba en su rostro algo que no parecía encontrar.

Olmo sintió como si le frotaran lana cruda contra la piel desnuda. Irritado, con hormigueo.

Pero esa incomodidad venía acompañada de otra sensación en la boca del estómago. Una especie de euforia arremolinada, como saltar una valla a caballo. Y aunque estaba tan cansado que le daban náuseas, pensó que quizá debería permanecer despierto un poco más para que esa sensación durara más.

Se levantó, agarrándose al marco de la cama por un momento. "Ven conmigo".

"¿Paloma?"

«En prisión.»

Ione se puso rígida. "¿Por qué?"

—Elspeth. —Elm se metió las manos en los bolsillos—. Te llevaré a ver a Elspeth. O lo que queda de ella.

Capítulo trece
Elspeth



Cuando recuperé la memoria, su peso me hundió tan profundamente que no pude encontrar salida. La magia. La infección. Las Cartas de la Providencia. Lo que Hauth Rowan me había hecho aquella última noche, en Spindle House.

El monstruo que me salvó.

Empecé a gritar, llamando a la Pesadilla que había ocupado mi lugar. Corrí sin aliento por la playa, buscando una salida, solo para encontrarme de vuelta donde empecé. Salté al agua y nadé, pero no di más de diez brazadas desde la orilla. Grité hasta quedarme sin voz y lloré hasta que se me acabaron las lágrimas.

—Ya lo recuerdo, Pesadilla —grité en la oscuridad—. ¡Déjame salir! ¡Déjame salir!

Mi única respuesta fue el silencio.

Los niños iban y venían, sin dejar huellas en la arena ni ondas en el agua. Poco a poco, aprendí sus nombres. Tilly y sus hermanos: Ilyc, Afton, Fenly, Lenor. El mayor, el de ojos grises, se llamaba Bennett.

Parecían no notarse. Caminaban por el mismo tramo de playa sin siquiera mirarse ni intercambiar una palabra. Incluso vi a dos de los más pequeños cruzarse.

Pero ellos hablaron conmigo.

"¿Quieres venir a ver lo que construí?", me preguntó Lenor un día. Empezó a tirarme de la manga, pero su mano me atravesó el brazo.

«Yo… yo…»

Su rostro se entristeció, al igual que sus ojos amarillos. "Quizás en otra ocasión."

"Llevo dos semanas practicando a diario", anunció Fenly después de un momento, o unas horas, no tenía ni idea. "La tía Ayris dijo que podrías venir a verme competir en el torneo el Día del Mercado". Pero incluso mientras lo decía, me di cuenta de que no lo decía en serio. Bajó la mirada, igual que Lenor. "Obviamente, tienes otras cosas que hacer".

—Eso no es verdad —grité, pero desapareció en el agua.

Con un sentimiento de desánimo, me di cuenta de que Ilyc y Afton eran gemelos. Me recordaban a mis hermanastras. Solo que, a diferencia de Nya y Dimia, no hablaban el lenguaje secreto y lleno de insinuaciones de los gemelos. No hablaban nada. A veces, sus rostros se fundían, convirtiéndose en uno solo. "Quiero un Huevo de Oro", dijo Ilyc, ¿o era Afton? "Le diste a Bennett unas Tarjetas de la Providencia. Yo también quiero una".

Extendí mis manos vacías. "No tengo papel que darte".

Fruncieron el ceño. Cuando volvieron a hablar, fue para gritarme: «Te los estás guardando todos para ti».

"No es verdad."

"Te odio."

Me tapé los oídos con las manos y cerré los ojos. Cuando los volví a abrir, los gemelos ya no estaban.

La ausencia de tiempo se teñía de desesperación. No tenía nada que hacer en esa larga y desierta playa salvo pensar... recordar. Y allí, incluso mis recuerdos más preciados se amargaron hasta que mis pensamientos hambrientos comenzaron a consumirme. Mi familia moriría por ocultar mi infección. La ira del Rey no perdonaría ni siquiera a mis primos pequeños, Aldrich y Lyn. Todos morirían.

Es mi culpa.

En cuanto a los Tejos... Destruí su esperanza de curar a Emory. Necesitaban la sangre de Orithe Willow para restaurar la Cubierta. Y lo maté.

Mis pensamientos se corrompieron hasta infectar mi mente.

Pero incluso entonces, un atisbo de calidez persistía en el frío e inerte estado de mi desesperación. Un destello de luz... de esperanza. La delicadeza de las manos de mi tía al peinarme. El brazo de Ione entrelazado con el mío, nuestros tacones resonando en las calles adoquinadas en un día de mercado.

Ravyn Yew me abraza con la fuerza suficiente para borrar todo Blunder.

Mi vestido negro de lana se empapó mientras caminaba hacia las olas. Bennett apareció de la nada a mi lado. «Los niños te extrañan», dijo, jugueteando con sus dos cartas, el Espejo y la Pesadilla. «Sobre todo Tilly. Ven a cenar. Solo por esta vez».

Para entonces, me había dado cuenta de que no me hablaba. Ninguno de ellos me había hablado nunca. Esa playa negra, ese lugar del olvido, pertenecía al Rey Pastor.

Sé lo que sé…

Mis secretos son silenciosos…

Los he conservado durante mucho tiempo y los conservaré durante mucho tiempo.

Allá abajo. En la oscuridad, en la playa. Donde no había sol ni luna. Donde la tórtola no cantaba al amanecer ni el búho anunciaba el crepúsculo. Un lugar de desolación, vacío y desesperación. Allí guardaba sus secretos el Rey Pastor.

Y yo estaba entre ellos.

Miré a Bennett a los ojos grises. «No puedo quedarme aquí contigo y que me olviden», dije. «Encontraré una salida».

Entré al agua, donde rompían las olas. Nadé con todas mis fuerzas. Grité, tragando el agua salada. Seguí pateando y arañando el agua hasta que mis músculos cedieron.

Me hundí bajo las olas…

Y me hundí en la oscuridad.

Capítulo Catorce
Ravyn



Los guardias que custodiaban la puerta de Emory se retiraron a las sombras. Ravyn giró la llave de la habitación de su hermano y se detuvo en la puerta, buscando en su bolsillo. Sin darse cuenta, sus dedos habían tocado la Carta de la Pesadilla tres veces.

La sal abrumaba sus sentidos. Ravyn buscó una presencia familiar, reconfortante como el fuego, el cuero y las páginas de un libro bien leído.

Jespyr.

¿Ravyn?, respondió ella sorprendida.

Los Alisos Gemelos, Jes. Salimos al amanecer.

Hubo una pausa. ¿Qué puedo hacer por usted?

La mano de Ravyn tembló en el pestillo. «Emory», susurró.

yo llego

Con el tercer golpe, la sal la abandonó y Jespyr desapareció de su mente. Respirando hondo, Ravyn finalmente decidió abrir la puerta.

Emory yacía en su banco, en un rincón de la pequeña habitación. Con la manta subida hasta la barbilla y los ojos cerrados, parecía casi dormido. Pero sus hombros estaban demasiado tensos, su rostro demacrado, demasiado demacrado para alguien que descansaba. Temblaba, sus labios de un gris lívido.

Ravyn abrió el armario y comenzó a buscar la capa más abrigada que pudo encontrar.

La voz de Emory sonaba ronca y tensa. "¿Qué haces?"

—Es hora, Em. —Ravyn le puso una capa de lana en el regazo—. Nos vamos. Ahora mismo.

Emory intentó incorporarse. "¿Por qué?"

"Se han dado instrucciones."

"¿Qué disposiciones?"

¿Dónde están tus botas?

Emory señaló el final del banco.

Ravyn se sentó y, con dedos ágiles, se puso las botas de cuero sobre un par de calcetines gruesos. Mientras tanto, ella sintió su mirada penetrante sobre ella.

“¿Qué arreglos?” repitió el muchacho.

Ravyn ajustó los cordones, aunque estaba casi seguro de que su hermano ya no tenía fuerzas para caminar sin apoyo. "Te llevaré a casa".

Un jadeo sacudió el frágil cuerpo de Emory. "Pero tío..."

—El Rey lo sabe —dijo Ravyn, con más brusquedad de la que pretendía. Suspiró y finalmente levantó la vista.

Mirar a su hermano fue más doloroso de lo que había imaginado.

Emory había florecido como un jardín en primavera, pero ahora estaba marchito, congelado hasta los huesos por la fiebre y su devastadora degeneración. Su espalda juvenil, antes recta como un huso, ahora estaba curvada, como si su columna vertebral, protuberante en nudos afilados, pesara más que el resto de su cuerpo. Su piel cobriza estaba pálida, sus mejillas hundidas, las yemas de sus dedos azules. Y sus ojos —sus luminosos ojos grises— estaban apagados, opacos, iluminados solo por el mortal presentimiento de lo que estaba por venir.

Se estaba degenerando. Más rápido de lo que Ravyn temía. Y aunque la degeneración de Ravyn le impedía usar ciertas Cartas, y la de Elspeth había fortalecido al monstruo en su mente, la de Emory simplemente... lo estaba matando.

Extendió la mano hacia el hombro de su hermano. "Todo irá mejor, Em", dijo. "Te lo prometo".

La camisa del chico se deslizó. En cuanto la palma de Ravyn tocó su piel, sus ojos se pusieron vidriosos. Un profundo escalofrío lo sacudió y sus labios se apretaron en una línea exangüe. Agarró la mano de Ravyn y puso los ojos en blanco.

Ravyn se apartó, dándose cuenta de lo que había hecho. Su mano... había tocado a Emory. Intentó soltarse, pero su hermano la agarraba con fuerza, clavándosele las uñas en la piel.

—El cuervo tiene tres cabezas —dijo Emory con voz entrecortada, como si llevara una cuerda invisible alrededor del cuello—. Un bandido, un paladín y otro. Antiguo, heredado de tus antepasados. Dime, Ravyn Yew, después de tu largo viaje por mi bosque... ¿por fin sabes tu nombre?

Ravyn se zafó de su agarre. En cuanto sus manos se separaron, la magia abandonó a Emory. Sus ojos volvieron a mirar hacia adelante. Vidriosos. Se le llenaron los ojos de lágrimas. "¿Qué pasó?", preguntó.

Ravyn tuvo que hacer acopio de todo su autocontrol para no delatar su sorpresa. "Nada, Emory."

“¿Dije… dije algo?”

La magia de Emory nunca había sido un don. Para su familia, resultaba desconcertante. Para los desconocidos, aterradora. Con un simple toque, el niño podía leer los pensamientos más íntimos de una persona: sus miedos y deseos, sus secretos más oscuros, su futuro. Por muy enterrado que estuviera, no había nada que Emory no pudiera ver.

Usar esa magia le quitó la vida. La poca vida que aún le quedaba.

Ravyn le pasó un brazo por las axilas y lo levantó del banco, con cuidado de no volver a tocarle la piel. Era tan ligero que no le costó ningún esfuerzo.

Emory dejó caer la cabeza hacia adelante. Sus párpados se cerraron; sus palabras fueron un susurro ronco. "Lo olvidé... ¿Adónde vamos?"

Ravyn apretó la mandíbula y abrió de una patada la puerta de la prisión de su hermano. Si la linterna de la mesa hubiera estado encendida, la habría tirado y habría incendiado la habitación. "A casa, Emory. Te llevaré a casa."

El chico no pesaba más que una gran silla de montar. Pero las escaleras eran largas. Cuando se encontraron con Jespyr en el pasillo este, Ravyn estaba sin aliento, con la frente perlada de sudor.

Emory se había quedado dormido. Cuando lo recogió, Jespyr jadeó de asombro. «Es poco más que una ramita».

Ravyn se dio la vuelta. Si miraba las lágrimas de su hermana demasiado tiempo, probablemente él también derramaría algunas. "Llévalo al Castillo Yew. Ahora. Estaré allí pronto."

Sin perder más tiempo, Jespyr tomó un corredor de servicio en dirección oeste.

Ravyn escuchó sus pasos alejarse y se ajustó la capa con un suspiro. No se giró para mirar las escaleras que conducían a la habitación de Emory. Ni esas ni ninguna otra parte del castillo del Rey habían merecido sus palabras de despedida.

Sin embargo, Ravyn murmuró dos: «Al diablo con eso».

Capítulo quince
Olmo

Las sombras en el pasillo se cernían fugazmente. Parecían más altas a altas horas de la noche, cuando faltaban pocas horas para el amanecer. Elm se frotó los ojos y parpadeó. Necesitaba dormir desesperadamente. Estaba abriendo la boca para preguntarle a Ione si la Doncella también la protegía del cansancio, cuando resonaron pasos por el pasillo.

Ione lo empujó contra una puerta. Las costillas de Elm chocaron con el pomo de hierro, y jadeó. «Me lastimaste», espetó, molesto.

El eco de los pasos se desvaneció. Quienquiera que fuese —médico, guardia o sirviente— no se dirigía hacia ellos. Ione permaneció rígida, esperando. La luz de la antorcha le acarició el puente de la nariz, la curva de sus labios en forma de corazón, la suave línea del cuello y el hueco de la garganta.

Elm miró hacia otro lado.

Solo cuando el pasillo volvió a quedar en silencio, Ione reconoció haberlo oído. «Perdona, lo olvidé. Eres delicada».

—Sí. Debería estar en cama ahora mismo, descansando mi frágil cuerpo. —Agitó sus nudillos magullados frente a su rostro—. No todos tenemos una Carta de Doncella que sane nuestros cadáveres mortales, dejándolos perfectos. —Miró sus manos—. ¿Esa herida te dolió mucho?

Cada rasgo del rostro de Ione era ilegible. «Sí. La Doncella tarda en curarme. Cuando la magia hace efecto, me siento bien, casi eufórica, al no sentir más dolor».

"Se ve bien."

—Si quisieras, también podrías tener una Doncella. —Ione salió de su escondite y caminó por el pasillo con pasos silenciosos—. Eres una Rowan. ¿No estás acostumbrada a tomar lo que quieras?

“Claro que no, ya que lo único que quiero es una noche de sueño tranquilo”.

"Fue tu idea ir a las cárceles".

“Una idea excelente, ya que Elspeth tiene la singular habilidad de ver las Cartas de la Providencia por color… incluso a distancia.”

Ione se quedó paralizado. "¿En serio?"

—Sí. —Elm se mordió una uña—. Podría ser útil. Sobre todo para ti.

"¿Venir?"

La miró fijamente. "Pediste libertad de movimiento por el castillo, pero en varias ocasiones no has podido indicar el paradero de tu Doncella". Ladeó la cabeza. "No tienes ni idea de dónde está, ¿verdad, Hawthorn?"

Ione respiró hondo y continuó por el pasillo. «Debe ser agotador presumir de tu inteligencia delante de todo el mundo, Príncipe».

Elm la alcanzó en dos zancadas. «Sigues usando la magia de la Doncella. Si alguien más la hubiera tocado, la conexión se habría cortado». Se inclinó sobre ella y añadió con voz complacida: «Eso significa que son ustedes quienes la perdieron».

Un atisbo de fastidio cruzó la frente de Ione. No lo miró. No con la indiferencia con la que solía ignorarlo. Esta vez, parecía decidida a evitar su mirada.

¿Qué pasó? ¿Te emborrachaste un poco la noche del equinoccio? ¿Dejaste la carta de la doncella en una maceta y seguiste bailando?

«Algo así.»

Elm rió para sí mismo. «No hay nada de qué avergonzarse. El Espíritu sabe que no he celebrado un equinoccio sobrio en...», contó con los dedos. «...varios años».

Ione mantuvo la mirada fija al frente. «Acompáñame a las mazmorras. Después, podrás volver a ser el Príncipe caprichoso y temperamental que has sido desde que naciste. Los árboles saben cuánto disfrutaré deshacerme de ti».

Elm la siguió por el pasillo hasta las escaleras. No necesitó decirle qué camino tomar. Solo tenían que bajar. "¿Eso es lo que dicen de mí? ¿Que soy caprichosa?"

«Yo también oí la palabra idiota.»

"Naturalmente."

Ione se encogió de hombros. «Dicen que te excedes en tu libertad... que eres un Príncipe degenerado y rebelde. Inigualable para la Guadaña, pero un Paladín terrible. Al menos, eso dicen los hombres».

Degenerado. Elm se tragó la palabra y torció la boca en una sonrisa burlona. "¿Y qué dicen las mujeres?"

Ione mantuvo la mirada fija en las escaleras. "Nada especial."

“Pero imagino que hay menos decepción en sus voces”.

Un leve rubor le subió por el cuello hasta las mejillas. "Tal vez."

La sonrisa de Elm se transformó en una sonrisa. Examinó el rubor de Ione con una curiosidad que, según él, era puramente científica. Para él, era un juego observar su rostro y descubrir qué fragmentos de emoción se filtraban a pesar de la Doncella. Identificar las causas. A Elm le encantaban los juegos. Las tácticas, el engaño, la victoria. Pero, sobre todo, le encantaba evaluar a sus oponentes, exponiendo sus limitaciones.

Solo que ahora no estaba seguro de quién era su oponente. ¿Ione Hawthorn... o la Carta de la Doncella?

Aceleró el paso y juntos subieron la escalera este. "¿Y qué opinas de eso, Hawthorn? ¿De mi reputación con las mujeres?"

«Sin opinión.»

Elm estalló en una risa gutural y profunda.

Ione se giró para mirarlo con los ojos entrecerrados. «Dijiste que no tenías tiempo para mujeres».

"¿Cuando?"

"En tu habitación. Mientras me vestía."

En ese momento, la atención de Elm estaba centrada en otras cosas. "Antes tenía tiempo." Elm se aclaró la garganta. "Pero últimamente he estado ocupado."

Para ser un Príncipe que no soporta al Rey y un Paladín mediocre, uno podría pensar que tienes mucho tiempo libre. Sin embargo, cada vez que te veo, pareces no detenerte nunca, ni siquiera para recuperar el aliento. Surge la pregunta... —Sus ojos se oscurecieron en la penumbra—. Príncipe Renelm, ¿qué haces con tu tiempo?

Me disfrazo de bandido. Robo cartas de la Providencia para reorganizar el mazo sin que el Rey lo sepa. Uso la Guadaña hasta sangrar. Me preocupa Emory. Discuto con Ravyn. Discuto con la prometida de mi hermano mientras descendemos a las mazmorras para ver un monstruo...

—Deberías saberlo. Has monopolizado cada momento de mi día. —Se inclinó y acercó su boca a su oído para ver si volvía a sonrojarse—. Y no puedo decir que no fue… interesante.

Ella retrocedió, con el rostro como un muro de piedra. "No lo hagas."

Ahí está de nuevo. Incluso en la tenue luz de las escaleras... un ligero rubor en sus mejillas. "¿Qué no debería hacer?"

“Pretende adularme.”

"¿Quién está fingiendo?"

Ione meneó la cabeza, despidiéndolo secamente.

—Bueno, Ione Hawthorn —dijo Elm mordiéndose el labio inferior—. No me digas que mis halagos te hacen sentir algo.

—No. —Su rostro era indescifrable. Inalcanzable—. Ya no siento nada.

La escalera que bajaba a la prisión siempre había sido letal. Y ahora que era otoño, y la escarcha ya azotaba los campos de Blunder, los escalones eran casi intransitables, cubiertos por una capa de hielo. Dos veces, Elm tuvo que apoyarse en la pared. Cuando Ione resbaló y cayó encima de él, sus dedos se curvaron como garras de gato, clavándose en los músculos de su abdomen. Elm la rodeó con un brazo para estabilizarla.

“¿Cuánto nos queda por recorrer?”, preguntó ella contra su pecho.

Elm la abrazó más fuerte. "Todavía falta mucho."

Para cuando llegaron al final, Elm estaba completamente congelado. Y a juzgar por la tensión en sus hombros y la tensión en sus labios, Ione no estaba mejor. Se soltó de su agarre con un suspiro y entró en la antecámara. Solo entonces Elm se dio cuenta, con una maldición, de que había olvidado las llaves de la prisión.

Afortunadamente, la puerta ya estaba abierta.

Se encontraron frente a una boca gigantesca que se abría en la oscuridad, con un viento cortante que los azotaba en la cara. "¿Dónde están encerrados mi padre y mi tío?"

"En el ala sur. Tu primo está en el ala norte."

Ione enderezó la espalda, como si intentara controlar los escalofríos que le recorrían la espalda. Entró en las mazmorras con pasos silenciosos y pronto fue absorbida por la oscuridad. Con un gruñido, Elm se apresuró a alcanzarla, la sujetó del hombro y la dirigió hacia el primero de varios pasadizos que conducían al norte.

Caminaron en silencio a lo largo de filas de celdas vacías.

Elm sintió un escalofrío que lo recorrió. Ese maldito castillo. Lo odiaba hasta el último jirón de mortero, piedra, madera y hierro. Miró al frente, como siempre hacía Ravyn, decidido a no mirar dentro de las celdas, sabiendo que estaban vacías... pero no siempre lo habían estado.

Sólo cuando la mano de Ione tocó su brazo se dio cuenta de que ella había hablado.

Jadeó. "Árboles sagrados... ¿qué es?"

"¿Estamos un poco nerviosos?"

"Estoy simplemente entumecido."

Pensé que el frío no te molestaría. Después de todo, allá en la sala del trono, nos congelaste a todos como estatuas con tu guadaña.

¿Qué pasa, Hawthorn? ¿Te entristece que haya detenido la violencia?

Ella ignoró su sarcasmo. "Acabar con la violencia no es el estilo de Rowan, ¿verdad?"

Elm no intentó ocultar su molestia al ser comparado con su padre y su hermano. "Intento no usar la Guadaña con fines violentos".

"¿Por qué no?"

"Para hacer que esos bastardos mueran de decepción."

A menudo, Ione parecía prestar a las cosas sólo la mitad de su atención, pero ahora buscaba el rostro de Elm como lo había hecho en su habitación, como si todavía buscara algo que no podía encontrar.

Un chasquido, como el castañeteo de dientes, resonó por el pasillo. Elm se detuvo en seco y la agarró del brazo. Delante de ellos estaba la última celda. La celda de Elspeth Spindle.

O lo que Elspeth Spindle había sido una vez.

"Escucha", dijo. "Tengo que advertirte..."

El chasquido resonó de nuevo, acompañado de las notas bajas y ambiguas de una risa. Elm tragó saliva con dificultad. «Tu prima. Ya no

es la misma».

Ione no dijo nada. Frunciendo el ceño, se alejó de Elm y se dirigió a la celda. "¿Por Hauth?"

-No, esta vez no tiene nada que ver.

Cuando Ione llegó a los barrotes de hierro, Elm se detuvo tras ella, listo para arrastrarla de vuelta si el peligro acechaba. Vislumbraron una sombra moviéndose en la oscuridad, y entonces el Rey Pastor apareció allí, apretando los dedos alrededor de los barrotes, con los ojos amarillos abiertos de par en par y castañeteando los dientes a un ritmo escalofriante.

Clic. Clic. Clic.

Elspeth. Rey Pastor. Pesadilla.

No temblaba, como si el frío opresivo de la celda no le afectara. Tenía la espalda encorvada y su cabello negro le caía sobre la cara como una cortina. Ladeó la barbilla y sus ojos se posaron en Ione.

Por un instante, reinó un silencio absoluto. Ione observó a la criatura que una vez fue su prima. Por unos segundos, parecieron imágenes especulares, como si una de ellas hubiera sido mojada en tinta.

La voz de Ione resonó en la oscuridad. "¿Elspeth?"

"Dulce Ione."

Ione metió la mano entre los barrotes. Elm se puso rígido. «No hagas eso», le advirtió.

Ella no le prestó atención. Sus dedos rozaron lo que una vez fue la mejilla de Elspeth. Se le cortó la respiración.

Una sonrisa se dibujó en el rostro del Rey Pastor. "¿Por fin me ves, rubia?"

Por primera vez desde que la conoció en Hawthorn House, Elm percibió una emoción inconfundible en el rostro de Ione. Su tez, ya pálida, se tornó gris. Sus ojos se abrieron de par en par y sus labios se apretaron. Con dedos temblorosos, acarició la mejilla del Rey Pastor. Cuando habló, su voz era tan débil que casi se quebró. «Tú no eres Elspeth».

La sonrisa del Rey Pastor se ensanchó. «Pero yo tampoco soy un extraño. Soy la sombra que viste moverse con el rabillo del ojo. Hablé en murmullos, tarareé canciones que no conocías. Los perros ladraron para advertirte de que había un intruso entre ustedes. Los caballos mantuvieron la distancia y los pájaros dejaron de cantar. Pero tus padres no hicieron caso de esas señales. Y tú, rubia, tuviste miedo de investigar más». Su mirada se detuvo en el rostro de Ione. «Pero ya no tienes miedo, ¿verdad?».

Ione se apretó contra los barrotes. «Tú… Elspeth… tenías muchos secretos».

El Rey Pastor extendió una mano ensangrentada y le ahuecó la barbilla. «Era prudente. Sabia. Buena». Le rozó la mejilla con el pulgar. «Tú y yo somos todo lo que queda de ella».

"¿Quién eres?"

"El duelo de los errores." La sonrisa del Rey Pastor era más aterradora que cualquier mueca de desprecio. "Soy la raíz y el árbol. Soy el equilibrio."

Ione extendió la mano y apretó los dedos alrededor de la muñeca del monstruo. "Quiero hablar con Elspeth".

"No puedes alcanzarla. Está conmigo. La estoy dejando descansar."

"No me importa. Devuélvemelo."

Los incisivos del Rey Pastor se clavaron en su labio inferior. Por un instante, Elm temió desgarrar la suave mejilla de Ione. En cambio, aflojó su agarre sobre el rostro de la chica y su ceño se suavizó. «Será libre. Pero no hasta que termine mi obra». Su mirada se dirigió a Elm. «Y las antiguas deudas estén pagadas».

Era la primera vez que lo miraba directamente, con esos ojos extraños tan penetrantes, tan monstruosos, tan llenos de conocimiento.

—Elm —murmuró—. Me alegra volver a verte.

Olmo. No Renelm, ni Alteza, como lo llamaban los forasteros. Olmo. Como si ese hombre, esa cosa, ya lo conociera.

En efecto, así era. Cada vez que Elm conversaba con Elspeth Spindle, cada vez que cometía una traición a su lado, él, el monstruo de su mente, había estado presente. Esperando, justo detrás de sus ojos. Escuchando.

Elm sintió náuseas.

“Estás pálido, Principito.”

“No fue fácil limpiar lo que dejaste pasar”.

—Eso es lo mismo que insinuó tu primo.

Ravyn no había mencionado sus visitas a la prisión. No había mencionado nada sobre el Rey Pastor, salvo que había cavado su tumba. Elm ignoró una punzada de fastidio y volvió al motivo de su visita. «Ione ha perdido algo. Una Carta de Doncella. Está aquí... en algún lugar del castillo. ¿Puedes verla?»

La mirada de Ione iba de una figura a otra. El Rey Pastor se acercó, su voz penetrante a través de los barrotes. "¿De verdad la quieres de vuelta, querida?", susurró. "¿No es mejor así, con tu cuerpo protegido del peligro? ¿Tu tierno corazón por fin a salvo de emociones?"

Ione entrecerró los ojos. Pero el Rey Pastor continuó hablando. «Elspeth lo envidiaba... tu corazón. Tu risa espontánea, la sinceridad innata en todo lo que hacías. Pero yo tenía más criterio. Eras buena, pero nunca prudente. Por eso apenas pestañeaste cuando tu padre te enjauló como a un canario en el banquete del Equinoccio, dejándote en este lugar frío y cavernoso». Le acarició el cabello perezosamente con un dedo. «La única razón por la que no te dejaste vencer por completo por la desesperación de estar inextricablemente ligada al Serbal es porque la Doncella te lo impidió».

Ione guardó silencio un buen rato. «Quizás no sienta desesperación», dijo finalmente, «pero sigo perdida. He desaparecido en la Doncella, igual que Elspeth desapareció en ti. Y quiero ser liberada».

Sus palabras se deslizaron entre las costillas de Elm, clavándose en su pecho.

La sonrisa del Rey Pastor se desvaneció. "No puedo liberarte."

—Pero puedes ver las Cartas de la Providencia por el color —intervino Elm.

El Rey Pastor ladeó la cabeza como un ave de rapiña. «Es uno de mis muchos regalos».

Mi padre guarda una Doncella en el sótano, junto con el resto de su colección. ¿Hay más en el castillo?

El Rey Pastor cerró los ojos, guardó silencio un largo instante y luego soltó una carcajada cáustica y discordante que resonó por el pasillo. «Sí, mi querido muchacho. Hay tres Doncellas en la Roca...».

"¿Dónde están?"

El Rey Pastor se retiró a las sombras. "No puedo decir eso. El castillo es enorme, las cartas rosas están dispersas. Tú y mi chica rubia tendrán que encontrarlas solas."

Las manos de Ione se cerraron en puños. "Al menos dime dónde buscar. Ayúdame."

Pero el monstruo se había retirado a la oscuridad.

Ione soltó un grito furioso, se alejó bruscamente de la celda y echó a andar por el pasillo. Elm la siguió, un paso detrás de ella.

—¡Qué ganas tengo de volver a verte, Principito! —le gritó el Rey Pastor—. Tengo planes para ti.

Elm se giró, pero ya no estaba. Al alejarse, les acompañó el mismo clic fantasmal que los había recibido al llegar. Clic, clic, clic.

De regreso, el frío parecía aún más intenso. Al llegar a la antecámara, Elm tomó a Ione del brazo. La ira que había mostrado frente a la celda del Rey Pastor se había desvanecido. Su rostro ya no expresaba nada.

—¿Es importante para ti recuperar tu Carta? —murmuró Elm.

Casi pareció no oírlo. «Si crees que se trata de belleza, que estoy en contra de los efectos de la Doncella, te equivocas. Si aún pudiera disfrutar de algo, te diría que me gusta ser bella. Me gusta que me sanen con magia y no sentir dolor. No es que no me gustara mi antigua apariencia. Lo que quiero recuperar, Príncipe, es la capacidad de elegir».

Ante la mirada de sorpresa de Elm, suspiró. "Vete a la cama, vuelve a lo que sueles hacer. No quiero tu ayuda."

—Pero las necesitarás, ya que el castillo está lleno de cerraduras, y yo tengo las llaves. —Se pasó una mano por la nuca—. En realidad, Ravyn las tiene, pero técnicamente son mías...

"Si es por lo que pasó en el bosque, nuestra deuda está pagada".

«No se trata de eso.»

"¿Por qué entonces?"

Elm se mordió el interior de la mejilla. "Fui un imbécil con Elspeth. Ravyn se estaba enamorando de ella, y yo..." Bajó la mirada, con los labios torcidos en una mueca. "Digamos que nunca había pasado por algo así. Estaba demasiado preocupado por perderlo como para darme cuenta de que Elspeth se estaba perdiendo a sí misma, hasta que fue demasiado tarde". Finalmente, Elm le devolvió la mirada. "Aspiro a ser mejor persona. Si estás desapareciendo, como Elspeth, sin poder elegir, me gustaría ayudarte".

La expresión de Ione permaneció indescifrable. Sin embargo, sorprendió a Elm poniéndose de puntillas y mirándolo directamente a los ojos. Le sujetó la barbilla con el pulgar, y aunque su rostro estaba frío, su tacto le transmitió calidez. "¿Por qué?", preguntó. "¿Por qué aspiras a ser mejor persona?"

"Porque tengo que serlo", respondió Elm en un suspiro. "No me importa lo que digan de mí en la corte. Que me llamen príncipe degenerado, paladín pésimo". Se acercó más. "Pero quiero que se diga, lo suficientemente alto para que todos lo oigan, que no me parezco en nada a Hauth".

Capítulo Dieciséis
Ravyn

Apretado contra el muro de la prisión, bajo el gélido agarre de la Carta Espejo, Ravyn vio a Elm e Ione desaparecer por el pasillo. No pasó por alto la tensión en los hombros de su primo, ni la forma en que seguía a la chica como una sombra. Atento. Cariñoso.

Ya no solo le devolvía un favor. Elm fue... capturado por ella. Con todos sus guardias abatidos en la oscuridad de las mazmorras, su rostro era un libro abierto. Lo que Ravyn había sospechado antes del interrogatorio lo golpeó como un puñetazo en el estómago. Elm. Ione.

Árboles sagrados.

La risa de la Pesadilla se esparció como humo por los muros de piedra. "¿No lo aprueba, Capitán?"

Si el Rey decide matarla, será un golpe muy duro para él.

Imagino que él siente lo mismo por ti y por este cuerpo que ocupo actualmente.

Ravyn agarró la Carta Espejo y se hizo visible de nuevo. Quería que la Pesadilla viera el odio en sus ojos. Tiene nombre: parásito. Dilo. O mejor no te atrevas a hablar de ella.

Los ojos amarillos de la Pesadilla reflejaban su ira, evaluándolo. Ravyn retrocedió un paso. En cuanto a Elm, no puedes garrarlo. No vendrá con nosotros.

¿Por qué crees que le haría daño?

Ravyn rió burlonamente. Es un Rowan. Descendiente del hombre que te robó el trono y masacró a tu familia. Llevas quinientos años planeando tu venganza. Sintió la sangre seca bajo las garras de la Pesadilla y se le revolvió el estómago. Sin duda lo quieres muerto.

Podría haberlo lastimado muchas veces. Pero no lo hice. El Principito sintió mi presencia, vio mis ojos extraños, y sintió repulsión. Él entiende, mucho mejor que tú, Capitán, que hay monstruos en este mundo. Dejó escapar un largo suspiro. Mis garras no se hundirían en un Rowan ya roto.

Al ver que la mandíbula apretada de Ravyn no se relajaba, la Pesadilla se burló. Por encima del serbal y el tejo, el olmo se alza frondoso. Se alza imponente a lo largo de los linderos, vigilante y majestuoso. Sacudido por el viento, con la corteza llena de cicatrices,

susurra la historia de un príncipe cuya infancia fue atormentada. La voz en la mente de Ravyn se volvió extrañamente suave. Querido Ravyn Yew, puedes estar tranquilo. No le haré daño a Elm, tu protegido. Un cachorro maltratado se vuelve imperdonable. Lo necesitaré cuando reclame el trono.

Tras su encuentro con el Rey, Ravyn envió tres mensajes. El primero era para Gorse, el despiadado Paladín que el rey había elegido para acompañarlos en su viaje en busca de los Alisos Gemelos. Dada la rapidez con la que su tío había mencionado su nombre, Ravyn no se hacía ilusiones de que Gorse hubiera sido elegido por ser útil para la expedición. Lo más probable era que el Paladín fuera un espía asignado para vigilar a Ravyn e informar de sus acciones a su regreso a la Roca.

Ravyn le deseó buena suerte.

En el segundo mensaje, dirigido a Filick Willow, Ravyn había escrito:

Las llaves del castillo están en el sótano. Asegúrate de que Erik Spindle y Tyrn Hawthorn no mueran congelados.

En el tercero, enviado a Elm, había escrito una sola línea con letra temblorosa.

Nos veremos pronto.

El amanecer se acercaba sigilosamente y una presión persistente detrás de los ojos de Ravyn le recordó que había estado despierto demasiado tiempo.

Parecía una broma cruel que solo hubiera pasado un día desde que desenterró la espada del Rey Pastor. Parecía una semana.

Condujo a la Pesadilla al sótano con el ciervo tallado en la puerta y esperó afuera a que el monstruo le quitara el vestido andrajoso a Elspeth y se pusiera algo limpio. En algún lugar sobre ellos, la campana del castillo sonó cinco veces.

Cuando la Pesadilla emergió del sótano, vestía de negro de pies a cabeza, un traje que Jespyr le había dejado. Se parecía a Elspeth cuando la disfrazaron de bandida antes de la emboscada para robar la Carta de la Puerta de Hierro de Wayland Pine.

Ravyn sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

"¿Quién nos acompañará en nuestra audaz búsqueda?" preguntó la Pesadilla con voz lenta.

—Jespyr y otro paladín, Gorse. Pero primero iremos al Castillo Yew. Necesito asegurarme de que Emory esté a salvo. —Se crujió el cuello—. Quiero invitar a los hermanos Ivy a unirse a nosotros también.

Una sonrisa burlona y cómplice se dibujó en los labios de la Pesadilla. «Bien. Necesitaremos al menos un refuerzo».

"¿Qué quieres decir?"

La Pesadilla no respondió. "Este Paladín... Gorse. ¿Es de fiar?"

—No. El Rey me ordenó traerlo. Por mí, el Espíritu puede devorarlo.

La Pesadilla no pasó por alto la dureza con la que Ravyn había pronunciado las palabras del Rey. Lo apartó y caminó por el pasillo. «Cuidado, Capitán. Su fachada de piedra se está desmoronando».

Ravyn lo agarró del brazo. La Pesadilla le había atado el pelo —el pelo de Elspeth— en una trenza corta. Ravyn la tocó una, dos, tres veces, con los ojos abiertos como platos. "¿Le cortaste el pelo?"

La Pesadilla se apartó bruscamente. "Estaban cubiertos de sangre."

Ravyn miró por la puerta abierta del sótano. Unas tijeras reposaban sobre la vieja mesa de madera. Mechones de cabello oscuro yacían esparcidos por el suelo.

Dijera lo que dijera, su rostro detuvo a la Pesadilla en seco. El monstruo lo evaluó con los párpados entrecerrados y luego bajó la mirada hacia sus manos apretadas. "Volverán a crecer", dijo lentamente.

Ravyn continuó caminando sin decir una palabra más. Pasó junto a un tapiz que representaba al Caballo Negro y lo arrancó de la pared con un tirón violento, con los hombros blancos por el mortero en polvo. Lo arrojó al suelo, y la barra de hierro golpeó la piedra con un estruendo metálico. Si hubiera sabido cómo arrancar al Rey Pastor del cuerpo de Elspeth y derribarlo también, no lo habría dudado.

Los Paladines lo esperaban cerca de la puerta del castillo, cambiando su peso de un pie al otro como caballos nerviosos al ver la Pesadilla.

Gorse se quedó a un lado, con los brazos cruzados. Parecía poco entusiasmado por haber sido elegido para el viaje.

"Me marcho por orden del Rey." La voz de Ravyn resonó en las paredes. Juntó las manos a la espalda, asegurándose de mirar a cada uno de sus hombres directamente a los ojos. "Continúen con su reconocimiento... su entrenamiento. Actúen como si todavía estuviera con ustedes."

Un paladín, Oak, se adelantó desde la última fila. "¿A quién debemos informar en su ausencia, Capitán?"

“A cualquier Rowan – Elm o el Rey – que se digne a responderte.”

Los Paladines intercambiaron miradas. Linden habló; las cicatrices de su cuello se veían claras a la luz de la mañana. "¿No te llevas al Príncipe Renelm?"

—No. —Ravyn respiró hondo—. Volveré en cuanto pueda. Tengan cuidado, Paladines. Tengan cuidado.

—Sé bueno —añadió Pesadilla burlonamente desde atrás.

Partieron a caballo. La Pesadilla eligió un corcel negro del establo. Al montar, el animal se llenó de nerviosismo y su piel se arrugó. Se encabritó, pero la Pesadilla permaneció en la silla.

Corrieron por el patio exterior y el puente levadizo, Gorse primero, seguido por la Pesadilla. Ravyn cerraba la marcha. Echó un último vistazo a la Roca.

Había poca gente en las murallas, y nadie les prestaba atención. Nadie, salvo dos hombres altos. Uno llevaba una capa dorada que ondeaba al viento, el otro una sencilla túnica negra. El Rey y...

A Ravyn se le encogió el estómago. Era Elm.

La Pesadilla aminoró el paso. Al girarse para mirar a Elm, su voz flotaba en el aire, aceite, miel y veneno. «Ni serbal ni tejo, ni serbal ni tejo. Árbol pálido, ni verde ni rojo. El negro oculta las manchas de sangre. Solo en el castillo, el Príncipe languidece».

Capítulo diecisiete
Elspeth



En el agua, ni despierto ni dormido, flotaba inmerso en recuerdos que no me pertenecían.

Yo era un niño envuelto en ricas túnicas, y me encontré en un bosque. Había otras personas conmigo. Deambulábamos entre los troncos sin seguir un sendero, alzando la voz hacia las copas de los árboles, cada uno expresando sus propias súplicas.

“Espíritu, concédeme la salud.”

“Dame una buena cosecha.”

"Gran Espíritu del Bosque, mi familia y yo tomaremos el nombre del alerce como símbolo de buena suerte..."

La sal me llenó la nariz y me hizo cosquillas. Encontré un árbol nudoso, lejos de la multitud, y puse la mano sobre él. Un dolor me recorrió los brazos. Al bajar la vista, mis venas estaban negras como la tinta.

Cerré los ojos. La magia me rodeaba, dentro de mí. Cien voces llenaban mis oídos. No eran voces humanas, sino un coro diferente. Un coro disonante pero armonioso, casi siempre hablando en rima. Escucharlo era mi don, mi magia. Nací con fiebre.

Pude comunicarme con los árboles.

El árbol del que tomas tu nombre es una planta extraña, decían. Proyecta una sombra arcana sobre el mundo.

Se dobla y no se rompe, ese es su don. Cuando el Príncipe se convierte en Rey, asciende al trono.

¿Volverás al bosque a conversar conmigo, cuando Blunder sea tuyo y todo sea tuyo?

—Sí, volveré —susurré.

¿Qué regalo pides, joven Taxus?

Que el Espíritu del Bosque me ayude a hacer de Blunder un reino de abundancia y de magia. Que me conceda las herramientas necesarias para gobernar esta tierra y a su gente.

El árbol crujió bajo mi mano. Las ramas se movieron y todas apuntaron al oeste. El árbol de al lado hizo lo mismo, y el siguiente. Una a una, me señalaron el camino a casa.

Al llegar al prado que rodeaba el castillo de mi padre, me detuve a esperar. Y allí, junto al árbol joven que había plantado el día de mi séptimo santo, algo se materializó ante mí.

Una piedra, alta y ancha como un altar. Sobre ella reposaba una espada. Reflejaba la luz del mediodía, brillando como un faro. Una imagen estaba tallada en la empuñadura.

Un cayado de pastor.

Capítulo dieciocho
Olmo



Elm observó cómo el pequeño grupo se alejaba. Tenía el mensaje de Ravyn arrugado en la mano. «Nos vemos pronto».

Se apartó el pelo de los ojos y se giró, manteniéndose alejada de su padre. "¿Es obra tuya?"

El Rey seguía mirando el camino, con su capa ondeando en la fría brisa otoñal. «Eres mi hijo. Tu lugar está aquí».

"Nunca te importó dónde estaba o qué hice antes".

—No tenía por qué hacerlo. —El Rey lo miró de reojo—. Me han dicho que anoche retiraste a los guardias de la puerta de la habitación de Ione Hawthorn. Y que hablaste con ella.

Elm apretó la mandíbula.

El timbre del Rey sonaba como el ladrido de uno de sus sabuesos. «Su familia son unos buitres despreciables y traicioneros».

—Pero lo que dijo Tyrn en el interrogatorio es cierto. —Elm sopesó sus palabras—. Si la matas, la gente hablará. Descubrirán qué le pasó a Hauth. Y a quién pusiste en su cama a cambio de una Carta de Pesadilla. Quizás el tribunal te juzgue con severidad, padre. Se darán cuenta de que, para ser un hombre que condena la infección con tanta severidad, tienes compañías bastante interesantes. Orithe Willow. Ravyn. Ambos infectados.

El descontento acentuó las arrugas del rostro del Rey. "¿Qué sugieres que haga?", preguntó, con el aliento áspero por el vino.

Empezó a llover. Elm hizo una mueca de fastidio. «Que Ione Hawthorn no se vaya», dijo con un tono de indiferencia. «Ella podrá explicar la ausencia de Hauth. Su presencia sería señal de que todo sigue igual. Al menos por ahora».

Un trueno retumbó en la distancia. La mano del Rey estaba desnuda, hinchada y callosa, asolada por la edad y los años de esgrima. Se quitó la corona y la examinó. «Me impacta profundamente ver a tu hermano en tal estado», murmuró. «Aunque tenía el Caballo Negro y la Guadaña, fue vencido tan fácilmente...». Entrecerró los ojos para protegerse del viento. «La vida es frágil. La línea real, frágil».

Elm nunca le había hablado así a su padre en su vida, cara a cara, intercambiando palabras tranquilas. Le dio escalofríos. "¿Es por esto

que Ravyn se va y yo tengo que quedarme? ¿Una demostración de fuerza?"

—Usa el cerebro —espetó el Rey—. Podemos fingir, pero nada es igual. Incluso si Hauth despertara y heredara el trono, tiene la columna rota. Nunca tendrá un heredero... los Médici están seguros de ello. —Agarró el hombro de Elm, clavándole los dedos en los músculos cansados y doloridos—. Debo pensar en Blunder. Quinientos años de reinado.

Elm miró a su padre a los ojos. Las palabras le quemaban la garganta. «Así que decidiste hurgar en tu propio montón de mierda y desenterrar a tu segundo hijo».

El Rey la apretó con más fuerza en el hombro. «El trono de Blunder pertenece al Serbal. La Baraja se reunirá bajo el árbol que lleva nuestro nombre. La niebla se disipará, la infección se curará. Cuando muera, seré enterrado junto a mi padre, mi abuelo y sus antepasados en el bosque de serbales». Su mirada se posó en la corona que tenía en la otra mano. «Y tú, Renelm, ocuparás mi lugar».

Elm se zafó de su agarre. Todo su cuerpo gritaba... en negación. Una oleada de bilis le subió por la garganta, llenándole la boca. «No quiero tu trono. Hauth aún puede... puede...»

—No. No puedes. —El Rey se volvió a poner la corona. Parecía curtido, como si el viento y la lluvia hubieran borrado su fachada autoritaria. Era solo un anciano borracho y desesperado.

Y de alguna manera, eso lo hizo todo aún más insoportable. Elm estaba acostumbrado a su ira. Su padre siempre había sido un hombre irascible, con un temperamento rudo e imperioso. Pero su resignación era completamente nueva para él. No podía soportarla.

Él se alejó.

"¿Adónde vas?"

"A buscar a Jespyr."

«Se fue a Castle Yew esta mañana, junto con Emory.»

Ravyn, Jespyr y ahora Emory. Todos se habían ido. Elm se mordió el interior de la mejilla y siguió caminando bajo el granizo, hacia el patio interior.

—Te esperaré en la corte esta noche —gritó su padre tras él, al viento.

"No estaré allí."

—En efecto, sí, Renelm. Renunciarás al cargo de Paladín. Y tú e Ione Hawthorn fingirán que todo sigue como antes, hasta que yo esté listo para anunciar tu sucesión. Y su ejecución.

Elm durmió todo el día. Podría haberse tumbado boca abajo y dormir toda la noche, pero el estruendo del banquete, abajo, en el salón

de honor, le llegó desde las escaleras. Despertó sobresaltado, con el corazón latiéndole con fuerza, la frente y el pecho empapados de sudor, seguro de que tenía algo que hacer, algo que había olvidado.

Espino. Arrancó las sábanas. Ravyn, Jespyr y Emory se habían ido, pero él tenía un propósito. No quería quedarse de brazos cruzados esperando a que su padre lo nombrara heredero. Tenía una promesa que cumplir. Una Carta que encontrar.

Se desnudó y se lavó cuidadosamente con agua fría, preguntándose con un escalofrío qué sucedería si el Rey intentaba matar a Ione Hawthorn antes de que recuperaran a la Doncella. ¿Moriría? ¿O la magia de la Carta la curaría incluso de un golpe mortal?

El pensamiento le hizo un nudo en el estómago.

Salió de su habitación con una túnica negra limpia y se apresuró por el pasillo, apretando los dientes ante el parloteo sordo que resonaba por el castillo. Sabía lo que le aguardaba en el salón de honor. Hombres haciendo girar Cartas de la Providencia entre los dedos, hablando demasiado alto sobre magia, dinero e intercambio de cartas. Madres ansiosas por abrazar a sus hijas. Su padre gruñendo en su copa de vino, observando la corte como si todo lo que sus crueles ojos verdes contemplaban le perteneciera por derecho propio.

—Parece que estás a punto de tirarte por esas escaleras, Príncipe —gritó una voz detrás de él.

Instintivamente, Elm metió la mano en el bolsillo. Palmeó el terciopelo dos veces antes de que su mente le detuviera los dedos. «Árboles sagrados, Espino, debéis dejar de aparecer tan de repente».

Ione estaba medio iluminada, medio oculta en la sombra. "Lo siento", dijo, con un tono nada arrepentido. "Creí que me oías venir".

Llevaba el pelo recogido en la nuca con un moño apretado, y alguien le había regalado un vestido nuevo. Era oscuro, de un azul grisáceo, el color del agua helada. La envolvía en él, ocultando sus curvas. La tela se fruncía alrededor de su cuello, sujeta con una cinta gris que se ceñía justo debajo de la barbilla, como un collar.

Dos figuras emergieron de las sombras tras él. No eran los mismos centinelas que habían estado de guardia en su puerta la noche anterior. Ambos eran demasiado altos y corpulentos para ser simples centinelas. Y a diferencia de los guardias comunes, no retrocedieron al ver a Elm.

Eran paladines: Allyn Moss y, para gran disgusto de Elm, Royce Linden.

—Caballeros —dijo, haciéndoles una reverencia burlona.

Los dos inclinaron la cabeza en respuesta. Moss bajó la mirada, pero Linden no.

—Veo que te han trasladado al ala real —le dijo Elm a Ione. Su mirada volvió a los Paladines—. Y tú eres...

—Los guardias de la señorita Hawthorn —respondió Linden.

"Ya no. Yo me encargaré de ello."

Los Paladines intercambiaron miradas. «El Rey quiere que la vigilen de cerca, por si intenta escapar», dijo Linden con severidad.

—Tengo dos ojos, y están muy alertas. —Elm sacó la Guadaña de su bolsillo, una amenaza silenciosa—. Quedan relevados, Paladines. Disfruten de la noche.

Moss caminó rápidamente por el pasillo. Linden tardó más en obedecer. Al salir, murmuró algo parecido a "maldito imbécil" y miró fijamente a Elm y luego a Ione.

Ione lo siguió con la mirada. Su rostro revelaba poco, pero Elm lo observó de todos modos. Cuando sus miradas se cruzaron, él le dedicó una sonrisa perezosa y le ofreció el brazo. «Te lo advierto, soy un pésimo compañero de cena».

La mano de Ione se posó en su manga. El aroma de su cabello, dulce y floral, le inundó la nariz. "Así que ya somos dos."

Caminaron en silencio hacia la escalera principal. El mayordomo abrió la boca para anunciarlos, pero Elm lo silenció con un gesto de la muñeca. Varias cabezas se giraron para mirarlos. Ione seguía siendo considerada la futura reina. Al bajar las escaleras, las conversaciones cesaron. Hubo sonrisas, reverencias. Elm no correspondió a ninguna.

Ni siquiera Ione.

Elm miró su túnica oscura y sin forma. "¿Insultamos al sastre?"

"¿El sastre?"

—Eso que llevas puesto —recorrió su cuerpo con la mirada—. Es un poco... un poco...

—Continúe, por favor —dijo Ione con tono seco—. Me muero de ganas de saber su opinión sobre mi vestido, príncipe Renelm.

—Si es que se le puede llamar así. —Elm le pellizcó la cinta alrededor del cuello, rozando con el dedo la mandíbula—. Es lo más feo que he visto en mi vida.

"Toda mi ropa está en Hawthorn House. Tu padre mandó traer esto a mi habitación."

“Vi a dos de sus paladines más obtusos a cuestas”.

En la sala, la música subió de volumen hasta convertirse en un baile. «Así que tu plan de interrogatorio fue un éxito».

—Hasta cierto punto. —Elm se inclinó y le susurró al oído—: Mi padre quiere tenerlo todo bajo control. Incluyéndote a ti. —Hizo una mueca—. Y, aún más eficaz, a mí. Debemos fingir que no ha pasado nada: ni mencionar a tu primo, ni a tu tío, ni a tu padre, y mucho menos a Hauth.

Ione arqueó las cejas. "¿Y cómo explico la ausencia de mi prometido?"

«Hauth no se siente bien, pero se está recuperando.»

La corte del rey llevaba un tiempo bebiendo en exceso, y la sala estaba llena de confusión. Algunos permanecían sentados, mientras otros se mecían al ritmo de la música, divididos en pequeños grupos.

Las voces resonaban en las paredes de piedra. Las mejillas estaban sonrojadas y, abandonando toda modestia, las ropas se aflojaban mientras bailaban.

La mesa del Rey se encontraba sobre una tarima elevada similar a la del salón del trono. Desde allí, dos ojos verdes los observaban. Cuando Elm los miró, vio la arrogancia, la anticipación y la irritación en el rostro de su padre. Sabía lo que quería. A su derecha, donde una vez se sentó Hauth, había una silla vacía.

La silla del Príncipe Heredero.

Elm apretó la mano de Ione contra su brazo. No habría subido solo por nada del mundo.

Ella miró su mano, frunciendo el ceño. "¿Qué haces...?"

—Una última condición, Hawthorn —dijo con los labios apretados. Le dedicó a su padre una sonrisa hueca y arrastró a Ione hacia el estrado—. Si deseas recorrer libremente el castillo, tendré que escoltarte.

El aire escapó silbando de su boca. Cuando estuvieron ante el Rey, con la barbilla inclinada en rígida deferencia, la mirada de Ione era tan fría que Elm sintió una punzada de remordimiento por haberla arrastrado hasta allí.

La decepción del Rey era imposible de ocultar. Sin embargo, les dedicó un breve asentimiento, mirando furtivamente a la corte, consciente de que lo observaban. Cuando su mirada regresó a Ione, borrosa por el alcohol pero aún razonablemente lúcida, se detuvo un instante más de la cuenta en su túnica informe, y la comisura de su boca se torció.

En ese momento, se parecía muchísimo a Hauth.

Elm metió la mano en el bolsillo, pero esta vez el borde aterciopelado de la guadaña no lo tranquilizó. Tres toques... tres pequeños, y los ojos de su padre se pondrían en blanco, tanto que se quedaría ciego. Su dedo se crispó contra el papel rojo. La idea era más embriagadora que cualquier vino.

Ione sostuvo la mirada del Rey, y pronto la frialdad de sus ojos se transformó en desinterés. Bostezó.

«Siéntate», ladró el Rey.

La única silla vacía era la de Hauth. A su derecha se sentaba Aldys Beech, tesorero del rey, con su esposa y su hijo.

—Hazte a un lado —ordenó Elm sin siquiera mirarlos.

Los ojos de Beech, ya demasiado grandes para su cabeza, amenazaban con salirse de sus órbitas. «Pero señor, el Rey nos ha concedido estos lugares...»

«Me importa un comino…»

—Lo que el Príncipe Renelm quiere decir —intervino Ione con indiferencia— es que, mientras él mantiene caliente la silla del Príncipe Hauth, ese lugar —señaló el asiento bajo el escuálido trasero de Beech

— es para mí, tu futura Reina. —Se giró para mirar a Elm—. A menos que quieras verme sentada en el regazo del Príncipe.

Los ojos de Beech se abrieron aún más, al igual que los de su esposa e hijo. Sin más discusión, toda la familia Beech huyó, intimidada por su belleza, o quizás por su ira, despejando no solo la silla de Ione, sino todo el estrado.

Elm no podía quedarse quieto. Casi esperaba que púas afiladas emergieran de la silla de Hauth y lo atravesaran, como si la madera percibiera la ausencia de su legítimo dueño y supiera que el reservado Príncipe había ocupado su lugar.

Y la idea de que Ione pudiera sentarse en su regazo sólo aumentaba su incomodidad.

Comió rápidamente, esperando a que su padre se distrajera para poder escabullirse con Ione del maldito estrado y continuar la búsqueda de la Tarjeta de la Doncella.

Sin embargo, la atención del rey Rowan no flaqueó por mucho tiempo. Hablaba con sus cortesanos con asentimientos y gruñidos, con la mirada fija al frente, pero Elm estaba seguro de que lo observaba. Era como un maestro esperando a que su peor alumno cometiera alguna travesura.

Cuando el gong sonó diez veces, Elm gimió: "¡Qué pérdida de tiempo!".

—Estás de mal humor —dijo Ione en su copa; el interior de sus labios en forma de corazón estaba teñido de rojo.

"Siempre estoy de mal humor."

«Un rasgo familiar, quizás.»

La broma lo puso aún más nervioso. «No eres ni la mitad de gracioso de lo que crees, Hawthorn».

Tomó otro sorbo de vino. "No sabría por dónde empezar a hacer reír a un Rowan".

Elm se presionó las palmas de las manos contra los ojos. "Disculpa. Me estoy portando fatal." Señaló la habitación. "Me sale natural en este lugar."

—Entonces, ¿tu mal humor no tiene nada que ver con el grupo que salió del castillo esta mañana? ¿El que incluía a Elspeth y Ravyn Yew?

Elm levantó la cabeza de entre sus manos. Sus ojos tardaron un momento en enfocarse. Pasó el pulgar por el borde de la taza. "¿Quién te lo dijo?"

—El Paladín de la cara marcada, Linden. —Ione se tocó el cuello del vestido—. Creo que pensó que me molestaría saber que mi prima podía salir del castillo y yo no.

"¿Y es así?"

Quizás me habría sentido mal antes. Quizás habría llorado por estar atrapada aquí sola. —Su voz se volvió gélida—. Pero ahora ya no lloro.

La culpa de Elm por arrastrarla a la tarima se agudizó. Dejó que su mirada vagara a su alrededor. La mayoría de los cortesanos seguían sentados a la larga mesa, con sus copas constantemente rellenadas por los sirvientes que se movían ágilmente por la sala. Los que se levantaron se acercaron a la tarima en fila para elogiar a su padre y a su consejo o preguntar por Hauth.

Deberían haber buscado la tarjeta de la doncella Ione y no haber desperdiciado la noche en esos desfiles sin sentido.

Hubo un tiempo en que los consideró necesarios. Incluso se lo explicó a Elspeth Spindle el día del mercado. Son estos desfiles los que nos hacen parecernos a todos los demás.

Elm apuró su copa y luego tomó la de Ione, aprovechando la oportunidad para susurrarle al oído: «Tengo otra idea para encontrar tu Carta». Su aliento le revolvió un mechón de pelo que le enmarcaba el rostro. «Pero puede que no te guste».

—Ya no me gusta nada, Príncipe. Ese es precisamente el problema.

Había mucha confusión en la habitación. A nadie le habría extrañado que Elm se acercara tanto a su oído para hablarle.

Lo extraño fue el breve jadeo que escapó de sus labios. El ligero rubor en sus mejillas. La piel de gallina en su nuca.

A Elm no se le escapó nada. Parecía que, en el fondo, a pesar de sus repetidas afirmaciones, Ione sentía algo.

No había oído ni un ruido de pasos. Con el rabillo del ojo, vio sombras acercándose. Seguía mirando el cuello de Ione cuando una voz femenina dijo desde debajo del estrado: «Buenas noches, príncipe Renelm».

Elm se apartó de Ione y miró al frente. Wayland Pine estaba ante el Rey con su esposa y sus tres hijas, la mayor ligeramente por delante de las demás. Era ella quien había hablado.

Elm no habría recordado su nombre ni por todo el oro del mundo.

Al igual que los Pinos, el Rey esperó la respuesta de Elm. Su ceño fruncido sugería que con gusto lo estrangularía delante de ellos.

Desfiles inútiles.

Elm le guiñó un ojo a su padre y puso su expresión característica, la de un príncipe encantador e imprudente. «Lamento mucho lo del robo de tu Puerta de Hierro», le dijo a Wayland. Su mano magullada se contrajo bajo la mesa. «Mala gente, bandidos».

Al mencionar la Carta que Ravyn le había robado unas semanas antes, Wayland Pine, el pobre desgraciado, parecía a punto de estallar en lágrimas. «Gracias, mi Príncipe». Hizo una reverencia, puso la mano en la espalda de su hija mayor y la atrajo hacia sí. «¿Te acuerdas de Farrah, mi primogénita?».

Elm no la recordaba en absoluto. "Claro. ¿Se quedará mucho tiempo en la Roca, señorita Pine?"

La muchacha miró brevemente al Rey. «Por una semana, Su Gracia. Para los banquetes».

“Estamos muy agradecidos por la invitación”, añadió Wayland con otra reverencia.

El Rey levantó la mano en un gesto de aceptación y al mismo tiempo de despedida.

Los Pines se marcharon arrastrando los pies. Farrah se giró para mirar a Elm por última vez. "¿De qué banquetes hablas?", le preguntó a su padre, viéndolos desaparecer entre la multitud.

El Rey se reclinó en su silla. «A partir de mañana por la noche, habrá seis banquetes. En el sexto, elegirás esposa».

La ira de Elm estalló al instante. Sintió un calor abrasador que lo inundaba. Intentó tragarlo, pero el fuego ya se había extendido por todo su cuerpo. Le dolían las palmas de las manos. Le ardían los ojos. Tenía las mandíbulas tan apretadas que parecía que se le habían fusionado las muelas. Por un instante, sintió el impulso de volcar la mesa.

Si el Rey percibió su furia, no lo demostró. «Tu tiempo bajo el ala de Ravyn ha terminado. Debería haberme casado contigo hace años».

Con eso, el Rey puso fin a la discusión. Se levantó, acompañado por todos en el estrado, excepto Elm e Ione, y luego abandonó el salón de honor, escoltado por dos paladines.

En un ataque de imprudencia, Elm abrió la boca para gritarle algo, para derramar algo del veneno que tenía en la punta de la lengua, pero una mano cayó sobre su brazo, deteniéndolo.

—Parece que estás a punto de romper algo —dijo Ione rotundamente.

Eso fue exactamente. Elm no sabía qué, pero juró que algo se rompería.

Su mano se tensó. Tanto que, al levantarse, lo arrastró consigo. «Ven, Príncipe. Emborrachémonos».

Capítulo diecinueve
Ravyn

El trayecto desde la Roca hasta el Castillo Yew duró aproximadamente una hora. Apenas llegaron a la mitad. Mejor galopar rápido y dejarse llevar por el viento que soportar otra palabra de la boca de la Pesadilla.

Los Tejos siempre habían afirmado que su casa estaba embrujada. Que las estatuas de piedra vagaban por los jardines de noche y que las figuras tejidas en los tapices cambiaban de posición de un día para otro. Que las llamas de las antorchas parpadeaban incluso cuando no había corriente de aire, y que los suelos de madera crujían, llamando a cualquiera que los pisara.

El castillo era inquietante, pero nunca aterrador. De hecho, estos extraños fenómenos provocaban risas silenciosas en la familia de Ravyn. Bromeaban que los fantasmas estaban tan aburridos de los habitantes actuales que se estaban volviendo inquietos.

Pero si había fantasmas en el Castillo Yew, sin duda no les faltaba entretenimiento. Toda la mansión pareció congelarse en un silencio antinatural cuando la criatura de ojos amarillos cruzó el umbral.

La Pesadilla entró ante Ravyn y Gorse, con los dedos tan apretados que crujieron. Sus ojos amarillos vagaron hacia el salón de honor, examinando las paredes revestidas de madera y los techos abovedados. Luego, con un suspiro despreocupado, dobló por un pasillo y desapareció.

Con un gruñido, Gorse se retiró al ala este, donde se alojaban los paladines cuando entrenaban en el castillo.

Los padres de Ravyn y su mayordomo, Jon Thistle, se acercaron desde el salón de honor. Su madre, Morette, tenía los ojos muy abiertos. «Eso fue...»

—Sí. —Ravyn se quitó los guantes y los tiró al suelo—. El único e inigualable Rey Pastor. Ahórrate la odisea de hablar con él. Es realmente insoportable.

—Quizás yo también lo sería, después de quinientos años —murmuró Thistle.

Ravyn miró hacia la oscura escalera. "¿Llegaron Jes y Emory sanos y salvos?"

«Están descansando arriba.»

—Así que es verdad. —Su padre, Fenir, tenía ojos como los de Jespyr, de un marrón cálido y profundo. Examinaron el rostro de su hijo—. ¿Ha liberado el Rey a Emory... para siempre? ¿Estará a salvo en el Solsticio?

Ravyn asintió secamente.

“Así que el Rey Rowan decidió usar la sangre de Elspeth para reunir el Deck”.

La voz de Morette era suave, pero el peso de sus palabras impactó a Ravyn con tanta fuerza que se quedó sin aliento. Les dio la espalda a sus padres y caminó hacia la puerta del Castillo Yew. «Emory y Elspeth estarán a salvo en el Solsticio», les dijo, pero sobre todo, a sí mismo. «Yo me encargaré».

El corto camino hacia la armería parecía más largo sin Elm a su lado.

Encontró a Petyr y Wik Ivy, sus bandidos de confianza, discutiendo por un afilador de cuchillos. Cuando anunció que él, Jespyr, Gorse y el Rey Pastor partirían a la mañana siguiente en busca de los Dos Alisos, sus ojos se iluminaron. Wik se ofreció de inmediato a acompañarlos. «Me encanta rebuscar en los viejos Papeles de Providencia», dijo, con una sonrisa desdentada, fruto de algunas peleas.

"No será como emboscar una caravana en el bosque", le advirtió Ravyn. "Donde vamos... nadie ha estado allí en siglos. No sé qué nos espera."

—No se preocupe, capitán. —Petyr le dio una palmadita en el hombro tan fuerte que lo hizo toser—. Cuando tenga miedo, estaremos ahí para tomarle la mano.

Ravyn pasó el resto del día en la habitación de Emory, leyéndole cuentos y avivando el fuego más de lo necesario, solo para verle un poco de color en el rostro. Solo después del anochecer y cuando Jespyr se sentó a su lado, Ravyn salió en busca de la Pesadilla.

Estaba en el prado, cerca de las ruinas que se alzaban al final del jardín descuidado del Castillo Yew, inmerso en la niebla y la habitual grisura del atardecer. Estaba sentado en la hierba a la sombra de un tejo, con la mirada perdida en la distancia.

Tenía algo en el regazo. "Cavaste", murmuró.

Ravyn miró la cámara de piedra al borde del prado. «Encontré tu espada». Y tus huesos.

—Así que el ladrón se ha convertido en un saqueador de tumbas. —La mirada de Pesadilla bajó a su regazo—. Podrías haberte llevado esto también. Supongo que aún tiene algún valor.

Ravyn se acercó, con el ceño fruncido, y se dio cuenta de que el objeto que la Pesadilla sostenía con tanta delicadeza...

Era una corona.

Una corona de oro que había perdido su brillo hacía tiempo. Debido a su incrustación de tierra, era difícil distinguir sus detalles, aunque parecía estar decorada con los mismos intrincados grabados que la empuñadura de la espada que Ravyn había desenterrado del suelo de la cámara mágica.

Como si le leyera la mente, la Pesadilla levantó la vista. "¿Dónde está... mi espada?"

"En mi habitación."

«Me gustaría recuperarlo.»

Ravyn regresó al castillo a buscarlo, se arrastró de vuelta al césped y se lo lanzó. «No soy una maldita ladrona de tumbas».

La Pesadilla extendió un dedo y acarició la empuñadura de su arma. El viento agitó las hojas de tejo, y Ravyn levantó la vista. Si golpeaba su Carta Espejo tres veces, estaba seguro de que vería a Tilly observándolos.

Conocí a tu hija. La de las trenzas y los ojos como los tuyos. Tilly.

Los hombros de la Pesadilla se tensaron, pero no apartó la mirada de su espada. «Sería prudente que no usaras la Carta del Espejo tan imprudentemente, Ravyn Yew. Ver más allá del velo es peligroso».

“Me dijo que buscabas venganza por lo que te hizo el primer Rey Rowan”.

Una sonrisa se dibujó en los labios del monstruo.

Ravyn no pudo soportarlo. «El espíritu de tu hija te ha estado esperando en ese árbol durante quinientos años. Todos tus hijos te esperan».

Cuando Pesadilla se dio la vuelta, su sonrisa desapareció. "Yo también esperé."

"¿Para matar a los Rowan?"

Mi propósito es más amplio. Hay muchas verdades por descubrir en el bosque. Círculos iniciados hace siglos finalmente se cerrarán. —Suspiró—. Aunque me temo que, rodeado como estoy de idiotas, tendré que hacerlo solo.

Ravyn tuvo que contener un torrente de maldiciones. "¿Qué planeas para cuando regresemos con los Alisos Gemelos?", preguntó tras respirar hondo para calmarse.

La Pesadilla apretó los dedos alrededor de la empuñadura de su espada y miró a Ravyn como un lobo a un cervatillo enfermo y lloroso. "Le dije a tu tío que el Día del Solsticio tomaría mi sangre para reunir la Baraja, ¿verdad?"

—Sí. Pero definitivamente mentías. Mientes incluso cuando te someten a un cáliz.

«Tenemos algo en común.»

“No me parezco en nada a ti, parásito”.

—Sí, lo hago. —La risa de la Pesadilla resonó por el prado—. Más de lo que te imaginas. —Su mirada se posó en el rostro de Ravyn—.

Aunque, desde luego, parezco más descansado. ¿Cuándo fue la última vez que dormiste toda la noche?

Ravyn se cruzó de brazos. "Cuando estaba con Elspeth", dijo con desdén. Se giró. "Nos vemos aquí al amanecer".

La voz de la Pesadilla lo obligó a detenerse. «Trae la Tarjeta de la Doncella de tu colección. La necesitaremos para el viaje».

«¿La doncella?»

"La tarjeta rosa, la que tiene la flor del mismo nombre. Sabes de qué hablo. O quizás no. Has demostrado una pésima capacidad de observación..."

"Sé de qué Carta hablas..." Ravyn inhaló y contó hasta tres. "¿Para qué demonios necesitaríamos una Doncella?"

La Pesadilla tamborileaba con las uñas sobre la corona que tenía en el regazo. «Reza para que no la necesites».

Ravyn miró hacia la cámara mágica. Y como cada conversación con el Rey Pastor parecía revivir el pasado, dijo: «Hablando de Cartas de la Providencia...». Señaló con la cabeza la ventana oscura. «De niño, encontré dos ahí. Derramé sangre accidentalmente sobre la piedra y se abrió». Sacó el Espejo y la Pesadilla del bolsillo. «Estas estaban dentro».

Esos ojos amarillos se volvieron distantes. "¿Y bien?"

"¿Lo odias?"

"No."

—¿Y quién lo hizo? —Ravyn hizo una pausa—. ¿Quizás uno de tus hijos?

La Pesadilla no habló. Estaba congelado, con la mirada perdida.

"¿Vaca?"

No hay respuesta.

Ravyn acarició la Carta de la Pesadilla con un dedo. Al ver la extrañeza del monstruo, la golpeó tres veces. Olió la sal acre y luego expulsó la magia de sí misma. No para hablar con la Pesadilla, sino para sondear la oscura cámara de su mente.

Elspeth. ¿Dónde estás?

La quietud de la Pesadilla se rompió, y su visión regresó de repente. Se puso de pie y, con una fuerza impresionante, empujó a Ravyn al suelo.

Su cabeza golpeó la hierba y la sal abandonó sus sentidos. La punta gélida y roma de la espada de la Pesadilla le rozó la garganta.

"Te lo dije una vez, cuervo estúpido. No puedes entrar en su mente sin invitación".

—Y te dije que, una vez que dejara la Roca, vendría a buscarla. —Las manos de Ravyn eran puños apretados sobre la hierba—. Ya es bastante injusto que los espíritus de tus hijos sigan esperándote mientras tú, monstruo, te quedas aquí. Pero Elspeth no es un fantasma que puedas ignorar. No está muerta. Déjala. Vete.

Los ojos amarillos de la Pesadilla brillaban incluso en la oscuridad. Eran lo único que la sombra de tejo no podía tragar, como si él, el árbol y la sombra fueran uno solo. "¿Nunca ves más allá de tus propios deseos egoístas, Ravyn Yew?", gruñó. "Si la dejara salir de la oscuridad ahora y entrar en mi mente, sufriría. No puedes imaginar la rabia de no tener control sobre tus propios pensamientos... sobre tu propio cuerpo. Tú, traidor, nunca te has doblegado de verdad ante la autoridad. Mentiroso, ladrón... inmune al Cáliz y a la Guadaña... no sabes nada de lo que significa perder el control." Su sonrisa se transformó en una sonrisa. "Pero lo harás. Aprenderás, como yo, lo que se siente estar perdido en el bosque."

Capítulo veinte
Olmo

Lo primero que hizo Ione al llegar al patio fue entregarle a Elm la garrafa de vino que había sacado a escondidas del salón de honor. Lo segundo fue arrancarle el vestido.

Desgarró la tela con ambas manos, hasta el esternón, destrozando ese cuello sofocante. La tela se rasgó con un chasquido seco, y los botones salieron volando.

Elm dejó de beber. "Podría haberte ayudado."

Ione le dedicó su propia versión de una sonrisa, una contracción apenas perceptible de los músculos de las comisuras de los labios. Quizás no era capaz de otra cosa. O quizás simplemente no quería darle la satisfacción de hacerla sonreír. Le quitó el vino. «Disfrutas quitándome la ropa, ¿verdad, Príncipe?»

Esas palabras lo silenciaron. Elm apartó la mirada. Quería romper algo. Y verla rasgarse el vestido así solo avivó ese deseo.

—¿Esto es lo que haces cuando estás borracho y enojado? —preguntó Ione, viéndolo recoger una jabalina tirada y estrellarla contra un poste cercano.

Elm le arrebató la jarra de la mano. "Entre otras cosas."

"¿Por ejemplo?"

La miró por encima del borde de la jarra. "¿No lo adivinas?"

Si la Doncella le permitió sonrojarse, era demasiado oscuro para notarlo. Se mordió el labio. «Espero que no intentes hablarle a Farrah Pine como me hablas a mí. Es una chica muy dulce».

Elm le devolvió el vino. "No te importa cómo le hablo a Farrah Pine".

Ella suspiró. "En realidad, no."

Otra jabalina se hizo añicos. «Mejor. No hablaré con ninguna de las mujeres de la lista de mi padre, ni siquiera contigo».

"No creo que te vieras tan incómodo en el banquete", dijo Ione. "Por un momento, casi parecías encantador. Si no..."

"¿Seductora? ¿Absolutamente irresistible?"

Bebió, y una gota de líquido rojo le quedó en el labio inferior. «Enfadada. En el fondo, parecías enfadada».

Elm resistió el impulso de limpiarse el vino con el dedo. "Estoy enojado. Para ser honesto, creo que he estado enojado toda mi vida".

Ione lo miró fijamente con ojos penetrantes, como si intentara leer entre sus páginas. Cuando el silencio entre ellos se volvió demasiado tenso, respiró hondo. «Entonces enfócate, Príncipe». Le devolvió el vino. «Te sienta bien».

—Cuidado. —Elm pasó el pulgar por el borde húmedo de la botella, donde había estado su boca—. Sonó mucho a cumplido.

«Prefiero considerarlo un consejo.»

—Estoy seguro. —Dio un sorbo—. Pero perdóname si me cuesta aceptar consejos sobre cómo debería sentirme de una mujer que ni siquiera puede sonreír.

—Dame una razón —dijo ella encogiéndose de hombros.

«Me vienen a la mente algunos.»

Elm lo vio en sus ojos... el destello de sorpresa. La dilatación de sus pupilas. Y aunque la Doncella suavizó su expresión, no pudo disimularlo por completo. Aún había destellos de algo. Ione Hawthorn podía sentir algo, estaba seguro.

Ella ignoró su comentario con un gesto desdeñoso de la barbilla. "Solía sonreír todo el tiempo. Tenía arruguitas aquí." Se pasó un dedo, como una pincelada delicada, desde el pliegue de la nariz hasta la comisura de los labios. "Me reía muchísimo." Se tocó el exterior del ojo. "Aquí también. Claro que ya no están. Pero antes sonreía. Me reía como loca."

Los ojos de Elm permanecieron fijos en su rostro, en la tersa superficie de su piel. "Lo recuerdo", dijo en voz baja.

Ione lo miró de reojo y le arrebató el vino de la mano. El líquido oscuro se derramó en la licorera. "No es cierto. Apuesto a que ni siquiera me miraste antes del equinoccio". Tomó un trago e hizo una mueca. "Si tan solo tuviera dinero para apostar".

Apuestas, juegos, trueques. Con Ione Hawthorn siempre llegaba a esto. Cada mirada era un desafío, cada pregunta una prueba, una evaluación. Elm no sabía por qué lo hacía. Pero sintió una opresión en el pecho —y en la ingle— al darse cuenta de que quería participar en sus juegos. Y quizá fuera el vino, o la forma en que esos ojos color avellana lo cautivaban, pero no le avergonzaba admitir que estaba dispuesto a hacer cosas terribles para ganar.

Una sonrisa perezosa se dibujó en su boca. "Menos mal que no tienes dinero. Te quitaría hasta la última moneda."

Ione lo miró por encima del borde de la botella. "Eres un imbécil presumido, Príncipe".

Elm se acercó para recoger el vino, pero esta vez sus dedos se cerraron sobre los de ella en el asa plateada del decantador. Se inclinó y susurró con voz áspera: "¿Crees que no me fijé en ti, Ione?"

Un jadeo escapó de sus labios entreabiertos. "No ante la Doncella. A los hombres como tú no les gustan los dientes de león cuando tienen rosas en el jardín."

—No me gusta ni lo uno ni lo otro... la floricultura no es precisamente mi fuerte. —Ione puso los ojos en blanco, y Elm la abrazó con más fuerza—. Apuesto lo que tienes, si estás tan segura.

Para entonces, sus rostros estaban cerca. Tan cerca que Elm podía ver los hilos que sobresalían de la tela rasgada de su vestido. Bailaban arriba y abajo de su garganta, a lo largo de su esternón, hasta la curva de sus pechos, al ritmo de la rápida corriente de su respiración.

La miró a la cara. Ella lo observaba fijamente. Y aunque su boca no sonreía, había un destello de satisfacción en sus ojos color avellana... de triunfo. "Un beso", murmuró. "Si puedes demostrar que me recuerdas antes del Equinoccio, te besaré. Si no, tendré cinco minutos con tu Guadaña".

Cuando Elm se recuperó del susto, su voz salió ronca. «Ningún beso vale cinco minutos con una guadaña. Ni siquiera el tuyo».

“Un momento entonces.”

El impulso de acunar su rostro, aplastar sus mejillas con las yemas de los dedos y ver cómo se abrían sus labios era extremadamente difícil de controlar. En cambio, Elm le tomó la mano, apretándole la palma con la suya en un apretón amistoso. "Me apunto."

Sin ser vistos, abandonaron el patio y se deslizaron por un pasillo de servicio. Los largos y tortuosos pasillos solo albergaban sombras. Durante todo el trayecto hasta el sótano, Elm e Ione estuvieron completamente solos, como si el castillo les perteneciera solo a ellos.

—Por favor, no dejes que esté cerrada con llave —murmuró Elm cuando llegaron a la puerta.

La manija giró.

La chimenea estaba apagada y los perros estaban en otra parte. Elm se acercó a la estantería. La habitación le resultaba tan familiar que, incluso medio borracho, no tuvo problemas para encontrar una linterna y un yesquero.

La llama floreció, al principio demasiado brillante, luego más tenue. Ione se detuvo en el umbral. "¿Qué es este lugar?"

—Aquí nadie nos oirá. —Elm regresó a la puerta. Al pasar junto a ella, se aseguró de que ninguna parte de su cuerpo la tocara—. ¿Te importaría encender una fogata? Cuando juego y gano, me gusta estar caliente. —Se giró hacia las escaleras.

—¿Adónde carajo vas? —le gritó Ione.

Su tono irritado lo hizo sonreír para sí mismo. «Una copa, señorita Hawthorn. Iré a buscar una tarjeta de copa».

Cuando Elm regresó, el fuego estaba vivo y crepitante. Ione estaba arrodillada en el suelo, atizador en mano, cuidando las llamas. Tenía las yemas de los dedos manchadas de hollín. «Te tomaste tu tiempo».

Elm tenía los brazos llenos. Una carta de cáliz, una botella nueva de vino, una copa de plata, una hogaza de pan de aceitunas robada de las cocinas. El último objeto era de la biblioteca: un reloj de arena que él y Ravyn usaban para jugar al ajedrez. «Vine preparado».

El frío del castillo lo había invadido. Se sentó con las piernas cruzadas junto al fuego, mirando a Ione, y abrió los brazos, dejando que el reloj de arena rodara por el suelo.

Ione lo recogió. "¿Para qué es esto?"

—Para medir el tiempo. —Elm colocó el decantador y la copa entre ellos—. Es peligroso usar un cáliz demasiado tiempo. Aunque no mientas.

"¿Disfrutaste tanto de mi interrogatorio que quieres repetirlo?"

Elm la miró de reojo. "Necesitamos encontrar a tu Doncella, ¿verdad? Pensé que podríamos rememorar la noche del Equinoccio. Analizar tus recuerdos. Estabas borracha, ¿verdad?"

—Sí —respondió Ione secamente.

Así que tus recuerdos podrían no coincidir con la realidad. Espero que el Cáliz te detenga si recurres a un recuerdo erróneo. Si este intento falla, hay otras Cartas en la cámara del tesoro de mi padre que podrían ayudarnos a afinar nuestra búsqueda.

“Si quieres mis recuerdos, ¿por qué no usas la maldita Carta de Pesadilla que mi padre le dio al Rey?”

Elm sacó la Tarjeta del Cáliz de su bolsillo. «Esto», dijo, agitándolo frente a ella, «estaba en la armería, sobraba de ayer. La Tarjeta de la Pesadilla está en la habitación de Hauth, donde los médicos la están usando para intentar reanimarlo. ¿Prefieres ir allí y pedírsela prestada?»

La boca de Ione se tensó.

—Yo tampoco. Bueno, empezaremos con el maldito Cáliz.

Ione pasó un dedo por la curva del reloj de arena, inclinándolo para que cayeran unos granos de arena en la mitad inferior. «Me parece bastante injusto, considerando que ya he tenido que soportar un interrogatorio, que sea la única sometida al Cáliz».

"No estarás sola. Yo también." Cuando las comisuras de los labios de Ione se crisparon, una sonrisa se dibujó en los labios de Elm. "Si no, ¿cómo podría demostrar que te recuerdo y ganar nuestra pequeña apuesta?"

Entonces jugaremos en igualdad de condiciones. Por cada respuesta que te dé sobre la noche del Equinoccio, tendrás que responder una de mis preguntas.

En algún lugar de su mente, Elm sabía que era una pésima idea. Tenía demasiados secretos, ninguno agradable. Pero la bodega estaba cálida, y el vino que había bebido en el patio había empezado a hacer efecto. Ya no quería destruir nada. Por alguna absurda razón, esta terrible idea le parecía buena.

"Está bien."

“¿Hay algún tema que preferirías que evitara, Príncipe?”

Ravyn. Emory. El Rey Pastor. Su infancia. Su hermano. Su padre. El destino que se cernía sobre su vida si se veía obligado a casarse con una desconocida para convertirse en rey...

Tragó saliva con fuerza. "Todo está permitido."

Ione tamborileó con los dedos en el suelo de piedra. "¿Y nuestra apuesta? ¿Cuándo tendré mi minuto con la Guadaña?"

—Podemos dejar eso para el final. —Una risa grave retumbó en la garganta de Elm. Inclinó la botella, llenando la copa de vino—. Considéralo una recompensa.

Ione parecía satisfecha, aunque su expresión no lo demostraba. Levantó la barbilla, estiró los brazos por encima de la cabeza, giró el reloj de arena y lo colocó en el suelo de piedra, entre ellos.

La arena empezó a fluir. Elm tomó la tarjeta turquesa en la palma de su mano, con la mirada fija en Ione. "¿Lista?"

Ella asintió. Elm golpeó el cáliz, observando su garganta mientras ella echaba la cabeza hacia atrás y bebía de la copa. Tras tragar el vino con una mueca, se lo devolvió.

Elm dudó solo un instante, en parte porque el Cáliz siempre agriaba el vino, en parte porque una punzada de ardor en el estómago le advertía que, una vez que bebiera, no habría vuelta atrás. Una vez que se expusiera ante Ione Hawthorn, como Ravyn había hecho con Elspeth, sería vulnerable para siempre.

Como su primo.

Elm se estremeció al pensarlo. Entonces, antes de que Ione pudiera notar su vacilación, echó la cabeza hacia atrás y vació la copa. El vino le llenó la boca, tan amargo que le hizo toser. Se limpió los labios con el dorso de la mano. «Odio esta parte».

¿Has estado a menudo bajo la influencia de un cáliz?

—Gracias a Dios, no. Y esa... —la señaló con el dedo— fue tu primera pregunta. Ahora me toca a mí. —Se inclinó hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas—. ¿Dónde está tu tarjeta de soltera?

Ella siseó irritada. «Tendrás que hacerlo mejor, Príncipe. No lo sé».

Elm se cruzó de brazos. La mirada gélida de Ione lo hizo sentir como un niño hosco. "¿Cómo es posible?"

—Es mi turno. —Sin apartar la mirada de él, Ione se llevó un dedo al labio inferior. Reflexionando. Considerando—. ¿Por qué no te fuiste con tu primo Ravyn y los demás esta mañana?

"Directo al corazón." Elm se pasó una mano por la cara. "No me invitaron. De hecho, me lo prohibieron."

"Por qué…"

—Ahora me toca a mí, Hawthorn. —Esta vez, eligió sus palabras con cuidado—. ¿Qué recuerdas de la noche del equinoccio?

La expresión de Ione permaneció tranquila, aunque sus hombros se tensaron. «Recuerdo estar sentada en el estrado de la mesa principal, como esta noche. Todos vinieron a felicitarnos a Hauth y a mí por nuestro compromiso. Alguien mencionó la Carta de la Pesadilla de mi padre. Intenté intercambiar algunas palabras con Hauth... solo para conocerlo un poco. Pero por cada pregunta que le hice, por cada muestra de exuberancia o entusiasmo, solo recibí desprecio de su parte». Bajó la voz. «Me di cuenta —lo notaba en su rostro— de que no sabía cómo hablarme. Solo quería mirarme, y solo después de que usara la Doncella. Me dijo: «Es usted muy vivaz, señorita Hawthorn». Como si lo hubiera sorprendido de alguna manera desagradable.»

"Es un maldito idiota."

Ione no pareció oírlo. «Estaba nerviosa, y Hauth no dejaba de hacerles señas a los sirvientes para que me llenaran la taza. Seguí bebiendo, y el resto de la velada es un borrón, como una serie de destellos en la oscuridad. Recuerdo tener frío... que tenía una piedra agrietada bajo la mano». Su voz se suavizó. «Pero lo que más recuerdo es el escozor de la sal en la nariz».

La mirada de Elm se posó en su rostro. "¿Por la niebla? ¿O por algo más?"

Ione levantó un dedo perezosamente y lo pasó por el escote roto de su vestido. Como la noche anterior, en el pasillo, cuando abordaron el tema de cómo había perdido a la Doncella, evitó mirarlo a los ojos.

Elm creía haberlo perdido en el ajetreo de las festividades. Pero la sal, y esa... esa reticencia a mirarlo...

Algo andaba mal. Algo profundamente mal. Como si Elm hubiera abierto una puerta que debería haber permanecido cerrada. Una puerta que ocultaba cosas oscuras y tácitas.

Él también tenía una puerta igual.

—Hauth —dijo en voz peligrosamente baja—. Hauth usó la Guadaña contigo, ¿verdad?

Lentamente, Ione asintió. «Se aseguró de que me emborrachara primero». Llenó su copa y dio un largo sorbo de vino. «A la mañana siguiente, me desperté en su habitación, todavía con la túnica Equinox. Y la Doncella que me había dado tu padre... aún estaba bajo su influencia. Pero la Carta...», abrió la mano vacía, «... había desaparecido».

La mandíbula de Elm estaba tan apretada que le dolía. "Él tiene..."

No me tocó. Se aseguró de decírmelo. No para demostrarme respeto ni autocontrol. Solo para hacerme saber que si hubiera querido, podría. Y que lo haría cuando le diera la gana. —Respiró hondo, cansada—. No me dijo dónde me había hecho esconder la Carta de la Doncella. Se lo supliqué, pero no cedió. Dijo que sería más fácil para mí ser su prometida si no sentía nada. —Su mirada volvió a Elm—. Tu hermano parecía entender mejor que yo que él era cruel, mientras que yo, su

futura esposa, era un libro abierto. Y decidió que era yo quien debía cambiar. Que la vida sería infinitamente más llevadera para ambos si simplemente no sintiera nada.

—Hauth es una bestia —dijo Elm con voz áspera—. Y convierte en bestias a todos los que conoce. Le gusta así. Por un momento, consideró tocarla, pero se detuvo. Probablemente lo último que Ione quería era que un serbal la consolara. Sostuvo su mirada, intentando alcanzar el hielo que había tras sus ojos. —Siento que te hiciera esto. Siento que nadie lo detuviera. Y siento que no te sintieras lo suficientemente segura como para contárselo a nadie —suavizó la voz—. Árboles sagrados, Espino. Lo siento.

Los ojos de Ione se abrieron de par en par, completamente inmóviles salvo por su pulgar, que trazaba lentos círculos por el borde de la taza. "¿Te pasó lo mismo a ti?", preguntó, con la voz apenas por encima de un susurro. "Nadie lo detuvo... ¿y no era lo suficientemente seguro como para contárselo a alguien?"

Y allí estaba. La brasa ardiente escondida en lo profundo de Elm. La fuente de su infierno, de su ira. De toda una vida de rabia reprimida. «Así que oíste las voces».

Ella asintió.

Elm se pasó una mano por la cara y respiró hondo y temblorosamente. «Ravyn», murmuró. «Por fin le conté a Ravyn lo que Hauth me estaba haciendo».

"¿Y te llevó?"

Elm asintió. Metió la mano en el bolsillo, rozando el terciopelo con los dedos. Le ardían los ojos, la ira le atenazaba la garganta. «Cuando murió mi madre, heredé su guadaña. De repente, ya no era un niño al que Hauth pudiera golpear, someter y usar su guadaña. Podía defenderme. Y así lo hice. Me volví mejor con la Tarjeta Roja que él». Una sonrisa burlona se dibujó en su rostro. «Y por eso, empezó a odiarme aún más».

El pulgar de Ione había dejado de moverse en el borde de la taza. Elm se obligó a mirarla, temiendo ver compasión en su rostro.

Pero no había piedad en sus ojos color avellana. Le entregó el vino. «Mis fantasías infantiles de casarme con un príncipe se desvanecieron rápidamente. Los encantos de tu hermano apenas existían. El verdadero Hauth se abrió paso por la vida con puños y garras». Cada palabra suya era tan afilada como una aguja. «Pero tarde o temprano, alguien tenía que vengarse. Y mi querida prima, o lo que queda de ella, no mostró piedad».

—No lamento que se esté muriendo, solo lamento no haber sido yo quien se lo hizo. —Elm dio un trago largo—. ¿Eso me hace cruel?

"En ese caso, ambos lo somos."

El nudo en el pecho de Elm empezó a aflojarse. Observó con asombro que el reloj de arena estaba más de la mitad vacío, y se dio cuenta de

que había iluminado la parte más oscura de sí mismo, sin siquiera intentar mentir.

Ione frunció el ceño. "¿Por qué tardaste tanto en heredar una Guadaña?"

"¿En qué sentido?"

Dijiste que heredaste la Guadaña de tu madre. Pero hay cuatro Guadañas. Y todas son propiedad de los Rowan.

“Una antigua mentira.”

Ione arqueó las cejas. "¿No tienes las cuatro guadañas?"

Elm negó con la cabeza. "Solo tenemos tres. El Rey tiene uno, mi hermano uno y yo otro. Dondequiera que esté la cuarta Guadaña, no está en nuestro poder. Fingimos que está en las mazmorras, pero no está allí." Tomó un sorbo de vino. "Cuando finalmente heredé la Carta Roja, tuve que aprender mucho."

—Te recuperaste rápidamente —dijo Ione, observándolo con atención.

Elm se acomodó un mechón de pelo que le caía sobre los ojos. Se aclaró la garganta. "No recuerdo a quién le tocaba hacer la pregunta".

Ione tomó el vino de su mano. "Tuyo."

Si Hauth estaba decidido a mantenerte bajo el hechizo de la Doncella, probablemente te hizo esconderlo donde nadie más pudiera tocarlo. ¿Recuerdas haber ido a algún lugar aislado? ¿Quizás al parque, o a las mazmorras... lejos de las multitudes?

—Es inútil, Príncipe. Lo único que recuerdo con claridad es la sal y una piedra agrietada bajo mi mano. —Se pasó la lengua por el labio inferior, en silencio—. Recuerdo vagamente antorchas a mi alrededor. Estaba bailando en el jardín con Hauth. Otras voces masculinas resonaban a nuestro alrededor. Cuando Hauth me soltó la mano y caí, se echaron a reír. Me pusieron las manos encima.

La boca de Elm se llenó de veneno. Lo que Ione había visto en su rostro fue suficiente para silenciarla. «Estoy ilesa, Príncipe. De una pieza. Un solo trozo de hielo, sin corazón».

"No es gracioso."

—Vamos, no aprietes los dientes. No esperaba que encontráramos mi Carta en una hora. —Su mirada se posó en el reloj de arena—. Solo nos quedan unos minutos. Hablemos de algo diferente. Algo que no tenga que ver con la Doncella.

Elm se frotó las manos en las rodillas. "Puedes preguntarme lo que quieras".

"¿Cuántos años tiene?"

Veintidós años tristes. ¿Y tú?

—Yo también. Aunque imagino que los míos fueron más fáciles que los tuyos. —Su mirada bajó a su túnica negra y luego volvió a su rostro.

Elm observó esos ojos color avellana. "A veces me miras como si me inspeccionaras. ¿Qué buscas exactamente?"

"Tal vez te encuentre guapo."

Los labios de Elm se curvaron hacia arriba. "No es esa la única razón por la que me miras".

El rostro de Ione era sereno, tallado en mármol, y su expresión no revelaba absolutamente nada. "¿Y yo, Príncipe? ¿Crees que soy hermosa?"

Elm soltó una risa áspera. "No hay nadie en este castillo que no lo crea."

“Eso es sólo la mitad de la respuesta”.

«El tuyo también.»

Ione entrecerró los ojos. Luego dijo lentamente: «Buscaba a Hauth en tu rostro. Su mal genio, su crueldad o simplemente su indiferencia». Se inclinó hacia él. «Pero no pude encontrar ninguno de esos rasgos. Veo astucia, cansancio, miedo. Ira, sin rastro de violencia». Respiró hondo. «Ambos son Rowan... pero menos parecidos de lo que jamás imaginé».

Elm sintió un cambio profundo en su interior. Se recostó, apoyándose en los brazos, intentando distanciar la conversación de su hermano lo máximo posible. "Dijiste que ya no sentías nada. Sin embargo, vi tus mejillas sonrojarse. Sientes el calor, el frío. El dolor. ¿Qué más puedes sentir?"

La luz del sótano era tenue, pero no lo suficiente como para disimular el ligero rubor que iluminaba las mejillas de Ione. "No p-puedo..." Cerró la boca de golpe y lo intentó de nuevo. "N-n-nada..."

Pero el Cáliz no la dejó mentir. Elm se preguntó por qué lo había intentado. "No luches contra mí."

Se mordió el labio inferior y frunció el ceño. Por un instante, pareció decidida a malgastar el aliento en una mentira otra vez. Pero luego tomó otro sorbo de vino y dijo: «Deseo. Todavía puedo sentir deseo».

Elm enderezó la espalda, sintiendo que el aire se le escapaba de los pulmones. "¿Y cómo lo supo, señorita Hawthorn?"

"Es mi turno de hacer la pregunta."

Él abrió las manos y le hizo un gesto para que continuara.

¿Sabes dónde están mi madre y mis hermanos?

La pregunta correcta. Pero las palabras equivocadas. "No." Elm sintió que la energía se acumulaba en las palmas de sus manos. Tamborileó con las yemas de los dedos en el suelo. Vino. Necesitaba más vino. "¿Qué clase de deseo?" Tomó la copa de Ione y la llenó, observándola beber. "No escatimes en detalles."

No se le escapó la mirada fija en el reloj de arena. Podría haber esperado a que se acabara toda la arena, castigarlo con silencio y no haber respondido a la pregunta. Elm se lo habría merecido: el tema era decididamente poco principesco...

—Es como si mi piel se estuviera poniendo increíblemente caliente. Sobre todo aquí. —Ione se pasó el pulgar por el centro de la boca—. Y

aquí. —Sus dedos se deslizaron por la tela rasgada bajo su clavícula—. Aquí. —Bajó la mano y la enterró en su vestido, justo debajo del ombligo. Sus ojos se encontraron con los de Elm—. Entre mis piernas. Un anhelo palpitante e inquieto. Creo que es una broma cruel de la Doncella. Mi cuerpo es el mismo de siempre. Puedo sentir todas las sensaciones físicas de la atracción. Pero mi corazón permanece... cerrado.

A Elm se le secó la boca. Su visión borrosa volvió a la normalidad. Había visto su mano deslizarse por su cuerpo... sintió la reacción de su propio cuerpo. Dondequiera que estuviera ese anhelo inquieto, quería encontrarlo. Tocarlo. Ponerle la boca.

Tragó saliva, con la voz tan ronca que le raspó la garganta. "¿Puedes oírlo ahora?"

Cuando sus ojos permanecieron fijos en los de él, él supo la respuesta.

Miró el reloj de arena. Estaba vacío. Se humedeció el labio inferior con la punta de la lengua. «Es hora, Hawthorn. Para nuestra apuesta».

Ione cruzó los brazos. "¿Dónde está tu guadaña?"

Elm sacó la tarjeta de su bolsillo y la hizo girar entre sus dedos medio e índice.

—Así que, Príncipe —dijo, con tono de nuevo cortante—, defiende tu caso. Demuestra que me recuerdas antes del equinoccio.

Sonrió. "Veamos... ¿qué recuerdo de Ione Hawthorn debería evocar..." Tomó un largo sorbo de vino, saboreando el momento como lo hizo cuando venció a Ravyn al ajedrez. "¿Qué tal cuando eras una niña, montando el corcel de tu padre por el bosque, descalza, tu cabello rubio ondeando al viento, tus pies embarrados hasta los tobillos? O tal vez algo más reciente. En la fiesta del Equinoccio, hace dos años. Nadie te invitó, así que bailaste sola... con cierta gracia, debo añadir." Elm dejó su vino y se inclinó hacia ella. Incluso sentado, era mucho más alto. "Tus pequeñas líneas de expresión, las encontré encantadoras." Examinó las comisuras de su boca, sus ojos. "Tus pestañas eran más rubias. Tenías pecas y piel enrojecida en ciertas áreas de tu cara. Un espacio entre tus dientes frontales." Los ojos son lo único que la Doncella no ha cambiado mucho. Solo antes del equinoccio eran felices. Bajó la barbilla. Un fuerte aroma floral le inundó la nariz. «Eras la chica más extraña que he visto. Porque en la Roca, nadie es feliz. Fingen serlo, o están un poco borrachos, pero claramente es un espectáculo. Tú no. Eras... dolorosamente real».

Ione se quedó paralizada. Elm retrocedió un paso y, recogiendo la Carta del Cáliz del suelo, la sostuvo frente a él, intentando no presumir demasiado, aunque le costó un poco. "Se acabó el juego, Hawthorn. ¿Tienes algo que añadir?"

Solo entonces Ione pareció comprender el significado de sus palabras. Había perdido la apuesta. «Vete al infierno, Príncipe».

Elm soltó una carcajada que lo estremeció profundamente. «Tienes una boca preciosa». Golpeó el cáliz tres veces, rompiendo el hechizo. «Y ahora es toda mía».

Le sujetó la barbilla entre el pulgar y el índice, como Ione la había sujetado en las mazmorras, y se inclinó sobre ella, deteniéndose justo antes de que sus labios se rozaran. Luego le rozó el labio inferior con el pulgar, donde sabía que anidaba su calor. "¿De verdad creías que no te recordaba?", le susurró en la boca.

Así fue. Elm lo notó por el brillo en sus ojos.

—Toda esa charla de placer, calor y ese terrible e inquieto anhelo entre tus piernas —murmuró—. Pintaste un cuadro tan hermoso. ¿No habría sido divertido negarme un beso si hubiera perdido nuestra apuesta? ¿Tomar la Guadaña y dejarme indefenso? —Su labio superior rozó el de ella—. Dime, Hawthorn... ¿Sientes algo al jugar conmigo así?

La respiración de Ione era rápida y trabajosa. Entreabrió los labios y el pulgar de Elm se deslizó entre ellos. Cuando levantó la vista, había suficiente sinceridad en sus ojos como para hacer innecesario el Cáliz. «Sí».

—Pues hazlo —susurró, deslizando una mano por su espalda—. Úsame. Juega conmigo. Intenta algo, Ione.

Se le escapó un jadeo, y Elm lo absorbió con la boca. Por un instante, sus ojos color avellana se volvieron fríos y cautelosos, pero lo que vieron en su rostro bastó para ablandarlos. Ione le cerró los ojos y presionó sus labios contra los de ella en un beso violento y furioso.

La copa se estrelló contra el suelo. Elm se inclinó y la dejó en el suelo de piedra, donde su cabello empapó el vino derramado. La llenó de besos en la garganta y luego descendió por su cuello, saboreando su aroma con respiración entrecortada.

Un gemido estremecedor surgió de la garganta de Ione, y sus manos comenzaron a moverse frenéticamente, tocando su rostro, su cabello, los músculos de sus brazos. Inhalando, le apretó la muñeca, se detuvo un momento y luego presionó su mano contra su pecho.

Elm dejó escapar un gemido, con la mano llena de ella. La apretó con fuerza, alentado por la respiración cada vez más rápida que escapaba de sus labios entreabiertos. Claramente, ella quería que fuera brutal. Elm podía complacerla. Estaba acostumbrado a ser así.

Pero si era brutal, sería efímero. Y por alguna razón que no tuvo tiempo de analizar, Elm quería que la relación con Ione Hawthorn durara mucho tiempo. Aflojó la presión y ralentizó los movimientos de sus manos, llevándolas hasta la parte inferior de sus pechos, sintiendo su peso.

Entonces, tan rápido que Ione no pudo evitar jadear, los empujó hacia arriba, presionando un beso en esa piel perlada.

Ella clavó las uñas en su cabello y arqueó la espalda, impaciente. Su aroma llenó sus fosas nasales, más intenso en el hueco entre sus

pechos. Lentamente, los recorrió con la boca, entre ellos. Olía a magnolia y a campos bajo la primera lluvia de verano. Un aroma dulce, embriagador y melancólico.

Por un momento, Elm ya no entendió nada, cada uno de sus pensamientos se centró en ella, en su olor y en ese anhelo inquieto que en un momento determinado, entre cuando la había encontrado en Hawthorn House y ese momento, en el suelo del sótano, se había convertido también en su anhelo.

Intentó besarla en otras partes, pero su vestido —ese maldito vestido— se lo impedía. Buscó a tientas el cuello roto, agarrando la tela con ambas manos.

Sus miradas se encontraron, nubladas y febriles.

Ione pareció entender. "Arráncalo", dijo. "Ahora".

Elm le tomó el labio inferior con la boca. Lo sujetó con la punta de los dientes. "Ruégame."

Ella inhaló, preparándose para besarlo o maldecirlo...

Un ruido en la habitación le llamó la atención y dirigió la mirada hacia la puerta. Ya estaba abierta.

Filick Willow, con sus perros y sus libros, estaba en la puerta, con los ojos bien abiertos.

Elm apartó las manos de Ione y le lanzó al médico una mirada asesina. "¿Ya no tocas, Filick?"

—Yo... yo llamé. —La mirada del anciano se posó en Ione—. Le pido disculpas, señorita Hawthorn. Yo... —Salió corriendo de la habitación, dejando allí a sus perros. Uno se echó en un rincón, en su cama de paja. El otro se acercó, meneando la cola, y le lamió la cara a Elm.

El Príncipe extendió la mano hacia Ione, pero ella ya estaba de pie, con el pelo manchado de vino. «No dirá nada», dijo Elm, ajustándose los pantalones.

Corrió hacia la puerta. «Espera, Hawthorn», la llamó Elm. «Ione, espera».

Pero ella ya se había ido.

Capítulo veintiuno
Elspeth

El pasado me impregnó en esa agua oscura y sin fondo, hasta que me convertí en parte de ella.

Estaba en un castillo, frente a una joven. Era más baja que yo, de cabello oscuro, piel cobriza y penetrantes ojos amarillos. Era el sol; podía sentir su calor incluso en el gélido pasillo, mientras caminábamos juntas.

Ayris. Mi hermana pequeña.

La luz entraba a raudales por las ventanas arqueadas, iluminando las partículas de polvo que danzaban en el aire y se posaban sobre las alfombras de lana verde. "Oh, no", dijo Ayris, mirándome. "Tienes un moretón debajo del ojo".

Me encogí de hombros. "Eh, entrenamiento."

—Con Bruto, sin duda. Solo un idiota como él te arruinaría la cara antes de la coronación. —Me miró a la cabeza—. ¿Qué se siente... al llevar la corona?

Me pasé la mano por el pelo y toqué algo frío, sólido y pesado. «Como si hubiera recibido un regalo de la Providencia».

Al llegar a la puerta dorada al final del pasillo, los guardias la abrieron. Uno de ellos era joven, un chico de mi edad, diecisiete años. Tenía los ojos verdes y no uno, sino dos moretones en la cara. Le guiñó un ojo a Ayris y luego a mí. «Buena suerte, Taxus».

—Imbécil —murmuró mi hermana en voz baja.

La puerta daba a una catedral. Las vidrieras filtraban la luz, pintando las piedras grises con un arcoíris de colores. Morado, verde, rosa, rojo, burdeos, azul. Los colores danzaban ante mis ojos, tan vívidos y hermosos que quise atraparlos... guardarlos en mi bolsillo.

Rodeado de nobles y damas, tomé el trono de mi difunto padre, tallado en árboles antiguos y retorcidos. "¡Viva Taxus!", exclamó la corte con júbilo. "¡Viva el Rey Pastor!".

Elspeth.

Elspeth.

¡Elspeth!

Abrí los ojos en la oscuridad. Una voz tranquilizadora me llamaba. Cuanto más llamaba, más desesperado se volvía su tono.

Intenté nadar hacia esa voz, pero el agua —la red de recuerdos— me detuvo. No podía moverme, no podía hablar.

Me quedé atrapado allí.

Capítulo veintidós
Ravyn

La partida de la expedición para recuperar la última Carta de la Providencia no fue recibida con gran fanfarria. Cuando Ravyn abandonó el Castillo Yew, no hubo aplausos, ni música, ni pétalos de rosa, ni pañuelos lanzados al aire.

La mañana era inquietantemente silenciosa. Una ola de frío había azotado Blunder, dejando tras de sí una capa de hielo. Al amanecer, no había nadie para despedirse, salvo sus padres, que ahora lo observaban desde la ventana de Emory.

Lo abrazaron, aceptando su silencio casi absoluto como siempre. Él se dirigió a ellos con las mismas breves palabras de despedida que le había escrito a Elm.

"Nos veremos pronto."

Cuando llegó al prado, los demás ya lo estaban esperando cerca de la cámara mágica.

Jespyr y Gorse parecían haber dormido apenas unas horas, al igual que él. Los hermanos Ivy también tenían los ojos legañosos bajo la tenue luz de la mañana, con la espalda encorvada bajo sus bolsas de lona. Conteniendo un bostezo, Jespyr se colgó al hombro un arco y un carcaj de flechas.

Petyr lanzó una moneda de cobre al aire y la atrapó. Le dio un codazo a Jespyr en las costillas. «Buenos días, princesa».

—Veo que trajiste tu moneda de la suerte. —Jespyr se pasó un dedo por sus oscuros rizos—. Sabes que la suerte está en la cabeza, ¿verdad?

—No tiene nada en la cabeza —comentó Wik, mordiendo un trozo de venado seco.

La mirada de Gorse pasó de un hermano a otro. "¿Quiénes demonios son ustedes dos?"

—Cortesanas, venid a haceros el viaje un poco más agradable —dijo Petyr, frunciendo los labios—. ¿Qué os parece un beso de buenos días, bella Paladín?

Ravyn se frotó los ojos. "Les pedí que vinieran. Te sugiero que los ignores". Recorrió el césped con la mirada. "¿Alguien ha visto a nuestro amigo?"

"¿Te refieres a Elspeth Spindle?" Gorse asintió hacia el oeste. "Estaba en la armería."

Ravyn se ocultó tras una fachada vacilante de indiferencia. "Esa no es Elspeth".

Con pasos silenciosos, la Pesadilla emergió de la niebla. Con los ojos bien abiertos, llenos de determinación, era el único miembro del grupo que parecía completamente despierto. Solo que, en lugar de su habitual sonrisa traviesa, su boca estaba torcida en una mueca.

—¿Por qué está tan triste? —preguntó Jespyr.

La Pesadilla no dijo nada. Su espada estaba visiblemente más afilada y había sido limpiada meticulosamente, al igual que su corona, que brillaba con un amarillo dorado intenso en el aire gris de la mañana. Ravyn notó que había sido elaborada para imitar ramas entrelazadas.

No era muy diferente de la corona de su tío, excepto que las ramas labradas en oro no eran las del serbal, sino las de otro árbol más retorcido y nudoso.

La Pesadilla apretó la corona con su mano afilada. Sin decir palabra, se abrió paso entre la multitud hacia la cámara de piedra. Se deslizó como una sombra por la ventana oscura. Cuando regresó, la corona había desaparecido.

—¿No quieres llevarla al bosque? —preguntó Ravyn secamente.

Dos ojos amarillos lo miraron, entrecerrados. "Ya no me corresponde usarlo".

Ravyn se giró hacia el grupo, con la sal filtrándose por la nariz. "¿Tenéis todos vuestros amuletos?"

Jespyr llevaba un pequeño fémur atado con una cuerda alrededor del cuello. Los hermanos Ivy llevaban dos plumas de halcón idénticas prendidas en sus cinturones. Gorse, como la mayoría de los Paladines, llevaba un brazalete de crin trenzada en la muñeca.

—Cuídalos con cuidado. —Ravyn tocó el amuleto de repuesto que llevaba en el bolsillo: una cabeza de víbora—. Estaremos en la niebla un rato.

Gorse cambió el peso de un pie al otro. "¿Por cuánto tiempo?"

—Durante el tiempo que sea necesario para encontrar la Carta de los Alisos Gemelos. Si no te gusta... —Ravyn señaló hacia el prado—, regresa a la Roca. ¿O espera el Rey un informe detallado de mis acciones?

Gorse cerró la boca de golpe y lo miró fijamente.

Ravyn estaba acostumbrado a las miradas de los Paladines. No poseía el carisma de Hauth, ni siquiera de Elm Rowan; nunca había sabido motivar a los hombres con palabras. Su frialdad, y el hecho de estar infectado, siempre lo habían convertido en un Capitán impopular.

Peor aún. A Ravyn no le importaba en absoluto la opinión de Gorse, siempre y cuando se basara en el miedo. Sostuvo la mirada del Paladín

hasta que bajó la vista y luego se volvió hacia la Pesadilla. «Dirige el camino».

Un siseo bajo escapó de los labios del monstruo. Se alejó del tejo y giró hacia el este. Al adentrarse en el bosque, la niebla los envolvió por completo.

No había camino. Y aunque lo hubiera habido, Ravyn presentía, por el paso irregular de la Pesadilla, que no lo seguiría. Con la espada firmemente aferrada en sus manos, zigzagueaba entre las copas de los árboles, ágil y silencioso, deteniéndose de vez en cuando para observar las copas entrelazadas. Pasaron una hora siguiendo su sinuoso sendero a través del bosque.

A medida que avanzaban, la ira grabada en su rostro se hacía cada vez más intensa.

"¿Sabes siquiera adónde vamos?", gritó Gorse, cerrando la marcha. "Ya hemos cambiado de dirección cinco veces".

La Pesadilla se detuvo en seco, se arrodilló bajo un tejo nudoso y apretó los dedos desnudos contra el tronco. Cerró los ojos y su boca pronunció palabras que Ravyn no pudo oír.

El susurro de las hojas cesó. El canto de los pájaros y el susurro del viento en las ramas se acallaron. Al envolverlo el silencio, Ravyn sintió que se le erizaba la piel... Era como si la Pesadilla hubiera hablado el idioma del bosque.

Y el bosque se había detenido a escuchar.

Jespyr apareció tras él. «El Antiguo Libro de los Alisos», murmuró, observando a la Pesadilla acariciar el tronco del tejo con los dedos, «habla de los intercambios del Rey Pastor por las Cartas de la Providencia. Pero poseía magia de nacimiento». Enderezó la espalda. «¿Cuál era su poder?»

La Pesadilla cerró los ojos y golpeó el árbol tres veces con su espada. Tap, tap, tap. De su boca, Ravyn pudo distinguir una sola palabra: «Taxus».

La respuesta a la pregunta de Jespyr llegó directamente desde abajo. El bosque entero se estremeció, temblando desde lo más profundo. El suelo se movió, haciendo que Ravyn y Jespyr chocaran entre sí. Cayeron al suelo junto a Petyr, Wik y Gorse, quienes miraban atónitos a su alrededor.

Los tejos se movieron, como si el bosque se reorganizara. Las raíces emergieron del suelo, lanzando nubes de tierra al aire. Las ramas se quebraron y las hojas se arremolinaron a su alrededor. Clic, clic, clic.

La Pesadilla se agazapó en el centro del tumulto, sin que ninguna raíz ni rama la tocara. Volvió a golpear con su espada, esta vez en el suelo, y el sonido reverberó por encima del estruendo. Clic, clic, clic.

Las manos de Ravyn estaban empapadas de sudor. Había estado leyendo el Antiguo Libro de los Alisos toda su vida.

Pero aquella fue la primera vez que vio claramente al hombre que lo había escrito.

La Pesadilla se irguió en toda su estatura. Se giró para mirar a sus compañeros, desplomados en el suelo.

—¿Qué quiere decir Taxus? —preguntó Jespyr incrédulo.

"Es un nombre antiguo para un árbol retorcido y antiguo." Al ver que la mirada de Ravyn se posaba en su espada, la Pesadilla pasó un dedo pálido por la empuñadura. "No creías que era pastor, ¿verdad?"

A medida que avanzaban más hacia el bosque, los surcos en la frente de la Pesadilla se hacían cada vez más profundos.

Ravyn no preguntó qué le preocupaba, y el monstruo no ofreció ninguna explicación. Como los árboles se habían reorganizado, abriendo un camino a través del bosque hasta entonces impenetrable, no había pronunciado palabra. Ya habían pasado varias horas.

Mucho mejor. Ese surco entre sus cejas oscuras, ese ceño fruncido y persistente, era una expresión que Ravyn nunca había visto en Elspeth. Le facilitaba mantener a raya la Pesadilla, en lugar de seguir pensando que Elspeth estaba a su lado. Lo mantenía con los pies en la tierra. Infeliz, pero con los pies en la tierra.

Y lo suficientemente alerta para notar a los lobos.

El primero, una bestia de pelaje negro con imperturbables ojos plateados, los observaba desde la hilera de árboles.

—Acelera el paso —le dijo Jespyr a Gorse, mientras colocaba una flecha en su arco.

Gorse señaló los árboles con la punta de su espada. «Hay dos».

—Tres —lo corrigió Wik—. Nuestro pobre soldadito no sabe contar.

—¿No te enseñan aritmética en la escuela de paladines? —preguntó Petyr.

Ravyn mantuvo la mirada fija al frente. De hecho, había cuatro lobos acechándolos por el oscuro sendero. Aceleró el paso hasta que su boca estuvo cerca del oído de la Pesadilla. «Estamos demasiado abajo».

La Pesadilla no dijo nada.

"Pesadilla."

El monstruo continuó mirando hacia adelante.

Ravyn metió la mano en el bolsillo y dio unos golpecitos al papel borgoña. La sal se le metió en la nariz y le llenó la boca. La expulsó con una exhalación forzada. «Te estoy hablando a ti, parásito».

Antes de que Elspeth desapareciera, entrar en su mente era como estar en medio de una tormenta. En un tumulto furioso. En cambio, la

mente de la Pesadilla estaba tranquila, controlada, silenciosa, salvo por esa extraña y tranquilizadora voz.

Sólo en ese momento la voz estaba gritando.

¿Dónde estás, Elspeth? ¿Por qué no me respondes?

Ravyn tropezó y se golpeó el hombro.

El monstruo se tambaleó, sus ojos amarillos brillaron. Su mano se cerró sobre el cuello de Ravyn.

Ravyn nunca había entendido cómo había mutilado a Hauth y Linden, cómo había destrozado sus cuerpos. Elspeth nunca había blandido un arma. Las manos desnudas no deberían haber infligido ese tipo de heridas, desgarrando la carne de esa manera.

Pero ahora, con los dedos de la Pesadilla enredados en su garganta, empezó a comprender. Podrían haber parecido dedos normales. Pero bajo la superficie, había algo afilado, letal.

La Pesadilla parpadeó, concentrándose. La presión que apretaba el cuello de Ravyn se aflojó, pero no bajó la mano. Creí que habías aprendido la lección. No entras en la mente de la gente a menos que te inviten. Su boca se torció en una mueca. Pero eres un cuervo estúpido y testarudo, ¿verdad?

La cara de Ravyn palideció. "Elspeth. ¿No... no encuentras a Elspeth?"

La Pesadilla no dijo nada. Pero por un instante, su ira dio paso a una expresión que Ravyn nunca había visto en el rostro del monstruo.

Desesperación.

El pánico la invadió. No juegues conmigo, Rey Pastor. Libérala de la oscuridad. Déjame hablar con ella. Ahora.

Jespyr los apartó. "Como no se pueden concentrar, idiotas, me haré cargo del grupo. Nos pisan los talones".

La mirada de la Pesadilla se posó sobre su hombro. Cuando se posó en el lobo de ojos plateados, la ira de su rostro se disipó tras una sonrisa. "Bien", dijo. "Ya casi estamos".

Para llegar a la última carta, tendrás que hacer tres intercambios. El primero es en un lago oscuro, donde podrás ver tu reflejo.

El lago parecía un espejo de plata. Su superficie lisa e indiferente reflejaba el cielo, los árboles... sus rostros. Gorse tocó el agua y retrocedió un paso, estremeciéndose. Jespyr se ajustó el arco al hombro. Los hermanos Ivy compartieron un trozo de pan.

Ravyn observó a los lobos, ahora siete, alinearse a unos cincuenta metros detrás de ellos. "Nos siguieron hasta aquí. ¿Por qué?"

La Pesadilla se agachó junto a él y hundió la punta de su espada en el lago. "¿Para qué arriesgar nuestras vidas cuando el agua puede matarnos?"

La mirada de Ravyn volvió al lago. No parecía tan letal. "¿Está envenenado?"

Una risa burbujeó en la garganta de la Pesadilla. "Mágico."

El lago se extendía kilómetros. Tomaría horas rodearlo. "¿Lo cruzamos nadando?", preguntó Ravyn.

Un guiño.

"¿Qué tipo de magia?"

"Del tipo que tanto le gusta al Espíritu del Bosque. Un intercambio." La mano de la Pesadilla se tensó alrededor de la empuñadura de su espada. "Una gota de sangre. Después, el agua hará lo que quiera con nosotros. Si sobrevivimos, nos garantizará un paso seguro hasta el próximo intercambio."

Ravyn miró fijamente el agua. Como en el Castillo Yew, como en el bosque, ante la presencia de la Pesadilla, una quietud sobrenatural parecía cernirse sobre el lago. Como si lo estuviera esperando.

Ravyn se cortó el pulgar con la hoja de su daga y luego presionó la áspera yema del dedo sobre la superficie del lago. Una, dos, tres gotas de sangre cayeron al agua, tiñéndola fugazmente de escarlata.

Jespyr, Gorse y los hermanos Hiedra hicieron lo mismo, derramando sangre en el agua. Cuando la Pesadilla acercó la hoja de su espada a su mano abierta, Ravyn lo detuvo.

"Hazle un corte superficial", dijo. "Así no le quedará cicatriz".

Esa mirada de consternación cruzó de nuevo el rostro del monstruo. Desesperado. Esa mirada aterrorizó a Ravyn más que los lobos o el lago. Se acercó, bajando la voz para que solo la Pesadilla pudiera oírlo. "Dime qué pasa". Se le hizo un nudo en la garganta. "¿No puedes contactar con Elspeth?"

La Pesadilla miró la superficie del lago. Entonces, con un movimiento tan rápido que Ravyn apenas lo notó, pasó el pulgar por la hoja de su espada y la hundió en el agua. «Nada rápido, Ravyn Yew».

Y se lanzó de cabeza, destrozando la superficie pulida del espejo.

Ravyn y Jespyr intercambiaron una mirada nerviosa. Gorse se giró para observar a los lobos, que se habían acercado veinte metros más. Maldijo en voz baja y saltó al lago, levantando pequeñas olas ondulantes. Wik lo siguió. Petyr besó su moneda de la suerte y se unió a ellos.

Ravyn miró su reflejo. Quizás era miedo, o quizás su imaginación lo había dominado... pero el hombre que lo miraba desde el agua no era él. Al menos no del todo. Llevaba la cabeza cubierta por una capucha y una máscara de tela le ocultaba el rostro. No era el Capitán Paladín, sino el otro Ravyn. El que acechaba en el camino del bosque.

El bandido.

"¿Estás ahí, Jes?"

—Estoy aquí, detrás de ti —dijo la voz de su hermana, cercana, como siempre.

Ravyn dobló las rodillas y, acompañado por los aullidos de los lobos, se zambulló desde la orilla.

En las historias, las sirenas eran mujeres hermosas cuyos cantos atraían a los hombres a las profundidades. No llevaban capas ni máscaras negras. No eran bandidas.

Pero la criatura que agarró a Ravyn por el tobillo desde las profundidades del lago fue...

Sus dedos helados perforaron sus botas, atravesando la piel. Habló con la voz de Ravyn; tenía su rostro, los mismos ojos grises y brillantes. «No nades más», dijo. «La libertad que buscas siempre ha estado aquí, tras la máscara. Sé quien desees. Ama a la mujer infectada. Roba, traiciona. Quebranta la ley del Rey. Quédate».

Fue una prueba creada específicamente para él a través de la sangre, un truco del Espíritu del Bosque. Para fortalecerlo…

O ahogarlo.

Ravyn forcejeó en el agua. Con los pulmones ardiendo, pateó al bandido en la cara y se liberó.

El peso de su ropa y sus armas era enorme. Pero Ravyn era fuerte. Nunca había tenido otra opción. Salió a la superficie y respiró hondo, jadeando, buscando desesperadamente a los demás. Vio a Wik diez brazadas por delante. Petyr se esforzaba por seguirle el ritmo. "¡Hay demonios en el agua!", gritó.

—¡Suéltame! —gritó Gorse desde algún lugar cercano, con la boca llena de agua.

Entonces apareció Jespyr. Nadaba a toda velocidad, respirando a grandes bocanadas. Delante de todos estaba la Pesadilla, que casi había llegado a la orilla opuesta. Fuera cual fuese el monstruo que lo perseguía bajo el agua, el bastardo nadaba más rápido.

La voz de Ravyn resonó por el lago. "¡Usa el Caballo Negro, Jes!". Entonces su boca se llenó de agua helada. "Nada."

Jespyr no necesitó que se lo dijeran dos veces. Desapareció bajo el agua por un instante. Al emerger, su velocidad se multiplicó por diez. Más adelante, Gorse hizo lo mismo. Dio un golpecito con su Carta del Caballero Negro, y ambos salieron disparados como flechas por el agua plateada, pateando con una fuerza inhumana hacia la orilla.

Ravyn y los hermanos Ivy seguían en el centro del lago. Y los monstruos bajo la superficie se acercaban a ellos.

Sin dejar de patalear, Ravyn aminoró el paso para sacar un cuchillo del cinturón. Esta vez, cuando la mano le agarró el tobillo, no lo tomó por sorpresa.

El bandido bajo el agua lo derribó. «Quédate, Ravyn Yew», repitió. «El hombre tras la máscara... ese es quien debes ser».

Ravyn respiró hondo y se dejó arrastrar bajo el agua hasta encontrarse cara a cara con el bandido. Entonces le clavó el cuchillo en el hombro. Un grito desgarrador sacudió el lago. Retorciéndose, el monstruo desapareció en las profundidades.

Ravyn salió a la superficie justo a tiempo para ver a Petyr siendo arrastrado bajo el agua.

Se zambulló, siguiendo el rastro de burbujas que salían de su boca abierta. El monstruo bajo ellos se parecía a Petyr, pero vestía de paladín, y sus largos dedos terminaban en garras afiladas que rodeaban la pierna de Petyr. Incluso cuando Ravyn lo pateó, esas garras no lo soltaron.

Ravyn rodeó la cintura de su amiga con un brazo y tiró con todas sus fuerzas contra el poder del monstruo. Cuando emergieron, estaba medio cegado, medio asfixiado por el agua. Lo único en lo que podía pensar era en recuperar el aliento para mantenerse consciente y llevar a Petyr sano y salvo a la orilla.

Finalmente, el agua se volvió menos profunda. Sus piernas se hundieron en el lodo. Ravyn se arrastró hasta la orilla, arrastrando consigo a Petyr y al monstruo, que aún se aferraba a su pierna.

Gritos, pies chapoteando en el barro. Jespyr, y luego Wik, agarraron a los dos hombres por los hombros.

Petyr gimió, pataleando. El monstruo abrió la boca y emitió un chillido que resonó por todo el lago. Sus garras se curvaron, clavándose más profundamente en la carne y los músculos.

Un sonido metálico de acero... un destello de luz. La espada del Rey Pastor cortó el aire.

Se oyó otro grito desgarrador. Ravyn vio al monstruo con la cara de Petyr tambalearse hacia atrás. Sus ojos se pusieron en blanco y su cabeza cayó de sus hombros al lodo del lago.

Ravyn intentó levantarse...

Y vio la sangre.

La pernera izquierda del pantalón de Petyr estaba hecha jirones, al igual que la piel de su pantorrilla, desgarrada por largas heridas abiertas donde las garras del monstruo se habían clavado. Pero incluso con los ojos entrecerrados, Ravyn pudo ver que algo andaba mal con esas heridas. No sangraban como debían. La sangre se coagulaba demasiado rápido, pegajosa como baba.

Poco después llegó el olor… pútrido, como el cadáver de un animal en descomposición.

"¿Qué demonios es ese olor?", preguntó Gorse. Su rostro pasó de pálido a verdoso.

—Es la pierna —susurró Jespyr, tapándose la nariz con la mano mientras se inclinaba sobre Petyr.

Dos botas chapotearon en el barro junto a Ravyn. La Pesadilla se agachó, examinando la herida, la sangre seca y maloliente. «Qué

lástima», suspiró. «El agua estaba envenenada».

Capítulo veintitrés
Elspeth



Al final, llegó a mí de la misma manera que me había llegado cuando era niño.

Con rima.

El birrete sacerdotal es un árbol delicado. Su esbelto tronco está profundamente arraigado. Se alza en el bosque, elegante y sinuoso, resistiendo toda tormenta, todo viento fuerte.

Con dificultad, logré moverme. Una sutil, pero innegable, onda en aquellas aguas oscuras. Abrí la boca y lo llamé por su verdadero nombre. «Taxus».

Una mano fría encontró mi brazo, me arrastró hacia la superficie y me encontré mirando un par de ojos amarillos.

—Estás aquí. —Me abrazó, estrechándome contra su pecho blindado como un padre a su hija—. Un día, no serás más que un recuerdo, Elspeth Spindle. Pero ese día aún no ha llegado. —Levantó sus ojos amarillos hacia el cielo oscuro—. No me dejes solo con estos idiotas.

Voces resonaron en el aire como truenos. Al principio distantes, luego cada vez más cerca. Una voz masculina. "¡No... no! No te muevas, Petyr".

Gritos, tos.

"Átalo justo debajo de la rodilla. Jes... enciende un fuego. Wik... ayúdame a moverlo."

Conocía esa voz. Emocionada. Profunda, como las líneas de una mano áspera. Rica. Humo, lana y clavo. "¡Haz algo!", gritó la voz. "¡Pesadilla!"

Garganta.

—Si te saco de aquí, Elspeth —dijo Taxus—, verás lo que yo veo. Pero no tendrás control sobre lo que una vez fue tu cuerpo. Vivirás en mi mente, como yo viví en la tuya. —Me miró desde su imponente altura, con el rostro demacrado—. Solo mi mente es monstruosa.

"¿Estás tratando de asustarme?"

—No, querida. Solo para advertirte.

La voz de Ravyn volvió a resonar desde arriba, más fuerte. «Maldita sea, ayúdanos».

Taxus mantuvo sus extraños ojos amarillos fijos en mí, esperando mi respuesta.

Le agarré la mano. Respiré hondo, y las primeras palabras que pronuncié en aquella orilla oscura se convirtieron en las últimas. «Déjame ir. Sal».

Capítulo veinticuatro
Ravyn

La sangre de Petyr estaba por todas partes. Y ese olor, ese hedor pútrido que subía de la herida, se había vuelto cada vez más insoportable.

Gorse se tambaleó y vomitó en el lago. Tapándose la nariz, Jespyr empezó a amontonar las ramitas secas que había recogido en el límite del bosque. Con mano temblorosa, golpeó el acero. Cuando una chispa finalmente prendió fuego a la maleza, sacó un cuchillo de su cinturón y lo acercó al fuego. "¿Qué tal se ve?"

Con el estómago revuelto, Ravyn examinó la pierna de Petyr. La sangre espumeaba y la carne alrededor de las heridas se había vuelto grisácea y sin sangre. «Date prisa, Jes».

Le ataron el cinturón a Wik alrededor de la pierna como un torniquete sobre las laceraciones. «Esta no es una herida normal», le dijo Jespyr a Ravyn.

Petyr forcejeaba en el barro. "¡Corten esa maldita cosa y acaben con esto de una vez!"

—No te vamos a cortar la pierna —espetó Ravyn. Su mirada se dirigió a la Pesadilla—. ¿Qué sabes de este veneno?

La Pesadilla no dijo nada, no hizo nada. Permaneció extrañamente inmóvil, con los ojos vidriosos, la mirada perdida en algún lugar, sobre el lago.

Ravyn olió el acero quemado, y entonces Jespyr se agachó junto a Petyr. Su cuchillo estaba rojo... humeando. Al ver la herida, palideció. "¿Seguro que funciona?"

“Veneno o no”, dijo Wik, poniendo un brazo sobre el pecho de su hermano, “tenemos que detener la hemorragia”.

Jespyr miró a Petyr. Forzó una sonrisa. «No muevas mucho las rodillas. Me importan mis dientes».

Cuando la chica presionó la hoja brillante contra la pierna de Petyr, el hedor en el aire se volvió acre. El hombre gritó y se retorció. La carne se ennegreció y la herida se cerró. Jespyr sacó la hoja...

Y la herida se reabrió. La sangre empezó a fluir de nuevo, viscosa, más rápido que antes.

Ravyn apretó las manos contra él. "¡Aprieta ese cinturón!", le gritó a Wik.

Pero por mucho que comprimieron la herida, por mucho que Wik apretó su cinturón, no pudieron detener el sangrado.

Petyr gritó, temblando. Puso los ojos en blanco y apretó la mandíbula. Wik se aferró a él, murmurando algo que parecía una amarga súplica. Ambos temblaban entre sollozos.

Ravyn miró a la Pesadilla. "Haz algo", dijo con la voz entrecortada. "Por favor."

Pero esos ojos amarillos estaban desenfocados. La Pesadilla parecía estar a cien kilómetros de distancia.

Ravyn lanzó un grito feroz y desesperado: "¡Maldita sea, ayúdennos!".

Las palabras parecieron devolverlo a la realidad. Miró a Petyr. «La Carta de la Doncella», murmuró. «Dale a la Doncella».

Ravyn rebuscó en sus bolsillos, tirando el Espejo y la Pesadilla al barro, hasta que sus dedos tocaron la tercera carta. La sacó. "¿Y ahora qué?"

La Pesadilla murmuraba para sí misma: «No es mi culpa, querida, que sean pésimos nadadores».

La piel de Petyr era tan pálida como la superficie del lago.

"¡Pesadilla!"

Le temblaron las fosas nasales. Miró la Carta de la Doncella en la mano de Ravyn. «Que la use».

Sin discutir, Ravyn puso la Carta en la mano de Petyr y, cerrando sus dedos alrededor de los de él, lo ayudó a golpearla una vez... dos veces... tres veces.

Los ojos de Petyr se abrieron de par en par. Se quedó boquiabierto. Respiró hondo, y luego otra vez.

La sangre pútrida se detuvo.

Bajo las manos temblorosas de Jespyr, Ravyn vio la herida de Petyr... cerca. El hombre respiró de nuevo y recuperó el color. Otra vez, y la tensión de su cuerpo se alivió.

Al quinto aliento, abrió los ojos y miró a Wik, luego a Ravyn. "Ya... ya no siento dolor".

Ravyn se quedó mirando su rostro. Nunca había sido el tipo de rostro que los artistas habrían competido por inmortalizar. Una cicatriz le recorría desde la ceja izquierda hasta la comisura de la nariz, restos de una puñalada. El cartílago de sus orejas estaba arrugado, sus dientes torcidos. Pero ahora, todos esos defectos habían desaparecido. Sus cicatrices, sus imperfecciones... habían desaparecido. Estaba cubierto de sangre y barro, pero nunca había tenido mejor aspecto.

Wik lo miró boquiabierto. "Árboles sagrados".

Petyr se levantó, parpadeó y giró la pierna herida a la derecha y luego a la izquierda. Se arrancó un poco más de tela del pantalón para

ver mejor. Las marcas de garras habían desaparecido; las heridas habían sanado. No quedaba ni una cicatriz.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Ravyn con voz entrecortada.

Petyr se pasó la mano por las heridas. Palpó la piel. «Como si nada hubiera pasado», respondió con incredulidad.

Miró la Carta de la Doncella, aferrada en la otra mano. "¿Fue esto lo que me curó?"

Solo entonces notaron la Pesadilla. Seguía hablando consigo mismo, con frases inconexas, siseando y susurrando. «Los estoy ayudando, querida», dijo en voz baja. «Más de lo que creen».

Ravyn inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Con quién carajo estás hablando? —espetó Jespyr.

La Pesadilla la ignoró. Su mirada se posó en el Espejo de Ravyn y las Cartas de la Pesadilla, que estaban en el barro.

Gorse, que había permanecido sentado sin hacer nada mientras los demás intentaban rescatar a Petyr, dio un paso al frente. "¿Estoy viendo mal las cosas o es un Incu…?"

Ravyn recogió rápidamente la tarjeta borgoña, impresionado por los ojos amarillos de la Pesadilla. La tocó una... dos... tres veces.

¡Ravyn! llamó una voz femenina.

Ravyn jadeó. Sorprendida, se tambaleó en el barro. Esa voz. Su voz.

¿Puedes oírme, Ravyn?

Ella cerró los ojos. Elspeth.

Ella soltó un grito desgarrador que le rompió el corazón, y entonces otra voz, masculina y monstruosa, tomó el control. Dale tiempo para que se adapte, Ravyn Yew. Guarda la Carta de la Pesadilla.

Si quiere que me vaya, me lo dirá. Es su mente. El intruso eres TÚ.

Un muro invisible de sal se derrumbó sobre Ravyn. Volvió a gritar, pero Elspeth ya no estaba. La Pesadilla le había bloqueado el paso.

Desactivó la Carta Pesadilla y se levantó de nuevo…

Y atacó.

Apretó los puños alrededor de la capa de Pesadilla, miró esos terribles ojos amarillos y lo estrelló con fuerza contra el barro.

La Pesadilla soltó una carcajada más aterradora que cualquier gruñido o siseo. «Tu máscara de piedra se está desmoronando, Ravyn Yew. ¿Quién estará al otro lado cuando la máscara caiga? ¿El Capitán? ¿El Bandido? ¿O la bestia desconocida y siniestra?»

Ravyn suspiró y luego dijo con una voz amenazante y tranquila: "Si no lastimara a Elspeth, te despellejaría viva".

Una sonrisa torcida y malévola fue su única respuesta.

Comieron a una milla del lago. Ravyn encontró un arroyo para lavarse la sangre pútrida de las manos y la ropa, y solo entonces se dio

cuenta de lo doloridos que estaban sus músculos: el esfuerzo que le había supuesto cruzar.

La Pesadilla les dio corteza de álamo, un antídoto por si ingerían el agua del lago. Cuando Jespyr le preguntó cómo sabía que sería efectiva, murmuró algo sobre la estupidez de la familia Yew y luego desapareció tras la línea de árboles.

Ravyn lo siguió con la mirada. La voz de Elspeth resonó en su mente.

Viva.

La ley estaba viva.

El alivio fue como volver a casa después de un turno en una noche de invierno: tan caluroso que dolía.

Wik encendió una fogata y distribuyó las raciones de comida que había sacado de su mochila. Cuando Ravyn se sentó junto a Gorse, el Paladín se levantó y se dirigió al otro lado del fuego. Su mirada se posó en sus manos, en sus bolsillos. Ravyn sabía lo que esperaba ver.

La carta de la pesadilla.

Solo existían dos Cartas de Borgoña, y ambas se habían perdido durante décadas. Tyrn Hawthorn le había dado una al rey Rowan a cambio de un contrato matrimonial entre Ione y Hauth. Sin duda, los Medici seguían usándola en la Roca para intentar reanimar al Príncipe Heredero.

Gorse ciertamente no era el más brillante de los Paladines. Pero su expresión cautelosa sugería que había llegado a una de dos posibles conclusiones. O Ravyn había robado la Carta de la Pesadilla del Rey...

O bien, tenía el segundo en la mano. Junto con una Carta Espejo que había evitado mencionar deliberadamente.

—Si tienes algo que decir —murmuró Jespyr mientras observaba a Gorse asar carne seca sobre las llamas—, ahora es el momento.

Los labios de Gorse se tensaron. Volvió la mirada al bolsillo de Ravyn. «Esa colección de cartas es bastante rara, capitán».

Ravyn se apoyó en el tronco de un árbol. "¿Y qué?"

¿El Rey está al tanto de esto?

"¿Por qué no debería serlo?"

Encogiéndose de hombros. "Hauth siempre decía que la gente de Yew tiene las manos largas".

No fue la respuesta más inteligente. Ravyn tocó la Carta de la Pesadilla tres veces, y la magia brotó de él como una nube de humo negro y voraz. ¿Eso es lo que crees, Paladín? ¿Que soy un ladrón?

Gorse palideció. Sus ojos se abrieron de par en par a la luz del fuego. "Basta."

¿Detener qué?

"Lo siento... Yo... No creo que lo hayas robado. Pero... Sal de mi cabeza."

Jespyr miró a Ravyn y a Gorse con una sonrisa burlona. Wik rió entre dientes con la boca llena. Petyr levantó la Carta de la Doncella.

«Hablando de Cartas», dijo, «esto resultó ser una sorpresa interesante».

—¿Estás seguro de que no fue tu moneda de la suerte la que te salvó? —preguntó Jespyr guiñándole un ojo.

Ravyn liberó a Gorse del hechizo de la Pesadilla y su mirada se posó en la pierna de Petyr, donde todo rastro de las heridas había desaparecido. El hombre había dejado de usar a la Doncella veinte minutos antes. Y aunque su rostro había recuperado su habitual expresión de canalla, la cicatriz no había regresado. Había sanado. Por completo.

—Parecía saber que la Doncella te curaría —dijo Wik, señalando con la cabeza hacia el bosque donde se había retirado la Pesadilla.

Ravyn miró los árboles que había detrás de ella. "Supongo que sabes bastante sobre las Cartas de la Providencia".

Jespyr rió entre dientes. "Qué lástima que no quiera compartirlos con nosotros".

Se separaron, liberaron el cuerpo y se pusieron ropa limpia al abrigo de la maleza. Diez minutos después, Ravyn y Jespyr se encontraban junto al fuego, y poco después se les unieron los hermanos Ivy. La Pesadilla llegó la última.

Jespyr echó tierra sobre las brasas casi apagadas. "¿Dónde está Gorse?"

—Se escapó hace cinco minutos —respondió la Pesadilla con una calma alarmante—. Sin duda para informar al Rey que el Capitán Yew tiene la segunda Carta de la Pesadilla. —Sus labios se entreabrieron en una mueca de desprecio—. Supongo que se sintió bastante desmotivado, siguiendo a un mentiroso.

"No sería el único", murmuró Jespyr en su guante, disfrazando el comentario como una tos.

Ravyn se giró y miró entre los árboles. El Caballo Negro solo podía ayudar a Gorse hasta cierto punto. No dudaba de que podría alcanzarlo, silenciarlo con amenazas. O algo peor. Pero la sensación de que se le agotaba el tiempo era como un reloj que avanzaba cada vez más fuerte en su mente. Se encargaría de Gorse y del Rey cuando regresara a la Roca. Por ahora...

«Volvamos a la carretera.»

Adelante. Siempre adelante.

Capítulo veinticinco
Olmo



"Tendrás que perdonar a un anciano."

La luz del mediodía bañaba la biblioteca. Elm estaba sentado de lado en un sillón de satén, con las piernas apoyadas en un reposabrazos acolchado y un cuaderno de dibujo abierto en el regazo. A su lado había una pila de libros sin leer. Tomó un sorbo de caldo de una taza y pasó con indiferencia la punta de su lápiz por la página en blanco.

Estaba dibujando un caballo al galope y estaba profundamente insatisfecho con el resultado. «No tengo que perdonar nada», le dijo a Filick Willow, arrancando la hoja de papel del cuaderno y arrugándola en su puño. «El resentimiento es mi pan de cada día».

El papel arrugado golpeó al Doctor de lleno en la mandíbula. El bigote canoso de Filick se contrajo, ocultando una sonrisa. «La próxima vez, golpearé más fuerte». Le lanzó una mirada penetrante. «Y esto no debe interpretarse como un estímulo».

Elm empezó un nuevo dibujo. "¿Lo desapruebas, viejo?"

"Hay muchas mujeres hermosas en el palacio estos días. Tu padre se encargó de eso."

"¿Así que lo que?"

Filick volvió la mirada a su libro de plantas, como si estuviera regañando a una de ellas, no al Príncipe del Desatino. "¿Por qué no eliges a una chica menos... menos..."

Con mano ligera, Elm pasó el estilete por el papel. "¿Menos como Ione Hawthorn?"

"Ella está prometida a tu hermano."

La armoniosa línea del abdomen del caballo estaba un poco distorsionada. "Lo sé."

Filick se rindió con un gruñido y luego reanudó su té. "Supongo que si tu hermano no despierta, el asunto se resolverá solo".

Elm hizo una pausa. "¿Se despertará?"

—No lo sé. —Filick levantó sus ojos cerúleos del libro—. ¿Fuiste a visitarlo?

“Ya sabes que no lo hice”.

Deberías. Aunque solo sea para guardar las apariencias.

Apariencias. Elm rompió el dibujo, lo arrugó y lo tiró al suelo. Se quedó mirando la siguiente hoja unos segundos y luego empezó a dibujar dos arcos amplios. "¿Cuándo crees que volverán?", preguntó en voz baja. "Ravyn, Jespyr y... él".

Filick se reclinó en su silla. "Es difícil decirlo. No creo que Ravyn ni tu padre esperen una ausencia prolongada. Aunque el Rey Pastor podría tener otros planes." Su voz se suavizó. "Estoy seguro de que Ravyn hará todo lo posible para reconstruir la Baraja y sanar a Emory antes del Solsticio."

Al mencionar el nombre de Emory, a Elm se le hizo un nudo en la garganta. "¿Y el Rey Pastor?" Trazó un círculo sombreado entre los arcos. "¿Crees que honrará el pacto y dará su sangre para reunificar la Baraja?"

—Esa sangre no es suya —dijo Filick, con un tono tan severo que Elm levantó la vista—. Es de la señorita Spindle, ¿verdad?

Elspeth. Si el Rey Pastor decía la verdad —y eso era un gran si—, la sangre que uniría a la Baraja sería la de Elspeth.

Elm suspiró. «Esto debe ser un infierno para Ravyn».

No había nada más que decir. Decir la verdad sería demasiado doloroso. Ravyn amaba a Elspeth Spindle. Y en el Solsticio, estaría muerta, si no lo hubiera estado ya.

Filick se concentró en su libro, Elm en su cuaderno de bocetos, y así la tarde transcurrió lentamente. El dibujo de Elm se volvió más detallado. Los arcos se transformaron en un ojo. Junto a él, Elm dibujó una nariz, luego otro ojo. El contorno de un rostro. Una boca. Luces y sombras.

En lo profundo del castillo, el gong sonó cinco veces.

—Pronto será la hora de cenar. —Filick miró la túnica negra de Elm por encima de sus gafas—. Creía que el color tradicional de Rowan era el dorado.

"Así es", dijo Elm, sin levantar la vista de su cuaderno de dibujo. "Pero no iré a la cena".

"¿Otra cita para emborracharnos en el sótano?"

El lápiz de Elm se detuvo. Estaba un poco achispado, no borracho. Desde luego, no lo suficiente como para olvidar un solo instante de la noche anterior. El recuerdo se le había grabado a fuego en la piel, los dedos y la boca. Al despertar esa mañana, rígido, dolorido y terriblemente alterado, tardó diez minutos en un baño frío en recuperar el uso de sus extremidades. Aun así, no podía olvidarlo.

Quería ir directo a la habitación de Ione y terminar lo que habían empezado, obedecer su orden y arrancarle el vestido. Pero el orgullo lo detuvo. En el sótano, le reveló sus verdades más oscuras; prácticamente le rogó que jugara con él.

Y ahora... ahora Elm no tenía ni idea de qué hacer. Había huido sin mirar atrás, dejándolo allí, conmocionado y destrozado. Había pasado

el día en la biblioteca, el único lugar de la Roca que no odiaba. El único lugar donde nada le recordaba a Ione Hawthorn.

Esto tampoco era del todo cierto. Cuando Elm miró su cuaderno de bocetos, se dio cuenta de que el rostro que llevaba media hora dibujando era el suyo.

Sus dedos se apretaron alrededor del lápiz. No había ningún parecido real. En el papel, parecía demasiado natural, no rígida por la Doncella como en la vida real. Pero sus ojos, los que él había reproducido bien. Claros e indescifrables. Fríos, con un toque de crueldad.

Arrancó el retrato del álbum, arrugándolo en su puño. «Mi padre es un necio si cree que presentándome a las hijas de Blunder me convencerá de elegir esposa. Ocupar el lugar de Hauth ya es bastante deprimente, sin añadir a una completa desconocida a mi vida diaria».

Cuando Elm le dijo a Filick que el Rey le había impuesto el trono, el Médico suspiró, como quien ha vivido muchos años con quienes solo han vivido unos pocos. «Te conozco lo suficiente como para guardarme mis opiniones, Elm».

«Un pequeño acto de misericordia.»

—Pero, si escucharas a un anciano una vez más —continuó—, déjame decirte que serías un excelente rey... una bendición para quienes aún esperamos un futuro mejor para este lugar frío e implacable.

A Elm se le encogió el corazón. Volvió a mirar su cuaderno de bocetos. «Se está ablandando, doctor».

Filick rió profundamente. "Cierto. Pero eso no cambia nada de lo que dije."

Un cuarto de hora después, cuando Elm estaba solo, con la mirada perdida, las palabras de Filick aún resonaban en su mente. Y lo abrumaba la amarga ironía de todo aquello. Ione. La Carta Doncella. Hauth. El trono.

Podría liberarse del matrimonio y de heredar el reino. Ione le había proporcionado los medios. Bastaba con una Carta de Doncella, y Hauth sanaría. La línea de sucesión volvería a su estado anterior. Y Elm podría recuperar su vida.

Pero esa libertad tuvo un precio. Un precio terrible y sangriento. La ira de Hauth, si sanaba, solo sería comparable a la del monstruo de quinientos años que lo había mutilado.

Elm no podía arriesgarse a despertar a su hermano. Lo que le dejaba con una única opción insoportable: él, el príncipe Renelm Rowan, se casaría y se convertiría en el próximo Rey del Desacierto.

Un susurro de telas y una leve tos lo distrajeron de sus pensamientos.

Levantó la vista. Maribeth Larch, hija de Ode Larch, cuya finca producía gran parte del grano de Blunder, estaba de pie frente a su silla,

con los dedos apoyados en un estante. «Disculpe, Su Alteza», dijo. «No pretendía molestarlo».

Elm cerró de golpe su cuaderno de bocetos y esbozó una sonrisa distante. Era evidente que molestarlo había sido precisamente su intención. Por la posición de sus pies y su mirada expectante, era evidente que llevaba allí un buen rato.

Elm no se levantó. No hizo una reverencia ni le ofreció la mano. Fue una falta de respeto, lo contrario de lo que el futuro Rey debería haber hecho. Pero estaba tan cómodo, hundido en su silla, y ella había interrumpido un raro momento de dulce soledad. «Señorita Larch», dijo. «¿Se ha perdido?»

No lo era. La sonrisa pícara que se dibujaba en sus labios pintados lo decía todo. «Un príncipe de muchos talentos», dijo sin responder a su pregunta, con la mirada fija en el cuaderno de bocetos que Elm tenía en el regazo. «¿Qué estás dibujando?».

—Nada. —Elm había visto a Maribeth en la corte. Conocía a su padre, a sus hermanos. Era alta, elegante, de trato amable y una espesa cabellera castaña que solía llevar trenzada en una corona, pero que ahora le caía suelta sobre un hombro—. Espero inspiración.

Maribeth se inclinó para mirar un estante bajo; la parte superior de sus pechos se elevaba sobre su escote. "¿Estás dibujando de memoria o del natural?"

El olor a vino. El calor de la chimenea. La forma de la boca de Ione al abrirla: sus ojos, claros y penetrantes, se fijaban solo en él.

—De memoria —respondió en voz baja, acariciando con el pulgar el retrato arrugado que tenía en la mano—. ¿Por qué? ¿Se ofrece a posar para mí, señorita Larch?

Ella sonrió y, tras acomodarse un mechón de cabello tras la oreja, dio un paso hacia él. Pero el rubor en sus mejillas, la forma en que sus ojos se movían de Elm al suelo, la delataban. Estaba nerviosa. Tomó la silla que antes ocupaba Willow y se sentó. Sin mirarlo a los ojos, se subió el vestido casi hasta las rodillas, dejando al descubierto una pierna tersa y de piel aceitunada.

No llevaba medias. «Si desea pintarme un retrato, príncipe Renelm, con gusto lo haré».

Elm se hundió aún más en su silla. Estaba lo suficientemente familiarizado con la vida cortesana como para reconocer las insinuaciones. Era una sensación familiar, como un libro que hubiera leído varias veces. Por eso tomaba un tónico anticonceptivo desde los diecisiete. Estaban solos, y era improbable que alguien los interrumpiera. No era necesario que hubiera una cama, pero si ella quería una, había muchas habitaciones de invitados vacías, siempre y cuando no fuera en la cama de él. Si no estaba ya mojada, se encargaría de eso antes de dejar que lo tocara. Y aunque lo hiciera, no dejaría que

lo desvistiera. Lo haría él mismo. O se quedaría vestido, aflojándose solo el cinturón y los pantalones. Así se sentía más seguro.

Él acercaría su boca a su oído y le preguntaría qué le gustaba. Ella se resistiría a decírselo, o tal vez no, pero no lo miraría a los ojos. Él la complacería con los dedos o con la boca. Quizás trabajaría hasta que ella alcanzara el placer, encontrando el suyo mientras tanto, o tal vez no, sabiendo que tras la satisfacción de ese deseo, tras esa euforia fugaz, lo esperaba una sensación de vacío. De soledad.

Después, a pesar de ese vacío, Elm la ayudaba a vestirse. Con las mejillas sonrojadas, la boca hinchada de besos, por fin lo miraba a los ojos. De joven, le gustaba que las mujeres lo miraran así, después de hacer el amor, cuando él no era el Príncipe ni Renelm, sino Elm. Elm, que quería ser apreciada, ser vista. La gruñona y reservada Elm.

Pero ahora sabía que no era así. Y se sentía humillado por haberse engañado a sí mismo creyendo que las mujeres con las que se había acostado habían visto al verdadero Elm. No lo habían visto. Principalmente porque él no se lo había permitido. Había buscado el contacto con esas mujeres para encontrarse a sí mismo, cuando lo único que realmente deseaba era que alguien lo mirara. Alguien que, a pesar de saber lo que le había sucedido de niño, siguiera mirándolo a los ojos, sin apartar la mirada.

Como lo había hecho Ione la noche anterior.

Apretó el puño alrededor del retrato arrugado. «No debe hacer esto, señorita Larch». Apoyó la cara en la palma de la mano, con la mirada fija en el rostro de Maribeth, evitando su pierna desnuda. «No serviría de nada».

Su sonrisa se desvaneció.

Elm podría haberla despedido de inmediato, pero su expresión nerviosa le hizo sospechar que no había sido idea suya. Probablemente tenía una madre aduladora. O un padre codicioso, como Tyrn Hawthorn. «Eres muy hermosa». Se obligó a hablar con suavidad. «Pero debes saber que estos banquetes son idea del Rey. No mía».

Maribeth soltó el vestido y la tela volvió a su pierna. Forzó una sonrisa. "¿Y si solo quisiera que me pintaran?"

Elm le devolvió la sonrisa. "¿Eso fue todo?"

—No, supongo que no. —Se aclaró la garganta—. Y sin duda fue una locura, pues imagino que el Rey ya le ha elegido una prometida, como ha elegido a la señorita Hawthorn para el Príncipe Heredero. —Y con una rápida reverencia, salió de la biblioteca—. Buenas tardes, Su Alteza.

Elm se incorporó demasiado rápido y el lápiz se le resbaló de las manos. El cuaderno cayó al suelo. El Rey no había elegido a Ione para Hauth. Había habido un trato con Tyrn. Una Carta de la Pesadilla a cambio de un contrato matrimonial.

Un trueque.

Elm se levantó de su silla, guardó el retrato de Ione en su bolsillo y caminó hacia las escaleras.

Encontró al hombre que buscaba en el primer rellano, anunciando a las familias que entraban al salón de honor para el banquete. «Baldwyn».

El mayordomo del rey se estremeció, sus gafas redondas se desviaron. Con su ralo y áspero cabello negro, Baldwyn Viburnum siempre le había recordado a una rata de cocina. Tenía la nariz corta y estrecha, y sus gafas estaban constantemente manchadas de grasa. Travieso y completamente carente de humor, Baldwyn era tan agradable como el interior de un orinal. Siempre había sido cruel con Emory.

Y Elm lo despreciaba.

El hombre se ajustó las gafas y se pasó una mano por el pelo. «Príncipe Renelm. ¿Bajará a cenar? Es el primero de los banquetes en su honor».

"No, escucha..."

Detrás de ellos, las familias esperaban a ser anunciadas. Lo cual era una completa tontería. Esos ingenuos habían asistido juntos a docenas de banquetes. Si aún no se habían aprendido los nombres, otro anuncio estridente de Baldwyn no serviría de nada.

Pero era tradición. Y Elm estaba seguro de que Baldwyn preferiría tirarse por las escaleras antes que romperla. «Entren», gritó con voz atronadora, «Lord y Lady Juniper acompañados de su hija, la señorita Isla Juniper».

Los tres hicieron una reverencia a Elm (su hija en particular lo miró fijamente) y luego bajaron las escaleras.

—Necesito revisar los documentos del Rey —le susurró a Baldwyn —. En concreto, los contratos matrimoniales del último mes.

"¿Por alguna razón, señor?"

Elm esbozó una sonrisa falsa. "Si de verdad tengo que casarme, me gustaría entender los trámites burocráticos".

Baldwyn iba a responder, pero otra familia había llegado detrás de Elm. «Entran Sir Chestnut y su hijo, Harold».

Los dos hicieron una reverencia. Elm les indicó que se marcharan con la mano, con la mirada fija en Baldwyn. "¿Y bien, pequeño? ¿Dónde puedo encontrar los contratos?"

“Los guardo en los archivos anexos a la biblioteca, señor”.

—Muy bien. —Elm empezó a irse…

—Está cerrado, príncipe Renelm.

Elm suspiró. "Por cierto, ¿qué hizo Ravyn con las llaves cuando se fue?"

"¿Se refiere a sus llaves, Su Alteza?"

"Sí. Mis malditas llaves."

Baldwyn se aclaró la garganta al ver que otra familia se acercaba. "Ya vienen..."

Elm lo señaló con el dedo. "Las llaves."

Baldwyn lo miró, bizco por un momento. "Yo... el Capitán los dejó con el Doctor Willow. Pero ese no es el trabajo de un Doctor. El Capitán Yew no tenía derecho..."

“Estás poniendo a prueba mi paciencia, mayordomo.”

Baldwyn buscó su cinturón y, con un ruido metálico, desprendió la anilla de hierro donde estaban ensartadas docenas de llaves. Elm la agarró. «Muchas gracias».

Se abrió paso entre las familias apiñadas en el rellano, ajeno a que todos lo miraban. Pero la satisfacción de haber avergonzado a Baldwyn se disipó al llegar a los archivos. No se le había ocurrido preguntar qué llave abría la puerta.

Diez minutos después, seguía encerrado. «Qué listo», murmuró entre dientes. Ravyn sabría qué llave usar. Bien por él. Debía ser agradable tenerlo todo bajo control, no tener que lidiar nunca con la decepción de un padre, no hacer el ridículo con una mujer en el sótano...

Finalmente, una pequeña llave de latón se deslizó en la cerradura, que se abrió con un clic. Elm la besó, pero se arrepintió al instante, recordando que el anillo provenía del cinturón de Baldwyn.

Se coló en la habitación. Había armarios y cajones repletos de pergaminos con el sello del Rey. Descubrió títulos de propiedad y títulos de caballero. La historia detallada de las Cartas de la Providencia y sus respectivos propietarios.

Finalmente, encontró los contratos matrimoniales. Algo que Elm nunca había considerado.

Había muchísimos. Cientos. No debería haber sido una sorpresa. La gente se casaba constantemente. Pero un príncipe —un príncipe heredero— no era cualquiera.

Y Hauth tampoco. Elm rebuscó con dedos febriles, con el aroma a pergamino llenándole las fosas nasales. Tardó dos minutos en localizar el sello del Rey. Sacó el contrato y sus ojos se fijaron en un nombre: Ione Hawthorn.

Leyó el documento, donde algunas palabras se repetían más que otras: Carta de la Providencia, Espino, matrimonio, heredero.

Se quedó paralizado por un momento, luego lo leyó dos veces más. Y con cada relectura, las comisuras de sus labios se elevaban un poco más.

No devolvió el contrato a los demás. Se lo metió bajo la túnica y salió de la habitación entre un tintineo de llaves. Y como era un Príncipe degenerado, además de un pésimo Paladín, no cerró la puerta tras él.

Capítulo veintiséis
Elspeth



Serpiente vil y traicionera.

—Tranquila, querida —dijo la Pesadilla, imperturbable—. Es solo pelo.

Me encontré en una nueva oscuridad. Ya no era la larga y desierta playa, sino una habitación, y estaba atrapado en ella. No sentía mi cuerpo. Mis manos y piernas estaban en algún lugar lejano, como entumecidas. Era solo una presencia, y mi voz era lo único que parecía poder controlar.

Al igual que la habitación de piedra al borde del prado, mi habitación no tenía puerta, solo una ventana: un agujero en la oscuridad. Pero era suficiente. Ahora podía ver lo que veía la Pesadilla.

Y lo que vio fue a Ravyn.

Caminaba con Jespyr delante de la Pesadilla, siguiendo un estrecho sendero a través de un amplio valle. La luz se reflejaba en su cabello negro, que brillaba como el ala de un cuervo. Estaba tenso, pero no completamente rígido. Una mano descansaba sobre la empuñadura de su espada, mientras que la otra, sin guantes, pastaba la cebada silvestre y las colas de zorro que crecían en el valle.

Estaba vivo. Hermoso y vivo.

Y no pude tocarlo.

Tras nuestro breve contacto en la orilla fangosa del lago, la Pesadilla ya no le había permitido entrar en nuestra mente compartida. Era mediodía y el grupo caminaba a paso lento. El sol se ocultaba tras el gris opresivo de la niebla. Pero comparado con la desolación de aquella solitaria playa negra, el mundo parecía colorido. Incluso la niebla, pálida y hostil, brillaba de forma diferente, y el bosque parecía darme la bienvenida con sus tonos verdes, amarillos y rojos.

Así que esto fue todo para ti, le dije a la Pesadilla, con una mezcla de asombro y horror. Estabas atrapada. Obligada a ver y sentir todo lo que te mostré.

Soltó un gruñido bajo. Al oírlo, Ravyn se giró y le dirigió a la Pesadilla una mirada capaz de congelar una fuente termal. No pude ver su expresión, pero percibí su satisfacción. Disfrutaba burlándose de Ravyn. No me cabía duda.

Por un momento, los ojos de Ravyn se detuvieron en mi cabello y su mirada se volvió aún más fría.

Esa mañana, tuve la mala suerte de verme reflejado al cruzar un arroyo, y aún no me había recuperado. Además de cortarme el pelo, la Pesadilla había descuidado por completo mi apariencia. Tenía la cara cubierta de tierra. Tenía sangre seca bajo las uñas. Tenía los labios agrietados y descamados.

Pero ninguna de esas cosas me pertenecía ya. Al menos no del todo. Al igual que mi mente, no sabía cómo definir mi cuerpo. Mío, suyo o nuestro. Por el momento, el mal menor parecía definirlo como suyo. Por lo tanto, no debería haber reconocido como míos ninguno de los actos que me obligaba a cometer.

"Al menos podrías haberme lavado... las manos", gemí. "No me imagino lo mal que huele".

Es mejor así. La Pesadilla examinó sus uñas ensangrentadas. Cuanto menos me parezco a Elspeth, menos se estremece Ravyn Yew cada vez que me mira. Me pone de los nervios oírlo suspirar así.

A nadie le importan tus nervios.

La Pesadilla se rió, y el sonido calentó la habitación oscura que ocupaba, como una guarida.

"Odio cuando se ríe", dijo Wik detrás de mí. "Me da escalofríos".

—Ignóralo —espetó Ravyn.

Jespyr le tocó el hombro. "Como si fueras bueno en eso."

“Lo sé, Jes, predico las cosas buenas pero las practico mal”.

Jespyr le dio un codazo en las costillas. Ravyn recibió el golpe y luego le pellizcó la oreja hasta que chilló. Un momento divertido entre hermanos.

Claro, la Pesadilla lo arruinó todo. "Elspeth se preocupa porque ya no la encuentras hermosa", gritó.

Maldita sea, eso no fue lo que dije.

—Aparentemente, Capitán, no es usted el único que piensa que lo que le hice al cabello es aborrecible.

Ravyn se detuvo en seco. Un instante después, tenía la mano en el bolsillo, y la sal inundó el aire quieto de mi habitación oscura.

Un muro invisible me rodeó. La sal se disipó y la Pesadilla estalló en carcajadas. Señaló a Ravyn con el dedo. «Nunca aprendes».

Quiero hablar con él, dije hirviendo de ira.

La Pesadilla me ignoró, tal vez sólo para ver la ira creciendo en los ojos de Ravyn.

Pero la mirada de Ravyn era clara y penetrante. «Me vio mirándole el pelo». Se enderezó. «Eso significa que ahora puede verme».

¡Oh! Di lo que quieras de él. Pero no te atrevas a llamarlo tonto.

La Pesadilla suspiró. Pero es un tonto, querida. Irremediablemente estúpido.

Retira lo que dijiste.

La Pesadilla se aclaró la garganta. "Dice que eres estúpido, Ravyn Yew".

¡Pesadilla!

Los párpados de Ravyn se entrecerraron, su mirada fija en sus ojos amarillos. Me buscaba. Y yo estaba lista para rogarle a la Pesadilla que le permitiera encontrar lo que quedaba de mí. Después de once años, ya me había acostumbrado a rogarle.

Por favor. Déjame hablar con él. Solo un momento.

La Pesadilla ladeó la cabeza. Estar separado de ti tiene sus ventajas. Lo motivará a hacer lo que sea necesario para recuperar la Carta de los Alisos Gemelos.

"Sea lo que sea que estés jugando con él, yo no formo parte de ello", respondí con voz áspera. "Lo que pase entre él y yo no te incumbe. Déjame hablar con él".

—¿Qué está diciendo? —preguntó Jespyr, mirando por encima del hombro de su hermano.

Ravyn apretó la mandíbula. "Está decidiendo si me deja entrar o no".

Sentí las púas de la Pesadilla erizarse bajo la mirada de Ravyn. Quería negarle el acceso. Pero cuando repetí su nombre —¡Pesadilla!—, castañeteó los dientes tres veces y suspiró. Solo por un breve instante, querida.

La sal regresó, envolviéndome. Dejé que me bañara, jadeando. ¿Ravyn?

Él seguía allí esperándome. ¿Cuántas veces, mientras estaba sola en esa playa oscura, había estado allí esperándome?

Elspeth.

Su voz era una caricia... tan diferente del tono con el que se dirigía a la Pesadilla. Me incliné hacia ella, deleitándome con la suave profundidad de su timbre. Lo siento.

Jadeó, sorprendido. No. No es tu culpa, Elspeth.

Me acerqué a él hasta donde me fue posible hacerlo sin brazos ni manos.

Una vez, contemplando al Capitán Paladín, pensé que cada vez que lo miraba, veía a un hombre diferente. A veces llevaba máscara, a veces no. Pero nunca lo había visto así: demacrado, con las manos temblorosas, sus ojos grises brillando de emoción. Diez minutos. Su voz temblaba. Diez minutos, y me reuniré contigo en lo alto de esas escaleras. Y Hauth... tú... Apartó la mirada. Soy yo quien debería disculparse.

Mírame, Ravyn.

Cuando sus ojos se encontraron con los míos, me apreté contra la ventana de mi habitación a oscuras. No debes culparte ni un solo segundo de esos diez minutos. Fue magia lo que me hizo... desaparecer. Mi terrible e inevitable degeneración. No fue culpa de nadie. Aun así, lamento que haya sucedido. Ojalá... Bajé la voz. Ojalá tuviera un poco más de tiempo. Contigo.

Sus rasgos se tensaron, su voz se volvió más grave, insistente. Ya tendremos ese momento. Te lo juro, Elspeth. Parpadeó, demasiado rápido, y luego bajó la mirada. Porque los ojos que miraba ya no eran los míos. Entre Ravyn Yew y yo ya no había una orilla oscura e infinita.

Había sólo un Rey, que había muerto hacía quinientos años.

La voz meliflua de la Pesadilla se interpuso entre nosotros. «Basta por ahora. Guarde la Carta de la Pesadilla, Capitán».

No. La voz de Ravyn volvió a ser dura, inflexible. La necesito.

Déjalo quedarse, le rogué. Por favor.

Un destello de dientes. No.

¿Por qué?

Un fuerte silbido me impidió escuchar su respuesta.

Todos levantamos la vista de repente. "¡Flechas!", gritó Jespyr, empujando a Ravyn hacia la hierba que bordeaba el sendero.

Ravyn se agazapó entre la vegetación mientras tres flechas se clavaban en el suelo donde había estado un momento antes. Cada una terminó en un pequeño frasco de vidrio que se hizo añicos al impactar.

Un olor dulzón llenó el aire, penetrando las fosas nasales de la Pesadilla, sus pulmones. El monstruo tosió y un gruñido feroz brotó de su boca. Mi visión se nubló, y entonces el mundo se inclinó.

La Pesadilla cayó al suelo. Ya no podía ver a Ravyn ni a Jespyr. Pero vi a los hermanos Ivy.

Petyr yacía en la hierba, con los ojos cerrados. Wik estaba a su lado, inmóvil…

Con una flecha clavada en el cráneo.

Dejé escapar un grito.

—Esto, querida mía —siseó Pesadilla—, es el tipo de cosas para las que podríamos haber estado preparados si Ravyn Yew no hubiera estado metiendo sus narices en nuestras mentes.

Lo último que vi antes de que Pesadilla perdiera el conocimiento fueron dos pares de botas de cuero acercándose a través de la hierba.

"Bien, bien", dijo una voz desde arriba. "Dos paladines más".

Capítulo veintisiete
Olmo

El rey estaba recién bebido cinco copas de vino y estaba furioso.

—Le dije a Filick adónde iba y cuándo volvería. —Elm se recostó en la silla de Hauth; la madera crujió. Sus dedos recorrieron el borde aterciopelado de la Tarjeta de la Guadaña en su bolsillo, sin cambiar de expresión—. No estabas preocupado por mí, ¿verdad?

Normalmente, Elm sabía que no debía molestar al oso. Pero ahora mismo, el oso estaba demasiado borracho para reaccionar. "Te perdiste el primer festín", dijo el Rey con un gruñido bajo.

Elm miró a su alrededor. No había nada en el enorme y resonante salón que lamentara haber perdido.

Siempre era la misma escena. Mesas a rebosar de comida, camareros con bandejas repletas de copas de plata y cristal y decantadores de vino. Cortesanos riendo y balanceándose al ritmo de un conjunto de cuerda, con la boca distorsionada por la risa. Ramitas y tallos, hojas y bayas metidas en la ropa y el pelo...

Elm volvió a mirar el gran salón. "¿Por qué demonios lleva todo el mundo partes de plantas?"

—Fue idea de Baldwyn —murmuró el Rey en su taza.

—No me digas que estas fiestas son de disfraces. —Elm se llevó una mano a la frente y gimió—. ¿Cuál es el tema? ¿El invernadero?

—Llevan vides de sus respectivos árboles, imbécil. —El Rey, sin más adorno que un ceño fruncido, bebió otro largo trago de vino—. Lo habrías sabido si hubieras estado en el banquete de anoche, en lugar de escabullirte al Castillo Yew.

"Me relevaste de mis deberes como Paladín. Estaba aburrido."

—Entonces elígete una puta esposa —ladró el Rey. Algunas cabezas se giraron, y luego bajó la voz—. ¿Hay alguna noticia de los Tejos?

Elm bebió un poco de vino. "Nada especial."

«¿Emory?»

“Está mejor ahora que está en casa”.

El Rey mantenía la mirada fija en el salón. Hacía tiempo que Elm había dejado de esperar que su padre sintiera remordimiento por lo que había planeado hacer con la sangre de Emory. Un niño brillante e

inocente, a quien Elm había visto crecer. Enfermo. Consumirse lentamente en el castillo.

Elm nunca había contraído la infección, pero sabía muy bien lo que era lamentar en la Roca. Por eso, cuando fue al Castillo Yew la noche anterior y notó un atisbo de calor en las mejillas de Emory, tuvo que contenerse para no besar al chico.

A pesar de la ausencia de Ravyn y Jespyr, Elm consideraba el Castillo Yew su verdadero hogar. Era la cama donde mejor dormía. Allí guardaba todos sus libros favoritos. Era donde podía hablar libremente, sin pretensiones.

Su tía lo había abrazado con fuerza, al igual que su tío. No lo habían abrazado así desde que era niño. «No pasa nada», había dicho. «Estoy bien».

Ella le había contado todo. Lo sucedido en el bosque. El interrogatorio. Ione, la Carta de la Doncella y los banquetes ofrecidos por el Rey.

Del nombramiento como heredero.

Había sacado de su bolso el contrato matrimonial con el sello real. «Necesito que lo guardes en un lugar seguro».

Los ojos de Fenir se abrieron de par en par. "Esto es..."

"Sí."

Morette había leído el pergamino con atención. Dos veces. Elm se dio cuenta de que ella había visto lo mismo que él. «Bueno, sobrino», dijo con una media sonrisa, «espero que sepas lo que haces».

"Yo también."

Los ojos verdes del Rey empezaban a ponerse vidriosos. Perfecto. Menos mal que era maleable, porque Elm estaba a punto de hacer algo que nunca había hecho.

Negociar con su padre.

—Vas vestido de negro —ladró el Rey en su máximo esplendor, con una voz que bien podría haber pertenecido a uno de sus perros—. ¿Llevas algo de oro?

—Me gusta el negro. —Elm mantenía la mirada fija en la multitud, buscando a la única persona que aún no había llegado—. Me queda bien.

El Rey apuró su copa y saludó con la mano al sirviente, quien se apresuró a llenarla. Elm juntó las manos sobre la mesa. «He estado pensando en lo que dijiste sobre las murallas. Sobre convertirme en heredero». Tomó un sorbo de vino. «Me gustaría que quedara por escrito. Con tu sello».

—El documento ya está preparado. Encuentra a Baldwyn; él te hará firmarlo.

"Espera un momento. Hay un precio."

El Rey tosió. «Árboles sagrados, Renelm».

"La cuestión de estos ridículos banquetes. De encontrarme una esposa."

—No cederé en esto —dijo el Rey—. El heredero debe casarse.

—No dije que no quisiera hacerlo —respondió Elm—. Pero quiero tu palabra de que cumplirás cualquier contrato que haga.

"¿Tienes a alguien en mente?"

“Nadie que no hayas aprobado ya.”

El Rey recorrió con la mirada el salón de honor, como si buscara una presa. Pero todos los presentes habían acudido a su invitación, seleccionados por sus propiedades, riqueza y cualquier otra cualidad que un soberano pudiera desear para su heredero.

Se pasó una mano nudosa por la frente. "Muy bien."

Elm escondió una sonrisa en su copa de vino. "Pareces aliviado. ¿Esperabas que causara más problemas?"

"Siempre lo has hecho."

Elm abrió la boca, dispuesto a escupir veneno, pero en ese momento sonó el gong y la cerró de golpe. Nueve campanadas... y aún no había señales de Ione. Empezó a pensar que quizá no vendría. Debería haberle advertido que iba al Castillo Yew, que no había renunciado a la búsqueda de su Doncella solo porque ella lo había dejado abandonado en el sótano.

Se levantó, hizo una reverencia al Rey que más bien parecía un gesto apresurado y desapareció de la habitación en menos de un minuto. Subió las escaleras de dos en dos. Al llegar al cuarto rellano, oyó una voz masculina que resonaba desde arriba. Casi parecía la voz de Hauth.

Era Linden.

En pocos pasos, llegó al quinto piso, donde se encontraban los aposentos reales. Royce Linden arrastraba a Ione por el pasillo, aferrándola con el puño al brazo. La chica dijo algo que Elm no pudo oír, y los hombros del Paladín se tensaron. La agarró con fuerza por las mejillas, clavándole los dedos en la piel. "¡Traidora!", le gritó en la cara.

El dedo de Elm golpeó la guadaña en un instante. "Alto, Paladín".

Linden se puso rígido. Al ver a Elm acercarse, una expresión de sorpresa cruzó su rostro.

Verlo protegerse así hizo que Elm se sintiera poderoso. Lo hizo sentir como Ravyn.

—No debería estar vagando por el castillo sin guardia —dijo Linden apretando los dientes—. Si no la hubiera pillado escabulléndose hacia el jardín, podría haberse escabullido y desaparecido entre la niebla. —Tensó la mandíbula—. Aunque supongo que no es de extrañar que se las arreglara para escabullirse, contigo de guardia.

“Quítale las manos de encima.”

Los dedos de Linden sobre el rostro de Ione palidecieron por el esfuerzo. Pero todo fue en vano: no había forma de desobedecer a la Guadaña. Su mano cayó flácida e Ione se apartó de él, con la mirada indescifrable.

Elm ardía de ira, pero su voz se mantuvo serena. "Aléjate de ella."

«Recibo órdenes de…»

—Una palabra más, Paladín, y terminaré lo que empecé el Día del Mercado. Cuando termine, ni siquiera el Espíritu del Bosque reconocerá tu rostro. Juro por los malditos árboles que si te atreves a tocar a la Señorita Espino otra vez, te mataré. —Recorrió con la mirada las cicatrices de Linden—. ¿Entiendo?

El odio bullía en los ojos de Linden. "Sí", dijo apretando los dientes.

“Sí, Su Alteza.”

“Sí, Su Alteza.”

La ira de Elm no se había calmado. Ni siquiera un poco. Pero con un gesto perezoso de la mano, liberó a Linden de la Guadaña. El Paladín desapareció rápidamente por las escaleras.

Sólo entonces Elm se atrevió a mirar a Ione. "Hola, Hawthorn".

Ella lo observaba con el rostro inexpresivo. "Eso fue excesivo".

—Lo siento. —Elm se apoyó en los talones. La mirada de Ione lo hacía sentir como un libro abierto—. ¿Por qué ibas al jardín?

—¿Qué te dice tu inteligencia, Príncipe?

Su tono cortante la hirió profundamente. Estaba enfadada, aunque la Doncella lo disimulaba bien. Por extraño que pareciera, Elm se alegró de que estuviera enfadada. La ira era mejor que nada. «Siento no haberte ayudado a buscar. Estaba fuera. Asuntos suyos».

Tan rápido como apareció, el tono cortante de Ione desapareció y su tono se volvió monótono. «Pensé que me estabas evitando».

—Para nada. Pasé la noche en el castillo de Yew.

-¿Y esto no tiene nada que ver conmigo?

Decir que no habría sido mentir. Todo tenía que ver con ella. Pero no por la razón que ella creía. «Tienes un concepto muy alto de ti mismo, Hawthorn, si crees que cada una de mis idas y venidas te concierne».

Una risa retumbó en la garganta de Ione. "Quizás no vaya."

Elm sonrió, pasándose la lengua por la mejilla. "Ese bocón te va a meter en problemas algún día".

Ione caminó por el pasillo, envuelta en una nube de tela gris. "Si tú lo dices."

Elm la siguió hasta una puerta con una liebre tallada en el marco. "No te invito a pasar", dijo, deteniéndose en el umbral.

"No esperaba que hicieras eso. Solo quería tomar nota..." Elm le dio un golpecito a la liebre con un dedo, "de a qué puerta llamar mañana por la mañana".

"¿Por qué?"

"Continuaremos la búsqueda." Sus miradas se cruzaron. Elm se metió las manos en los bolsillos, resistiendo el impulso de tocarla. "El Cáliz no funcionó. Pero hay otras Cartas que podrían ayudarnos a encontrar a tu Doncella."

Capítulo veintiocho
Elspeth



En el momento en que Pesadilla perdió el conocimiento ante la dulce exhalación de humo, fui absorbido profundamente por su mente, y una vez más sus recuerdos me abrumaron.

Me senté en el prado, bajo un cielo estrellado, escuchando el murmullo de los árboles.

Tu pueblo viene al bosque a pedir gracias y milagros. El Espíritu está complacido, joven rey.

Tenía las manos ocupadas. Había cortado unos flexibles brotes de sauce y los había tejido formando un pequeño círculo, que ahora adornaba con flores de tanaceto y manzanilla. Una corona para mi hermana Ayris. «Pero las gracias que concede el Espíritu», les dije a los árboles, «los dones que acompañan a la fiebre... siempre tienen un precio».

Nada es gratis, respondieron los árboles.

La magia espiritual es degenerativa. Algunos se desorientan... otros enferman. —Mis dedos dejaron de tejer la corona—. Debe haber otra forma para que la gente de Blunder aprenda su magia. Una forma más segura.

Nada es gratis. Nada es seguro.

"Árboles", dije con voz más firme. "La espada que me dio el Espíritu fue mi cayado de pastor. Moví los bosques para crear un hermoso reino... Transformé el paisaje. Ahora es el momento de guiar al pueblo de Blunder. Ustedes son los ojos del Espíritu... sus oídos y su boca. Saben lo que quiere. Dime, ¿qué puedo hacer para que la magia sea más segura?"

Los árboles que rodeaban el prado crujieron. «Ve a la piedra que el Espíritu te dejó», murmuraron. «Derrama un poco de sangre».

Coloqué la corona de flores en la hierba y corrí hacia la piedra cerca de los tejos. Pasé el dedo por la hoja de mi espada, haciendo una mueca de dolor. Cuando la sangre brotó a borbotones de la herida, puse el dedo sobre la piedra y una, dos, tres gotas carmesí cayeron sobre ella.

Una grieta se abrió en la piedra y las voces de los árboles resonaron más fuerte en mi mente.

El primer paso es la sangre: derrámala sobre la piedra y sé generoso.

El segundo es el trueque: negociar un precio no demasiado oneroso.

El tercero es el cambio: la magia tiene sus efectos. Ya no serás quien eras; más vale que lo aceptes. El Espíritu te guiará, pero lo tiene todo en cuenta. Te dará lo que deseas...

Pero pediréis más, en perpetua comparación.

Tragué saliva con dificultad. "Quiero una forma de prevenir la degeneración que trae la magia. Para curar la fiebre."

Los árboles se mecían. Habrá una manera. Pero antes de que llegue ese día, tendrás que hacer muchos tratos.

Hice una pausa. «Entonces quiero ser fuerte. Dame una fuerza enorme».

El viento arreció. Olía a sal. Tráeme un caballo negro de tu establo, joven Taxus.

Mi visión cambió. Era otra noche. Ya no estaba en el prado, sino en un bosque. El cayado de pastor grabado en la empuñadura de mi espada estaba impreso en mis palmas. Mis ojos siempre se habían adaptado rápidamente a la oscuridad. Escudriñé el bosque, buscando movimiento.

Mientras una sombra se movía bajo un enebro, una sonrisa se dibujó en mis labios. La sombra se hizo más alta, hasta transformarse en una nube oscura.

Estuve sobre él en un instante.

El choque de nuestras espadas resonó entre los árboles. Unos búhos alzaron el vuelo, chillando en señal de protesta. No les presté atención y mantuve la vista fija en mi oponente.

Sus pasos eran seguros. Con cada golpe, mis dientes resonaban con fuerza. Seguimos luchando por el bosque, parando golpe tras golpe. Su espada golpeó el peto dorado de mi armadura y le di un codazo en la mandíbula. Se tambaleó. Ese fue todo el tiempo que necesité. Mi pie chocó con su tobillo. Cayó con una maldición, y la espada se le escapó de las manos.

Me quedé de pie junto a él, sonriendo ampliamente. "¿Te rindes?"

Era difícil distinguir sus rasgos bajo la nube de humo negro. Pero cuando metió la mano en el bolsillo y tocó tres veces la fuente de esa oscuridad —una tarjeta del Caballero Negro—, finalmente vislumbré su rostro.

Joven, guapo, de frente cuadrada. Incluso en la oscuridad, pude distinguir el verde de sus ojos. «Tenías razón», dijo, examinando al Caballero Negro que tenía en la mano. «Esta carta otorga una fuerza increíble. Podría haberte sorprendido y derrotado... si no fuera un impostor y pudiera ver el halo negro que la acompaña».

—Magia contra magia. —Lo ayudé a levantarse—. ¿Cuál es el truco?

Abandonamos el bosque juntos. Al llegar a mi castillo, estaba a punto de devolverme el Caballo Negro. «Gracias. Fue un entrenamiento muy intenso».

"Quédatela", dije. "Hay otras. Y crearé otras Cartas, que otorgarán diferentes poderes. La Providencia me ha dado el talento para negociar con el Espíritu del Bosque".

"¿Y confiarías una de tus preciosas cartas a un humilde guardia?"

—No. Pero al capitán de mi guardia, sí.

Sus ojos verdes se abrieron.

Mi risa resonó en la noche. «La magia no es solo para los favorecidos por el Espíritu». Crucé los brazos. «Además, necesitarás un título si quieres seguir haciéndole ojitos a mi hermana».

Tuvo la delicadeza de parecer avergonzado. "¿Entonces Ayris te habló de nosotros?", preguntó, frotándose la mandíbula.

—No. Pero esa chica es un libro abierto para mí. —Ladeé la cabeza como un halcón—. Quizás algún día cree una Carta que me permita leer tu mente también, Brutus Rowan.

Recuerdos entrelazados que me transportan a través del tiempo.

A medida que avanzaba, añadía nuevas Cartas de la Providencia a mi bolsillo. Nuevos colores: dorado, blanco, gris. En cada una, había derramado mi sangre sobre la piedra e intercambiado algo con el Espíritu del Bosque.

Entonces llegó una mujer. Tenía ojos grises y rostro amable. Petra.

Juntos, nos encontramos bajo las mismas vidrieras donde me habían coronado rey y me habían abrazado ante los nobles de Blunder. Ayris y Brutus se levantaron de sus asientos, tomados de la mano, y prorrumpieron en vítores.

Esposa. Reina. Petra me miró y la besé en la boca. Sus suaves labios me recordaron al terciopelo.

Nueve meses después, Petra volvió a mirarme. Estaba acostada en una cama en una habitación grande, y unos hombres con ramas de sauce entretejidas en sus túnicas blancas la atendían. En sus brazos llevaba a un bebé recién nacido. Tenía los mismos ojos grises que ella.

"Bennett", murmuró, con la frente perlada de sudor después del parto. "Me gustaría llamarlo Bennett".

Me puso al bebé en brazos y lo acuné. Pero incluso entonces, mis manos anhelaban algo más. Una vez que le devolví a Bennett a Petra, metí la mano en el bolsillo y rebusqué entre mis tarjetas de la Providencia. Solo entonces sonreí.

Llevé a Bennett al bosque. Le pedí al Espíritu que le concediera su magia. Al día siguiente, sus venas infantiles estaban negras como la

tinta. Los árboles me revelaron que su magia era la antítesis de la mía. Mi heredero, mi contraparte.

Pero este era nuestro secreto. Un enigma silencioso que solo nosotros dos compartíamos.

Nacieron más niños. Todos varones, y todos con ojos amarillos como los míos. Lenor. Fenly. Los gemelos Afton e Ilyc, tan idénticos que apenas podía distinguirlos, por mucho que lo intentara. Los visitaba en sus habitaciones, durante sus clases particulares, pero a menudo estaba en otra habitación, la que había construido alrededor de la piedra del prado.

También llevé a estos niños al bosque. Le pedí al Espíritu que los bendijera con su magia, pero se guardó sus dones para sí.

Entonces nació una niña: Tilly. Tenía un carácter caprichoso y travieso que me recordaba a Ayris. Solo que, a diferencia de mi hermana, el Espíritu la había dado a luz con fiebre, otorgándole una magia extraña y maravillosa.

Su poder era sanador. Con un solo toque de su pequeña mano, podía borrar cualquier herida... y a menudo lo hacía sin querer. Los cortes que me hice al negociar con el Espíritu desaparecieron cada vez que Tilly me tocó. Su toque era doloroso. Pero cuando el dolor se desvaneció, mi piel quedó intacta, sin siquiera una cicatriz.

Por desgracia, este poder tenía un precio. Cada vez que lo usaba, su cuerpo se volvía más frágil. Así que, para mi siguiente Carta, pedí a los árboles, al Espíritu, un hechizo de sanación. Una Carta que haría a su portadora tan hermosa y perfecta como una rosa rosada… la flor favorita de Tilly.

Petra cruzó el velo antes del cuarto onomástico de Tilly. La enterré en el lado oeste del prado, cerca del sauce, sin saber que pronto exhumaría su cuerpo para forjar el Espejo.

Pero primero redacté otra Carta. Una Carta que me permitiría doblegar la voluntad de los demás, como yo me doblegaba ante el Espíritu del Bosque.

Brutus Rowan me acompañó. Mientras entraba tambaleándome en la habitación, él mantenía una mano en la empuñadura de su espada. "¿Cuál es tu precio esta vez?"

«Mi sueño.»

Entrecerró sus ojos verdes. "¿Se te ocurre alguna vez que el Espíritu te exige demasiado por tus Cartas, Taxus?"

Me corté la palma con la punta de la espada. Gotas de sangre cayeron sobre la piedra. «Las Cartas de la Providencia son un regalo, Bruto. Su magia es mesurada. Ni ellas ni quienes las empuñan corren el riesgo de degenerar».

“Los regalos son gratis, Taxus”.

Las palabras salieron de mi boca en un siseo: «Nada es gratis».

Una grieta se abrió en la piedra. Mi sangre se derramó dentro. Metí la mano en el bolsillo y toqué la Carta de la Doncella. Al sanar la herida, cuatro Cartas de la Providencia, tan rojas como la sangre que había derramado, aparecieron dentro de la piedra. Sobre ellas se veía una guadaña.

Le entregué uno a Brutus con un guiño.

La miró asombrado. "¿Qué quieres que haga con esto?"

—Mantén el orden en mi reino. Mi tiempo está mejor aprovechado aquí. —Señalé la cámara—. Pero ten cuidado, Bruto. Ordenar esta Carta es ordenar dolor.

Brutus hizo girar la guadaña entre sus ágiles dedos. «Tú eres quien debería tener cuidado, amigo mío. Con cartas como estas, la gente acudirá a ti, no al Espíritu del Bosque, en busca de magia. No te lo agradecerá».

«Creo que oigo a Ayris.»

"Me contagió. En contra de mis mejores intenciones."

Le dirigí la sonrisa condescendiente que reservaba para mis hijos y mi hermana cada vez que mencionaba las Cartas de la Providencia. «Es el Espíritu quien me dio los medios para hacerlas». Golpeé la piedra. «Él sabe que las uso para el bien».

—En cualquier caso, ten cuidado, Taxus. Sé cuidadoso, prudente y bueno.

“Dicho por un Rowan que no tiene ninguna de estas virtudes”.

—Y es exactamente por eso que tu hermana se casó conmigo —replicó Bruto con una sonrisa.

Intercambiamos puñetazos juguetones. Cuando la sala se apagó, nuestras risas aún resonaban.

En un fresco día de otoño, cuando la hierba seca se había vuelto marrón, me adentré en el bosque donde, de niño, solía ir con los seguidores de Blunder para invocar las bendiciones del Espíritu del Bosque. Ahora, el bosque estaba vacío. Ninguna plegaria resonaba en el aire estancado, donde ya no persistía el olor a sal.

Detrás de mí, oía las campanas del castillo. Llamaban a mis hijos a cenar; se sentarían a la mesa de mi sala, esperándome.

Pero no quería comida ni compañía. Solo quería más terciopelo. Más cartas.

Me colé en la habitación. Hablé con los árboles. Pedí una undécima tarjeta de la Providencia.

¿Qué poder deseas esta vez, Rey Pastor?

Me pasé la mano por la cara. «No soy un gobernante que disfrute de las formalidades. Sentarme en la corte, escuchando quejas o halagos, es un tormento para mí. Preferiría conocer de inmediato los pensamientos de quienes me rodean, para ahorrarme más problemas. Concédeme una carta que me permita penetrar en la mente de la gente». Me aclaré la garganta. «Además, mi capitán ha estado distante últimamente. Me gustaría conocer sus pensamientos».

¿Has pensado en preguntarle a Brutus Rowan qué lo mantiene alejado de ti?

«Soy su Rey. No puede ser del todo sincero ni cáustico, como vosotros, los árboles.»

El viento agitaba las ramas. Penetrar en la mente de alguien es peligroso. Sumergirse en la oscuridad más oscura y traicionera. Si deseas esta pesadilla, tendrás que renunciar a algo que amas. A cambio de la undécima carta, el Espíritu exige tu alma atormentada.

Salí de la habitación con los dedos agarrando como garras dos tarjetas color burdeos. Las campanas del castillo parecían menos estridentes... como si estuvieran apagadas. Al levantar la vista, la luz del atardecer estaba sofocada por el gris. Algo envolvía la habitación, como una manta de lana, extendiéndose por el prado, con olor a sal.

Niebla.

Capítulo veintinueve
Ravyn

El corazón de Ravyn latía salvajemente, cada latido reverberaba dentro de su cabeza como el empuje de una lanza.

Se le había pasado la borrachera y había sufrido heridas en la cabeza. Dos veces, antes de que la magia lo inmunizara contra los poderes del Cáliz, había sido envenenado al intentar apoyarse contra él. Pero este dolor, causado por el humo dulzón que lo había dejado inconsciente tan repentinamente, era peor que cualquier otra cosa.

Se había desmayado alrededor del mediodía. Y ahora el cielo estaba iluminado por un pálido amanecer. Habían perdido medio día... y una noche entera.

Con una mueca de dolor, Ravyn miró a su alrededor. Estaba en un patio de tierra rodeado por un muro tosco de madera y tierra, de unos seis metros de altura. Cuando intentó girarse para ver qué tan lejos llegaba, su cuerpo no obedeció sus órdenes. Un dolor agudo le recorrió las muñecas y sintió una superficie dura presionando su espalda.

Se dio cuenta de que estaba atado a un gran poste de madera. Sus brazos, torso, piernas… todo estaba inmovilizado.

El pánico le llenó la garganta como una oleada de bilis. Nunca lo habían atado. Siempre había sido él quien encadenaba a los demás. Gritó el nombre de su hermana, pero se arrepintió al instante. Hablar le causaba un dolor de cabeza insoportable.

A sus espaldas, se oyó un leve gemido. «Estoy aquí», era la voz de Jespyr.

Estaba atada al poste junto a él. Ravyn no podía verla, pero su muñeca izquierda estaba atada a la derecha de ella. Al otro lado, la Pesadilla se hablaba a sí misma en susurros lentos e insinuantes.

Ravyn cerró los ojos y respiró más despacio. "¿Están todos bien?"

"Estoy atado a un poste con un dolor punzante en la cabeza, junto con los miembros más despistados de la familia Yew que he visto en cinco siglos", murmuró la Pesadilla. "Nunca me he sentido mejor."

Petyr intervino. «Wik ha muerto», dijo con voz apagada.

A Ravyn se le encogió el estómago. Cerró los ojos, dejó escapar un suspiro tembloroso y buscó en su mente lo que debía decir. No lo encontró.

—Lo siento mucho, Petyr —dijo Jespyr por él, con la voz quebrada.

Se quedaron en silencio durante un largo momento.

—Elspeth —murmuró finalmente Ravyn—, ¿está bien?

La Pesadilla chasqueó los dientes. «Sí. Pero cuanto más habla», dijo molesto, «menos me concentro. Y precisamente por eso nos metimos en este lío».

La voz de Elspeth, ese timbre agudo y femenino, inmune al desprecio y la ambigüedad de la Pesadilla... Ravyn se habría ahogado con gusto en esa voz. Le había parecido tan real. Lo suficientemente real como para hacerle creer que tal vez, algún día, después de salir de ese infierno, volverían a estar juntos.

Pero primero tenía que averiguar qué infierno era y quién los había atado allí.

—Creí que habías dicho que el paso al siguiente comercio estaría seguro si podíamos cruzar ese maldito lago —dijo Jespyr apretando los dientes.

—El Espíritu del Bosque no necesita muros de tierra ni cuerdas para atar a la gente, pequeño idiota. Nuestros torturadores son decididamente humanos.

Ravyn estiró el cuello para vislumbrar el patio donde los tenían cautivos. "¿Alguien los ha visto?"

"Solo alcancé a ver sus botas", respondió Jespyr. "Dos pares, con cordones y suelas gastadas. Eran botas de caza".

—Mujeres —dijo la Pesadilla—. Eran mujeres.

Dolía pensarlo. Como capitana, Ravyn conocía las fortalezas de Blunder como la palma de su mano, y sabía con certeza que estaban a kilómetros de la ciudad. Kilómetros ganados con esfuerzo. Una fortaleza tan lejana sería de poca utilidad para el Rey. Entonces, ¿quién demonios la había construido?

—Veo nuestras armas —dijo Petyr desde el otro lado del poste—. Están apiladas contra la pared. —Se removió. Se rió entre dientes—. No vieron el cuchillo en mi bota. —De repente, su tono perdió toda su vivacidad, como si reír sin su hermano le doliera—. Qué lástima que no pueda conseguirlo.

"Alguien viene", siseó la Pesadilla, "inundado de color". Chasqueó los dientes. "Se llevaron sus Cartas, Capitán".

Una figura apareció de la nada, con la Carta Espejo de Ravyn aferrada en una mano sucia. «Despierto al fin», dijo una voz de mujer.

Era alta y vestía ropa similar a la que usaba Ravyn de bandido: cuero, lana y pantalones metidos en botas altas y desgastadas. Su capa era del color de la turba. La capucha, levantada, le cubría el cabello, salvo unas trenzas castañas que le caían cerca de las orejas.

Su rostro estaba completamente cubierto por una máscara. No era la de un bandido, sino una de hueso. Un cráneo de carnero.

"Tienen cartas valiosas, Paladines", dijo, dándole vueltas al Espejo. "Esto, junto con el Caballero Negro y la Pesadilla, nos será útil. Sin embargo, dudo que la Doncella nos sea útil en este lugar". Miró a Ravyn a través de las cuencas vacías del carnero, con la cabeza ladeada. "¿Cómo está la cabeza? He oído que el humo causa un dolor insoportable".

"Sabe que duele", comentó otra voz femenina, cerca de Jespyr. "Por eso lo disfruta. Pero esta vez has tomado demasiado, hermana. Llevan siglos inconscientes". Una pausa. "¿Eres un Paladín?"

"¿No lo ves?" La voz de Jespyr era inexpresiva.

—En realidad, no. Tu cara no tiene esa mirada altiva y asesina.

«Acércate más y lo verás.»

Cuando apareció la segunda mujer, Ravyn notó que vestía igual. Su máscara también era de hueso: un cráneo de lobo. Era tan alta como su compañera, con los mismos hombros anchos.

"¿Quién eres?"

La mujer con la máscara de carnero extendió los brazos en un gesto de bienvenida. «Somos la plaga de Blunder. Sus marginados. Infectados. Bienvenidos a nuestra fortaleza, Paladines. No será una estancia larga. Pero les prometo que sus últimas horas en esta tierra estarán llenas de maravillas».

No era un fuerte bien protegido. No había centinelas, y aunque docenas de hombres, mujeres y niños pululaban por el patio, ninguno iba armado, salvo algunos arcos y cuchillos de caza. Todos parecían civiles, excepto las dos mujeres al mando. La de la máscara de carnero se llamaba Otho, mientras que su hermana, la de la calavera de lobo, era Hesis.

Se movían alrededor del poste en círculos cerrados, como dos bestias salvajes. No creyeron ni por un instante que Ravyn también estuviera infectado.

—Sé quién eres —dijo Hesis—. El nieto de nuestro despreciable Rey. ¿Quieres decir que un Rowan nombraría a un hombre infectado como Capitán de sus Paladines?

"No importa lo que creas", dijo Jespyr, furioso. "Es verdad".

"Pero encontramos un amuleto en su bolsillo. Una cabeza de víbora."

Ravyn intentó zafarse de las cuerdas. "Es un amuleto de repuesto".

Hesis se rió y lo golpeó en la cara con el puño cerrado. La nuca de él golpeó el poste, causándole un dolor tan intenso que perdió la vista por un instante.

La Pesadilla dejó escapar un siseo bajo.

—Suponiendo que te creyéramos —dijo Otho evasivamente—. Si de verdad estás infectado, ¿cuál es tu magia?

Una pregunta sencilla. Con una respuesta larga y complicada. «No puedo usar las Tarjetas Providencia», respondió Ravyn con dificultad.

«Y, aun así, tienes un verdadero arsenal de ellos encima.»

“No puedo usar todas las cartas”.

Hesis chasqueó la lengua. "Eso suena a otra mentira, Paladín". Lo golpeó de nuevo.

"¿Y tu magia?", preguntó Jespyr. "Queremos conocer los méritos de nuestros captores".

Hesis desapareció de la vista de Ravyn y su voz se acercó a Jespyr. «Veo a través de los ojos de los cuervos», dijo. «Me hablan, en susurros y conceptos. Así es como te encontramos. Armaste mucho ruido en el bosque. Algunos nidos estaban volcados. Vi a un grupo de cazadores con capas negras cruzando el Lago Susurrante, dirigiéndose hacia nosotros». Un dejo de diversión apareció en su voz tranquilizadora. «Mi hermana es alquimista. Ese humo que te dejó inconsciente y ese agradable dolor de cabeza que te palpita en el cerebro son obra suya. Esa es su magia».

—Tu voz sola me daría dolor de cabeza —murmuró Jespyr.

Un golpe sordo resonó contra el poste. Jespyr gimió. Hesis la golpeó dos veces más.

Petyr maldijo, intentando liberarse de las cuerdas. Ravyn apretó la mandíbula.

La advertencia de la Pesadilla fue apenas un susurro: «Ten cuidado».

Las mujeres se giraron y finalmente su atención se centró en la Pesadilla. "¿Y tú quién demonios eres?", exclamó Hesis. "No te quitamos la espada de un Paladín".

Una sonrisa se dibujó en la voz de la Pesadilla. «Nací con fiebre, mi sangre negra como la noche. Quizás hayas oído hablar de mí».

—Debes saber de otra fortaleza —dijo Ravyn. Después de tantos años de mentiras, la verdad era frágil en su lengua—. En el corazón del Bosque Negro, cerca del lecho seco del arroyo que fluye al noreste. Un lugar adonde llevan a los niños cuando los Medici y los Paladines empiezan a inmiscuirse demasiado.

Las espaldas de las mujeres se tensaron. Hesis dejó escapar un suspiro ahogado. «Los niños son llevados allí por bandidos, no por paladines».

“Sólo sabes que llevan máscaras”.

Otho soltó una carcajada. "¿Esperas que crea que durante todos estos años fuiste tú quien salvó a los niños infectados?"

—Yo también estuve allí —añadió Petyr con la voz quebrada—. Y mi hermano Wik. Y tú... tú lo mataste. Vivía al margen de la ley, ayudando a gente como tú.

Otho permaneció en silencio, observando a Ravyn a través de los agujeros de su máscara. «Sin embargo, vuestro Capitán sigue

obedeciendo las órdenes del Rey. Arresta a los infectados y a sus familias. Los somete a abusos indecibles».

Jespyr suspiró. "Él no..."

Hesis golpeó a Ravyn en la nariz. Un crujido resonó en su cabeza y dos chorros de sangre brotaron de sus fosas nasales.

La Pesadilla chasqueó la mandíbula. Una vez. Dos veces. Tres veces.

—La Carta de los Alisos Gemelos —murmuró Ravyn, con la voz llena de sangre—. Por eso estamos aquí. Intentamos reconstruir la Baraja... para curar la infección. No diremos nada de este lugar. —Sus palabras se apresuraron. Estaba perdiendo el control—. Después del Solsticio, cuando la niebla se haya disipado, vengan al Castillo Yew. Curaremos a los enfermos degenerativos... a cualquiera que desee curarse. Pero deben dejarnos ir.

Las mujeres no dijeron nada. Ante su silencio, la voz de Jespyr resonó desde el otro lado del poste. «Nuestro hermano está infectado. Se está degenerando... muriendo. Por favor. Déjanos ir».

Un sonido metálico, y Otho y el cráneo de su carnero quedaron a centímetros del rostro de Ravyn, con la fría hoja de un cuchillo apretándole la garganta. «Aunque lo que dices sea cierto», gruñó furioso, «hay gente aquí que ha perdido a seres queridos a manos de los Paladines. Padres, hijos. El amuleto de nuestra madre se hizo añicos, y una Guadaña de Rowan la obligó a morir en la niebla. La gente de esta fortaleza merece venganza. Y un Paladín pagará». Retrocedió un paso y asintió a su hermana. «Es hora».

Hesis desapareció en el fuerte, donde un rugido de voces resonó cada vez más ensordecedor. Una puerta se abrió de golpe y una multitud inundó el patio. Todos llevaban máscaras hechas con cráneos de animales, excepto un hombre, que era arrastrado por una cuerda. Tenía la cara ensangrentada, los ojos abiertos y los dientes al descubierto. Estaba atado, pero seguía forcejeando, retorciéndose.

Tal como Ravyn le había enseñado a hacer.

Tojo.

—Recibiremos nuestro pago, mi querido capitán —dijo Otho—. Ahora.

La Pesadilla permaneció atada al poste junto a Petyr, con los dedos retorcidos como garras.

Los Paladines —Ravyn, Jespyr y Gorse— fueron desatados en el patio de tierra y les pusieron armas rudimentarias en las manos. Una maza con clavos oxidados para Jespyr, una fusta con piedras atadas a los flecos para Gorse.

Y para Ravyn, la hoja desafilada y oxidada de una guadaña.

—Para un pariente de Rowan —dijo Hesis tras su máscara. Lo empujó hacia los demás, y la multitud los rodeó.

Era fácil adivinar lo que estaba a punto de suceder. Los tres comenzaron a moverse en círculo, rudimentariamente armados. Era una lucha a muerte. Sin un ganador.

Un hombre con un cráneo de oveja en la cara gritó a la multitud: "¿Estamos listos para oler la sangre de un Paladín?"

Un rugido resonó contra los muros del patio, elevándose por encima de la empalizada hacia el bosque. Un grito largo y devastador. Una oleada de bilis le subió por el esófago a Ravyn. Lo obligó a retroceder.

Gorse empezó a temblar, y la piel aceitunada de Jespyr se tornó cenicienta. Petyr intentó tirar de las cuerdas que lo sujetaban al poste.

La pesadilla se había apoderado de nosotros en un silencio inquietante.

Un silencio se apoderó de la multitud, y Otho dio un paso al frente. Tenía los brazos desnudos, las venas negras como la tinta. Se detuvo frente a Ravyn, con el puño cerrado en la boca...

Y le echó humo en la cara.

La sal le penetró los sentidos. Tosió y, por un instante, puso los ojos en blanco. El humo le quemó la garganta... no dulce como el que lo había dejado inconsciente, sino caliente, pero frío y penetrante.

Otho también le echó humo a la cara a Jespyr. Mientras ella se acercaba a Gorse, el Paladín blandió su látigo hacia ella.

Otón la evitó… y exhaló su humo por última vez.

Gorse contuvo las arcadas. Puso los ojos en blanco. "¿Qué demonios...?"

Otho retrocedió un paso, uniéndose al resto de la multitud y a su hermana. Su voz resonó en el patio. «Magia, alquimizada a partir de dos ingredientes. Rabia y odio. Huesos de los infectados llenos de ira y tu capa, Paladín, que has hecho del odio tu vocación. Una combinación perfecta, ¿no crees?»

Ravyn sintió que todo su cuerpo ardía de rabia y perdía el control. Se limpió la boca con el dorso de la mano, limpiando la sangre que le goteaba de la nariz.

Se giró hacia la Pesadilla. "¿Fue así cuando Hauth le partió la cabeza a Elspeth? ¿Te quedaste ahí parada, como ahora, disfrutando del espectáculo?"

No había querido decir esas cosas. Las palabras habían salido de su boca con furia corrosiva. Pero nadie pareció sorprenderse al oírlas. La multitud lo miraba expectante, como si esperara que dijera algo despreciable. Algunos incluso aplaudieron.

Ravyn se dio cuenta de que era el humo. El humo de Otho, su magia, había purgado por completo su mente, dejando solo dos cosas: ira y odio.

Retorció la guadaña oxidada entre sus dedos ásperos; el dolor de cabeza dio paso a la sed de sangre. «Dijiste que te importaba Elspeth. Que la protegerías. Pero no lo hiciste... igual que no protegiste a tus hijos».

Los ojos amarillos de la Pesadilla brillaron. «Eres sin duda la mayor decepción en quinientos años, Ravyn Yew», dijo con la voz áspera y resentida. «Cada vez que te miro, me sorprendo deseando haber pasado otro siglo en la oscuridad... para ahorrarme el tormento de tu aburrida y estúpida incompetencia».

—Otro siglo habría sido demasiado poco —replicó Ravyn—. Al menos podría haber pasado más de un momento con la mujer que me robaste.

Frente a él, Gorse sonrió.

Jespyr se giró hacia el Paladín, apretando con fuerza la maza. "¿Tienes algo que decir, cobarde?"

El rostro ensangrentado de Gorse se puso aún más rojo. "¿Cómo me llamaste?"

—Además de feo, también es estúpido —dijo Jespyr alzando la voz —. Te llamé cobarde, Paladín fugitivo.

El látigo de Gorse azotó el aire, y las piedras atadas a sus extremos pasaron tan cerca de la cara de Jespyr que le volaron el pelo. "Mejor cobarde que ladrón y mentiroso", espetó, apuntando con el arma a Ravyn. "Nuestro falso Capitán robó la Carta de la Pesadilla del Rey. Peor aún, se acostó con una puta infectada..."

El bate de Jespyr se estrelló contra su hombro.

La multitud estalló en abucheos. «Y con esto», anunció Hesis, «comenzamos».

Jespyr miró la maza, luego a Gorse, y abrió mucho los ojos, como si no hubiera querido golpearlo. Tras un instante, los entrecerró. «No mereces llevar el manto del Paladín». Se giró hacia Ravyn. «Y tú tampoco».

Ravyn soltó una furia. "¿Crees que puedes ser mejor capitán que yo, Jes? Con gusto te daré el puesto. ¡Diablos!, incluso renunciaré al duelo. No podrías vencerme sin Caballo Negro, tu preciada coartada". Su voz se volvió amenazadoramente grave. "Vamos, ocupa mi lugar. Conviértete en la marioneta de tu tío. Agáchate, arrástrate y aguanta lo que te ponga en la boca. Siempre has sido mejor en estas cosas que yo".

Jespyr se abalanzó sobre él.

Ravyn se dio la vuelta, pero no antes de que las uñas de la maza de su hermana rasgaran una esquina de su capa.

—¿Hablamos de coartadas, hermano? —gruñó furiosa—. Hablemos de las tuyas.

Ravyn abrió los brazos. "Cuéntame".

Jespyr se movió hacia la izquierda y el círculo comenzó a moverse de nuevo. Ella, Ravyn y Gorse giraron lentamente, sin apartar la vista el

uno del otro.

—Te dices a ti mismo que los Paladines te odian porque estás infectado. No es así... al menos no todos. —La voz de Jespyr estaba cargada de desprecio—. Te odian porque te crees mejor que ellos.

"Soy mejor que ellos."

Gorse abrió la boca, pero Jespyr lo interrumpió. «El gran y fuerte Ravyn Yew. El Capitán que nunca sonríe, nunca cae, nunca se rinde; que miente a su Rey, a sus hombres y, sobre todo, a sí mismo». Su mirada se volvió fría. «No eres mejor que nadie, hermano. Y no eres más fuerte que yo. Solo finge serlo».

¿Quieres saber qué he estado fingiendo todos estos años? Te lo diré. —Ravyn hizo una pausa, interrumpiendo la rotación del círculo—. Finjo que no me paso cada minuto de mi vida odiándome por ser el Capitán Paladín.

—Eres un traidor —estalló Gorse—. Y por esto derramarás tu sangre.

—Es probable. —Ravyn afianzó las piernas y apuntó con los ojos abiertos—. Pero aún no es el momento.

La guadaña voló. Sin el Caballo Negro, los reflejos de Gorse eran lentos. La hoja roma lo golpeó en el hombro, justo por encima del esternón.

Fue una herida profunda. Pero con una hoja tan vieja y oxidada, no fue lo suficientemente profunda como para matar.

La multitud estalló en un rugido. Ravyn cruzó el patio en un instante. Cegado por la rabia, derribó a Gorse al suelo y se llevó la mano a la garganta. El Paladín lo miró con los ojos inyectados en sangre. Había dejado caer el látigo y sus puños golpeaban las costillas de Ravyn.

Se quedó sin aire. Mientras apretaba la garganta de Gorse con la mano, pensó en la sangre, los latigazos y el olor a humo que subía de las escaleras de la prisión. Las cosas terribles que había presenciado, que tenía que hacer como Capitán de los Paladines.

Se inclinó sobre el rostro de Gorse, cubierto de manchas. «Ten cuidado, Paladín», gruñó. «Ten cuidado. Sé bueno». Y con un último empujón brutal...

Le rompió la tráquea.

Una larga y ávida aclamación se elevó en el patio. Habían buscado la sangre de un Paladín. Y el cuerpo de Gorse, arrastrado por el sueño eterno, era un lienzo escarlata. El rojo brotaba de la herida infligida por la guadaña, nutriendo la tierra, filtrándose en los surcos de las manos de Ravyn.

La magia del humo se disipó, llevándose consigo la ira y el odio.

Ravyn miró a Gorse con manos temblorosas. Esta vez, la bilis se negó a ser tragada. Inclinado, vomitó en el suelo; las costillas le dolían con cada arcada.

Un silencio antinatural cayó sobre el patio.

Ravyn levantó la vista. Tres personas habían salido del círculo, deteniéndose entre él y Jespyr. Una mujer sin máscara acompañada de dos niños. Llevaba un vestido verde y una capa a juego, con un árbol blanco bordado cerca del cuello. Su cabello dorado, con mechas grises, estaba suelto, y sus ojos color avellana estaban muy abiertos. Ojos familiares...

Obsesionado con la pesadilla.

Opal Hawthorn se llevó una mano a la boca. "Elspeth", dijo con lágrimas en los ojos. "Estás viva".

Unas pocas órdenes en voz alta de Otho fueron suficientes, y el patio se vació. Los espectadores regresaron al fuerte, con las cuencas oscuras de sus máscaras de hueso fijas en Ravyn. Arrastraron el cuerpo de Gorse, y un rastro de sangre fue el último rastro del Paladín en el reino al que había servido.

Ravyn apretó los puños, pero no dejaban de temblar.

Opal se acercó al poste y contempló con lágrimas en los ojos a quien una vez fue su nieta. Ravyn conocía bien su dolor. Al ver a una chica de cabello negro, la mujer pensó que era Elspeth... pero entonces se encontró con dos aterradores ojos amarillos.

Como Ione había hecho en la prisión, Opal puso una mano en la mejilla de la Pesadilla. "¿Qué te pasó?", susurró, pálida. "Eres... diferente".

La expresión del monstruo era tranquila. "Lo soy."

“Tú… tú no eres Elspeth.”

La Pesadilla no dijo nada. Opal retiró la mano, retrocedió y rompió a llorar. Sus hijos estaban a su lado, mirándola con los ojos muy abiertos. Pero cuando Ravyn empezó a acercarse para explicarle, Hesis sacó un estoque de su cinturón. «Atrás».

"No lo entiendo", dijo Opal, secándose las lágrimas. "¿Por qué los encarcelaron?" Su mirada se posó en Jespyr. "Ella fue quien me advirtió que venían los Paladines".

La postura de Otho se puso rígida.

Jespyr tomó la mano de Opal. Le habló con dulzura: "¿Cómo llegaron aquí tú y tus hijos?"

—Lo traje —explicó Hesis a través de su máscara de hueso—. La fortaleza de la que habló tu Capitán está llena. Pero aquí tenemos mucho espacio y estamos fuera del alcance del Rey. O eso creíamos.

Jespyr les explicó a Opal y a las dos mujeres enmascaradas, que se habían acercado para escuchar, lo que le había sucedido a Elspeth esa noche en la Casa del Huso. Que Tyrn, Erik e Ione estaban en la Roca. Y el motivo de esa expedición al bosque.

Ravyn se retiró cerca del poste.

"¿Estás bien, muchacho?" gruñó Petyr.

Ravyn aún podía sentir el gorgoteo de la tráquea de Gorse bajo su palma. "Bien."

Petyr bajó la voz. «El cuchillo está en mi bota izquierda».

Cuando las cuencas de las máscaras de Otón y Hesis quedaron frente a Jespyr y Opal, Ravyn colocó su pie junto al de Petyr, fingió atarse los cordones y metió la mano en su bota. Al retirarla, sus dedos rodearon una fina funda de cuero.

La hoja era pequeña, la empuñadura tenía forma de gancho. Ravyn se levantó y rodeó el poste hasta llegar a la Pesadilla. «No te muevas».

Pero cuando intentó liberarla, su mano tembló tanto que hizo vibrar la cuerda. Se detuvo. Lo intentó de nuevo.

Si Otón y Hesis hubieran sido soldados bajo su mando, Ravyn los habría despedido por incompetencia. Le estaba costando una eternidad cortar una simple cuerda, como si tuviera las manos hechas de galletas de mantequilla. Pero las dos mujeres estaban tan absortas en la historia del Rey Pastor que no lo vieron tocar el violín durante un minuto entero antes de lograrlo.

Todo el tiempo, la Pesadilla mantuvo sus ojos amarillos fijos en él. "Matar es algo malo". La comisura de sus labios se curvó. "Elspeth dice que te ves terrible".

Ravyn levantó la vista bruscamente. "No dijo eso".

—Tienes razón. —La Pesadilla se aclaró la garganta—. De hecho, parece que te debo una disculpa.

«Es Elspeth quien insiste, ¿no?»

—Sí. Es bastante irritante —admitió el monstruo, con los labios apretados—. Con lo torpe que eres, no me decepcionas.

En cualquier otra circunstancia, Ravyn se habría echado a reír ante la vergüenza de la Pesadilla. Pero ahora estaba demasiado cansado. "¿Tanto te cuesta mostrar siquiera un poco de remordimiento, Rey Pastor?"

—Sí. Pero también exijo una disculpa. —La mirada de la Pesadilla se endureció—. Me costó siglos de autocontrol no arrancarte la cabeza después de lo que dijiste sobre Elspeth. —Sus dientes brillaron un instante—. Y sobre mis hijos.

"No me refería a esas cosas. El humo... la magia..."

"La ira y el odio. Dos cosas que conozco muy bien."

"No sé qué les pasó a tus hijos", dijo Ravyn contrito. "Pero sé que no quieres que Elspeth sufra ningún daño. Probablemente eso sea lo único que entiendo de ti".

Ninguno se había disculpado realmente con el otro. Pero expresar esas verdades, después de tanto resentimiento, era lo mejor que podían hacer.

La mirada de la Pesadilla recorrió la muralla del fuerte. «Ya estoy harto de este maldito lugar. Dame el cuchillo».

"No. No quiero que las manos de Elspeth se manchen de sangre."

La mirada de la Pesadilla se posó en la nariz de Ravyn. Desde que Hesis lo había atacado, había sufrido un dolor constante y ardiente. Debía estar rota.

Cuando la Pesadilla volvió a hablar, la dulzura había desaparecido de su voz. «El cuchillo. Ahora».

Ravyn se enfrentó a esos terribles ojos amarillos. Buscó a Elspeth. No la encontró. «No mates a nadie», gruñó.

Cuando Hesis se acercó, las manos de Ravyn estaban bajas, temblando, pero vacías.

—Opal Hawthorn es una buena mujer. Aunque probablemente esté loca, ya que insiste en que tú y tu hermana son buenas personas. —Hesis suspiró y cambió su estoque de una mano a la otra—. En cualquier caso, incluso si eso fuera cierto, no podemos dejarte ir. Inevitablemente regresarías a la Roca. He oído que al Rey le encantan los interrogatorios. Tarde o temprano, la verdad sobre lo que pasó aquí y a quién viste en tu viaje saldrá a la luz. No puedo permitir...

Ravyn oyó un sonido penetrante y vislumbró un movimiento con el rabillo del ojo. Hesis solo tuvo un instante para apartar la espada de él y dirigirla hacia la Pesadilla.

No fue suficiente.

De un salto, la Pesadilla se apartó del poste. Golpeó la parte frontal de la máscara de Hesis con la palma de la mano, y un crujido espantoso resonó por el patio. La mujer gritó y dejó caer su arma.

Otho corrió hacia su hermana, pero Ravyn se abalanzó sobre ella, la agarró con un brazo y la tiró al suelo. Cuando intentó agarrar el cuchillo, Jespyr le clavó una bota en el brazo.

—Rápido, trae nuestras cartas —gruñó Ravyn.

Jespyr metió la mano en el jubón de Otho y sacó sus cartas: la Pesadilla, el Espejo y la Doncella, así como los dos Caballeros Negros: el suyo y el de Gorse.

Otho los miró fijamente a través de las cuencas vacías de su máscara. «Si el Rey usa un Cáliz contra ustedes, significará la muerte de todos los que viven aquí. Su sangre caerá sobre ustedes».

—No llegará a eso —gritó la Pesadilla, que mientras tanto se dirigía con Petyr al montón de armas—. Tengo planes para el Rowan.

Petyr le pasó a Ravyn su cinturón de cuchillos, su bolsa y su espada.

Opal Hawthorn, aturdida, se había retirado a la puerta con sus hijos. «Castillo Yew», dijo Ravyn, acercándose. «Si este lugar resulta peligroso, vayan al Castillo Yew. Mi familia los protegerá».

Opal asintió, pero su mirada se perdió por encima del hombro. Una vez más, sus ojos se llenaron de lágrimas. "¿Y Elspeth?"

—La traeré de vuelta —dijo Ravyn con la voz entrecortada—. Pase lo que pase.

Las puertas del fuerte se abrieron con un crujido, y Petyr y Jespyr salieron corriendo. Ravyn le tendió la mano a Opal. No creía que fuera el tipo de mujer que lo juzgaría por el temblor de sus dedos.

Ella lo tomó. Lo apretó con fuerza. "Buena suerte."

Cuando Ravyn se giró para mirar el patio, Otho corría hacia su hermana. Hesis yacía en el suelo, inmóvil. Su máscara estaba destrozada y fragmentos de hueso esparcidos a su alrededor. La sangre le corría por la cara.

"Pesadilla", dijo apretando los dientes.

El monstruo salió del fuerte deslizándose, riendo. "Vivirá. Acabo de hacerle pagar por romperte la nariz".

“No te pedí que lo hicieras”.

—Tú no. Pero Elspeth sí.

Capítulo treinta
Olmo



Elm no había visitado las catacumbas bajo el castillo desde que era niño. Con los nudillos blancos, aferraba una antorcha en una mano y su anillo con llaves en la otra, haciendo muecas a cada paso.

Ione, por otro lado, parecía no temer nada, una interesante confirmación de los efectos de la Doncella. Ninguna sombra era lo suficientemente amenazante, ninguna habitación lo suficientemente fría como para quebrantar su expresión solemne.

El vestido que llevaba debía de ser otro préstamo. Era gris pálido, con mangas anchas que ondeaban hasta las muñecas y un cuello alto sofocante. Parecía una tienda de campaña fea y sin forma. Dos veces Ione sorprendió a Elm mirándolo. Y dos veces le lanzó una mirada de reproche.

La tercera vez se encontraron cerca de la cámara del tesoro del Rey. «Árboles sagrados». Su voz resonó en las paredes de piedra. «¿Qué es?».

Elm se aclaró la garganta. "Nada."

La mirada de Ione se posó en el corpiño de su vestido. «Vamos. Dime lo asqueroso que es. Sé que te mueres por ello».

Se pasó una mano por la nuca, con la mirada fija en el pasillo. «Te sienta bien».

«¿Bene?»

—Sí, Espino, bien. —Elm se mordió una uña—. Cualquier cosa te parece bien.

Una pausa. Luego, un brusco: "¿Qué te pasa hoy?"

La mirada de Elm se posó en su rostro. Creía ocultar la incomodidad que le producía estar en esas frías y horribles mazmorras. Los mismos lugares a los que Hauth lo había llevado tantos años atrás, doblegando su voluntad con una guadaña, para fortalecerlo de niño. Pero antes de que pudiera decir nada, Ione añadió: «Eres extrañamente amable».

Más adelante, Elm podía ver las llamas amarillas de las antorchas. La puerta blindada. Casi habían llegado a la cámara del tesoro. «Me imagino», dijo, «que en algún lugar, enterrada ahí abajo, hay una Ione que agradecería un poco de amabilidad de un Rowan».

—Bondad. —Ione pronunció la palabra lentamente, como si probara su sabor—. Si tan solo pudiera saborearla.

¿Qué sentiste? Ante la Doncella.

"Todos. En un maravilloso y terrible exceso. Alegría, ira, compasión, asco..." Su tono se volvió más frío. "Amor. Los conocía tan bien. Cuando la Doncella empezó a adormecerlos, sentí miedo... pero también alivio. Después de toda una vida abrumada por las emociones, ese entumecimiento era placentero." Suspiró. "Pero eso también se ha ido. Y no queda nada que me haga sentir bien o mal."

Miró el pasillo que tenía delante. «Pero pienso en quién era antes de la Doncella. Intento tomar las mismas decisiones que tomé antes. Necesito poder vivir conmigo misma, cuando esta fachada...», se señaló la cara, «se derrumbe».

¿Y qué hay de matar a esos bandidos? Dudo que el viejo Ione lo hubiera hecho.

Un músculo se tensó en su mandíbula. «Si crees que conoces a la persona que era antes de la Doncella solo porque una vez me viste cabalgando por el bosque con barro en los tobillos, entonces no eres tan inteligente como crees».

Elm bajó la voz. "¿Qué hay de lo que pasó en el sótano la otra noche? ¿Podrás vivir con eso?"

El pecho de Ione se agitó en una profunda respiración, un magnífico subir y bajar que ni siquiera ese horrible vestido pudo ocultar. "Eso depende de ti, Príncipe. ¿De verdad eres tan diferente de tu hermano? ¿O simplemente eres un buen mentiroso?"

Elm frunció el ceño. "No te mentí."

"¿No?" Ione lo miró. "Entonces respóndeme de nuevo. ¿Sabías que Elspeth estaba infectada antes de que la arrestaran?"

Elm tenía una mentira en la punta de la lengua. No sabía nada al respecto. Pero esta vez se la tragó. Miró esos brillantes ojos color avellana sin pestañear. "Lo sé desde el Equinoccio".

Ione hizo una pausa. "Y aun así no lo entregaste."

Elm hizo una profunda reverencia. «Como habrá notado, señorita Hawthorn, soy un príncipe degenerado y un pésimo paladín. Debí haberlo pasado por alto».

Caminaron el resto del camino hasta la cámara del tesoro en silencio. Dos centinelas montaban guardia, rígidos en sus puestos, inclinando la cabeza con apresurada deferencia. Elm señaló la puerta con un gesto de muñeca. «Abre».

La puerta crujió, pesada, antigua. El rey Rowan guardaba muchas cosas en las cámaras subterráneas de la Roca. Las crónicas de sus antepasados. Oro.

Cartas de la Providencia.

El Rey Pastor había dicho que había tres Doncellas en el castillo. Una de ellas, Elm estaba seguro, estaba allí, en la colección de su padre.

Como todos los demás espacios fríos y oscuros de la Roca, la cámara del tesoro parecía un lugar de muerte. Sombras, recuerdos y ecos lo

atormentaban. Un escalofrío le recorrió la espalda, y los viejos moretones en sus nudillos le dolieron con renovado vigor. Su voz resonó en ese espacio cavernoso, débil y distorsionada. «La colección de mi padre debería estar aquí».

El suelo estaba desordenado y mal iluminado. Ione tropezó con una caja de madera y soltó una maldición. Cuando Elm le ofreció la mano, ella lo miró de reojo un instante. Estaba demasiado oscuro para saber si se estaba sonrojando. Pero cuando Elm la atrajo hacia sí y sus dedos se entrelazaron, él sintió que se ruborizaba.

El Rey guardaba sus Documentos en un cofre tan antiguo como el propio castillo. Un frío cofre de hierro con solo tres llaves. Su padre guardaba la primera. Aldys Beech, el tesorero, la segunda. Y Elm, el segundo heredero, guardián reticente de las llaves, la tercera.

Le entregó la linterna a Ione y buscó la llave correcta en el llavero. Cuando la encontró, la insertó en la cerradura, que giró lentamente hasta que se abrió.

Las Cartas de la Providencia yacían en el cofre, aparentemente inocentes, como si los hombres no las hubieran codiciado, luchando y robando por ellas. No estaban todas allí. El Rey y el Olmo tenían las Guadañas. La de Hauth estaba en su habitación con la Pesadilla. Los Paladines tenían los Caballos Negros.

Y por supuesto, sin los Twin Alders, el Deck siempre habría estado incompleto.

Si Hauth hubiera sido inteligente, te habría obligado a esconder a la Doncella donde no pudieras recuperarla por ti mismo. ¿Te suena este lugar?

Ione miró alrededor de la sala del tesoro. "No."

—Traeré al Profeta —dijo Elm mirando la caja llena de cartas—. También hay una Doncella. Si fuera tuya y la tocara...

“La magia cesaría.”

"¿Es eso lo que quieres?"

Ione no dijo nada. Metió la mano en la caja. Al sacar la tarjeta rosa, se quedó sin aliento. Elm sintió un vuelco al cerrar los ojos, como preparándose para algo terrible. Golpeó la tarjeta una, dos, tres veces. Todo quedó en silencio.

Y Ione Hawthorn permaneció como estaba. Insoportablemente hermosa. Inalcanzable.

Ella era la chica equivocada.

A Elm se le encogió el estómago. Ione no dijo nada. Si estaba decepcionada, su expresión no lo delataba. Simplemente le devolvió la Carta y observó, impasible, cómo la guardaba en el cofre.

Elm sacó la Carta del Profeta, luego la Carta del Espejo, y se las guardó en el bolsillo. "Lo intentamos."

Ella no pareció oírlo. «Te tiemblan las manos».

—Tengo frío. —Elm cerró la caja de golpe y la cerró con llave—. Y odio estar aquí abajo.

"¿Hay algún lugar en la Roca que no odies?"

—No —añadió—. La biblioteca, quizá.

Esta vez fue Ione quien se acercó a él.

"Déjame adivinar", dijo Elm. "Cuando te liberas de la Doncella y recuperas todos tus sentidos, temes no poder vivir contigo mismo si no has mostrado misericordia a este Príncipe degenerado y tembloroso".

—¡Dios mío, qué irritante eres! —Le apretó la mano con tanta fuerza que le impidió temblar—. Ahora dime cómo llegar a la biblioteca.

Al cruzar las puertas de doble arco, Ione se quedó atónito. Levantó la barbilla y fijó la mirada en las imponentes estanterías, las columnas de piedra caliza y el inmenso techo abovedado. Solo entonces Elm se dio cuenta de que lo había traído a la biblioteca para aliviarlo.

Debería haber evitado hacerle sentir nada, al menos mientras sus sentimientos estaban entumecidos. Pero había algo que Elm sospechaba desde hacía tiempo, y de lo que estaba cada vez más seguro.

Había algunos sentimientos que ni siquiera la magia podía borrar.

La biblioteca no estaba vacía, pero la larga mesa de caoba frente a la chimenea sí. El estilete y el cuaderno de dibujo de Elm seguían abandonados en el suelo desde hacía dos días. Los recogió y se dejó caer en un sillón, de espaldas al fuego. Ione se sentó a su lado.

Elm abrió su cuaderno de bocetos. No tenía nada que dibujar. Pero necesitaba mantenerse ocupado, al menos hasta que la opresiva tensión en sus manos, pecho y pies se hiciera más soportable.

Pasó el lápiz por el papel con trazos largos y bruscos, presionando con demasiada fuerza, hasta que rayó varias hojas. "Disculpe. A veces me pasa lo mismo", dijo, frunciendo el ceño y mirándose las manos. "Aquí en la Roca".

La figura de Ione era un tenue fantasma en el rabillo del ojo. Acarició el álbum con la mano, rozando con un dedo los bordes irregulares de las páginas que Elm había arrancado. «Debe ser difícil estar aquí sin tus primos. Y verse obligada a heredar el lugar de tu hermano».

La mirada de Elm se posó en su rostro. "¿Cómo lo sabes?"

Ocupaste el lugar de Hauth en la sala del trono. Y en el banquete, te sentaste en su silla. Me parece obvio.

—El Rey aún no lo ha anunciado. —Elm se apartó el pelo de los ojos —. Está esperando.

"¿Qué?"

Déjame elegirme una esposa.

Al no responder, Ione se encogió de hombros con indiferencia. "Pensé que te mencionaría. Incluso pensé en preguntarte en el sótano, pero..."

Pero las cosas no salieron según lo planeado.

A Elm se le contrajo la mandíbula. La ansiedad que había sentido en las mazmorras se desvanecía, reemplazada por una nueva inquietud. Se inclinó sobre la mesa, con la mejilla apoyada en la mano. "Por cierto, Hawthorn. Si yo... Si no te gustó..." Tosió. "Bueno, si prefieres fingir que nunca ocurrió, lo entenderé."

-¿Qué te hace pensar que no me gustó?

La risa de Elm fue un poco forzada. "Decir que te fuiste rápido sería quedarse corto. Corriste".

Ione bajó la vista hacia su cuaderno de bocetos. Tomó el estilete de Elm y lo recorrió con desenvoltura. Un mechón de cabello rubio le cayó tras la oreja. "¿Te sorprendería, Príncipe, si te dijera que, si no nos hubieran interrumpido, me habría quedado?"

"¿Hasta dónde?"

El lápiz se detuvo en el papel, y Elm fue recompensada con un rubor casi invisible. Un toque de rosa le subió por la mandíbula desde el horrible cuello de volantes de su vestido, y luego se extendió por su rostro, tiñendo su boca de un rosa aún más intenso. Al verlo, la imaginación de Elm se despertó, y se preguntó en qué otra parte de su cuerpo estaría tan sonrosada.

“¿Quieres que te cuente todas las cosas que podríamos haber hecho?”, preguntó.

"Sí."

«¿En los detalles más sórdidos?»

"Absolutamente."

Ione se pasó el lápiz por el centro de los labios y lo miró a los ojos. «Ruégame».

Los dedos de Elm se apretaron. Respiró hondo...

Las comisuras de los labios de Ione se crisparon. Estaba jugando con él... y era culpa suya. Él se lo había pedido. Y ahora le había cogido el gusto a burlarse de él y a analizar sus reacciones. Igual que él.

Una maldición escapó de sus labios. Se pasó una mano por el pelo despeinado. "Tienes suerte de que no estemos solos ahora mismo".

Como si sus palabras lo hubieran convocado, se oyeron pasos por la biblioteca. Alguien se aclaró la garganta y luego acercó una silla al otro lado de la mesa. Cuando Elm se giró, se encontró cara a cara con Baldwyn.

El mayordomo del rey dejó caer un enorme documento sobre la mesa con un golpe seco y sin contemplaciones. Miró a Elm por encima de sus gafas. «Príncipe Renelm». Sus penetrantes ojos marrones se posaron en Ione. «Señorita Hawthorn».

—¿Qué quieres, Baldwyn? —preguntó Elm, nervioso.

El mayordomo abrió el cierre de cuero de su maletín. «Su padre ha encargado la redacción de unos documentos importantes, Alteza». Sacó su pluma y tintero. «Se requiere su tiempo y su firma».

"¿Con qué propósito?"

—El aspecto burocrático de las cosas, como usted lo llama —dijo Baldwyn, mojando su pluma en tinta.

Elm miró la pila de pergaminos en la carpeta. Incluso al revés, pudo leer el encabezado.

Renelm Rowan. Su Segunda Majestad. Guardián de las Leyes. Heredero de Blunder.

Elm se llevó una mano a la cara. "Lo hiciste rápido."

—En realidad, señor, los papeles estaban listos ayer, pero me dijeron que usted estaba fuera, holgazaneando en Castle Yew.

"El heredero merodeador. Me gusta. Añádele eso al título".

Baldwyn levantó la vista. «Tienes buen sentido del humor», dijo con condescendencia. «Eres muy diferente a tu hermano».

La silla junto a Elm se deslizó hacia atrás e Ione se levantó. "Te dejo..."

Elm la agarró con fuerza de la falda. "No tan rápido, Hawthorn".

Ione lo miró con los ojos entrecerrados. "Solo te estorbaré".

—No hay problema. Necesitaremos un testigo, ¿verdad, Baldwyn?

—Por supuesto. Pero ya te lo he preguntado...

—Perfecto. La señorita Hawthorn se ofrece como voluntaria. —Elm tiró con fuerza del vestido de Ione, y ella se desplomó en la silla con un golpe sordo. Por un instante, sus ojos color avellana brillaron, luego volvieron a su habitual impasibilidad.

Baldwyn rebuscó en su carpeta y luego la volteó para que Elm e Ione pudieran leer los documentos. Se giró hacia un escriba que esperaba en un ala de la biblioteca. "No hace falta más, Hamish", gritó. "Tenemos un nuevo testigo".

El escriba asintió y se marchó. Al salir, tuvo que abrirse paso entre un pequeño grupo de cuatro mujeres, ninguna de las cuales se movió para dejarlo pasar. Hablaban en voz baja, con la boca oculta tras las manos enguantadas, y todas sus miradas fijas en Elm.

"Árboles sagrados", murmuró, irritado por la intrusión. Pero antes de que pudiera volverse, una de las cuatro lo miró a los ojos. No recordaba su nombre. ¿Era Yvette Laburnum? Su padre era un negociante, pero como su granja le proporcionaba a Blunder más vino que todas las demás juntas, era tolerado en la corte.

Yvette tenía rizos castaños y llevaba un vestido azul brillante. Pero no fue el tono brillante de su atuendo lo que le llamó la atención.

Era la perfección sobrehumana y etérea de su rostro: piel tersa, sin imperfecciones, rasgos tan simétricos que resultaban inquietantes. Era tan hermosa que parecía irreal.

Porque no lo fue.

A su lado, Ione se inclinó hacia delante. Ella también observaba a Yvette. Elm metió la mano debajo de la mesa y le rozó la pierna con los nudillos, reconociendo en silencio la magia que compartían.

Otra carta de doncella.

El Rey Pastor había dicho que había tres en el castillo. Uno se guardaba en las mazmorras de su padre. Otro, evidentemente, pertenecía a Yvette Laburnum.

Sólo faltaba uno.

Pasó la tarde haciendo los trámites del Rey. Las yemas de los dedos de Elm estaban manchadas de tinta por todas las firmas que había hecho, con una caligrafía cada vez menos formal.

Ione permaneció allí sentada todo el tiempo, con la mirada perdida. Más de una vez, Elm metió la mano debajo de la mesa para pellizcarse la pierna o tirar de su falda, buscando alguna señal de vida. Sus ojos brillaban un instante y las comisuras de su boca se crispaban, pero nada más.

Cuando por fin se firmó todo el papeleo y Elm fue nombrado oficialmente heredero al trono de Blunder, solo quedaba cerrar el expediente de Baldwyn. El hombre hizo una reverencia. «Nos vemos en el banquete en una hora, señor».

Ione y Elm se detuvieron en la mesa. "¿Qué se siente al saber que algún día llevarás la corona?"

"Como caerse de un caballo." Elm sacó del bolsillo las dos Cartas de la Providencia que había sacado de la sala del tesoro y la que ya le pertenecía, ansioso por cambiar de tema. Las colocó sobre la mesa: una Guadaña, un Espejo y un Profeta.

Ione los miró. "¿Por qué se llevaron el Espejo?"

Si el Profeta no nos ayuda a encontrar a tu Doncella, nuestro siguiente paso será explorar tu mente con una Carta de Pesadilla. —Se removió en la silla—. Pero no tengo intención de entrar en la habitación de Hauth y pedirla prestada.

"¿Te gustaría robarlo?"

La mirada de Elm se posó en su boca. Se imaginó susurrándole todo tipo de cosas... diciéndole que se sentía más a gusto como bandido que como Príncipe Rowan. «Debería poder hacer eso». Deslizó la Tarjeta del Profeta frente a ella. «¿Alguna vez has usado una de estas?».

Ione asintió, acariciando con la punta del dedo la imagen reproducida en el mapa: un anciano con capucha gris. «Mi madre tiene uno».

Lo había hecho, pensó Elm con una punzada en el estómago. «Las visiones del futuro que ofrece no siempre son exactas».

—Soy consciente de ello. —Ione golpeó el papel tres veces y cerró los ojos.

Por un instante, permaneció inmóvil, salvo por el movimiento de su pecho. Entonces abrió los ojos de golpe y volvió a tocar al Profeta con dedos rígidos, liberándose de su magia. Si Elm no se hubiera vuelto un observador atento de su rostro, probablemente no habría visto el leve surco que se había formado entre sus cejas. "¿Has visto a tu Doncella?"

—No lo sé. Yo... —Ione se mordió el labio—. No sé qué vi.

"Dime."

Estaba en un prado. El suelo estaba cubierto de nieve y había una pequeña cámara de piedra. La familia Yew también estaba allí. Llevaban en brazos a un niño de aspecto frágil. —Su voz se fue apagando—. Tú también estabas allí, príncipe. Y mi padre y el tío Erik.

Elm se quedó paralizado. "¿Era el chico Emory?"

Sí. Un hombre alto que nunca había visto me defendía con una espada. Tenía ojos amarillos, como los de Elspeth ahora. Me tomó la mano y me abrió los dedos. En la palma había tres cartas: La Doncella, la Guadaña...

Levantó sus ojos color avellana. "Y los Alisos Gemelos."

Capítulo treinta y uno
Ravyn



Corrieron sin aliento por el bosque, perseguidos por el crepúsculo. Sobre ellos, los cuervos graznaban, sus alas oscureciendo los fragmentos de cielo entre los árboles. Ravyn recordó lo que Hesis había dicho sobre su magia. Veo a través de los ojos de los cuervos.

Jespyr escudriñó el cielo. «Lobos, y ahora cuervos. Solo por una vez, me gustaría no ser perseguido por este maldito bosque».

La Pesadilla abrió el camino. Se detuvo, golpeó el suelo con su espada tres veces y apoyó una mano en el tronco nudoso de un álamo. Cerró los ojos. Susurró algo.

Con los ojos así cerrados, fácilmente podría haber sido Elspeth. A Ravyn se le encogió el estómago. "¿Qué haces?"

"Estoy preguntando por direcciones."

Una gran calma descendió sobre el bosque. Ninguna brisa los rozaba, ninguna hoja crujía bajo sus botas. La niebla los envolvía, salada y punzante, y tan fría que el frío penetrante le recordó a Ravyn las mazmorras de la Roca.

Entonces, una a una, las ramas retorcidas del álamo temblón comenzaron a moverse. Se doblaron, pero nunca se rompieron.

Todos apuntaban hacia el este.

Cuando la Pesadilla abrió sus ojos amarillos, estaban vidriosos. "Ya casi llegamos".

La niebla se espesó y el cielo se oscureció. La espada de la Pesadilla relucía en la tenue luz mientras los guiaba entre los arbustos y la espesa maleza. No había sendero, pero su paso era rápido y seguro.

Un dolor punzante irradiaba de la nariz de Ravyn, que había empezado a sangrar de nuevo. Cuando la sangre le goteó en la boca, tosió y la escupió.

La pesadilla se dio la vuelta.

—Estoy bien —espetó Ravyn—. Sigue caminando.

El terreno comenzó a descender hacia un valle poco profundo, donde la niebla era tan espesa y el cielo tan oscuro que Ravyn apenas podía ver a un brazo de distancia. Un golpe sordo sonó detrás de ella, seguido de una lluvia de maldiciones. Ravyn encontró a Petyr enredado en un arbusto de cornejo y lo liberó del collar.

—Tenemos que parar —dijo Petyr—. O nos romperemos los tobillos deambulando así entre la maleza. —Hizo una mueca—. Tienes la nariz hecha un desastre, muchacho.

—Toda esta expedición es un desastre —murmuró Jespyr. Al ver la cara de Ravyn, guardó silencio—. Petyr tiene razón. Deberíamos acampar esta noche.

"Aquí abajo", les llamó la voz tranquilizadora de la Pesadilla, allá adelante. Cuando lo alcanzaron, al fondo del valle, se encontraba inmóvil al borde de un nuevo bosque.

Los troncos que tenía ante él no solo estaban muy juntos. Literalmente formaban un muro. Al igual que el lago, el bosque se extendía más allá del horizonte. Había cientos, no, miles, de árboles, todos entrelazados.

El corazón de Ravyn se aceleró. Dio un paso adelante y apoyó una mano áspera sobre un tronco retorcido. «Son alisos».

El segundo intercambio tendrá lugar al borde de un bosque oscuro, del que es casi imposible regresar. Quien se adentre en él no tendrá la certeza de llegar al mañana. No conoces el infierno... hasta que atraviesas el bosque de alisos.

El viento agitaba los árboles, trayendo consigo el penetrante olor a sal.

—La Carta de los Alisos Gemelos —dijo Jespyr con escepticismo, mientras sus ojos escudriñaban la interminable hilera de árboles—, ¿está ahí?

"Sí."

"¿Cómo entramos?"

"Lo pensaremos mañana. Por ahora..." La Pesadilla se giró hacia donde habían venido. "Álamos", murmuró.

Los álamos temblones empezaron a moverse en el valle. Los terrones se movieron, el suelo se elevó. Petyr perdió el equilibrio y cayó. Jespyr se apoyó en Ravyn antes de que ella también cayera de bruces.

La Pesadilla blandió su espada con movimientos lentos y circulares, y los álamos obedecieron. Cuando dejaron de moverse, Ravyn vio que habían formado un círculo alrededor de la compañía.

Pesadilla volvió a golpear el suelo con su espada, y los árboles se detuvieron. Estaban tan juntos que ni siquiera un niño podría haber pasado entre sus troncos.

"Deberíamos estar a salvo de cualquier bestia aquí", dijo la Pesadilla. Se giró y apuntó con su espada a la cara de Ravyn. "Siéntate, Ravyn Yew. Te arreglaré ese pico roto".

Ravyn apoyó su ancha espalda en el tronco de un álamo. No le gustó nada. Le recordaba demasiado al poste al que lo habían atado en el

fuerte, donde perdió el control.

Y Gorse fue asesinado.

Petyr se agachó junto a él con un gruñido. «Wik...», suspiró con la voz entrecortada. «Me rompió la nariz cuando éramos niños. Me dolió muchísimo».

"Estoy bien."

La suave risa de la Pesadilla se oyó a unos pasos de distancia. Se echó agua de la cantimplora de Petyr en las manos para limpiarse la mugre.

Jespyr se agazapó al final del círculo de álamos, y todos apartaron la mirada mientras liberaba el cuerpo tras un arbusto. Al terminar, se levantó y se pasó una mano por la mejilla, haciendo una mueca de dolor. «No estoy seguro de que esas zorras no me hayan roto algunos huesos también».

Estaba demasiado oscuro para verle el rostro con claridad. La luna era solo una pálida mancha envuelta en niebla. Sin embargo, la hinchazón en su mejilla izquierda era evidente.

Ravyn no lo había notado durante la pelea en el patio. La magia de Otho —ese humo terrible— lo había hecho ver todo rojo. No había conocido más que ira y odio.

El remordimiento le atenazaba la garganta. Rebuscó en su bolsillo, forzando la vista en la penumbra para distinguir cuál era la tarjeta rosa. "Toma, toma esto", dijo, entregándole la Doncella Pesadilla. "Dásela a Jes".

Al mirar la Carta, la Pesadilla abrió mucho los ojos. «No puedo tocarla».

Ravyn levantó las cejas.

Créeme, ojalá pudiera. Me habría ahorrado la molestia de viajar contigo si hubiera podido recuperar los Alisos Gemelos yo mismo. Pero este sigue siendo el cuerpo de Elspeth. Cualquier Carta que toqué... absorbería cualquier cosa que intercambiara para crearla.

Jespyr lo rodeó y le quitó la Doncella a Ravyn. "¿Qué diste por la Doncella, Rey Pastor?"

—Su cabello, cortado con una cuchilla afilada —respondió Petyr. Hubo una pausa—. ¿Qué es? ¿Crees que nunca he leído el Libro Antiguo?

Ravyn se tocó la nariz. Hizo una mueca. "No sabía que supieras leer".

El codo de Petyr chocó contra sus costillas magulladas. "Ríete, ríete, mientras puedas. Todos sabemos que esa bonita tarjeta rosa no pudo curarte."

Jespyr tocó a la Doncella tres veces. Cerró los ojos. Dejó escapar un largo suspiro. «Árboles sagrados», dijo con voz reverente. «Se siente tan bien no tener dolor». Se llevó una mano a la mejilla curada y tocó la Carta tres veces más. «Entonces, si Elspeth hubiera tocado esta Carta en lugar de la Pesadilla hace tantos años, habría absorbido... ¿tu cabello?».

—Sí —respondió la Pesadilla—. Eran largas. Oscuras. —Su mirada se posó en la cabeza de Ravyn—. Como las tuyas. Quizás la habrían asfixiado. O se le habrían envuelto en el corazón. O quizás se habrían anidado en sus pulmones.

Jespyr se sentó junto a Ravyn. «Cada vez que pienso que te estás volviendo menos insoportable, decides abrir la boca».

La Pesadilla se acercó con pasos sigilosos. Por un instante, su figura se cernió sobre ellos. Le castañeteaban los dientes... luego agarró la nariz de Ravyn.

Se oyó un sonido terrible, como si se rompieran huesos, y un dolor insoportable atravesó el rostro de Ravyn. «Malditos árboles».

"Como sospechaba", dijo la Pesadilla con naturalidad. "Está roto, sin duda".

Ravyn echó la cabeza hacia atrás. "No eres médica".

—No. Pero he arreglado bastantes narices, sobre todo la mía.

“Espero que quien te lo haya roto se haya divertido”.

—No me cabe la menor duda. —Su voz se quebró en la niebla—. Brutus Rowan era un experto en infligir dolor.

Todos permanecieron en silencio.

Lentamente, Jespyr se inclinó hacia delante. "¿Lo conocías bien? ¿Al primer Rey Rowan?"

—Al diablo con eso —dijo Petyr—. Dinos lo que todos se han preguntado durante quinientos años. ¿De verdad te mató?

La Pesadilla no respondió. Su boca era una fina línea, con la mirada fija en los árboles. Tenía esa mirada absorta que tenía cuando hablaba con Elspeth.

Ravyn puso los ojos en blanco. "¿Y bien?"

Dos ojos amarillos lo miraron fijamente. "Sí. Lo conocía bien." Se inclinó sobre Ravyn. "Esto te va a doler. Quizás quieras relajarte un poco."

"¿Qué propones hacer?"

«Mete la mano en el bolsillo.»

Ravyn frunció el ceño, perplejo, y la Pesadilla suspiró irritada. «Y no era tonto», murmuró. «La Carta de la Pesadilla, Ravyn Yew. Prácticamente te estoy invitando a mi mente».

Con las articulaciones doloridas, Ravyn sacó el Espejo de su bolsillo y luego el Caballo Negro de Gorse.

Se le encogió el estómago. Cuando sacó la Pesadilla, le temblaban las manos.

Tres tragos. Sal. Y luego… Ravyn.

Ella cerró los ojos. Elspeth.

Eres... Un suspiro de frustración cruzó la mente de Ravyn. Sigo intentando tocar tu mano.

A Ravyn se le hizo un nudo en la garganta. Ojalá pudieras.

Están temblando. Tus manos.

Lo sé. Han estado temblando desde entonces...

La Pesadilla se agachó. Se agarró la nariz con ambas manos. Se oyó otro crujido terrible de huesos y cartílagos, y Ravyn empezó a marearse. Petyr y Jespyr le sujetaron los brazos a ambos lados.

—Se mueve como un caballo salvaje —gruñó Jespyr.

Quédate quieto, Ravyn.

Cerró los párpados con fuerza, con el rostro distorsionado por el dolor, intentando ocultarlo. Pero esta vez, ocultarlo era imposible. «No me mires, Elspeth».

Garganta.

Levantó la cabeza bruscamente. Le habló a Elspeth —para sí mismo — con la voz entrecortada. «No quiero que nadie me vea así».

Jespyr le tomó la mano izquierda, Petyr la derecha. Y Elspeth... su voz resonaba por todas partes. Mil pétalos de rosa caían sobre él. No corres peligro de perderme... ni de perder a tu hermana... ni a tus amigos. No hay debilidad en el dolor.

Ravyn sintió una opresión en los ojos. "Lo que hice en ese patio... lo que dije..."

Jespyr le sujetó el brazo para evitar que temblara. "Lo sé. Fue terrible. Lo que dije también fue terrible. Lo siento."

Hubo otro destello de dolor intenso, y entonces la Pesadilla soltó la nariz. "Aguanta."

Ravyn apoyó la cabeza en el tronco del álamo. La Pesadilla se inclinó sobre él. "¿No lo entiendes?", susurró. "Después de esto, no habrá más máscaras... ni pretensiones. La muerte exige ser reconocida. Hoy, en ese patio, no solo murió Gorse." Su mirada penetrante alcanzó los rincones más oscuros de la mente de Ravyn. "Sino también el Capitán Paladín."

Era tarde. Ravyn, Jespyr y la Pesadilla seguían despiertos, aunque apenas. Petyr estaba hecho un ovillo, roncando.

El dolor en la nariz de Ravyn había disminuido un poco. La sostuvo en alto, con la mirada fija en los largos troncos de los álamos, que parecían extenderse hacia el cielo como brazos que se agitaban, intentando alcanzar la luna.

Jespyr tenía la carta de Pesadilla. Estaba hablando con Elspeth, y su expresión era más relajada de lo que Ravyn la había visto en días. Al terminar, acarició perezosamente el borde de la carta. Se la devolvió a Ravyn.

Él lo golpeó.

Estás cansado. La voz de Elspeth lo envolvió como una manta. Estaré aquí cuando despiertes. Ahora descansa.

No quiero descansar, Elspeth. Los párpados de Ravyn se cerraron. Solo te quiero a ti.

—Lo sé. —Hizo una pausa—. Tu nariz sigue siendo impresionante. Sin duda, tu mejor característica.

Las comisuras de la boca de Ravyn se crisparon imperceptiblemente. ¿De verdad lo crees?

Buenas noches, Ravyn.

Buenas noches, señorita Spindle.

Ravyn tocó la Carta de Pesadilla y la guardó nuevamente en su bolsillo.

—¿Es una sonrisa lo que veo en tus labios? —preguntó Jespyr con un bostezo.

“No sé de qué estás hablando.”

Ella lo empujó juguetonamente en el hombro. "Terco hasta la médula."

"Alguien tiene que moderar tu optimismo."

—Para eso está Elm. Pero tú... tú no eres pesimista en absoluto, hermano —sonrió—. Y eso te está matando.

La mirada de la Pesadilla iba de uno a otro. Lentamente, con voz aterciopelada, dijo: «Yo también tenía una hermana, solo dos años menor. Ayris. Mi padre decía que éramos como ramas de nuestro árbol genealógico. Rebeldes y audaces».

Antes de que Ravyn pudiera preguntar algo más, se alejó y se retiró al otro extremo del círculo de álamos.

"Me da miedo", dijo Jespyr, abrazando a su hermano con más fuerza. "Siempre espero que no me mire con esos ojos amarillos. Es tan perturbador, tan inhumano, pero a veces..."

"Nos recuerda al hombre que era", murmuró Ravyn, "antes de convertirse en el monstruo".

Permanecieron así, espalda contra espalda, mirando al cielo. Habían estado así de niños; años después, durante la guardia como paladines y como bandidos en el bosque.

"No veo ninguna estrella", dijo Jespyr.

—Demasiada niebla. —Ravyn entrecerró los ojos—. No sé qué hay más allá de esos alisos, Jes. Cuando crucemos, quédate cerca de mí.

Mientras se quedaba dormido, la voz de su hermana le susurró al oído: "Siempre lo soy".

Capítulo treinta y dos
Olmo



Era solo el tercer banquete, y el encanto cortesano de Elm se estaba agotando. Pero su padre estaba en el estrado, ahogado en vino y mal humor, y Elm prefería bailar hasta que le sangraran los pies antes que sentarse un segundo más en la silla de Hauth.

El tema de la velada fue «Las Cartas de la Providencia». A Elm le pareció bastante banal por parte de Baldwyn elegir algo que ya era tema de conversación y chismes en la corte.

Los disfraces eran… predecibles. Torpes.

La mayoría de las mujeres llevaban vestidos rosas y rosas en el pelo para evocar a la Doncella. Otras vestían de púrpura, como el borde de terciopelo del Espejo, y llevaban pequeños espejos de plata en las manos. Los hombres vestían de turquesa en honor al Cáliz, algo práctico, ya que todos bebían con profusión de sus copas.

Túnicas blancas con cuellos adornados con plumas representaban al Águila Blanca, la Carta del Valor. Un alma audaz se había atado alambres a la espalda, entrelazados con hiedra, para representar la Puerta de Hierro. Otro había rellenado su túnica dorada con tela para darle forma redondeada. El Huevo de Oro.

Sólo el Rey vestía de rojo, como la Guadaña, mientras que vestirse de negro en honor a la Carta del Caballo Negro era prerrogativa de los Paladines.

Elm todavía lo llevaba.

La orquesta se complementó con tres violines adicionales y tocó con más fuerza ahora que la cena había terminado y el baile había comenzado. El vino fluyó a raudales, y pronto las mejillas, labios y dientes de todos se tiñeron de rojo.

Ser alto era una ventaja: a pesar de la multitud, Elm podía escudriñar fácilmente cada rincón del salón, buscando cierta melena rubia. Ione no bailaba con nadie ni estaba sentada en ninguna mesa. Elm estaba a punto de soltar la mano de su compañera e ir a buscarla al jardín cuando vio un círculo de seis mujeres cerca de la pared del fondo.

Jugaban a una especie de juego con una Carta del Pozo. Cuatro de ellas vestían de rosa, como una Doncella, y una de morado, como un Espejo. La última, con su cabello rubio recogido en un moño en la nuca,

le daba la espalda. Llevaba un vestido burdeos oscuro, color vino. Las yemas de sus dedos estaban pintadas de negro hasta los nudillos para crear la ilusión de garras.

Era el único disfraz de Carta Pesadilla en toda la habitación.

El baile terminó, y Elm se dio cuenta de que no había oído ni una palabra de lo que su pareja había dicho. Le hizo una reverencia y se abrió paso rápidamente entre la multitud. Cuando las mujeres del círculo lo vieron llegar, olvidaron la Carta del Pozo y todas las miradas se posaron en él... excepto las de Ione, que permaneció de espaldas. No se giró de inmediato. Cuando por fin se dignó a hacerlo, Elm vio que sus párpados estaban pintados de amarillo, del mismo color que los ojos del monstruo de la Carta de la Pesadilla.

—Príncipe. —Su mirada, su rostro, su boca… todo en ella era indescifrable—. Me sorprende que no vayas vestido de rojo como tu Guadaña.

"Y me encantaría encontrarte usando algo que no sea un lindo y delicado color rosa".

—El rosa no tiene nada de malo. —Ione recorrió con sus ojos pintados la túnica y el jubón de seda negra de Elm—. Tú, que eres un esnob terrible, pareces un bandido rico.

—Creo que está vestido así para el Caballo Negro, Ione —susurró una de las mujeres detrás de él.

Elm y Ione respondieron simultáneamente.

"No, él..."

"No, yo..."

Las comisuras de los labios de Ione se crisparon. Elm se frotó la nuca. Sonrió. "¿Y tú?" Asintió señalando su disfraz. "Un disfraz bastante monstruoso."

La mirada de Ione se posó en su vestido burdeos. «Tu padre me lo regaló. También me ordenó que me pintara las manos y la cara».

La sonrisa de Elm se desvaneció. Como los demás vestidos que Ione había recibido desde que llegó a la Roca, este era tan holgado que ocultaba sus curvas. Lo único que la apretaba era el cuello alto con volantes, que le llegaba justo debajo de la barbilla. Elm empezó a pensar que no era casualidad que todos esos vestidos le quedaran tan ajustados como un collar.

Una cosa era que Ione hubiera elegido el disfraz ella misma. Pero saber que su padre le había ordenado usarlo como castigo...

Un destello de calor le quemó la garganta.

Supongo que el Rey quería recordarme que la única razón por la que estoy aquí es la Carta de la Pesadilla que le pagó mi padre. Ione levantó una mano y curvó los dedos pintados, como si fueran garras. O tal vez solo quería hacerme sentir como un monstruo.

Las mujeres que estaban detrás de ella se acercaron. «No es así, Ione. El Rey tuvo la amabilidad de proporcionarte tu disfraz».

—Sí —añadió otro—. Los Rowan son muy considerados contigo.

“Debe ser muy difícil para ti, Ione”, intervino un tercero, “ver las cosas desde una perspectiva positiva, con el príncipe Hauth enfermo en cama”.

Ione ni se inmutó. "Sí, qué difícil." Se giró hacia Elm. "Creo que los juegos en el jardín ya empezaron, Príncipe. ¿Te gustaría acompañarme?"

Sus miradas se cruzaron. «Por supuesto». Sin dejar de mirarla a los ojos, Elm se llevó la mano de Ione al pecho y la frotó contra la suave tela de su jubón. Con una suave presión, deslizó los dedos por su abdomen, retirando el tinte negro. Hizo lo mismo con la otra mano hasta que la ropa absorbió toda la mancha. «La acompañaré adonde quiera ir, señorita Hawthorn».

Abandonaron el círculo de mujeres, aún con las manos entrelazadas. Al llegar a la puerta dorada del jardín, Elm dijo, con más franqueza de la que pretendía: «No eres un monstruo».

"No soy nada hasta que recupere a mi Doncella."

El aire de la tarde acarició la frente acalorada de Elm. "Por cierto", dijo, mirando el laberíntico parque. "¿En qué parte del jardín intentabas registrar antes de que Linden te detuviera?"

En el jardín de rosas hay unas antiguas estatuas de piedra llenas de grietas.

Siguieron el sendero, pasando junto a cortesanos que jugaban a las cartas y amantes escondidos tras setos y bajo los árboles. Continuaron entre las zarzas, adentrándose en la espesura de vegetación más oscura, hasta que se encontraron a solas con el jardín y la niebla.

“¿Tienes tu amuleto?” preguntó Ione.

Elm le estrechó la mano, y el brazalete de crin se enroscó en su muñeca. "¿Y tú?"

Ione tomó la cadena de dientes de caballo del escote de su vestido.

Elm tomó una antorcha de su soporte y la condujo a través de un laberinto de rosales podados con maestría, que habían perdido todas sus flores. Peinaron cada estatua, cada grieta.

Sin éxito.

Ione permaneció en silencio. El único sonido entre ellos era la charla distante de los cortesanos y el sonido del gong que dio las nueve. Por cada estatua que no ocultaba la Carta de la Doncella en sus recovecos, Elm perdía un poco la paciencia. Cuando el gong dio las diez, temblaba de emoción. "¿Estás enfadada conmigo?"

Ione la miró lentamente a la cara. "No. ¿Por qué piensas eso?"

"No encontramos su tarjeta."

"No es tu culpa. No lo ocultaste."

—No, pero... la cosa es que pareces... —Tragó saliva con dificultad—. Los silencios largos me incomodan. Tiendo a darle demasiadas vueltas.

"¿Es la Roca la que te preocupa, Príncipe? ¿O soy yo?"

—No me molestas, Hawthorn —dijo Elm mordiéndose la mejilla—. Al menos no de forma negativa como este castillo.

Le costaba mirarla. Bajo la tensión erótica que se había creado entre ellos, había un hilo frágil y delgado. Un hilo que Ione, sin saberlo, había pasado por el ojo de una aguja y clavado en el pecho de Elm, más allá de todas sus dudas y temores. Elm se sentía incómodo, fingiendo que no estaba cosida dentro de él, que ayudarla a encontrar a su Doncella no se había vuelto tan importante para él. Fingiendo que no sufría los dolores del infierno cada momento que pasaba con ella. Se sentía terriblemente, maravillosamente incómodo.

Y entonces, Elm hizo lo que siempre hacía cuando se sentía incómoda. Metió la mano en el bolsillo y sacó la Guadaña. "¿Para qué querías esto?", preguntó. "Cuando jugábamos a nuestro jueguito con el Cáliz y creías que no te recordaba."

Ione pasó los dedos por las grietas de una estatua. «Quería intentar recordar dónde había escondido a mi Doncella».

Podría intentarlo. No puedo garantizar que funcione...

—No. No quiero que nadie vuelva a usar una guadaña conmigo. Ni siquiera tú, Príncipe.

A Elm le llevó un momento comprender. Luego hizo una mueca. Maldita sea Hauth. Le entregó la Carta. "Hazlo tú, entonces."

Los dedos de Ione se cerraron alrededor de la Guadaña. «La última vez que tuve esta Carta en mis manos, me hablaste con cariño».

Elm se recogió un mechón de pelo que se le había escapado del moño. "Eso es porque, granuja, me lo robaste del bolsillo".

—Sí. —Ione hizo girar la guadaña entre sus dedos—. Fue casi... placentero obligar a los bandidos a hacer lo que yo quería.

¿Y el dolor por usarlo tanto tiempo? ¿Cómo fue?

La Guadaña hizo una pausa. "Terrible. No sé cómo lo soportan."

—Ya me he acostumbrado. —Elm pateó una piedra que cruzaba el camino—. Me criaron para soportar el dolor.

Ione retrocedió un paso y lo miró con los ojos entrecerrados. «No deberías ser tan cínico con lo que te pasó, Príncipe».

¿Qué quieres que haga? ¿Quemar el castillo y a todos sus habitantes?

“Eso sería un comienzo”.

A Elm se le escapó una carcajada. "Árboles sagrados, Espino. Serías una reina formidable."

No quería decirlo. E Ione tuvo la decencia de no comentar. Sus ojos brillaron un instante y luego volvieron a la Guadaña. Respiró hondo, la golpeó tres veces y cerró los ojos.

Elm permaneció inmóvil. Cuando esos ojos color avellana se abrieron de nuevo, estaban apagados. «Nada». Le devolvió la tarjeta. «Siempre recuerdo lo mismo. Una grieta en la piedra».

Salieron del rosal y entraron en el bosque de serbales. La niebla lo dominaba todo, una densa niebla salada que penetraba los sentidos de

Elm. Se cernía sobre un pequeño estanque al borde de los árboles, en cuyo centro se alzaba una diminuta isla con una estatua. Era antigua, agrietada, pero era imposible no reconocer al hombre tallado en mármol.

Brutus Rowan. Su primo Re Rowan.

De niño, Elm le había tirado piedras. No le gustaba el rostro de Brutus. Era guapo, con una sonrisa dibujada en los labios. Pero bajo esa sonrisa se escondía una fría amenaza. Su pecho era ancho, hinchado, imponente. Tenía el ceño fruncido, la mirada fija en algo que solo él podía ver. Un cazador acechando a su presa. Le recordaba demasiado a su padre... y a Hauth.

Examinó el estanque. "¿Recuerdas haber nadado la tarde del equinoccio?"

—No. Pero mi vestido estaba tan arruinado que sería posible.

"Si quisiera dejar una tarjeta en algún lugar fuera de su alcance", dijo Elm, señalando la estatua, "podría obligar a alguien a nadar un poco para esconderla".

Ione levantó las cejas. "¿Ahí?"

Elm ya se estaba quitando las botas. "No escatimaremos esfuerzos, Hawthorn". Se quitó el jubón y la túnica y la camisola de seda. Al ver a Ione mirándole la espalda desnuda, sonrió. "Disculpe". Señaló con la cabeza la ropa que había tirado. "Debería haber preguntado si quería ayudarme".

Se zambulló en la piscina. El agua estaba fría y viscosa por las algas. Mantuvo los ojos cerrados y pateó con fuerza, alcanzando la isla en diez brazadas.

No había espacio para estar de pie, pues la isla no era más ancha que el pedestal de la estatua. Elm se agarró al brazo de mármol de Brutus Rowan y salió del agua, envuelto en niebla.

“¿Y entonces?” le gritó Ione.

Elm examinó las grietas de la estatua. Algunas eran delgadas, otras irregulares. Había una grieta en el pecho de Brutus, profunda y ancha, tan grande que cabía un dedo. Pero dentro, Elm no encontró nada más que piedra fría. Ni un borde de terciopelo. Ni la Carta de la Providencia. «Nada».

Extendió el dedo, apretó la mano formando un puño y golpeó a Brutus Rowan en su estúpido pecho de mármol.

La estatua crujió. La grieta se ensanchó, extendiéndose a lo largo de las piernas de la estatua en un número infinito de pequeñas fracturas.

"Mierda."

Los tobillos de mármol de Brutus Rowan se rompieron y la estatua cayó al estanque, llevándose consigo a Elm. El Príncipe cayó al agua y fue arrastrado por el peso del mármol. Contuvo la respiración y nadó. Cuando su espalda golpeó la orilla cubierta de hierba, salió del agua, respiró hondo y...

La niebla entró en él.

Olía a agua salobre y podredumbre. Le llenaba los pulmones, el cuerpo, la mente. Elm se quedó rígido en el suelo, con los ojos abiertos mientras se tomaba el pulso, buscando la familiar sensación de la crin de caballo...

Su amuleto había desaparecido. Perdido en el fondo del estanque.

«¿Príncipe?»

Elm tosió. Cuando intentó hablar, su voz fue ahogada por otra que resonó a través de la niebla, cerca y lejos, como una tormenta. Elm, lo llamó. Príncipe defectuoso y degenerado. Abandonado, ahora elegido. Te veo, heredero de reyes. Siempre te he visto.

Ione estaba en el césped junto a él, con las manos sobre sus hombros. "¿Pasa algo?"

Una fuerza irresistible, como la de la Guadaña, se abría paso en su interior, obligándolo a levantarse y adentrarse en la niebla. Apretó los dientes, intentando resistirse, con la boca reseca por la sal. «El amuleto», murmuró con dificultad.

Ione le arrancó la cadena del cuello de un tirón. La mano de Elm arañó la hierba. Ione la atrajo hacia sí y la apretó contra la suya, con el amuleto aferrado entre las palmas.

Cuando Elm respiró de nuevo, el aire estaba despejado de niebla. Otra bocanada, y el agua salada y el sabor a descomposición abandonaron su cuerpo. Sus músculos se relajaron y miró a Ione.

Su cabello rubio se soltó del moño, ondeando con cada respiración. Observó el rostro de Elm. «Príncipe Renelm. Sería muy imprudente morir buscando mi Carta de Doncella».

Elm le apretó la mano con más fuerza. «No me llames así», dijo temblando. «Soy Elm. Solo Elm».

"¿Es este el privilegio que obtengo por salvarte la vida dos veces?"

Elm se levantó del césped y se acercó lo suficiente para ver dónde deberían estar las pecas de su nariz. "Gracias." Su mirada se posó en su boca. "Te debo una."

La respiración de Ione se aceleró. "Me estás ayudando a encontrar mi tarjeta. Estamos a mano".

No lo confirmó. Le hubiera gustado definir la situación de una manera completamente diferente.

Tomados de la mano, con el amuleto de Ione entre las palmas, emergieron de la niebla hasta llegar a la puerta dorada del jardín. Elm guardaba un brazalete de crin de repuesto en su habitación y necesitaba ropa seca para continuar su búsqueda. Estaba abrochándose un jubón limpio cuando la puerta de su habitación se abrió de par en par.

Filick Willow estaba en la puerta, con los ojos muy abiertos.

—Por el amor de... Filick. Pensé que habíamos hablado de la importancia de llamar.

La túnica blanca de médico del hombre estaba manchada de sangre. "Su Alteza."

Su mirada se posó en Ione, sentada en la cama de Elm. "Señorita Hawthorn. Deberían venir."

La espalda de Elm se tensó. "¿Qué pasó?"

"Príncipe Heredero Hauth." Terror. Los ojos del médico estaban llenos de terror. "Está despierto."

Capítulo treinta y tres
Elspeth



La Pesadilla vio como Ravyn y Jespyr se quedaban dormidos.

¿Estarán a salvo ahí dentro?, le pregunté. Entre los alisos.

No.

Entonces tendrás que protegerlos.

Se agachó y luego se dejó caer lentamente al suelo, desenvainando la espada en su regazo. Nunca se me ha dado bien proteger a la gente que amo.

Mientras se dormía, me hundí en la oscuridad de su mente. Sus recuerdos me encontraron rápidamente.

Me senté en la piedra de la habitación que había construido y miré hacia arriba. El techo que había construido de joven empezaba a mostrar signos de desgaste. Afuera, los tejos se mecían, agitados por un frío viento otoñal. La luz del sol no se filtraba entre sus ramas, a veces.

Sólo había una niebla gris.

"¿Capellán?"

Miré rápidamente hacia la ventana. Ayris estaba allí, de la mano de Tilly. La amabilidad habitual de mi hermana era contenida, y sus ojos amarillos eran severos. Pero cuando le habló a mi hija, su voz era suave. «Vamos, Tilly. Pregúntale».

La niña se enroscó el extremo de una trenza larga y oscura en el dedo. Sonrió tímidamente. "¿Podemos hacer un columpio en el tejo, como prometiste?"

La miré con indiferencia. Era más fácil decir que no a los niños, ahora que había creado la Carta de la Pesadilla y había cambiado mi alma por terciopelo. "Hoy no, querida", dije con voz suave como la seda. "Tengo trabajo que hacer".

Su sonrisa se desvaneció. "De acuerdo." Soltó la mano de Ayris, se subió la falda y suspiró. "Te esperaré en el prado. Por si cambias de opinión."

Cuando me miró, Ayris, mi alegre hermana, se quedó helada. «Este trabajo tuyo», dijo, «te ha convertido en una forastera».

Luego se apresuró a alcanzar a Tilly.

Un instante después, el coro de árboles resonó en mi mente.

El Espíritu te ha dado once Cartas, Taxus. ¿Vas a pedir más?

"Esta niebla", siseé. "Está extraviando a mi gente. Los está atrayendo hacia el bosque. Su magia no es un don. Es una maldición".

La magia es así, susurraron los árboles.

"Quiero otra carta. Una carta que disipe la niebla."

El Espíritu no te dará una Carta para destruir aquello que él mismo creó para atraer a la gente a sus bosques.

—Entonces quiero encontrar una forma de curar la fiebre y la infección que conlleva. Me dijiste que, tras mucho regatear, llegaría el día en que podría curarla.

Ese día aún no ha llegado, Rey Pastor.

Apreté las muelas. «Estoy harto de sus acertijos, árboles. Si no consigo respuestas...» Entrecerré los ojos. «Entonces hablaré con el mismísimo Espíritu. Dame una tarjeta para hacerlo».

Su silencio era ensordecedor. «Muy bien», susurraron al fin. Pero el Espíritu se niega a hablar del costo.

"No me importa. Estoy dispuesto a pagar cualquier precio."

¿Cualquier?

"Sí."

El olor a sal llenó la habitación, más fuerte que nunca. Mi vista se quedó en blanco y caí. Mi cabeza golpeó el suelo con un golpe sordo, y once Cartas de la Providencia cayeron de mi bolsillo, esparcidas a mi alrededor.

Cuando desperté, había una duodécima carta sobre la piedra. Estaba ribeteada de terciopelo verde bosque, con dos árboles representados: uno claro y el otro oscuro. Sobre ellos, con una caligrafía elaborada, estaba escrito «Los Alisos Gemelos».

La toqué tres veces. Esperé. Nada. Una maldición salió de mis labios. Toqué a la Doncella para curarme el golpe en la cabeza...

Pero la Carta no funcionó.

Se me hizo un nudo en la garganta. Golpeé el espejo... intenté volverme invisible. Nada.

El Pozo no me mostró enemigos, la Puerta de Hierro no me dio paz. Grité hasta quedarme sin voz y seguí golpeando las Cartas hasta que me dolieron los dedos. Pero todo fue en vano. Ya no podía controlarlas.

Me desplomé al pie de la piedra, rodeado por las luces de colores de mis Cartas. Había encontrado la manera de comunicarme con el Espíritu del Bosque. Había sangrado, regateado, renunciado a casi todo para obtener doce Cartas de la Providencia.

Pero no pude usar ni uno solo.

Las páginas de la memoria comenzaron a pasar más rápidamente.

Un pregonero leyó un decreto real advirtiendo a los habitantes de Blunder que se mantuvieran alejados de la niebla.

Una mujer gritó de dolor; sus venas eran del color de la tinta. Había logrado burlar a los guardias del castillo y entrar en la sala del trono, exigiendo una audiencia con mis médicos. Mi capitán de la guardia, Brutus Rowan, golpeó su guadaña tres veces, ahuyentándola.

"Blunder corre grave peligro", me dijo cuando estábamos solos en mi biblioteca. "Esta niebla es una maldición. Y se está extendiendo".

Estaba sentado ante un escritorio grande, rodeado de montones de pergaminos manchados de tinta, escribiendo frenéticamente, inclinado sobre un cuaderno. Con la otra mano, daba vueltas a la Carta de Twin Alders una y otra vez. «Te lo he dicho mil veces», dije sin levantar la vista, «encontraré la manera de disiparlo».

La gente se ha perdido. Las rutas comerciales se han cortado. La gente ya no pide fiebre... el Espíritu la impone. —Hizo una pausa—. He visto niños sencillos con magia tan poderosa que podría poner a mis hombres en apuros.

—¿Y esta magia ilimitada te asusta, Bruto?

Él no dijo nada.

Mis órdenes siguen siendo las mismas. No te muevas. Ni tú ni tus secuaces deben arrestar ni hacer daño a nadie que haya contraído la fiebre en la niebla.

—Paladines, no esbirros —dijo Brutus con voz dura como el acero—. Tú los llamaste así.

Hojeé mi cuaderno, deteniéndome a mitad de camino. «La Guardia Real no lleva sellos. La Carta del Caballo Negro es su emblema, su vocación, su credo. Con ella, imponen las leyes del Desacierto. Son las sombras en la habitación, los ojos en tu espalda, los pasos en tus calles. La Guardia Real no lleva sellos». Cerré mi cuaderno de golpe. «No se menciona la palabra Paladín». Miré a Brutus. «Creo que fuiste tú, Capitán, no yo, quien les dio ese nombre ridículo y pomposo».

A Brutus se le contrajo un músculo en la mandíbula. «No estoy de humor para reír, Taxus».

"¿Qué hay de nuevo? No recuerdo el sonido de tu risa."

"No hay nada de qué reírse desde que llegó la niebla. Nada de qué reírse desde que lo dejaste todo para conseguir las Cartas".

Miré la luz roja que emanaba del bolsillo de su túnica. «Parece que tú también te has beneficiado de mis intercambios. Te has ganado una reputación cruel gracias a mi Guadaña».

Se puso pálido.

—Sí, Brutus. Sé lo que haces a mis espaldas. Puede que ya no pueda entrar en tu mente con una Carta de Pesadilla, pero las voces me llegan. Al parecer, te encanta usar la Carta Roja contra criminales. Inventas

nuevas torturas para castigarlos. Incluso los has enviado a morir en la misma niebla que tanto dices odiar.

—Quizás si pasara tanto tiempo gobernando como garabateando en ese maldito cuaderno —replicó—, no habría criminales que castigar. Y además... tú eres quien me dio vía libre para proteger el reino.

Cuando la voz se escapó de mis labios, sonó más tranquila que antes. "¿Y cuando estés teñido de rojo y demasiado acostumbrado al dolor... demasiado dependiente de la Guadaña para renunciar a ella? Me pregunto entonces, Bruto, ¿quién protegerá a Blunder de ti?" Mi mano descansaba sobre la empuñadura de la espada en mi cinturón. "No me importa que seas el esposo de mi hermana. Mata a otra alma con mi Guadaña, y no solo la recuperaré. Te la arrancaré después de matarte. Ahora vete."

Los ojos verdes de Bruto se inyectaron en sangre. Con una breve reverencia, salió de la biblioteca.

Cuando la puerta se cerró de golpe, suspiré. "No tiene sentido esconderse, Bennett. Veo tus cartas".

Un niño emergió de la nada, dándole vueltas a una Carta Espejo entre los dedos. No tendría más de trece años. Tenía una hermosa tez morena y cabello oscuro y desgreñado. Al ladear la cabeza, como un ave de rapiña, la luz iluminaba sus ojos grises y sus facciones cuadradas.

—Sé que una parte de ti está de acuerdo con Brutus, padre. La niebla es peligrosa. —Bennett pasó el pulgar por el borde de la Carta Espejo—. ¿Por qué no haces las paces con él?

Empecé a escribir de nuevo. «Me niego a darle a tu tía Ayris la satisfacción de salvar el abismo que ahora nos divide».

"Todo el mundo tiene miedo de coger fiebre. De degenerar."

No todos los infectados sufren degeneración. Nunca me ha pasado. —Levanté la vista—. Y tú tampoco.

Bennett sonrió. "¿Ah, no? Hay cartas que ya no puedo usar". Sacó una segunda carta de la Providencia, la Pesadilla, de su bolsillo, y el morado y el burdeos se mezclaron entre sus dedos. "Algún día, tampoco podré usar estas".

Y aun así, tienes una magia increíble. Podrías destruir el trabajo de mi vida si no te sintieras a gusto conmigo.

—Pasa a menudo. —El niño hizo una pausa—. Los niños te extrañan, sobre todo Tilly. Ven a cenar. Solo por esta vez.

Lo despedí con un gesto impaciente de la mano.

Bennett se acercó al escritorio. Me observó el rostro. Suspiró. "Estás con nosotros, pero nunca estás realmente presente, ¿verdad, papá?"

El recuerdo se desvaneció.

Al momento siguiente, salí corriendo del castillo, metiendo algunos pequeños suministros (pan y queso) en una bolsa.

Crucé el prado y pasé la cámara de piedra, en dirección al bosque.

“¿Vas a algún lado, hermano?”

Mi mano voló hacia la empuñadura de mi espada, mis labios apretados en una fina línea. "Ayris."

"Es más fácil seguirte ahora que ya no puedes usar la Carta Espejo", dijo, sonriéndome. "¿Adónde vas?"

Hubo un tiempo en que, quizás, habría mentido. Pero engañar a mi hermana era demasiado esfuerzo. Tenía que conservar mis fuerzas para cualquier trato que me aguardara. «Hablar con el Espíritu del Bosque. Quiero aprender sobre la niebla... pídele que la levante».

La sonrisa de Ayris se desvaneció. "¿Sola?"

"Es mejor así."

Puso los ojos en blanco y se acercó a mí. "Sé que estás cansada. Desesperada. Lo veo en tu cara. Déjame acompañarte al bosque".

“Bruto se enojará”.

Ignoró la mención de su marido y me miró con ojos cansados. "¿Cómo nos llamaba papá cuando de niños desaparecíamos en el bosque?"

—Rebeldes —dije, levantando las comisuras de los labios—. ¡Audaces!

—Hace muchos años que no es así. Hay doce versiones de ti, hermano, y cada una es más distante que la anterior.

Podía percibir la tristeza en su voz, pero apenas me conmovió. Desde que entregué mi alma por la Carta de la Pesadilla, me sentía como aquella vez que usé a la Doncella por demasiado tiempo. Fría, ajena al latido de mi corazón. Desconectada.

Sin embargo, para mí, Ayris seguía siendo el sol. Incluso en ese frío y gris bosque de niebla, su presencia era una luz, una calidez. La quería a mi lado, porque había cosas que ni siquiera la magia podía borrar. «Muy bien», le dije. «Siempre y cuando tengas cuidado con la niebla».

Ella sonrió.

La escena se desvaneció.

En el siguiente recuerdo, Ayris y yo estábamos uno al lado del otro, mirando fijamente una pared de alisos.

Las voces resonaron a mi alrededor.

El bosque que te espera es un lugar que trasciende el tiempo. Un lugar de nuevos intercambios, que se extiende abruptamente hacia arriba. Entre árboles centenarios, donde la niebla es más densa y penetrante, el Espíritu observa, ansioso como un dragón reptante. El bosque no tiene caminos ni senderos sinuosos. Adéntrate en la niebla... te guiará por sus traicioneros meandros.

Ayris y yo entramos en el bosque de alisos, y la niebla envolvió a mi hermana. Le entró por la nariz, por la boca. La aspiró... jadeó...

Y el calor del sol se apagó.

Capítulo treinta y cuatro
Olmo



La necesidad de vomitar era incontrolable.

Elm apretó la mandíbula con tanta fuerza que temió por sus dientes. Metió la mano en el bolsillo y acarició la guadaña con un dedo, rezando para que los violentos espasmos en su estómago se detuvieran. Se imaginó cabalgando por un prado, libre y despreocupado. Tranquilízate, se dijo. Intenta controlarte.

Filick los condujo hasta la puerta con el semental encabritado tallado en el marco. Nadie dijo una palabra. El Doctor entró, pero Elm se detuvo en el umbral. No había estado en esa habitación desde que era niño.

Ione se quedó atrás de él. «No quiero verlo», dijo con voz fría.

Elm cerró los ojos un momento. "No hace falta que entres."

"¿Y tú?"

Elm no tenía respuesta. Quería agarrar la tela de su falda y abrazarla, como lo había hecho en la biblioteca.

Todo parecía borroso, sus límites demasiado oscuros. Respiró entrecortadamente, y su propia voz le sonó extraña. «Estaré bien».

Dentro de.

El dormitorio de Hauth estaba demasiado caluroso, iluminado por docenas de velas. Un fuego rugiente rugía en la chimenea. Ni siquiera el aroma de hierbas curativas y bálsamos Medici podía disimular el hedor a heridas abiertas. A sangre.

Elm se llevó una mano a la boca, apartó a dos Medici y se recostó contra la pared más oscura. Filick se dirigió al centro de la habitación, donde Royce Linden y otros dos Medici estaban reunidos alrededor de una gran cama con dosel.

El cuerpo sobre la cama dejó escapar un gemido.

Lejos de la calma y el autocontrol, Hauth estaba despierto.

"¿Hay alguna mejora?" preguntó Filick, arremangándose las mangas manchadas de sangre.

“La sangre en la saliva ha disminuido un poco”, respondió otro médico.

La voz de Linden era cortante. "Eso es bueno, ¿verdad?"

Filick asintió brevemente. "¿Habló?"

"Aún no."

Un violento golpe en la puerta sacudió la habitación. Se apagaron algunas velas, y entonces entró el Rey, con los ojos muy abiertos e inyectados en sangre, la boca abierta, apestando a vino. «Hijo», ladró. «¿Cómo está mi hijo?»

Estaba completamente borracho. Elm se retiró aún más hacia las sombras.

"Está vivo y se mueve, señor", dijo Filick. "Pero aún no ha abierto los ojos".

El Rey se dirigió a la cama. Al pasar junto a Elm, le tendió la mano bruscamente. En señal de obediencia. «Ven, Renelm».

Se le nubló la vista. Por un instante mágico, consideró desobedecer. Saldría por la puerta, bajaría las escaleras y luego seguiría caminando. Ya lo había hecho una vez con Ravyn.

Pensar en su primo le hizo doler el estómago. ¡Dios mío! ¿Qué no habría dado por ver a Ravyn entrar por esa puerta, con sus armas y su rostro descarado, y masacrar a cualquiera que se atreviera a mirarlo con recelo? Todos le temían. Incluso el Rey, aunque nunca lo admitiría.

Olmo, en cambio… nadie le temía. A su guadaña, quizá, pero no a él. Era un árbol podrido, y Ravyn era la enredadera vigorosa e impenetrable que mantenía unidos los pedazos de su tronco.

Poco a poco, la imagen del Rey volvió a enfocarse, junto con la habitación iluminada por las velas. Y el cuerpo en la cama. Elm respiró hondo, arrastró un pie delante del otro...

En ese momento, Ione entró. Su mirada gélida recorrió la habitación, deteniéndose en los Medici, en el Rey. Al ver a Elm, su mirada se suavizó. Su cuerpo estaba rígido, pero sus hombros se elevaron imperceptiblemente. Había entrado. En la habitación de Hauth.

Para él.

Los fragmentos del corazón podrido de Elm se recompusieron. Avanzó, más seguro. Más erguido. Era tan delgado que, al llegar a la cama en el centro de la habitación, bajó la mirada incluso hacia su padre.

Ione se acercó a él. Sus nudillos se tocaron.

Se detuvieron a los pies de la cama y miraron a Hauth juntos. Sus labios eran de un gris pálido, tan apretados que parecían cosidos. Sus mejillas y cuello estaban surcados por largos y desiguales arañazos, similares a los que sufrió la noche en que robaron la Carta de la Puerta de Hierro de Wayland Pine. Solo que estos eran más graves, más profundos. Tenía los párpados agrietados y magullados, y el cráneo envuelto en gruesas vendas manchadas de sangre.

El Rey estaba inclinado sobre la cama, aferrado al edredón con sus manos ásperas. "¿Dónde está mi Carta de la Pesadilla?", gruñó. "¿Conseguiste usarla para entrar en su mente?"

Filick meneó la cabeza.

—Deberíamos intentarlo de nuevo —sugirió Linden—. ¿Dónde está la Carta?

—Ahí dentro, señor. —Un médico señaló un largo arcón de caoba al pie de la cama.

Todas las miradas se dirigieron hacia Ione, que estaba de pie cerca de la esclusa.

—¡Llévatela! —ladró el rey imperiosamente.

La mirada de la muchacha permaneció impasible. Al levantar la pesada tapa del cofre, el olor a cuero y cobre inundó las fosas nasales de Elm, provocándole una nueva oleada de náuseas. Apretó la mandíbula y observó a Ione rebuscar en el cofre, buscando vendas y ungüentos.

Movió un cinturón, y allí estaba: la Carta de la Pesadilla. La que su padre le había dado al Rey la noche del Equinoccio a cambio de un lugar para ella en el estrado. La carta que la había vinculado a Hauth.

Ione la miró fijamente. El calor en la habitación era insoportable. Pero su expresión permaneció gélida.

—¿Estás senil, mujer? —espetó Linden—. La carta de la pesadilla. Ahora.

"Se lo está llevando, pedazo de mierda".

La mirada de Linden se desvió hacia Elm. «No debería estar aquí. Fue su prima quien redujo al Príncipe a este estado. Hay muchas celdas vacías en las mazmorras, pero en cambio es libre de vagar por el castillo como una prostituta y hacer lo que quiera el hermano de su prometido...».

—Nadie te pidió tu opinión, Paladín. —La Guadaña de Olmo ya estaba fuera de su bolsillo. Ya estaba activada—. Cállate.

La boca de Linden se cerró de golpe y un gemido bajo y estrangulado escapó de su garganta.

Ione cerró el cofre, sosteniendo la Carta de Pesadilla entre dos dedos como si fuera algo muerto, y se la entregó al soberano.

El Rey se lo arrebató de la mano y le dio tres golpecitos.

Había tanto silencio que Elm podía oír sus entrañas gritar de dolor. El Rey apretó los dientes, golpeó el papel tres veces más y lo tiró al suelo, frustrado.

Elm suspiró con fuerza. Dondequiera que estuviera Hauth, su padre estaba demasiado borracho o demasiado distraído para alcanzarlo.

Los párpados de Hauth se agitaron. Al abrirlos, sus ojos estaban inyectados en sangre.

El Rey lo agarró del brazo. "¿Hijo?", exclamó con voz entrecortada.

Linden se inclinó sobre la cama. Intentó hablar, pero no pudo. Le lanzó a Elm una mirada mordaz.

—Príncipe Hauth —exclamó Filick—. ¿Nos oye?

Hauth no dijo nada. Una vena le latía en la frente magullada. Sus fosas nasales se dilataron y su respiración se volvió más pesada y

trabajosa. Un hilillo de saliva sanguinolenta le corría por la comisura de la boca. Filick se la secó y le aplicó una cataplasma en la frente.

Hauth forcejeó un momento y luego se quedó paralizado. Parecía que iba a cerrar esos aterradores ojos rojos y verdes, pero en lugar de eso, se abrieron de par en par, fijándose de repente en una figura cerca de la cama.

Ione.

Nadie habló. Entonces, como si le costara todas sus fuerzas, Hauth apartó la mirada de la chica. Sus ojos se pusieron en blanco y desaparecieron bajo sus párpados amoratados.

Nunca los abrió de nuevo.

"Entonces, ¿firmaste mi testamento, en el que te nombro mi heredero?"

Elm y el Rey estaban solos en el pasillo, frente a la puerta de Hauth. Los Medici y Linden permanecieron en la habitación, e Ione había huido tan rápido que Elm no pudo contenerla.

—Te pregunté si firmaste mi testamento —insistió el Rey con voz más dura.

Elm metió la mano en el bolsillo y golpeó la guadaña tres veces, liberando a Linden. Sus nudillos rozaron la segunda tarjeta de su jubón, que había recogido del suelo de Hauth sin que nadie lo viera.

—Sí. Baldwyn lo guardó en sus aposentos.

El Rey dejó escapar un profundo suspiro. Sus hombros se relajaron. «Bien». Le temblaban las manos. En parte por la bebida, pero también...

Elm apartó la mirada. «Tu hijo...», murmuró, con un sabor a bilis en la garganta. «Está más grave de lo que pensaba. Ha sufrido heridas devastadoras».

—Hijo mío —los apagados ojos verdes del Rey se clavaron en el rostro de Elm—. ¿Incluso en su lecho de muerte, te niegas a llamarlo hermano?

«Nunca interpretó bien ese papel.»

El Rey negó con la cabeza. Se presionó las palmas de las manos contra las cuencas de los ojos. «Tu resentimiento es una mancha, Renelm. Deshazte de él».

—Si tengo manchas en el cuerpo, es porque las hizo tu hijo. Empezó a irse, pero la voz de su padre lo detuvo.

¿Has elegido esposa?

Elm hizo una pausa. "Hay un contrato".

"¿Con qué?"

«Lo sabrás pronto.»

El soberano entrecerró los ojos. "¿Quién, Renelm?"

Ante su silencio, los dedos del Rey temblaron. Metió la mano en el bolsillo... sacó su guadaña...

Pero Elm fue más rápido. Con el tercer golpe de su Guadaña, dijo: «No usarás esa carta conmigo. No me convertirás en una marioneta como él».

La mano del Rey se quedó quieta en su bolsillo. Fue una sensación maravillosa ver la sorpresa, y luego el miedo, cruzar su rostro envejecido. "¿Crees que eres especial? ¿Que Hauth te causó ese dolor por motivos personales? No es así", murmuró. "Lo que has pasado les ha sucedido a los príncipes de la dinastía Rowan durante siglos. Se necesita un profundo conocimiento del dolor para comandar una Guadaña. Cuando tengas un hijo, él también aprenderá."

—Esto nunca pasará. —Elm se giró, liberando a su padre de la influencia de la Tarjeta Roja—. Tendrás mi contrato de matrimonio antes del banquete final.

Oyó los gritos del Rey, pero ya estaba a medio camino de las escaleras, a kilómetros de distancia. Salió del castillo y se dirigió a los establos. Los mozos de cuadra se habían ido, así que encontró su caballo y lo montó a pelo, galopando a toda velocidad fuera del patio exterior. Tres golpes en la Guadaña, y los guardias bajaron el puente levadizo. Por fin se liberó de la Roca, y el aire nocturno lo envolvió en su gélido abrazo. Casi no notó el frío. Cabalgó, libre y rápido, con más energía de la que había tenido en siglos.

Y Elm dejó salir toda esa ira contenida. Gritó en la noche, y la noche le respondió. El eco de sus gritos resonó por las copas de los árboles y los valles, como un grito de guerra. Gritó por ese niño, pequeño y brutalizado, que necesitaba ser salvado. Gritó por su propia impotencia, por la cuerda que se había enrollado alrededor del cuello, atándose a la Guadaña, a Ravyn. Las lágrimas brotaron de sus ojos, y dejó que el viento las secara. Gritó hasta quedarse ronco, hasta que un cielo lleno de estrellas bailó ante sus ojos.

Y algo dentro de él se desgarró.

Elm no creía que el Espíritu del Bosque prestara atención a la fugacidad de las vidas humanas. Pero si lo hubiera hecho, probablemente habría escrito su destino en los retorcidos anillos de crecimiento de los árboles, planeando cada uno de sus fracasos, cada uno de sus miedos, solo para prepararlo para ese momento de comprensión. Había sido necesario que Ravyn se fuera sin él. Necesario para enfrentarse al trono, a su padre, al Rowan que llevaba dentro, solo.

Su grito se convirtió en un aullido de júbilo. Siguió riendo, maldiciendo y rugiendo en la noche, mientras su mundo se vaciaba de los monstruos que lo habían atormentado. Finalmente, solo quedaron él, la noche y el bosque. El camino lo recibió, guiándolo como una cinta a través de la oscuridad hasta la casa cubierta de hiedra, con las

ventanas oscurecidas, cuyo aroma ahora le resultaba tan familiar como su propio nombre.

Flores y magnolios. Campos que, bajo las primeras lluvias del verano, se convirtieron en extensiones de hierba. Un lugar dulce, embriagador y melancólico. Hawthorn House.

La casa de Ione.

Unas horas más tarde, cuando regresó a la Roca, justo antes del amanecer, Elm tenía los brazos ocupados.

No habría necesitado llamar. Ya tenía las llaves. Pero lo hizo de todos modos.

Ione llevaba puesto su camisón, con el cabello alborotado por el sueño. Al verlo, tan agobiado y con la cara roja por el viento, abrió mucho los ojos. Pero antes de que pudiera abrir la boca, Elm le puso el bulto en los brazos.

Ione lo examinó. "¿Ropa?"

"Llévame al próximo banquete", dijo Elm sin aliento. "Tengo la Carta de la Pesadilla. Encontraremos a tu Doncella. Después, te llevaré a donde quieras. Por favor. Acompáñame al banquete", repitió sin aliento.

Ione lo evaluó con sus ojos indescifrables. Su respuesta fue apenas un susurro: «De acuerdo».

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Elm. «Bien». Miró la ropa. «Es tuya, de la Casa Hawthorn. Ya no tendrás que usar esas abominaciones que te envía mi padre. Quizás así te sientas un poco más tú misma».

No se atrevió a quedarse. «Un poco más como la Ione de verdad», añadió mientras se alejaba por el pasillo.

Capítulo treinta y cinco
Ravyn



Ravyn y Jespyr seguían durmiendo espalda con espalda cuando una sombra se movió sobre ellos. Ravyn abrió los ojos de golpe ante la tenue luz del amanecer. "¿Qué pasa?"

La Pesadilla los miró con una expresión indescifrable. "Es la hora".

Golpeó el tronco de un álamo tres veces con su espada, y los árboles volvieron a moverse. Ravyn arrastró a Jespyr lejos de las raíces que movían el suelo. Petyr despertó con un grito y se tambaleó mientras el círculo de álamos que los había protegido durante la noche se dispersaba. Cuando los árboles volvieron a dispersarse por el valle, la Pesadilla golpeó el suelo tres veces más, deteniendo su movimiento.

El grupo se giró. El bosque de alisos se alzaba ante ellos.

Ningún sonido salía de allí. Ningún pájaro volaba entre su follaje, y ningún viento agitaba sus ramas. Su antiguo silencio se cernía sobre ellos. Vigilante. Esperando.

Comieron un desayuno frugal y agua, intercambiando pocas palabras, nerviosos. Los molestos temblores en las manos de Ravyn empeoraron. Al terminar de comer, se levantó y se acercó a la hilera de alisos.

Los demás se unieron a él.

—Los troncos están demasiado juntos —observó Petyr—. ¿Cómo entramos?

Jespyr miró a la Pesadilla. "¿No puedes hacer que se muevan con tu espada?"

—No. Este es el bosque del Espíritu. Los árboles solo le obedecen a él. —Alzó la espada y pasó un dedo pálido por la hoja, cortando la punta. El dedo se enrojeció, y la Pesadilla lo presionó contra la corteza del aliso más cercano.

Sopló un viento frío y cortante, llenándoles de sal la nariz y los ojos. Ravyn parpadeó y luego jadeó.

La mancha de sangre del aliso había desaparecido, y en su lugar había un agujero. No era la guarida de una ardilla ni una cavidad natural, sino un profundo corte con bordes dentados. Como si alguien hubiera clavado sus garras en el tronco, arrancándole un trozo.

El agujero lo miraba fijamente, esperando.

Ravyn dio un paso adelante y miró dentro. Al principio, no vio nada más que oscuridad. El olor corrosivo de la sal lo impregnaba todo. Más allá, otro olor desagradable. Un olor fétido y a podrido. Entonces, desde la oscuridad del bosque de alisos...

Un destello de ojos plateados.

Ravyn retrocedió bruscamente y chocó con Jespyr. "¿Qué demonios fue eso?"

—Te lo dije —susurró la Pesadilla—. Este bosque le pertenece al Espíritu. —Señaló con la cabeza el agujero en el árbol—. No nos dejará entrar a menos que paguemos un precio.

La Pesadilla siempre había estado pálida. Elspeth también. Pero una calidez, aunque tenue, siempre había invadido sus mejillas, su boca, la punta de su nariz. Ahora, sin embargo, esa calidez había desaparecido. Su piel había adquirido un tono grisáceo y enfermizo. Ese gobernante indomable, de quinientos años...

Tenía el miedo escrito en todo su rostro.

A Ravyn se le erizaron los pelos de la nuca. "¿Cuál es el precio?"

El aliso es voluble, inestable, violento... como la propia infección. Debe de haber cambiado de forma mil veces desde que estoy aquí. Necesitamos un guía para atravesarlo. —Se giró, con sus ojos amarillos fijos en Petyr y Jespyr—. El precio es un amuleto.

Ravyn se quedó sin aire, provocando un dolor agudo en las costillas magulladas. Metió la mano en su túnica y sacó del bolsillo su amuleto de repuesto, la cabeza de víbora. «Dale esto».

La Pesadilla no la miró. «Necesitamos un guía». Se giró hacia Jespyr con una voz extrañamente suave. «¿Recuerdas cuando se te cayó el amuleto en el Bosque Negro hace unas semanas? La niebla te hizo perder la cabeza. ¿Hacia dónde corrías?»

La tez pálida de Jespyr se había vuelto amarillenta. Un fino hilo sobresalía de sus dedos apretados. Ravyn sabía lo que sostenía. Un percebe en una cuerda. Su amuleto. «Apenas recuerdo nada», murmuró. «Solo sé que había una voz en la niebla. Como una tormenta, llamándome».

"Fue el Espíritu del Bosque invitándote a venir aquí", susurró la Pesadilla. "Aquí es donde viene la gente cuando se pierde en la niebla". Inhaló por la nariz. "¿No los hueles?"

Como impulsado por sus palabras, el viento arreció. Se levanta…

Y podredumbre.

Un torrente de bilis llenó la boca de Ravyn. «No. Si Jespyr o Petyr entregan su amuleto, la niebla los infectará. O peor aún, los matará».

La Pesadilla asintió lentamente, sin parpadear.

—No —repitió Ravyn—. Debe haber otra manera.

«No está allí.»

«¡Pero ya has entrado en este bosque!»

"Sí."

La mente de Ravyn se quedó en blanco. Recordó las palabras del monstruo, la mañana de su partida de la Roca. No había entendido a qué se refería entonces, pero ahora todo estaba terriblemente claro.

Necesitaremos al menos una persona de respaldo.

Su piel se enfrió y luego se puso incandescente. "Sabías que esto pasaría".

El silencio de la Pesadilla fue confirmación suficiente.

¿No tienes nada que decir? ¿Ninguna rima ingeniosa? —Ravyn lo empujó contra los árboles, agarrándolo por la capa—. ¡Maldita sea, eres el Rey Pastor! Piensa en otra cosa.

La Pesadilla podría haberlo matado con un solo movimiento de dedos. Por un instante, sus labios se torcieron en una mueca de desprecio, y parecía dispuesto a hacerlo. «Había otra manera. El Paladín. Él era quien debía entregar el amuleto. Pero está muerto. La niebla no tiene poder sobre mí ni sobre ti». Empujó a Ravyn hacia atrás con una fuerza increíble y miró a Jespyr y Petyr. «Debe ser uno de ellos».

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Petyr, con el rostro pálido y los ojos marrones muy abiertos.

Entonces no podremos recuperar la Carta de los Alisos Gemelos. El Deck no se reunirá en el Solsticio. Y el joven Emory morirá.

Al oír el nombre de su hermano, Jespyr se estremeció. Miró su amuleto. "Lo haré."

—Al diablo con eso. —Ravyn no estaba seguro de si susurraba o gritaba—. Debe haber otra...

—Repetirlo una y otra vez no servirá de nada —siseó la Pesadilla.

Petyr se volvió hacia Jespyr. Tragó saliva con dificultad. "Lo haré, Princesa. Eres demasiado importante."

—No soy más importante que tú en absoluto. —El rostro de Jespyr se demacró—. Lanzaremos tu moneda de la suerte. El destino decidirá. Así es.

Petyr sacó la moneda de su bolsillo con mano temblorosa. Se la entregó a Ravyn con una mirada penetrante. «Cara».

"Cruce", murmuró Jespyr.

La moneda era pequeña en la mano de Ravyn. Al mirarla, sintió que el edificio de su existencia se derrumbaba a su alrededor. Era solo un pequeño trozo de cobre.

Pero podría haber costado una vida.

"Estoy dispuesto a pagar el precio que el Espíritu exija", le susurró la Pesadilla al oído. "Eso dijiste cuando hablamos de recuperar la Carta de los Alisos Gemelos".

"Si crees que me refería a mi propia hermana..."

Una vez dije lo mismo. Que por la Carta de los Alisos Gemelos, pagaría el precio que el Espíritu exigiera. Y lo hice. La primera vez en la cámara, cuando me privó de la capacidad de usar las mismas Cartas por

las que había renunciado a partes de mí... y luego aquí, en los confines de su bosque. Pagué. Todos debemos hacerlo.

Petyr plantó los pies en el suelo. Cerró los ojos. "Vamos, muchacho. Tira esa moneda".

Ravyn permaneció inmóvil como una estatua.

—Tíralo, Ravyn —ordenó Jespyr apretando los dientes.

Él no se movió. "Jes..."

—Lanza. Esa. Moneda. —Jespyr lo miró fijamente a los ojos—. Por Emory.

A Ravyn se le hizo un nudo en la garganta. Movió la muñeca... y la moneda giró en el aire, reflejando la luz grisácea de la mañana.

Nadie se atrevió a hablar. Cuando la moneda cayó en la palma de Ravyn, la sintió más pesada. Bajó la mirada, cubriéndola con los dedos antes de que los demás pudieran verla. «Cara».

Petyr dejó escapar un suspiro tembloroso, seguido por la Pesadilla.

Jespyr no se movió. Miró de reojo a su hermano. "Estás mintiendo".

"No es verdad."

—Sí. Siempre sé cuándo mientes. —Sus rasgos se endurecieron con convicción, y se dirigió hacia el muro de árboles—. Solo que esta vez, desearía que no lo hubieras hecho. No eres la única dispuesta a hacer cualquier cosa por Emory. —Tomó su amuleto, y antes de que Ravyn pudiera detenerla...

Lo metió en el agujero del aliso.

La madera crujió. El viento soplaba a rachas, empujando la niebla entre las ramas. Entonces los árboles empezaron a moverse, y un estrecho pasaje se abrió en la impenetrable hilera de alisos.

Por Jespyr.

La niebla era tan densa que Ravyn apenas podía verla. Jespyr respiró hondo y la niebla le entró por la boca. Tosió... y se giró para mirarlo. "¿Estás conmigo, hermano?"

Algo dentro de él se quebró. "Estoy aquí, detrás de ti".

La luz en los ojos marrones de Jespyr se apagó. Se giró hacia el estrecho hueco entre los árboles...

Y corrió hacia el bosque de alisos.

Capítulo treinta y seis
Olmo



Elm tenía la mano en alto sobre la espalda de Farrah Pine. Era su quinto baile de la noche, e Ione aún no había llegado.

El tema del banquete eran las estaciones, y los trajes en el salón de honor se dividían entre equinoccios y solsticios: verano, invierno, primavera y otoño. Las columnas estaban decoradas con ramas de acebo y guirnaldas de flores entrelazadas. Bayas de serbal escarlatas colgaban de cada arco. Cera líquida goteaba de los candelabros y lámparas de araña. Cortesanos ebrios arrancaban campanas decorativas de las paredes; su tintineo resonaba en el aire, contrastando con las voces de los cantantes y la música de la orquesta.

Si no hubiera esperado a Ione, Elm no habría aguantado esas payasadas. Llamó a su puerta, pero no estaba. La buscó en el vestíbulo, pero la marea de cortesanos lo absorbió.

Cuando el baile finalmente concluyó en un crescendo ensordecedor, el gong dio las nueve. Elm soltó la mano de Farrah, hizo una reverencia de agradecimiento y se abrió paso entre la multitud.

Unas manos agarraron su jubón negro y lo detuvieron.

Alyx Laburnum y sus dos hermanos menores, a quienes Elm apenas conocía, le pusieron una copa en la mano. Los tres llevaban guirnaldas de hojas otoñales en el pelo. «Su Alteza», dijo Alyx, con la excesiva confianza propia de la borrachera. «Siempre es un placer verle».

Pasar tiempo con un Laburnum era lo más alejado del placer que Elm podía imaginar. «Alyx», murmuró. «¿Lo estás disfrutando?»

—No tanto como mi hermana. —Alyx dio un largo trago a su copa—. Te vi bailar a ti y a Yvette. Hacen una hermosa pareja.

La sonrisa de Elm no llegó a sus ojos. No le había dicho ni una palabra a Yvette Laburnum mientras bailaba con ella. Se encogió de hombros y la mano de Alyx se apartó de su espalda.

"Desde que llegamos, no para de hablar de ti", intervino uno de los hermanos menores, un poco tontos. "No es que sea muy callada..."

El chico no terminó la frase porque algo atrajo su mirada detrás de Elm. Sus hermanos siguieron su mirada y quedaron boquiabiertos. Cuando Elm se giró, Ione estaba bajo el arco, enmarcada por velas y guirnaldas de flores. Iba vestida de primavera, diosa del equinoccio.

Llevaba el cabello recogido a un lado, con algunos mechones recogidos tras las orejas. El resto del cabello estaba recogido suelto en la nuca con una horquilla con incrustaciones de perlas. Delicadas mangas transparentes acariciaban la suave línea de sus brazos. Un escote pronunciado revelaba la sugerente abertura entre sus pechos. El corpiño la ceñía como un guante, ceñiéndose a su cintura y caderas, donde terminaba en una falda lavanda amplia y vaporosa.

Su mirada recorrió la multitud. Pasó junto a Elm y regresó rápidamente hacia él. Los músculos de las comisuras de su boca se contrajeron. Se recogió la falda con las manos y le hizo una reverencia, dejando al descubierto aún más su profundo escote.

Elm se pasó una mano por la nuca, le devolvió la copa a Alyx y caminó hacia ella.

Ione lo esperaba entre las columnas. Cuando Elm le ofreció la mano, ella la tomó, y aquello que los unía —ese hilo, ese anhelo incansable— empezó a latir.

—Llegas tarde —dijo, jugueteando con el puño de su manga.

"Lo sé. Estuve en prisión."

Los ojos de Elm se clavaron en ella. "¿Por qué?"

—Fui a ver a mi padre. —Desvió la mirada—. Está vivo. Paralizado, como el tío Erik, pero vivo. Le pregunté si me había visto la noche del equinoccio... si tenía idea de dónde podría estar mi Carta de la Doncella. No lo sabía. Pero me había visto bailando con el Príncipe esa noche. Sabía que estaba demasiado borracha para quedarme sola con un hombre... y aun así no hizo nada. —Sus ojos se pusieron vidriosos—. Sabiendo lo que le hizo a Elspeth —añadió pensativa—, no debería sorprenderme que su miedo a ofender a una Rowan fuera más fuerte que su deseo de proteger a su hija.

Elm se llevó la mano a la boca. "Lo siento, Hawthorn", susurró.

La mirada de Ione volvió a enfocarse. «Nos están observando».

Fue exactamente así. Cuando Elm se giró, la mitad de los rostros en la sala tenían la típica expresión de quien mira mientras finge no mirar y escucha mientras finge no escuchar.

No se dignó a apaciguarlos con una sonrisa. Estaba harto de sus falsas interpretaciones. "Que vean", dijo, llevándose la mano de Ione al pecho. "Baila conmigo, Hawthorn".

"¿No deberías estar cortejando a las hijas de Blunder?"

—Tengo la intención de hacerlo. Uno en particular. —Elm bajó la voz —. ¿Te gustaría bailar conmigo?

Ella lo miró con recelo. "Está bien."

La música no iba demasiado rápido. Al llegar a la fila de bailarines, la otra mano de Elm se deslizó por la cadera de Ione, justo por encima de su pequeña espalda, guiándola al ritmo de la música.

—Mira lo que hay en el bolsillo de mi túnica —le susurró al oído—. En el lado izquierdo.

Un rubor apenas perceptible cubrió las mejillas de Ione al meter la mano en su túnica. Al sacar la Carta de la Pesadilla, un susurro le subió por la garganta. «Ladrón».

«Más de lo que puedas imaginar.»

Elm la giró, y su falda le rozó la pierna. "¿No se darán cuenta de que ya no está en la habitación de Hauth?"

Probablemente. Aunque dudo que alguien llame a mi puerta para pedirme que me lo devuelva. Soy el heredero. La lista de personas en posición de sermonearme es cada vez más corta.

Ione sostuvo la Tarjeta entre el pulgar y el índice. «Esos ojos amarillos...». La presionó contra el pecho de Elm. «Úsala. Métete en mi cabeza. Intenta encontrar a mi Doncella».

La giró de nuevo, la volteó y la sostuvo por la espalda. "¿Aquí?"

"¿Por qué no?"

Usar una Pesadilla requiere concentración. Y tú, con ese vestido...

"¿Cómo sabes lo que se necesita si tu padre nunca tuvo una Pesadilla antes del Equinoccio?"

Elm le sonrió con falsa modestia. Dio vueltas a la carta entre sus ágiles dedos y luego, como un mago, la hizo desaparecer en su manga. "Hay dos Cartas de Pesadilla, ¿sabes?"

Por un instante fugaz, algo parecido al asombro brilló en la mirada inquisitiva de Ione. «Cuanto más tiempo paso contigo, Príncipe, menos te conozco».

—Eso no es lo que quiero. —Elm la giró y la atrajo hacia sí—. Quiero que me conozcas muy bien, Ione Hawthorn. Y esto... —la giró de nuevo, inclinándose sobre ella y susurrándole contra su garganta—... es una sensación bastante aterradora, para ser sincero.

Por un instante, los pómulos de Ione se curvaron. Elm creyó que estaba a punto de sonreír. Contuvo la respiración, esperando, pero ella parpadeó y su rostro volvió a la inexpresividad, perfecto, liso como una piedra. Indescifrable. Inalcanzable.

Estaba tan harto de la Doncella.

Tras el final de la canción en un aluvión de notas, Elm la condujo tras las columnas, lejos de la multitud. Miró a izquierda y derecha, pero la Roca estaba repleta de cortesanos. Incluso el jardín y las escaleras estaban abarrotados.

Podría haberla llevado a su habitación o al sótano. A algún lugar apartado. Pero por alguna razón que aún no estaba listo para revelar, Elm quería que lo vieran con ella. Quería que la gente se acostumbrara a ver al heredero de Blunder acercarse demasiado a Ione Hawthorn.

Metió la mano en el bolsillo y sacó la Guadaña. La golpeó tres veces, concentrándose en la orquesta. Más fuerte.

La música subió de volumen, los instrumentos tocaron con renovado fervor. «Para que nadie nos oiga».

Ione se apoyó en la columna. El aire otoñal que entraba del jardín hacía ondear su falda. «Será doloroso», preguntó, mirando la Carta de la Pesadilla. «¿Cuándo entrarás en mi mente?».

"No. Si no, no lo habría traído."

Cerró los ojos. "Entonces, adelante."

Elm tocó la Pesadilla tres veces y sintió que se hundía bajo su marea salada. Solo había usado la Carta de Ravyn un par de veces, pero como se parecía bastante a la Guadaña, sabía cómo extraer la magia de sí mismo y transferirla a otra persona. No tuvo problemas para concentrarse en Ione.

Cuando hablaba, lo hacía con la boca cerrada. Espino.

Ella jadeó. "Tengo que..." Sus labios se cerraron de golpe. "¿Debería pensar en el Equinoccio?"

Sí.

Ione respiró hondo. Exhaló. Y de repente, Elm ya no la vio a ella, sino a su mente. Sus recuerdos.

Era Ione, y estaba en la sala del trono, frente al estrado donde se sentaba el Rey. A su derecha, alto, robusto y aún en perfecto estado de salud, estaba Hauth.

"Le has hecho un gran favor al reino, Tyrn", dijo el rey, sosteniendo una copa vacía en la mano izquierda y la Carta de la Pesadilla en la derecha. "Esta Carta ha estado perdida durante muchos años. Pon un precio y será tuya".

Una mano apretó el brazo de Ione. Miró a su padre, pero los ojos de Tyrn estaban fijos en el Rey, abiertos por la inquietud. La empujó hacia el estrado. «Esta es mi hija, Ione. Es adorable». La condujo hacia adelante. «Y soltera».

La postura de Hauth se tensó. Miró a su padre, pero el Rey Rowan acariciaba la Carta de la Pesadilla con tanto cuidado que era obvio cuál sería su respuesta. Hauth frunció el ceño. «Aunque no eres muy guapo».

Todo el cuerpo de Ione se puso rígido.

—Eso tiene remedio —murmuró el Rey. Se dirigió a Tyrn como si la muchacha no estuviera presente—. Redactaré el contrato yo mismo.

Los recuerdos de Ione se abalanzaron sobre ella. Las luces estallaron ante sus ojos y un aplauso atronador resonó en sus oídos. Miraba hacia el salón de honor, donde todos estaban de pie aplaudiendo. «Siéntense», le dijo Hauth al oído. «Que admiren a su futura Reina».

Elm sintió el corazón de Ione latir con fuerza. Sus mejillas se curvaron en una sonrisa. "¿Debería decir algo?"

"No."

«Pero me gustaría.»

Los ojos verdes de Hauth se posaron en su rostro. Su expresión era confusa, como si se debatiera entre la atracción y la repulsión. Su mano se posó en el hombro de Ione y la presionó, obligándola a incorporarse. «No tienes que decir nada».

Se sirvió el vino. Ione bebió y saludó a los cortesanos que desfilaron ante el estrado para felicitarla a ella y a Hauth. Cada vez que hablaba con alguien —con cada sonrisa, risa o murmullo—, la atracción en la mirada de Hauth parecía disminuir.

Para Elm, era extraño mirar a través de los ojos de un borracho estando completamente sobrio. Le rellenaron el cáliz a Ione por octava vez, y su visión comenzó a estrecharse. Miró fijamente la habitación, tambaleándose en su asiento y observando una figura sentada a unas pocas sillas de distancia, en la misma mesa.

Olmo. Olmo de Osservava.

Estaba hablando con Jespyr con una expresión visiblemente amarga.

—Tu hermano suele vestir de negro —dijo Ione en voz demasiado alta—. Para ser un príncipe.

—Una vieja costumbre de Renelm —murmuró Hauth en su copa.

"¿Cómo?"

Hauth la miró a los ojos. Le dedicó una sonrisa sardónica. «Para ocultar la sangre de las heridas que le inflijo».

Ione abrió mucho la boca.

Hauth se echó a reír. "¡Madre mía! Está vivito y coleando." Su risa se transformó en una sonrisa. "Deberías saberlo... lo has estado mirando toda la noche. Y borra esa mirada de confusión de tu cara." Le puso el vino bajo la nariz. "No la soporto."

La visión de Ione se desvaneció. En su siguiente recuerdo, estaba en el jardín, bailando con Hauth. Él no la sostenía lo suficiente; la indiferencia en su rostro era evidente. La soltó durante una pirueta y ella perdió el equilibrio. «Está borracha», se burló mientras Ione caía entre un pequeño grupo de hombres.

La levantaron, tocándola con rudeza. Ione forcejeó, pero terminó de nuevo en los brazos de Hauth. Él le susurró al oído algo que, en su memoria, era poco más que un murmullo ininteligible. Ione intentó zafarse, pero él la sujetó con más fuerza y la arrastró hacia la multitud.

Todo se volvió frío y oscuro. La visión de Ione estaba borrosa y la cabeza le daba vueltas tan rápido que Elm sintió náuseas. La sal le invadió los sentidos y tosió... la típica sensación de estar bajo el mando de una guadaña.

“Ponlo ahí”, ordenó la voz estentórea de Hauth.

Las manos de Ione se arrastraron por la superficie agrietada de una piedra larga y pálida, cubierta de ceniza…

Vuelve, susurró Elm en su mente. Déjame verla de nuevo.

La visión de Ione cambió. Una vez más, sus dedos rasparon la ceniza, su mano presionó una piedra clara con una grieta que la atravesaba.

Embriagado, Ione creyó haber tocado una pared. Pero la ceniza provenía sin duda de una chimenea. Y aquella piedra pálida, con su grieta ancha y dentada...

Elm respiró hondo. «Sé dónde está tu Doncella». Levantó un dedo para desactivar la Carta de la Pesadilla, pero la voz de Ione lo detuvo.

Espera, dijo en su mente. Quiero mostrarte el resto.

El siguiente recuerdo fue nítido, sin rastro alguno de embriaguez. Ione estaba en la habitación de Hauth, y la luz de la mañana entraba a raudales por la ventana.

Ella estaba llorando.

"Por favor. No me siento yo misma. Necesito que la Doncella vuelva."

Hauth la ignoró.

La visión de Ione cambió de nuevo. Estaba en el patio del Castillo Yew. Elspeth estaba a su lado, al igual que Elm, y los tres observaban a Ravyn y Hauth practicar su combate frente a los Paladines. Cuando Ravyn aplastó la mano de Hauth con el pie y el Príncipe Heredero gritó, Ione sonrió. Pero le costó un esfuerzo tremendo.

Más tarde, habló con Hauth. «No entiendo por qué te empeñas tanto en reprimir mis sentimientos. No tenemos por qué pasar mucho tiempo juntas». Apretó los dientes. «Si te prometo usar a la Doncella siempre que nos veamos en la corte, ¿me dirás dónde está?».

Hauth estaba pálido de dolor. "No."

"Entonces te pido que me liberes del compromiso."

Hauth soltó una carcajada. "¿Y exponer a mi padre a los chismes de la corte? Nos azotaría a los dos."

Ione empezó a irse, pero se detuvo en la puerta. Su voz era monótona, inexpresiva, muy distinta a la de cuando habló la noche del equinoccio. "¿Entonces lo que quieres es una Reina despiadada?"

No había más que desprecio en los ojos de Hauth. Golpeó su guadaña. «Piérdete».

La habitación se desvaneció y se transformó en una cámara de paredes oscuras, con el viento silbando a través de las ventanas.

Casa Huso.

Los zapatos de Hauth estaban manchados de sangre por haber pisado el vómito oscuro de Elspeth después del juego de la verdad con el cáliz. Caminaba de un lado a otro por la habitación, con las venas del cuello hinchadas por la ira. Dos licoreras vacías yacían abandonadas en el suelo. «Tu prima», gritó. «Está infectada, ¿verdad?».

Le dio una bofetada a Ione con la mano abierta, apretando el puño alrededor de su cabello rubio. «Dime la verdad, Ione».

Ella permaneció inmóvil. «Elspeth no está infectada», dijo sin pestañear.

Su rostro enrojeció aún más. «Ya es bastante malo que mi primo esté contaminado. Pero ahora, incluso los familiares de mi futura esposa... es demasiado».

La arrastró por el pelo hasta la ventana, que abrió de golpe. «Te concederé tu deseo, querida», dijo, subiéndola al alféizar. «Te libero de nuestro compromiso».

Ione intentó aferrarse a él. Gritó. Pero con un empujón brutal...

Se cayó de la ventana.

El cuerpo de Elm se tensó y cayó de la alta torre de la Casa del Huso con él. Oyó el estruendo espantoso de su cráneo al estrellarse contra los ladrillos. Ione bajó la mirada hacia su cuerpo. Con el impacto, sus huesos habían desgarrado su túnica y sobresalían de la tela, afilados y ensangrentados.

A Elm le empezaron a palpitar los oídos. Con dificultad, tocó la Carta de la Pesadilla. Cuando volvió a abrir los ojos, Ione lo observaba. Le puso la mano en la mejilla y presionó su frente contra la de ella. "¿Alguien te ayudó?", preguntó con voz temblorosa.

Era tarde. Nadie me vio caer. Y el dolor era demasiado intenso para gritar... ni siquiera para susurrar. Me quedé allí tendido, esperando la muerte.

Lo dijo sin emoción. Como si el hecho de estar casi al final de su vida la aburriera. «Vi la luna deslizarse lentamente por el cielo. La sangre se detuvo, mis huesos se enderezaron y volvieron a su lugar. El dolor de cabeza desapareció, y entonces... no sentí nada. Ni miedo ni desesperación. Solo entonces comprendí lo que la Doncella me había hecho».

Salí de la Casa del Huso y pasé la noche en un callejón de la ciudad. Pensé en huir. En adentrarme en la niebla y desaparecer para siempre. —Suspiró—. Pero no podía irme sin mi Carta. Así que caminé hasta la Casa del Espino, me lavé la sangre del pelo y esperé a mi familia. No quería volver a la Roca y enfrentarme sola a Hauth. Pero nunca vinieron. —Retiró un mechón de pelo de la frente de Elm—. Pero tú sí, príncipe Renelm.

Una punzada de dolor recorrió las sienes de Elm. Algo caliente goteaba de una fosa nasal.

Ione frunció el ceño y le pasó la mano por la nariz. Al retirarla, estaba manchada de sangre.

Elm había olvidado, con la música a todo volumen en sus oídos, que todavía estaba usando la Guadaña.

Ione metió la mano en el bolsillo. Cuando su dedo tocó la tarjeta, la conexión se rompió y el dolor cesó.

—A veces —murmuró, limpiándose la sangre en la falda— pienso que las cosas serían infinitamente mejores si las Cartas de la Providencia no existieran.

Elm suspiró. «Serías una reina perfecta».

Ella rió. No era una risa sincera, sino fría, indiferente. "No es una Reina Rowan."

"¿Qué quieres decir?"

"Elspeth", respondió simplemente. "Jamás podría llevar la corona de un linaje que enviara a mi prima, o a cualquier otra persona infectada, a la muerte. Ni siquiera ahora, cuando no siento nada. Por eso quise ser

reina. Para tener poder real. Para cambiar las cosas". Soltó de nuevo esa risa burlona. "Fui una tonta".

Elm cerró los ojos. De repente, lo que tenía que hacer le quedó claro. Tomó la mano de Ione, entrelazando sus dedos con los de ella, y la condujo por el pasillo, lejos de la música que resonaba en las columnas. Por primera vez desde que vio a Ravyn alejarse del puente levadizo, se sintió alegre. Como si alguien hubiera perforado los antiguos muros de la Roca para dejar entrar la luz del día.

Cuando llegaron a la imponente puerta fortificada de la sala del trono, hizo un gesto a los centinelas.

La puerta se abrió con un ruido sordo. Elm arrastró a Ione adentro. "No dejen entrar a nadie", ordenó a los guardias.

Las chimeneas no estaban encendidas. La habitación estaba sumida en la oscuridad. Estaban solos en ese lugar frío y despiadado. Solos, ella y él...

Y el trono.

La voz de Ione resonó cerca de sus oídos: "¿Qué hacemos aquí, Príncipe?"

Miró el imponente asiento. Un monstruo antiguo, tallado en madera de serbal. «Olmo», la regañó. «Llámame Olmo».

—¿Qué estamos haciendo aquí, Elm?

Recuperamos lo que es nuestro. Coronamos a un nuevo Rey. Y quizás incluso a una nueva Reina.

«Cambiemos las cosas.»

Ceniza. Una grieta ancha y dentada en la piedra pálida.

Elm e Ione miraron fijamente la boca abierta de la chimenea apagada contra la pared este de la sala del trono. «Miren dentro», dijo Elm. La sombra de cosas terribles se cernía sobre ellos. «Hay una piedra pálida que se puede levantar».

Ione se agachó. Al tocar la ceniza con los dedos, se le cortó la respiración y se le tensaron los hombros. Tras apartar la ceniza con las manos, movió la losa, revelando una oscura cavidad tallada en la piedra. Contenía varias armas: una cadena, un látigo y un garrote corto y redondeado...

Y una tarjeta de doncella.

Al apartar las armas, los eslabones de hierro de la cadena resonaron y Elm apretó los puños. Ione tomó la Carta, se la guardó en el chaleco y volvió a colocar la piedra.

Al darse la vuelta, su expresión no delataba alegría por recuperar el objeto que tanto había buscado. "¿Para qué sirven esas armas?"

«Educar para el sufrimiento.»

Su mirada se posó en el rostro de Elm y luego en sus manos aún apretadas. Tomó una, se la llevó a la boca y la besó. "Gracias."

"No me des las gracias todavía", dijo con voz ronca. "Aún no hemos terminado".

La condujo hasta el oscuro trono de madera. Sus dedos se posaron en los reposabrazos y luego se sentó lentamente.

"¿Te estás preparando para el futuro?", preguntó Ione, observándolo.

—Más de lo que te imaginas. —Se inclinó hacia ella, juntándose las manos—. Tengo una propuesta para usted, señorita Hawthorn. Un último intercambio entre nosotros.

—Qué formal eres. —Ione apoyó un hombro en el trono—. ¿Qué estamos intercambiando, Elm?

A Elm le encantaba oír su nombre en sus labios. «Este terrible trono. Y tú sentada en él conmigo».

Ione lo miró y luego al trono, frunciendo el ceño.

"Aún puedes ser la Reina del Error, Hawthorn. Si lo deseas."

—¿De qué estás hablando? —preguntó con voz aguda como una espada.

—De contratos matrimoniales —respondió Elm, deseoso de tocarla —. Un deber real que mi tosco padre nunca cumplió con mucho celo. El último que redactó —con bastante descuido, me atrevería a decir— se firmó la noche del equinoccio. Una Carta de Pesadilla a cambio de un matrimonio.

"Con Hauth. Ese contrato me vincula a Hauth."

Elm sonrió. "No, te vincula al heredero."

En cuanto lo leyó, quedó claro que el Rey no se había molestado en redactar el documento correctamente. Su letra era difícil de descifrar. Por primera vez, Elm agradeció al Espíritu su afición al alcohol. Había obtenido las llaves de Baldwyn y, una vez recuperado el contrato, lo leyó tres veces seguidas. Las palabras «por la presente se compromete a casarse con la heredera al trono de Blunder» iban seguidas del nombre de Ione y la firma del Rey.

Y ahora que el contrato estaba guardado a salvo en el Castillo Yew, nada podía anularlo. Lo que significaba que, si así lo deseaba, Ione Hawthorn aún podía convertirse en reina. Casarse con un Rowan. Dejar de ser el príncipe brutal.

Pero ese degenerado.

—Reina —dijo Elm—. Encontraremos a tu madre y a tus hermanos... si lo deseas, liberaremos a tu tío y a tu padre. Podrás ser la gobernante que estabas destinada a ser. La que querías ser.

La expresión de Ione era indescifrable. «El Rey jamás consentirá el matrimonio. Mis parientes son traidores. Están infectados».

—El suyo también —replicó Elm—. Mi padre siempre mantuvo la infección cerca, siempre que le fuera útil. Ravyn. Emory... sus propios nietos están infectados. —Elm chasqueó la lengua—. Hay muchas cosas

que el Rey no quiere que se publiquen. Si quiere que se encubran, no se interpondrá en mi camino.

Ione rodeó el trono y se paró entre las piernas abiertas de Elm. "¿Y si no te hubiera salvado la vida?", susurró, mirándolo. "¿Eres tan respetable como para casarte conmigo, una desconocida que siempre te ha tratado con frialdad, solo porque tu padre olvidó algunas palabras en un contrato matrimonial?"

La mirada de Elm se desvió hacia su boca. «Qué generoso de tu parte considerarme una buena persona».

«Lo siete.»

"Y tú no eres ningún extraño."

«No conoces mi verdadero yo.»

La voz de Elm se suavizó. «Sé que hay una calidez en ti que ni siquiera la Doncella puede extinguir. Una persona que no siente nada no se esforzaría tanto por recuperar sus sentimientos. También sé que amas a Elspeth... y no a pesar de que esté infectada. Simplemente la amas». Pasó el pulgar por el labio inferior de Ione. «Creo que amas muchas cosas más allá de la Doncella, Ione Hawthorn. Incluso este miserable reino».

Ella dejó escapar un suspiro. Elm se inclinó hacia delante, trazó la línea de su mandíbula con la nariz y le susurró al oído: «Me gustaría conocer a la verdadera Ione. Cuando estés lista».

Ione no respondió. Su silencio quebrantó la determinación de Elm. "No espero nada de ti", murmuró. "Cuando te liberes de la magia de la Doncella y descubras que aún no sientes nada por mí, no tendremos que..."

"¿Crees eso?"

Sus palabras lo dejaron sin aliento. La miró a los ojos. "¿Sientes algo?"

La expresión de Ione era indescifrable. Pero en ese momento, Elm tuvo la certeza de que estaba librando una batalla. Quizás era la frialdad de la Doncella. O quizás... quién sabe... era lo mismo contra lo que él luchaba.

Una esperanza. Delicada, fina como un hilo.

Ione inclinó la cabeza y rozó su boca con la de él. "Me gustaría intentarlo".

Elm sintió una opresión en el pecho. «Puede que sea tu rey, pero siempre tu sirviente. Nunca tu amo». Arqueó la espalda y le rozó la barbilla con los nudillos, abriéndole los labios. «Piénsalo, Hawthorn».

Su voz era un murmullo bajo. «No tengo ganas de pensar ahora mismo, Elm».

Extendió la mano y le arrancó la horquilla del pelo, que le caía por la espalda en ondas doradas. Elm se la envolvió en el puño como una venda. «Entonces no pienses».

La besó sin preámbulos. Ione suspiró en su boca, y Elm la levantó y la sentó en su regazo, maravillándose una vez más de cómo su cuerpo llenaba sus manos. Sus rodillas se apretaron alrededor de sus caderas, y cuando ella empujó sus caderas hacia adelante, suavemente contra él, Elm se recostó.

—Estás cómodo sentado en este trono. —Lo miró de arriba abajo a través de las pestañas y sonrió levemente—. Debajo de mí.

Elm le tiró del pelo, dejando al descubierto su garganta. Recorrió con el labio inferior su cálido cuello, inhalando su aroma. «Esa sería la idea», murmuró contra su piel.

Ione se apretó más contra él. Giró sus caderas sobre las de él.

Los músculos de Elm se contrajeron por todas partes. "Ione."

"¿Es esto lo que quieres?" Ambos respiraban con dificultad. "¿Yo? ¿Aquí?"

Le costó todo su frágil autocontrol apartarse. Su cuerpo casi suplicaba dolorosamente estar dentro de ella. Pero no podía. No mientras la parte que más deseaba de ella estuviera cerrada para él. Negó con la cabeza. «Cuando te hago el amor, Ione, quiero que lo sientas».

Un rubor floreció desde el profundo escote de su vestido y se extendió por su rostro. Pero su expresión permaneció vacía.

"Me gustaría conocer a la verdadera Ione", repitió Elm. La besó profunda y lentamente. "Desde que te vi, hace tantos años, montando a caballo en el bosque con los tobillos cubiertos de barro, he deseado conocerte".

Ione se apartó de él. Lo que fuera que había visto en el rostro de Elm le hizo abrir los ojos de par en par. Se incorporó, encontró su mano y entrelazó sus dedos con los de él. "Ven conmigo."

Ella los condujo fuera de la sala del trono. Los cortesanos seguían reunidos en el salón de honor, bebiendo y bailando, sin saber que, hasta momentos antes, su nuevo Príncipe Heredero se habría dejado seducir con gusto para subir al trono.

Ione lo condujo escaleras arriba. Al llegar a su habitación, cerró la puerta con llave y empujó a Elm contra ella. Lo besó una vez, apasionadamente, y luego se apartó.

—Me va a doler —dijo— cuando la Doncella me suelte. Todas las sensaciones que no he sentido me invadirán de repente. ¿Seguro que quieres mirar?

Por un instante, Elm se quedó paralizado, respirando con dificultad. Ione deslizó la mano en su corpiño. Cuando la sacó, la Doncella estaba entre sus dedos. "¿Y bien?"

Logró murmurar una sola palabra: "Hazlo".

Sin apartar la vista de ella, Ione acercó un dedo a la tarjeta. La golpeó tres veces y se liberó de su magia.

Capítulo treinta y siete
Elspeth



Cuando Petyr intentó entrar en el aliso, los árboles le bloquearon el paso. Evidentemente, el Espíritu del Bosque no permitía la entrada a su hogar a nadie que no estuviera ya infectado.

Lo intentó de todos modos. "Te espero...", gritó.

Los árboles se cerraron de repente, dejándolo afuera, mientras Ravyn, Jespyr, Pesadilla y yo estábamos adentro.

Más adelante, la risa de Jespyr resonó entre la niebla. «Por aquí».

La Pesadilla supo desde el principio que, para adentrarse en el bosque de alisos, alguien tendría que perderse en la niebla. Había sido el destino de su propia hermana. Sabía que sucedería...

Y no había dicho nada. No tenía garras ni dientes afilados, pero estaba tan furiosa que transformé la habitación oscura que compartíamos en una cacofonía de rabia. Grité hasta que se estremeció, y luego volví a gritar.

—¡Basta, Elspeth! —gruñó, persiguiendo a Jespyr hasta un arbusto con espinas tan afiladas que le desgarraron las mangas de la capa. Se cubrió la cara con los brazos, y las espinas le perforaron la piel, dejándole arañazos sangrientos.

No sentí dolor ni compasión por esas heridas, y seguí gritando aún más fuerte. Ravyn está haciendo todo lo posible por encontrar la Carta de los Alisos Gemelos... para salvar a Emory. Perder a su hermana lo destrozaría.

Los tejos no se quiebran, fue la amenazante respuesta de la Pesadilla. Se doblan.

Miré por la ventana hacia el bosque de alisos. Era claramente de día. Pero los árboles eran tan densos, la niebla tan opresiva, que parecía la mitad de la noche.

El bosque estaba vivo... y voraz. Árboles y raíces se movían a una velocidad aterradora, aferrándose a Ravyn y a la Pesadilla. Tiraban de su cabello y ropa, como si ansiaran saborear a los intrusos que habían invadido su aterrador hogar.

Peor aún, los alisos hablaban, y no solo a la mente de la Pesadilla. Por cómo se estremeció y sus ojos grises se abrieron de par en par, supe que Ravyn también podía oírlos.

Sus voces eran como un enjambre de avispas.

Cuidado con los árboles, cuidado con el verdor. Cuidado con el canto selvático que todo lo dispersa. Abandonarás el camino hacia el olvido más oscuro. Cuidado con el canto selvático que todo lo dispersa.

Más adelante, Jespyr echó a correr. Se lanzó entre ramas, arbustos espinosos y enredaderas tan gruesas como su antebrazo. Su risa antinatural, tranquila pero convulsiva, flotaba en el aire denso. "¿Oyes al Espíritu? Me llama. Me invita a volver a casa".

Ravyn tropezó y se dobló, jadeando. "Sigue", siseó la Pesadilla, tirando de su capucha. "Si la perdemos, también estaremos perdidos".

Y así continuaron corriendo sin tregua, perseguidos por los alisos.

Se oyó un crujido entre los arbustos tras ellos. La Pesadilla giraba, exhalando aire por la nariz. Parecía que los árboles no eran los únicos que ansiaban su carne. Bestias con omóplatos prominentes y ojos plateados los acechaban. Lobos, gatos monteses. Y sobre ellos, aves rapaces volaban en círculos entre los árboles, a lo lejos, y luego... demasiado cerca.

Un halcón descendió chillando y sus afiladas garras se dirigieron hacia la Pesadilla.

Su espada destelló por el aire. Se oyó otro chirrido penetrante, y luego salieron plumas y sangre.

No muy lejos, un árbol de ramas delgadas y hojas carmesí abofeteó a Ravyn en la cara. Mil voces disonantes resonaron en el aire salado. Cuidado con la niebla, densa y persistente. El Espíritu acecha, siempre presente. Aléjate del bosque, ten cuidado, sé cauteloso. El Espíritu acecha, siempre presente.

Ravyn se giró, limpiándose la sangre de la mejilla. Se agachó, esquivando por poco una rama que iba directa a su cuello... pero no pudo evitar la siguiente rama, que le golpeó la mano, desgarrándole la piel de los nudillos con su corteza dentada.

No hay escapatoria de la sal, cantaba el bosque de alisos. La magia es eterna, profunda, abismal. Para el Espíritu del Bosque, que todo lo otorga y todo lo restringe, las vidas humanas son como el aleteo de una polilla.

Más adelante, la voz de Jespyr se volvió más agitada. «Las voces de los árboles son sabias. ¿No es así, Rey Pastor? Son quienes pronunciaron las palabras que escribiste en tu preciado libro. Son quienes te advirtieron contra la magia. Y no escuchaste».

Los ojos de la Pesadilla se abrieron de par en par y se cerraron rápidamente. El tiempo se enroscó sobre sí mismo, y su recuerdo se enroscó a mi alrededor como una soga, hasta que aquel a quien seguí hacia el aliso ya no era Jespyr...

Mi nombre es Ayris.

"Ven, hermano", dijo riendo. Su voz era horrible, inapropiada. Unas líneas negras como la tinta le recorrían los brazos. "El Espíritu del

Bosque nos espera. ¡Lo da todo... lo quita todo!" Se giró hacia mí. Sus ojos amarillos eran fríos, como si ya no me reconociera. "Pero todo tiene un precio".

El gruñido de un animal destrozó el recuerdo.

¡A tu izquierda!, grité.

Colmillos y aliento caliente y rancio. Maldiciendo, la Pesadilla se giró cuando un lobo saltó hacia nosotros. Lo abatió con su espada. Pero un segundo lobo acechaba a su derecha, tan cerca que podía ver los hilos de saliva en sus fauces. Se abalanzó sobre la Pesadilla y le habría mordido el brazo...

Si una daga con empuñadura de marfil no hubiera atravesado su ojo plateado.

La bestia cayó. Ravyn acudió de inmediato a nuestro lado y recuperó la daga. Le lanzó a la Pesadilla una breve mirada de disgusto y luego se apresuró a seguir el camino pavimentado por los pasos irregulares de Jespyr.

"Tienes que disculparte con él", espeté furioso. "Te acaba de salvar la vida. La nuestra".

Una humillación de la que ni tú ni yo nos recuperaremos jamás.

La risa de Jespyr era más lejana y parecía provenir de más abajo. Al cabo de un momento, comprendí por qué. A pocos pasos de nosotros, el suelo descendía abruptamente hacia un valle profundo y pedregoso.

Ravyn se detuvo bruscamente, levantando una nube de polvo. Por un instante, se tambaleó al borde del precipicio. La Pesadilla, siguiéndolo demasiado de cerca, se estrelló contra su espalda. «Maldito idiota».

Tropezaron, se tambalearon… cayeron.

La visión de la Pesadilla se desvaneció, y él y Ravyn rodaron por la ladera en una maraña de ramas, chocando contra rocas y raíces. Al llegar al fondo del valle, entre un torrente de maldiciones, se dieron cuenta de que en su desastrosa caída habían aplastado algo frágil.

Frágil… y blanco. La Pesadilla se puso rígida. Cuando se levantó sobre sus manos y miró a su alrededor, ahogué un grito.

En el fondo del valle, envuelto en niebla, había un montón de cadáveres.

Algunos eran esqueletos. Otros, solo parcialmente descompuestos. Tierra, carne, huesos. El olor en el aire era tan intenso que eclipsaba la sal. Penetraba en las fosas nasales de la Pesadilla, pútrido, en descomposición. El olor a muerte.

Todas las almas perdidas en la niebla habían llegado a ese lugar a morir. A pudrirse.

Ravyn ahogó un grito. Al ponerse de pie, un cráneo se le hizo añicos bajo la rodilla. Abrió los ojos de par en par, conmocionado, y vomitó su escaso desayuno al suelo.

Era difícil ver a través de los ojos nublados de la Pesadilla. Sin embargo, pude distinguir lo que nos esperaba al otro lado del valle. Una

colina empinada. Jespyr la subía, arrastrándose a cuatro patas como una araña. Profería palabras incoherentes y gritos guturales.

No la pierdas, instó la Pesadilla.

Se quedó quieto. Imágenes de Ayris cruzaron por su mente.

Pesadilla. Respiré hondo y dije las palabras que tantas veces me había dicho cuando sentía que no podía más. Levántate. Tienes que levantarte.

Soltó un suspiro feroz y se levantó, volviéndose hacia la amenazante colina. «Mantén la vista al frente, Yew», murmuró. «Ya casi llegamos».

La ladera era peligrosamente empinada. La Pesadilla dejó que Ravyn subiera primero, aunque por el rechinar de dientes noté que subía demasiado lento para su gusto. Sin embargo, el monstruo mantuvo los brazos extendidos durante toda la subida, listo para atrapar a Ravyn si caía.

Pero no cayó. Sus dedos ásperos encontraron el punto justo de apoyo en el suelo y subió, metro tras metro, aquella enorme y monstruosa colina. Cuando por fin llegó a la cima plana, se dejó caer sobre la hierba. Tenía las manos en carne viva y cubiertas de sangre. Moretones hinchados adornaban cada centímetro de piel visible. Respiraba con dificultad. Parecía no tener fuerzas para hacer nada más que quedarse allí tumbado y respirar.

Ayúdalo, dije con voz quebrada.

La Pesadilla se cernía sobre Ravyn como una sombra. Lentamente, se arrodilló. «Mírame».

La mirada de Ravyn parecía cercana y distante a la vez. Penetró en mi ventana.

Todo reino soporta pesadas cargas. Las decisiones de un rey resuenan a través de los siglos. Sin embargo, hay que tomarlas. El susurro de la Pesadilla era como el viento en los árboles. Eres fuerte, Ravyn Yew. Lo supe desde el primer momento en que te vi. Y debes seguir siéndolo... —Se giró hacia la cima de la colina—. Para lo que nos espera.

La cima era de piedra desnuda, envuelta en niebla. En el centro había dos árboles, con sus raíces entrelazadas como serpientes. Ambos eran altos, con largas ramas que se extendían a lo lejos. Uno era blanco, pálido como un hueso. El otro era negro, como carbonizado.

Los reconocí al instante, como si los hubiera dibujado en mi piel. Su imagen estaba reproducida en la portada del Antiguo Libro de los Alisos. Dos árboles con raíces retorcidas. Uno claro, el otro oscuro.

Los alisos gemelos.

Jespyr yacía en posición supina a sus pies, con los ojos cerrados.

Ravyn se levantó del suelo y corrió hacia ella. Se agachó junto a ella y le desgarró la manga. Largas líneas negras como la tinta serpenteaban por su brazo. La magia corría por sus venas.

La infección.

Ravyn maldijo y buscó a tientas la cabeza de víbora que siempre llevaba como amuleto de repuesto. La puso en la mano de su hermana y la rodeó con los dedos. Contuvo la respiración, esperando.

Jespyr no se movió.

“¿La Doncella?” preguntó con voz quebrada.

La Pesadilla se le acercó. «Sería inútil. Ninguna Carta puede detener la infección ni curar la degeneración».

Todavía no, tronó una voz severa y jadeante desde arriba.

La colina se sacudió, desequilibrando a Ravyn y causándole la caída. Las raíces de los alisos se enredaron en sus muñecas y tobillos, inmovilizándolo contra el suelo.

¿Qué le están haciendo?, grité en la mente de la Pesadilla.

No respondió. Estaba mirando la figura sin vida de Jespyr.

Los árboles se inclinaban sobre Ravyn. No tenían ojos, ni boca, ni rostro. Pero hablaban. "¿Quién es?", preguntó la voz metálica del aliso oscuro.

Prueba su sangre, respondió el del aliso claro, más agudo y estridente.

Las raíces se apretaron alrededor de las muñecas de Ravyn. Mientras la sangre goteaba de los cortes en sus manos, la cima de la colina volvió a temblar. «Tejo», declararon los árboles al unísono.

El aliso pálido acercó sus ramas a Ravyn. El tejo es astuto, su sombra misteriosa. Su corteza sinuosa se dobla, pero no se rompe.

"Mira más allá de sus ramas retorcidas", continuó el aliso oscuro, "cava hondo. ¿Quiere las Cartas de la Providencia, o el trono y la inmortalidad?"

Las manos de la Pesadilla estaban apretadas, curvadas como garras, a sus costados. "Responde", le ordenó a Ravyn.

—Estoy buscando la carta Twin Alder para volver a armar el Deck —dijo sin aliento.

Para disipar la niebla, el aliso oscuro sentenció.

Y curar la infección, añadió el otro.

Ravyn asintió.

Entonces tendrás que preguntarle al Espíritu mismo.

Las raíces que rodeaban las muñecas de Ravyn se soltaron, y otra sacudida atronadora sacudió la colina. Los alisos se movieron. Lentamente, comenzaron a separarse, arrastrando las raíces. Cuando estuvieron a una distancia considerable, se detuvieron.

Miré el espacio que se había abierto entre los dos troncos y abrí los ojos de par en par, incrédulo. En el medio, la otra mitad de la cima de la colina no se veía por ninguna parte. Era como mirar a través de una puerta. Un pasaje a otro lugar.

Una playa larga y pálida.

Ravyn se levantó. "¿Ahí está la Carta de los Alisos Gemelos?"

Ese es el lugar donde el Espíritu del Bosque te hablará.

Ravyn se arrodilló y tiró del brazo de Jespyr.

Las raíces del aliso se extendían sobre ella, atrapándola como una jaula. Permanece con nosotros. Si no nos alimenta con su descomposición, la alimentaremos con nuestra magia.

La voz de Ravyn tembló de asco. "¿Para eso viene la gente cuando el Espíritu los atrae a la niebla? ¿Para alimentarte?"

El aliso oscuro extendió una rama. Para alimentarnos. Para sustentarnos. Lo que consumimos, lo vertimos en la niebla. Lo que tú llamas infección, nosotros lo llamamos un regalo. La rama tocó la frente de Ravyn. Pensé que, de entre todas las personas, tú lo entenderías.

Ravyn retrocedió. «Mi magia no es un don. Es casi nada».

El árbol retrocedió. Y aunque no tenía ojos, estaba seguro de que había desviado su mirada hacia la Pesadilla. Al parecer, aún tienes mucho que aprender. Ahora vete. El Espíritu no te esperará eternamente.

Ravyn miró la playa pálida visible entre los árboles. Las raíces ya no lo sujetaban, pero sus piernas aún permanecían.

Adelante, siempre adelante, se burló el aliso pálido. ¿No es ese tu credo, Ravyn Yew?

Ravyn frunció el ceño. Miró a su hermana, luego a la Pesadilla... a mí. "No voy a ningún lado sin ellos".

Entonces tu viaje fue en vano.

La Pesadilla siseó. Sus pensamientos me sumieron en la oscuridad. Quinientos años se desvanecieron. Jespyr se transformó en Ayris, inmóvil al pie de los alisos gemelos.

En ese momento comprendí, mejor de lo que jamás me había imaginado, por qué se había convertido en un monstruo.

Su vida había sido una interminable serie de tratos. Había cedido su tiempo, su claridad, sus afectos, a cambio de magia. Una magia que había ejercido con gran autoridad. Pero al final, esa misma magia le había costado su reino, su familia, su cuerpo, su alma.

Había sido un intercambio justo, pero no equitativo. Y ahora vivía atormentado, reducido a algo afilado: un colmillo, una garra.

Sé lo que estás pensando, le dije.

¿Oh sí?

Es el mismo pensamiento que te ha atormentado durante siglos, ¿verdad? Que tal vez todo este dolor nunca habría sucedido si simplemente hubieras jugado en el bosque con Ayris de niño, sin pedirle al Espíritu sus dones. Nunca habrías recibido la espada. Ni sangrado en la piedra. Podrías haber amado a tus hijos como amas a las Cartas. Bajé la voz. Porque entonces, las Cartas nunca habrían existido. Y nada de esto habría sucedido.

La Pesadilla rió con amargura. «Así que ahora sabes que todas las cosas terribles que le sucedieron a Blunder ocurrieron mucho antes de que yo le diera a Brutus Rowan una guadaña. Ocurrieron porque hace

quinientos años, un niño portaba la corona —tenía todas las riquezas del mundo a su disposición— pero siempre pedía algo MÁS.»

Más adelante, los alisos se movían. Los troncos se cerraban de nuevo. El paso a la playa luminosa —a la Carta de los Alisos Gemelos— comenzaba a cerrarse.

"Por favor", dijo Ravyn con voz tensa. "Quiero hablar con el Espíritu. Pagaré cualquier precio". Agarró el brazo de Jespyr, intentando sacarla de su jaula. "Pero no a mi hermana".

Los árboles no le hicieron caso. El espacio entre ellos se redujo aún más.

"Hay una razón por la que estás aquí por segunda vez", le dije a la Pesadilla con urgencia. "Perdiste a tu hermana, pero no debes abandonar a Ravyn al mismo destino. Eres el Rey Pastor... el autor de todo lo que he conocido. Escribiste la historia de Blunder, Aemmory Percyval Taxus. Ahora reescríbela."

Los alisos se acercaban de nuevo. La playa pálida desaparecía, junto con nuestra única oportunidad de recuperar la Carta de los Alisos Gemelos.

Ravyn tiró desesperadamente de las raíces con las manos ensangrentadas, pero no pudo liberar a Jespyr. Se giró hacia la Pesadilla y suplicó con voz entrecortada: «Ayúdame».

Nuestra visión compartida saltó hacia adelante. Y aunque no tenía control sobre mi cuerpo, podría jurar que fui yo quien apretó el agarre de la Pesadilla sobre su espada.

Se pasó la hoja por la palma y se dirigió hacia los alisos gemelos. Al presionar su mano ensangrentada contra el aliso pálido, la colina no solo tembló. Se estremeció con un temblor violento, como un terremoto.

Los árboles hablaban al unísono, en una armonía terrible y disonante. Taxus.

La Pesadilla miró a los alisos y se dirigió a ellos con un rencor tan antiguo que mi mente estaba impregnada de azufre. «Muchos círculos atraviesan el tiempo», dijo. «Muchos eventos se reflejan entre sí, muchos bosques nos llevan inevitablemente al mismo lugar. Muchas de las cosas que sucedieron hace quinientos años están sucediendo de nuevo». Entrecerró los ojos. «Pero esto no. No lo convertirás en un monstruo, obligándolo a renunciar a su hermana. Deja ir a Jespyr Yew. O mi espada te arrancará de esta tierra».

Los alisos se pusieron rígidos. Sus raíces rastreras y ramas retorcidas se detuvieron, un silencio antinatural. Entonces, tan de repente que no tuve tiempo de gritar, agarraron a Ravyn, arrancándolo de Jespyr. Él gritó, intentando zafarse, pero los árboles lo lanzaron con fuerza por el pasadizo hacia la playa pálida. Entonces volvieron sus crueles ramas hacia la Pesadilla.

Pero su espada era más rápida.

Atacó las raíces, liberando a Jespyr con una precisión fulminante. La ladera se estremeció. Para entonces, el paso entre los troncos era tan estrecho como la puerta de mi habitación en Spindle House.

“Continúa”, le insté.

Recogió el cuerpo sin vida de Jespyr del suelo y lo cargó sobre sus hombros, mientras las ramas aún se agitaban con furia. Ravyn extendió la mano por el hueco entre los árboles, tan estrecho que le sería imposible dar marcha atrás. "¡Toma mi mano!"

La Pesadilla la agarró. Ravyn lo atrajo hacia ella, y el hueco entre los troncos se cerró de golpe. Los alisos gemelos y la cima de la colina habían desaparecido. Solo quedaba una playa pálida, acompañada por el sonido de las olas.

Y del opresivo olor a sal.

Capítulo treinta y ocho
Olmo

Con el tercer pase de la Tarjeta Rosa, la perfecta, sobrenatural e inalcanzable Ione Hawthorn desapareció. En su lugar estaba la verdadera Ione.

Pecas. Lo primero que Elm notó fueron sus pecas. Eran más gruesas en la nariz, más dispersas en las mejillas, la frente y la barbilla, y algunas se asentaban en el hueco sobre la boca. Tenía un pequeño surco vertical en el centro del labio inferior, y las comisuras de la boca y los ojos estaban marcadas por finas líneas.

Líneas de expresión, recordó Elm. A esta Ione le encanta sonreír.

La piel estaba irregular, ligeramente irritada alrededor de la nariz, sombreada por oscuras medialunas bajo los ojos. Sus pestañas habían vuelto a ser rubias, y el pequeño espacio entre sus dientes frontales había regresado. Su cabello ya no le caía sobre la frente con la elegancia antinatural de antes. Tenía nudos, mechones rebeldes. Era tan… humana, como la niña que Elm había visto cabalgando en el bosque.

En todos los libros que Elm había leído, en todas las bibliotecas que había visitado, en todos los cuadernos que había garabateado, no había suficientes páginas para describir o retratar lo hermosa que era.

"Estás aquí."

La frialdad y la indiferencia habían desaparecido de sus ojos color avellana, donde los colores vivos de la tierra, el fuego y el bosque finalmente eran libres de expresarse.

Se le escapó un sollozo ahogado. Empezó a acercarse a él, pero antes de que pudiera dar dos pasos, se le doblaron las rodillas. Elm la sujetó y ambos se desplomaron en el suelo.

Con el cuerpo temblando y los párpados apretados, Ione abrió la boca contra su pecho. Su grito fue primero silencioso, luego tan desgarrador que llenó sus oídos. Las lágrimas corrían por su rostro y respiraba con dificultad, como si el grito interminable le impidiera respirar.

Había soportado un compromiso concertado con Hauth, un hombre brutal que la emborrachó y la sometió con su guadaña, para luego encerrar su corazón con tres golpes descuidados en una carta. La arrastró hasta aquella ventana de la Casa del Huso y la empujó al

abismo, con la intención de matarla. Allí permaneció, yaciendo en su propia sangre, mirando la luna, convencida de que sería la última vez que vería el cielo nocturno.

A Elm le partía el corazón pensar que había soportado todo esto sola. Que había sido la Carta de la Doncella la que le había evitado esos sentimientos devastadores.

Hasta entonces.

Apretó la cara contra su hombro, susurrando las únicas palabras de consuelo que se le ocurrieron. "Lo siento. Lo siento mucho."

Los dedos de Ione se apretaron convulsivamente sobre su túnica. Luego lo apartó, alejándolo de ella. Cuando lo miró a la cara, había tanto dolor en sus ojos color avellana que Elm pensó que iba a morir.

Ella se apartó de nuevo. "Dame un momento."

«Ione.»

Cruzó los brazos sobre el pecho, retrayéndose aún más en sí misma. "Vete, Príncipe."

Príncipe. Como su hermano. Elm se pasó una mano por los ojos. "Lo siento, Ione", dijo, y se fue.

Acarició la Carta de la Pesadilla con el pulgar. Al llegar a la habitación de Hauth, no se molestó en llamar.

Era tarde. Solo había un médico en la habitación, de pie en un rincón, ordenando viales y tinturas. Dio un respingo cuando Elm entró. Pero la otra figura sentada junto a la cama de Hauth no se asustaba tan fácilmente.

Linden lo vio entrar con una mueca en el rostro. "¿Qué demonios quieres?"

Elm no miró a Hauth. Una ira ancestral y familiar se había acumulado en su interior con cada segundo que había vivido en los recuerdos de Ione. No quería simplemente romper cosas.

Quería lo que el Rey Pastor había tenido. El privilegio de tener la vida de Hauth Rowan en sus manos y aplastarla sin piedad. Pero ahora, no tenía sentido romper lo que ya estaba roto.

Abrió el cofre a los pies de la cama y metió la Carta de la Pesadilla. «No vale la pena», le dijo a Linden, a sí mismo, sin saberlo. «No merece ni un segundo más de tu tiempo».

Regresó a la habitación de Ione y se sentó en el pasillo, con la espalda contra la puerta, escuchando sus gritos a través de la madera. Quería oírla. Quería sentir lo mismo que ella.

Metió la mano en el bolsillo de su túnica, buscando la familiar comodidad de un ribete de terciopelo. Sacó la Guadaña y la examinó, dándole vueltas entre los dedos. La Carta Roja de Rowan. Su salvación. Su coartada. ¿Sabía quién era sin ella? ¿Y su padre? ¿Y Hauth?

Los sollozos de Ione le llegaron a través de la puerta. Elm cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la madera; sus hombros temblaban mientras las lágrimas corrían por su rostro.

La puerta se abrió y Elm cayó hacia atrás, golpeándose la cabeza contra el suelo.

Ione lo miró de arriba abajo. Con una fuerza sorprendente, lo ayudó a levantarse, cerró la puerta tras ella y lo condujo a la cama.

Elm yacía de lado, mirando hacia la pared. Se sentía vacío. El colchón se hundió y dos brazos lo rodearon por detrás. Ione se apretó contra su espalda, fundiéndose con él. Elm cerró los ojos y contuvo las lágrimas que creía haber agotado. "¿Me odias, Hawthorn?"

Los brazos de Ione se apretaron. "No, Elm. No te odio en absoluto."

Se durmieron. Cuando Elm despertó, horas después, la tenue luz del día se filtraba por la ventana e Ione seguía aferrada a él. Memorizó el mapa de sus brazos en su pecho. Líneas perfectas, ella el estilete y él el papel.

La voz de Ione vibró cerca de su oído. "¿Estás despierto?"

Elm se dio la vuelta. La luz de la mañana le besaba el pelo, la oreja, el contorno del rostro. Tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Le acarició la mejilla. "Ione."

Ella lo atrajo hacia sí hasta que quedaron apretados, con la boca apoyada en el hueco de su garganta. Durante un largo instante, no hicieron más que respirar, tan cerca que sus respiraciones lentas y regulares se sincronizaron. "¿Cuándo me viste cabalgar con barro en los tobillos?", murmuró Ione contra su piel.

Elm le pasó los dedos por el pelo, con movimientos largos y delicados. «Tenía dieciséis, o quizá diecisiete, y estaba patrullando el bosque con Jespyr. Deberíamos haber estado vigilando el camino en busca de bandidos, pero en vez de eso estábamos jugando a las cartas. Un caballo nos pasó corriendo, más rápido de lo que la mayoría de los jinetes podían ir. No nos notaste. Te reías». Le frotó la nuca. «Tu risa sonora me impactó. Y tu pelo también».

Ione guardó silencio un buen rato. Elm pensó que se había vuelto a dormir. Luego añadió: «Pensé que eras hermosa. Una hermosa e insoportable sinvergüenza».

Una risa retumbó en su pecho.

De pequeña, parecías sacada de un cuento de hadas... ningún príncipe tenía derecho a ser tan guapo, a menos que viviera en una página. Pero no eras tan encantador como los príncipes de los cuentos. Y no ocultabas que los únicos dignos de tu tiempo eran los tejos. —Le tiró de la manga—. La ropa negra no te hacía precisamente accesible. Entonces no sabía que Hauth... te había hecho daño.

Elm tragó saliva. "¿Fui grosero contigo?"

“Para ser grosero, al menos deberías haber hablado conmigo”.

—No hablé mucho. Pero te vi... me gustaste —dijo, con los labios muy cerca de su piel—. Parecías tan despreocupada. Tan libre y feliz.

Estabas deliciosa. Te envidié.

“Te gustaba… ¿por qué me envidiabas?”

El brazo de Elm la apretó con más fuerza. «Tienes que tenerme paciencia, Ione. Todavía estoy aprendiendo».

Otra pausa. «El Día de Mercado, cuando Hauth envió a esa pobre gente a morir en la niebla, te enfrentaste a él. Lo desafiaste delante de todos. Y vi en ti la misma ira y desprecio que yo empezaba a sentir». Ione bajó la voz y confesó: «Yo era quien te envidiaba». Tragó saliva. «Hay tantas cosas sobre mí que aún no te he contado. Lo que hizo Hauth... todos los sentimientos que me robó. Estoy profundamente furiosa».

—Entonces enfócate, Ione. —Elm le besó la frente—. Te sienta bien.

Hizo un pequeño ruido de aprobación al oír las mismas palabras que había usado con él. «Cuando alguien me hiere los sentimientos, digo cosas malas. Guardo rencor. En cuanto a esos bandidos... no me arrepiento de lo que hice. Ni un poquito. Fue terrible, pero lo volvería a hacer sin pensarlo, solo para evitar que te lastimen». Suspiró. «A veces pienso en lo fácil que sería hacer cosas horribles si tuviera una buena razón».

"Yo también."

Me gustaba la idea de convertirme en Reina algún día. Me gustaba cómo la Doncella suavizaba las cosas, cómo había dejado de sentir remordimiento, preocupación o miedo. Se sentía muy parecido al poder. —Levantó la barbilla hasta que sus labios casi se tocaron—. Quizás yo también te gustaba cuando era así.

Me encanta ver por fin las emociones en tu rostro, y que hayas decidido mostrármelas. Dime tus terribles verdades, Ione. No me voy a ninguna parte.

Elm se incorporó, despierto, hambriento. Y por primera vez en su memoria, feliz de que el día apenas comenzara. "¿Todavía te gusta montar?"

Se vistieron rápidamente. Esta vez, Elm se aseguró de que Ione tuviera zapatos y una capa.

Protegidos de la niebla por sus amuletos, recuperaron su caballo y un palafrén castaño para Ione de los establos. Cuando Elm la ayudó a montar, se preguntó una vez más si el Espíritu del Bosque se entrometía en la vida de los hombres. Quizás, el día que llegó a la Casa Hawthorn con los Paladines, sintió lástima por él, el Príncipe degenerado. Intuyó su tormento interior y le concedió ese momento con Ione para ayudarlo a superar su oscuridad.

Salieron al galope del patio y cruzaron el puente levadizo. El viento hacía ondear el cabello de Ione como mil cintas doradas. Elm suspiró.

Siempre se sentía limpio al salir de la Roca.

El otoño estaba llegando a su fin. Por la mañana, el hielo se derretía lentamente. Pronto, no se derretiría en absoluto. Siguieron por el camino principal durante cuatrocientos metros, y entonces, tan repentinamente que Ione tuvo que tirar de las riendas, Elm tomó un camino secundario que descendía hacia el oeste. Al pie de la ladera, tomaron un sendero que el Príncipe conocía de memoria, que conducía a una amplia llanura cubierta de hierba. Allí, Elm montó a caballo.

Galoparon a través del campo abierto, lo suficientemente rápido para atravesar la niebla.

Ione espoleó a su corcel hasta alcanzarlo, y durante un rato cabalgaron cabeza a cabeza. Tenía los ojos muy abiertos, su cabello rubio como una tormenta. Y cuando Elm empezó a preocuparse por su velocidad, echó la cabeza hacia atrás y, sin afectación alguna...

Él se echó a reír.

El sonido golpeó a Elm como una avalancha, rompiendo hasta la última barrera. El rostro de Ione era franco, carente de cualquier rastro de frialdad o autocontrol. Sus ojos estaban entrecerrados, su nariz arrugada, y su sonrisa revelaba la separación entre sus incisivos. Elm la observaba atentamente, intentando capturar cada rasgo en su mente, rezando por poder recuperar su cuaderno de bocetos antes de que las líneas de su sonrisa se desvanecieran de su memoria.

Aunque dudaba que esto pudiera suceder.

Ione debió haber sentido su mirada sobre él, porque cuando se giró hacia él en la silla, sus ojos estaban llenos de expectación.

Elm extendió la mano y agarró sus riendas. Parecía imposible besarla mientras aún estaba a caballo, pero en lugar de eso se inclinó hacia ella, rozó sus labios con los suyos y lo logró de todos modos.

Ione frenó. Cuando los caballos se detuvieron, Elm desmontó y la agarró por la cintura. Ella se deslizó de la silla a sus brazos, y sus labios se fundieron inmediatamente con los de él. «Gracias, Elm», susurró en sus labios. «Por todo».

Elm nunca se acostumbraría a la dulce, anhelante y embriagadora sensación que sentía cuando ella decía su nombre.

Llegaron a una arboleda y se hundieron en la hierba, desvistiéndose mutuamente. El olor a sal impregnaba el aire. Elm apretaba su amuleto en la muñeca; el de Ione colgaba de la cadena ajustada que llevaba alrededor del cuello.

Rodaron por el césped, abrazados. Elm la inmovilizó contra el suelo y le colocó una rodilla entre las piernas, separándolas con suavidad, susurrándole palabras de adoración.

La mano de Ione se deslizó bajo su túnica y subió por su espalda, deteniéndose en los músculos definidos de su espalda y hombros, los lugares donde lo habían golpeado de niño. Al retirarla, sus ojos recorrieron su pecho desnudo, estudiando sus contornos. Sus dedos se

enredaron en la maraña de su cabello castaño rojizo. «Eres hermoso», murmuró en voz baja, con la voz llena de admiración.

—No. Esa palabra es solo para ti. —Elm se recostó y la sentó en su regazo, como lo había hecho en el trono. Solo que ahora, ningún respaldo de serbal proyectaba sombras sobre ellos. Solo había la niebla, el aire fresco. Las palomas arrullaban. Una ligera brisa las acariciaba en oleadas, envolviendo a Elm y soplando el cabello que caía de la frente de Ione hacia su rostro. Todo era suave y delicado.

Delicado.

Elm encontró el nudo en la base de su corpiño. Esta vez no habría cuchillo. Ni tela rasgada. Desató las cintas con calma, moviendo los dedos lentamente.

Ione no lo apresuró. Estaba demasiado ocupada memorizando su rostro. Acariciándolo. Midiéndolo con los dedos. Cuando el corpiño cayó, arrastrando su vestido y dejándola desnuda hasta la cintura, sus ojos color avellana seguían fijos en él.

“La forma en que me miras”, dijo, agarrándole suavemente la barbilla, “me asusta”.

"¿Por qué?" Ione le pasó una mano por el cuello, el pecho y el abdomen. "¿Alguien te ha amado antes, Elm?"

—Así no. —Más cerca. La necesitaba más cerca—. Nunca había habido nada igual.

Ella yacía boca arriba, sobre la capa. Él le quitó las gruesas medias de lana y ella se sentó a horcajadas sobre él, con su cabello rubio bañado de luz. Elm se deleitó con su calor, su peso sobre su cuerpo, la deliciosa sensación de que le quitara la última prenda.

Cuando estuvo completamente desnudo, los ojos de Ione se abrieron de par en par. Bajó la mano... lo midió de nuevo. "Olmo."

Siseó entre dientes, apretándole los dedos contra los labios. «Ten cuidado con lo que dices. Me consumirás demasiado pronto con esa boca cruel tuya». La atrajo hacia sí y la besó lentamente. «Quiero que dure, Ione».

Ella colocó las manos sobre su pecho y comenzaron, dolorosamente lentos. Elm escrutó su rostro, listo para detenerse en cuanto viera la más mínima señal de dolor. Pero Ione lo introdujo poco a poco, moviendo las caderas de un lado a otro, encontrando la mejor posición, que también se convirtió en la de Elm. Poco a poco, descendió sobre él. Y todo recuerdo de placeres pasados que Elm había tenido se hizo añicos, reemplazado por ese momento. Por ella.

Él la agarró por las caderas. Al arquearse dentro de ella, ella dejó escapar un jadeo. Elm se detuvo de inmediato. "Te hice... ¿Estás...?"

—No, no me haces daño. Nunca habrá dolor entre nosotros. —Le pasó el pulgar por el labio inferior. Elm lo mordisqueó y sonrió—. A menos que queramos que así sea.

—Ya habrá tiempo para todo tipo de cosas sórdidas, señorita Hawthorn. Pero por ahora... —Bajó la voz—. No deje de mirarme.

Cuando empezó a moverse dentro de ella, Elm ya no podía pensar. Concentrarse era imposible. Su cabello rubio caía por todas partes, su rostro enrojecido era tan vulnerable, su mirada tan clara que el Príncipe sintió que se le encogía el corazón.

La lentitud no duró. Había demasiada urgencia, demasiada novedad, entre ellos. Elm le acarició el sexo con el pulgar, apretando los dedos alrededor de sus caderas mientras se movía con ella, dividido entre el deseo de saborear el momento y la insaciable necesidad de continuar.

Se enderezó y la agarró del cuello. "¿Qué sientes, Ione?"

Suspiró, como un aleteo. "Todo."

Elm empujó con más fuerza, deslizando su boca por su mandíbula, su garganta. "Soy tuya. Aunque no seas la Reina... soy tuya."

Los párpados de Ione se agitaron y él empezó a moverse más rápido. Elm le acarició los pechos, su boca se encontró con el latido de su corazón, tan frenético como el aleteo de un colibrí. Ione se recostó sobre su ropa y lo colocó encima de ella, rodeándolo con las piernas por la cintura. Su respiración se volvió más rápida y trabajosa, y luego dejó de respirar por completo y se tensó a su alrededor.

Elm la miró con la vista borrosa. Ione frunció el ceño, con la mirada fija en su rostro. Abrió la boca y dejó escapar un grito agudo...

Elm sintió que todos sus músculos se tensaban y luego se relajaban. Su cabeza cayó hacia atrás sobre su pecho. Apretó los dientes y soltó una maldición...

Y vio las estrellas.

Ione lo abrazó con fuerza. Cuando dejaron de jadear, continuaron besándose con desgana, exhaustos por el placer. Y ese momento con ella fue tan indescriptiblemente perfecto que Elm se lo contó todo.

Le contó su infancia, la muerte de su madre y los horrores de lo que sucedió después. El odio que sentía por Hauth y su padre. Cómo anhelaba morir, hasta que los Tejos lo acogieron. Le contó cómo se convirtió en Paladín. La infección de Emory y su lenta degeneración. Las Cartas de la Providencia y cómo el Rey había planeado derramar la sangre de su sobrino para restaurar la Baraja.

Le habló de Elspeth. De su magia. De la voz —la del Rey Pastor— que ella guardaba en su mente.

De los Alisos Gemelos, y de cómo Ravyn y Jespyr se habían propuesto encontrarlos. Y de cómo él, el nuevo heredero, haría todo lo posible por ayudarlos a su regreso.

Ione permaneció en silencio, escuchando, abrazándolo cada vez más fuerte. Al terminar, le puso una mano sobre el corazón. «Así que así es como pasaste el tiempo».

Mentiría si te dijera que no estoy terriblemente cansado.

“Pensar que puedes reunir el Deck bajo las narices del Rey, incluyendo una Carta perdida durante quinientos años, es la cosa más arrogante, la más típica de Elm, que he oído jamás”.

Él se rió entre dientes. "No soy el único que ha ideado este plan", dijo, enroscándose un mechón de su cabello en el dedo.

¿Y qué hay de mi madre y mis hermanos? ¿Y los gemelos Spindle? Creí que sabías adónde habían ido. Pero cuando te pregunté, con el Cáliz...

Era importante que no lo supiera. Así, ni siquiera un cáliz podría obligarme a revelarlo.

Los ojos de Ione se abrieron de par en par. "¿Los asustaste?"

La Guadaña de Elm nunca estaba lejos. La encontró en el bolsillo de su capa y la giró entre sus dedos, tan rápido que los bordes se difuminaron. «Jespyr avisó a tu madre y a tus hermanos, y usé la Guadaña para ahuyentar a la familia Spindle. Intenté expulsarte también. No tenía ni idea de que estabas en Hawthorn House. Ni de lo que Hauth te había hecho».

Dos lágrimas gemelas rodaron por los ojos de Ione. "¿Por qué?"

Elm se incorporó y se cubrió la cara con las manos. «Porque no creo en esas cosas, Ione. Cinco siglos de leyes de Rowan... no significan nada para mí. Es mejor tirar nuestros amuletos y dejar que el Espíritu nos consuma que vivir en un lugar donde se castiga a la gente por magia de la que no son culpables. Prefiero que la Roca se queme hasta las cenizas antes que ver a una mujer y a sus hijos ejecutados por ocultar a una nieta infectada». Se secó las lágrimas. «Algún día, tu familia estará a salvo. Yo cambiaré eso. Seré el peor Rey de Rowan en quinientos años». Sonrió. «Puede que incluso lo disfrute».

Las lágrimas de Ione se habían detenido. Lo miraba igual que cuando le dijo que era hermoso. Le echó los brazos al cuello y se aferró a él. «Entonces déjame divertirme un poco contigo», murmuró en su boca.

La guadaña flotó hasta el suelo, olvidada.

Decidieron anunciar la boda esa misma noche, para poner fin a la farsa y finalizar las celebraciones un día antes.

Para cuando regresaron a la Roca, era más de mediodía. En lo profundo del castillo, sonaba una campana. Ione alzó la vista hacia las altas torres que se alzaban sobre ellos. "¿Qué pasa?"

Elm le entregó las riendas a un mozo de cuadra y le tomó la mano. "No tengo ni idea."

Baldwyn no estaba allí para preguntar. Filick tampoco. A Elm se le encogió el corazón. Quizás Ravyn había regresado antes de tiempo.

Con los dedos entrelazados con los de Ione, subió las escaleras hacia los aposentos reales y entró en su habitación. Una sombra se alzó en un

rincón. No era Ravyn quien lo esperaba.

Era Hauth.

Capítulo treinta y nueve
Elspeth



La playa del Espíritu del Bosque era muy similar a la que había ocupado en la mente de la Pesadilla. Un espacio desolado e infinito. Solo que esta playa estaba despejada. El cielo, las olas rompientes, la arena fina... todo era de un gris descolorido y sin vida.

Ravyn estaba sentada en la arena con Jespyr en brazos. No podía alcanzarla, ni con la Carta de la Pesadilla, ni con su voz. Por mucho que la sacudiera, por mucho que la llamara, no despertaba.

No sé cuánto tiempo nos quedamos en esa playa, esperando al Espíritu del Bosque. Pesadilla se mordía la uña, observando a los hermanos Yew de reojo.

"¿Cuánto tiempo tenemos que esperar?" preguntó Ravyn con voz quebrada.

«El Espíritu tiene su tiempo.»

El rostro de Ravyn estaba desfigurado por docenas de arañazos y cortes de ramas y espinas. Se veía muy cansado. Presionó un dedo contra el cuello de su hermana y un gemido de dolor escapó de su boca. «Su corazón está latiendo más lento. La fiebre la está matando».

Haz algo, le rogué a la Pesadilla desde mi cuarto oscuro. No dejes que pierda la esperanza.

—Tu familia tiene raíces mágicas —dijo el monstruo, con un tono más duro de lo debido—. Sobrevivirá.

Ravyn cerró los ojos y no dijo nada.

“No has venido hasta aquí para dejarte llevar por la desesperación”.

Ravyn no respondió. Pero otra voz sí.

Provenía del vasto y profundo mar. Llenó mi habitación oscura, con ecos cercanos y lejanos. «El Rey del Desacierto», dijo, «ha venido una vez más a negociar conmigo».

Las aguas se separaron y una criatura de orejas puntiagudas, ojos plateados y garras afiladas emergió en la orilla. Y desde lo más profundo de mis venas, supe quién era.

El espíritu del bosque.

—Bienvenido de nuevo, Rey Pastor. Bienvenidos, Ravyn y Jespyr Yew. —Sus ojos de otro mundo se posaron en mi ventana. Sonrió—. Bienvenida, Elspeth Spindle.

Capítulo cuarenta
Olmo



Un destello carmesí. «No te muevas», dijo la voz de Hauth. «No digas ni una palabra».

La sal penetró los sentidos de Elm. Su mente se quedó rígida, incluso sus músculos se inmovilizaron. Permaneció paralizado, con una mano en el bolsillo y la otra aún entrelazada con la de Ione.

Hauth se alzaba ante ellos. Alto, amenazador y perfectamente sano. Las cicatrices, los moretones y las marcas de garras habían desaparecido; su piel estaba impecable. Vestía una túnica dorada y un jubón escarlata, con el pecho ancho, preparándose para enfrentarse a Elm. Llevaba un par de dagas en el cinturón.

Parecía más joven. Las profundas arrugas de su frente, siempre fruncida, parecían haberse suavizado. Sus ojos verdes se posaron en las manos entrelazadas de Elm e Ione. «No debería sorprenderme», dijo con pereza. «Siempre has sido un engreído».

La última vez que Elm vio a su hermano, estaba tendido en un charco de su propia baba. No había cataplasma en el mundo, ninguna medicina, ninguna magia, que pudiera curarlo así.

Excepto uno.

Hauth se sentó en el arcón donde Elm guardaba su ropa. "Veo que estás pensando, Renelm. Esa mente retorcida tuya está intentando averiguar qué pasó." Su mirada se posó en Ione. "¿Te contó sobre aquella noche en la Casa del Huso? ¿Sobre lo que le hice?"

La ira se apoderó de la garganta de Elm. Intentó abrir la boca, pero tenía la mandíbula trabada.

Los ojos de Hauth recorrieron a Ione de pies a cabeza. «Qué diferente eres, querida, del cadáver ensangrentado que yacía bajo mi ventana en el jardín de la Casa del Huso. Cuando abrí los ojos hace dos noches y te vi, perfectamente ilesa, lo comprendí. Aunque no era consciente de nada más, lo comprendí». Las palabras se le escaparon entre los dientes. «La Carta de la Doncella te ha curado, Ione».

La mano de Ione estaba fría en la de Elm, empapada de sudor.

"Cuando Padre tocó la Carta de la Pesadilla y entró en mi mente, intenté decírselo, pero el idiota estaba demasiado borracho, demasiado

distraído. No me oyó." Una expresión de satisfacción cruzó el rostro de Hauth. "Pero la noche siguiente, Linden me escuchó."

La puerta se abrió y el Paladín apareció detrás del Príncipe. Solo que ahora, en lugar de cicatrices, su rostro estaba limpio, su piel inmaculada.

—Quítale la guadaña —ordenó Hauth, asintiendo hacia Elm.

Manos brutales metieron la mano en los bolsillos de Elm. Linden lo fulminó con la mirada. Le arrebató la guadaña. Y, para colmo, le dio un puñetazo en el estómago.

Se quedó sin aire y una oleada de náuseas lo invadió, pero ni siquiera pudo agacharse por el dolor. El poder de la guadaña que lo inmovilizaba era demasiado fuerte.

El viejo pánico que Elm se había escondido tras un muro había regresado. Le atenazaba el pecho, subiendo por la garganta hasta la boca, implorándole que gritara. Volvía a ser un niño agarrado por la guadaña de su hermano.

Un niño esperando el dolor.

Hauth extendió la mano y Linden le entregó la Guadaña del Olmo. "Anoche, cuando trajiste la Carta de la Pesadilla, Linden la usó. Me encontró. Y averiguó lo que mi padre no podía entender."

"Doncella", dijo Linden, mirando de reojo primero a Elm y luego a Ione. "No dejaba de repetirlo en mi mente. Papel... Doncella. Luego dijo: Ione".

El Paladín miró a Elm de arriba abajo, sin disimular su desprecio. «Hace un tiempo, Hauth me contó dónde le había pedido a la señorita Hawthorn que escondiera la Carta. Pero cuando fui a la sala del trono, no estaba debajo de la chimenea. Supuse que la había recuperado. Fui a buscarla a su habitación, pero la puerta estaba cerrada con llave». Buscó su cinturón. «Pero la suya, príncipe Renelm, no estaba cerrada con llave».

Se oyó un tintineo metálico. Linden sacó un llavero de su cinturón —las llaves de Elm— y las balanceó ante sus ojos. «Deberías tomarte tus responsabilidades más en serio, Príncipe. Tardé menos de cinco minutos en abrir su puerta y encontrar a la Doncella. Llamé tres veces, y entonces...». Se pasó una mano por la cara, que antes estaba llena de cicatrices. «Mis cicatrices desaparecieron. Estoy curado».

Elm tenía que hacer algo, o él e Ione nunca escaparían de esa habitación. Pero no podía moverse.

Una sonrisa irónica curvó los labios de Hauth. «No eres tan fuerte sin Ravyn, ¿verdad, hermano?». Dio un paso adelante y agarró a Elm por el cuello. «¿Dónde están Ravyn y Jespyr? Dime».

Otra ola de sal golpeó los sentidos de Elm. Le dolía la mandíbula. Al abrir la boca, la guadaña de su hermano le arrancó la verdad de los labios. «Han ido a buscar a los Alisos Gemelos».

"¿Paloma?"

"No lo sé."

Hauth le arrebató el llavero a Linden y lo usó para golpear a Elm en la cara. "¿Cuándo volverán?"

"No lo sé."

Otro disparo.

Un gemido escapó de la garganta de Ione.

—¿Qué pasa, Renelm? —Otro golpe—. ¿No tienes nada inteligente que decir?

La boca de Elm se llenó de sangre. Escupió, tiñendo de rojo las botas de Hauth. «Puede que estés curado, pero tus días están contados, hermano. Sé a quién despertaste cuando estrellaste la cabeza de Elspeth Spindle contra la pared». Ella lo miró fijamente a los ojos. «Y cuando regrese, ni siquiera una Carta de la Doncella podrá salvarte».

El miedo se reflejó en ese rostro perfecto y brutal. Sus dedos se apretaron alrededor del llavero. Elm contuvo la respiración, esperando otro golpe.

Que nunca llegó.

Hauth metió la mano en el bolsillo. «Linden», dijo, sin apartar la vista de Elm. «Devuélvele a Ione su Doncella».

El Paladín frunció el ceño, pero obedeció. Al tocar la Carta, liberando a Hauth de su magia, las familiares y crueles líneas de expresión reaparecieron en el rostro del Príncipe.

Linden deslizó la Tarjeta Rosa entre los dedos de Ione.

“Dale”, le ordenó Hauth.

La Guadaña no dejaba que Elm se volteara. Solo veía a Ione con el rabillo del ojo. Oía el ligero golpeteo de su dedo sobre la Doncella. Toc, toc, toc.

—Mejor así. —Hauth se apartó de Elm y, moviéndose con lentitud amenazante, se paró frente a Ione.

Sacó una daga de su cinturón.

A Elm se le revolvió el estómago. "¿Qué estás haciendo?"

«Un experimento.»

Ni siquiera le dio a Ione la oportunidad de hablar. Inclinó la cabeza con sarcasmo y dijo: «Lo intentaremos de nuevo, te lo prometo». Levantó su daga.

Y se lo clavó en el pecho hasta la empuñadura.

Ione dejó escapar un jadeo largo y ahogado. Su mano se quedó flácida en la de Elm y luego cayó fuera de su vista, fuera de su alcance.

Los límites del mundo se desdibujaron. El grito atrapado en la garganta de Elm se escapó de sus labios. Linden lo golpeó de lleno en la cara, pero él no dejó de gritar. Unas luces estallaron tras sus ojos mientras cada músculo de su cuerpo se tensaba para resistir la Tarjeta Roja.

La mano brutal de Hauth le obligó a girar la cabeza. "Ahora veamos cómo resiste la Tarjeta Rosa una puñalada mortal".

Había sangre por todas partes. Roja como las bayas de serbal, como la hoz. Roja en la ropa de Ione, en su piel y cabello, en el suelo de la habitación.

Había sobrevivido a la caída de la Casa del Huso. Así que la Doncella la había mantenido con vida. Ella también podía sobrevivir a esto. Tenía que sobrevivir.

Pero la sangre... esa sangre venía del corazón. Oscura. Definitiva. La clase de sangre que Elm vio en la cacería, cuando infligió una muerte rápida y limpia al ciervo.

La luz en los ojos color avellana de Ione se desvanecía. Abrió la boca, las lágrimas corrían por sus mejillas, el miedo se dibujaba en su rostro. Y Elm comprendió. Se había sentido así cuando Hauth la arrojó por la ventana de la Casa del Huso. Cuando estaba segura de que moriría. Solo que esta vez, Ione no miraba la luna con indiferencia, esperando a que el sueño eterno la reclamara.

Ella lo estaba mirando.

Sus manos estaban pálidas, del color de la nieve. Las acercó a la daga clavada en su pecho y, por un instante, se quedaron suspendidas sobre la empuñadura. Sus labios, de un gris apagado, se movieron, pero no salieron palabras.

—Déjala hablar —gritó Elm suplicante.

La risa de Hauth resonó por la sala. "No creo que lo haga".

Los ojos de Ione permanecieron fijos en Elm, profundos como dos pozos de avellano. Se sacó la daga del pecho y la dejó caer al suelo. Cerró los ojos.

Y dejó de moverse.

Veinte segundos.

Cuarenta.

Un minuto.

Hauth se aclaró la garganta con indiferencia y miró a la Doncella, que Ione aún aferraba entre sus dedos. «Al parecer, la Carta Rosa tiene sus límites, después de todo».

Dos minutos después, Ione seguía inmóvil. Elm gritaba tan fuerte que su hermano dio un salto, molesto. Lo empujó al suelo, lo pateó y volvió a saltar.

Una gota de sangre le goteó de la nariz. Sacó la guadaña del bolsillo y la desactivó de tres golpes. "Quieto", le ordenó a Elm. "O te arrepentirás."

Cuando la sal finalmente abandonó sus sentidos, Elm no oyó lo que decían Hauth y Linden. No le importó. Se arrastraba por el suelo ensangrentado, y todas sus fuerzas estaban concentradas en evitar que se rompiera el último hilo de esperanza que llevaba dentro.

Tomó suavemente la cabeza de Ione entre sus manos. No quedaba ni rastro de rubor en su rostro. "¿Espino?"

Nada.

Apretó su frente contra la de ella. "Por favor, Ione."

Cuando ella se quedó quieta, Elm cerró los párpados con fuerza y apretó los dientes. Pero ningún esfuerzo pudo detener las lágrimas ardientes que corrían por sus mejillas.

Entonces, como un aleteo de alas…

"Olmo."

Su cabeza se levantó de golpe.

Ione se movía. Primero, solo un dedo. Luego, una mano, que se posó sobre la herida de su pecho. Entonces, ese pecho se hinchó con una respiración profunda y jadeante. Sus párpados se agitaron, se abrieron, y Elm la miró a los ojos.

El calor había regresado a sus iris color avellana… la vida.

Elm la atrajo hacia sí con un sollozo desgarrador.

Mientras la abrazaba fuertemente contra su pecho, se preguntó amargamente si era ella quien miraba a la muerte a la cara, o él mismo.

Hauth y Linden se alzaban sobre ellos como dos nubes venenosas.

"Increíble", reflexionó el Paladín. "Una espada le atravesó el corazón, pero la Doncella la mantuvo con vida".

Hauth habló lentamente. «Invencibilidad». Su voz estaba llena de asombro. Codicioso.

Elm lo vio todo negro. No importaba que estuviera desarmado, desnudo y sin su guadaña. Miró a su hermano a la cara y dijo con determinación: «Te mataré por esto».

La puerta se abrió de golpe.

Filick Willow estaba en la puerta, con sus libros y sus perros, con los ojos abiertos como platos mientras contemplaba la escena. Hauth y Linden estaban junto a Elm e Ione. Sangre en el suelo. Vio los moretones que se formaban en el rostro de Elm, las lágrimas en sus ojos. «Perdóname, Príncipe», dijo. «Debería haber llamado más fuerte».

Olmo habría besado el suelo que pisaba. Señaló a Ione, aferrada a sus brazos. "Llévala", dijo con la voz entrecortada. "Ayúdala".

Cuando Filick entró en la habitación, Hauth se irguió en toda su estatura. «No se requiere su presencia, médico».

Los perros gruñeron. Filick los calmó con mano firme. «Príncipe Hauth. Usted... usted desapareció de su habitación. Tocamos el timbre».

—Lo oí. —Hauth hizo girar la guadaña entre sus dedos regordetes—. Como puedes ver, nadie me sacó de la cama. Estoy bien. Puedes irte.

Filick no se movió. Tenía la mirada fija en Ione. «Ha perdido mucha sangre».

"Lo sé."

Pasos pesados resonaron en el pasillo. Inmediatamente después, el Rey irrumpió en la habitación, apartando a Filick y pisoteando la sangre

de Ione en su prisa por llegar a Hauth. Abrazó a su hijo mayor y dijo con voz entrecortada: «Hijo mío. Estás vivo».

Elm miró el pecho de Ione, donde aún se cubría la herida con la mano. "Déjame ver", susurró.

Lentamente, a regañadientes, la niña retiró la mano. La había apretado con tanta fuerza que sus uñas habían dejado marcas en la piel.

La herida se estaba reduciendo. Ahora era la mitad del tamaño de la hoja que la había causado. La Doncella, aún aferrada en la otra mano de Ione, la estaba curando.

Elm puso los ojos en blanco y agradeció al Rey Pastor con todo su corazón por su horrible y maravillosa Tarjeta de la Doncella.

La mano de Ione le tocó la manga. «Creí haber atravesado el velo. Cabalgaba por el bosque, con los tobillos llenos de barro». Una leve sonrisa se dibujó en sus labios exangües. «Contigo».

Elm hundió la cara en su cuello. "Algún día. Pero primero, quiero pasar cien años contigo."

La voz del Rey resonó por encima de ellos. "¿Cómo sucedió?", preguntó conmovido, colocando una mano callosa sobre la mejilla de su hijo.

La voz de Hauth no delataba emoción alguna. Le dio una palmadita a su padre en el hombro. «He oído que has estado organizando banquetes. Organiza uno en mi honor y te lo contaré todo».

Capítulo cuarenta y uno
Ravyn

El intercambio final tendrá lugar en un lugar doloroso. Un lugar eterno, donde se derramó sangre inocente. No hay espada que pueda salvarte, ni máscara que pueda ocultarte. Con los Alisos Gemelos regresarás...

Pero nunca abandonarás ese lugar.

Ravyn oyó un crujido. El Espíritu del Bosque encorvó sus anchos hombros, azotó la cola y clavó las garras en la arena. Sus orejas eran largas y puntiagudas, y al sonreír, sus labios revelaban dientes cortos y afilados, como colmillos.

No era ni humano ni animal, sino algo intermedio, similar al monstruo representado en la Carta de la Pesadilla, excepto que sus ojos eran plateados. Los fijó en Ravyn sin pestañear. Luego giró las puntas de sus garras hacia sí mismo...

Y se los metió en el abdomen.

Un hilillo de sangre plateada le corría por el pelaje, derramándose sobre la arena. El mar se la tragó, voraz.

Ravyn observó la escena con los ojos muy abiertos y horrorizado.

El Espíritu suspiró y la hemorragia se detuvo. Se hundió el estómago, como si toda esa sangre hubiera removido algo en su interior. Cuando su mano reapareció, bañada en plata, entre sus garras sostenía algo pequeño, rectangular, con un borde verde esmeralda.

La Duodécima Carta de la Providencia. La Carta de los Alisos Gemelos.

Las garras del Espíritu se abrieron.

"Él quiere que lo uses", dijo Pesadilla, desde detrás de Ravyn.

Ravyn bajó a Jespyr, aún inmóvil, sobre la arena y se puso de pie con dificultad. "¿Qué pasará cuando lo golpee?"

«Un encuentro de mentes.»

"¿Como con la Pesadilla?"

"No lo sé. Nunca he usado la tarjeta Twin Alders".

"¿Qué pasa si lo uso demasiado tiempo?"

La Pesadilla bajó la voz. «Perderás la noción del tiempo».

Ravyn miró al Espíritu a los ojos. Eran plateados, grandes y sin pupilas. Se estremeció y extendió la mano para tocar el borde aterciopelado de la Carta de los Alisos Gemelos. Pero cuando intentó arrebatársela, las garras del Espíritu la apretaron como un torno.

Ravyn gritó. Al encontrarse de nuevo con esa inquietante mirada plateada, comprendió. El Espíritu no le había ofrecido la Carta, solo el uso de ella.

Había un último intercambio por hacer.

Ravyn aflojó el borde de terciopelo. "No pretendo robarlo".

Las garras del Espíritu se retrajeron, dejando una serie de rasguños rojos en su piel. Cuando Ravyn volvió a extender la mano, lo hizo con un dedo tembloroso. Por un instante, se quedó suspendido sobre la Carta perdida de quinientos años de antigüedad. Cerró los ojos, respiró hondo y tocó los Alisos Gemelos.

Una vez.

Dos veces.

"Elige tus palabras con cuidado", le advirtió la Pesadilla. "Podrían ser las últimas".

Tres veces.

El viento onduló la superficie salada del mar y sopló en el rostro de Ravyn, cegándolo. El Espíritu habló una vez más con su voz profunda y tormentosa. «Te he observado en la niebla, Ravyn Yew. He probado tu sangre. Te he despojado de tu armadura de piedra». Su mirada se desvió de él hacia la Pesadilla. «Has emprendido este viaje al corazón de mi bosque siguiendo el bastón del Rey Pastor, como un cordero camino del matadero».

Ravyn apretó la mandíbula. "No soy un cordero."

Sus ojos plateados lo atravesaron, leyendo hasta el alma. «Sin embargo, estás decidido a morir como un cordero el próximo Solsticio».

Tras ellos, la Pesadilla emitió un siseo agudo. "¿Qué está diciendo?"

Cuando Ravyn volvió a mirar los ojos amarillos de la Pesadilla, supo de alguna manera que él también estaba mirando a Elspeth. «Debes saber», dijo, «que jamás habría permitido que el Rey derramara la sangre de la Señorita Spindle para reparar la Cubierta».

La Pesadilla guardó silencio un buen rato. Entonces, con una voz tan suave que parecía el murmullo de las olas en la orilla, dijo: "¿Estarías dispuesta a derramar tu sangre en lugar de Elspeth? ¿En mi lugar?"

Ravyn irguió los hombros y respondió con la convicción suficiente para abarcar los quinientos años de la Pesadilla. "Sí."

Se giró hacia el Espíritu del Bosque. «La sangre es el precio para reunir el Deck. Para disipar la niebla y curar la infección. Tu precio. Y lo pagaré con gusto. Moriré con gusto. He estado muriendo lentamente desde que Emory enfermó». Se le hizo un nudo en la garganta. «Desde que Elspeth desapareció, he muerto diez veces. Y ahora tu niebla se ha llevado a mi hermana. Así que no me hables de precio, Espíritu». Su

mirada se posó en la Carta de los Alisos Gemelos que sostenía en sus garras. «Me iré de aquí con esa Carta. O no me iré».

Los labios del Espíritu revelaron sus dientes afilados. Inhaló, y el chapoteo del agua en la orilla desapareció, como si la hubiera absorbido.

Todo era silencio.

El Espíritu observó a Ravyn con sus ojos plateados y fijos, y luego saltó, aferrándose con fuerza a su mano. Con una fuerza increíble, lo arrastró lejos de la playa, hacia el mar helado. Ravyn solo pudo lanzar una última mirada a la Pesadilla y a Jespyr, y entonces el Espíritu lo empujó bajo el agua, y la marea salada lo tragó.

Cuando Ravyn abrió los ojos, no estaba bajo el agua; ni siquiera estaba mojado. Estaba en un campo nevado. Jespyr y la Pesadilla se habían ido. Estaba solo con el Espíritu del Bosque.

Sobre él, los pájaros cantaban. No era el graznido de cuervos, sino el suave trino de los ruiseñores. Las alas revoloteaban sobre el prado nevado. Cuando Ravyn levantó la vista, se quedó boquiabierta de asombro.

Era claramente invierno. Pero Ravyn nunca había visto una luz tan clara, un cielo tan azul, completamente despejado de niebla. Su belleza era asombrosa.

"¿Dónde estamos?"

“Hace ochocientos años”, fue la respuesta disonante del Espíritu.

"¿Por qué?"

El Espíritu le soltó la mano y comenzó a caminar por la nieve, altivo. «El tiempo es irrelevante para la magia. Recorro los siglos como si fueran mi jardín». Miró a Ravyn por encima del hombro. «La vida humana es corta. No eres como un árbol, inmóvil e inquebrantable, sino como una mariposa. Delicado, efímero. Irrelevante».

Ravyn negó con la cabeza. Cordero, mariposa. En el Antiguo Libro de los Alisos, el Rey Pastor no había llamado al Espíritu del Bosque ni amigo, ni enemigo, ni pariente. Podría haberse ahorrado la tinta y haberlo descrito como realmente era. Un completo imbécil.

La criatura movió la cola como si le leyera la mente. Abrió las garras. Junto a los Alisos Gemelos, once Cartas de la Providencia más habían aparecido en su palma. Flotaron ante Ravyn y comenzaron a girar, suspendidas en el aire, siguiendo los lentos movimientos del dedo del Espíritu. «Las Cartas. La niebla. La sangre», dijo la criatura. «Todas están interconectadas en un delicado equilibrio, como un lienzo de seda».

"Entonces serías la araña."

El Espíritu sonrió. «El Rey Pastor era inteligente, poseía una imaginación vívida. Un alma común no podría haber ideado una Baraja tan variada y compleja. No conocía virtud ni amor más grande que su deseo por estas Cartas». Chasqueó los dedos, y las Cartas volvieron a caer en sus garras. «¿Tú también eres así, Ravyn Yew?»

Elige tus palabras con cuidado. Podrían ser las últimas.

Ravyn respiró hondo. «Soy un ladrón. Un mentiroso. La mayoría de la gente consideraría que mi virtud es insuficiente».

"¿Y tu amor?"

A Ravyn se le encogió el pecho. Sabía lo que vería si cerraba los ojos. Los rostros de sus padres, encorvados, leyendo en silencio junto a la chimenea de la biblioteca. Elm, Jespyr y Emory cabalgando por el bosque. Elspeth sentada frente a él a la mesa en el Castillo Yew, con las mejillas sonrojadas, sonriéndole tras una taza de té. «Sí, tengo un poco de amor».

Otro chasquido de los dedos del Espíritu, y la Baraja desapareció. Solo la Carta de los Alisos Gemelos quedó en sus garras. «Entonces te haré una ofrenda. Déjame esta Carta y salvaré a tus seres queridos. Tu hermano y tu hermana sanarán de la infección. Elspeth Spindle será liberada por el Rey Pastor, en cuerpo y mente». Pasó una garra por la nieve. «Y el Príncipe Rowan se salvará de un destino catastrófico casi seguro».

Los pájaros seguían piando, el sol aún le daba en el rostro, pero Ravyn sintió un escalofrío. El único sonido que realmente podía oír era el latido de su corazón. "¿De qué destino debería salvarse?"

El Espíritu simplemente lo miró con esos ojos imperturbables.

«Antes de aceptar, me gustaría estar informado.»

Su única respuesta fue el silencio.

El temblor persistente en las manos de Ravyn se intensificó. «Entonces no tengo elección: debo salvarlos yo mismo el próximo Solsticio. Con la Carta de los Alisos Gemelos».

El pelaje oscuro y los ojos grandes e inexpresivos dificultaban discernir las emociones en el rostro del Espíritu del Bosque. Pero por el breve movimiento de sus orejas y el latigazo de su cola, Ravyn intuyó que no estaba satisfecho con su respuesta.

—Hablaste de mí una vez —murmuró—. Caminabas por la Selva Negra antes de emboscar el Pino Wayland para robar la Carta de la Puerta de Hierro. Ibas a la cabeza del grupo, pero tenías la mirada vuelta hacia Elspeth Spindle.

Ravyn frunció los labios. "Sí, lo recuerdo."

Le dijiste: La magia es variable, como el flujo y reflujo de la marea. Creo que el Espíritu es la luna que controla la marea. Nos atrae hacia sí, pero también nos libera. No es ni bueno ni malo. Es magia… equilibrio. Eterno.

El viento en el campo nevado empezó a soplar con más fuerza. La voz del Espíritu del Bosque se hizo más fuerte. «Ojalá todo Blunder creyera lo mismo. Así que, Ravyn Yew, mi segunda ofrenda para ti es el trono».

Ante el silencio de Ravyn, un atisbo de ira se asomó a su voz. «Tienes madera de gran rey. Moderado, cuidadoso. Respetuoso del equilibrio. No tendrás que volver a la Roca ni inclinarte ante tu tío... Ya no tendrás que mentir, robar ni fingir. Encuentra tu virtud, crea tus propias reglas». Señaló la Carta que sostenía en sus garras. «Déjame los Alisos Gemelos y te nombraré Rey del Desacierto en lugar de Quercus Rowan».

"No tienes el poder para hacer eso."

De repente, la distancia entre ellos se redujo. Los ojos plateados del Espíritu del Bosque se encontraron con los suyos, sus garras presionándose contra su pecho.

—¿Estás aquí, hace cientos de años, y me hablas de poder? —El olor a sal lo inundaba todo—. El Rey Pastor nació con fiebre porque así lo decidí. Sus hijos recibieron de mí el don de la magia. Brutus Rowan usurpó el trono porque no intervine. Los reyes y los monstruos pueden moldearse, las mariposas pueden aplastarse. Todo lo que conoces, lo creé yo. Soy Blunder: su infección, sus árboles, su niebla. Reboso de magia.

—Y aun así, negocias con una mentirosa y una ladrona, solo para mantener el orden. —Ravyn se inclinó hacia el Espíritu, dejando que las puntas de sus garras se clavaran con más fuerza en su pecho—. Eres eterno. Y eres mágico. Pero sé, como tú, que la magia es la paradoja más antigua. Cuanto más poder te da, más te debilita. El Rey Pastor me lo enseñó.

Un gruñido profundo y gutural resonó en la garganta del Espíritu, quien retrocedió. "Entonces, ¿estás decidido a ignorar mi generosidad y recuperar la Carta de los Alisos Gemelos?"

"No tengo ambición de ascender al trono."

“Tal vez deberías”, dijo el Espíritu, irritado.

Ravyn no se rindió. «El tiempo es oro, Espíritu. Dime qué quieres a cambio de los Alisos Gemelos. Me gustaría ir a casa».

El Espíritu entrecerró sus ojos plateados y se pasó la lengua oscura por las puntas de los dientes. «Entonces responde a esta pregunta». Respiró hondo. «El cuervo tiene tres cabezas: Bandido, Paladín y otra. Antiguo, heredado de tus ancestros. Dime, Ravyn Yew, después de tu largo paseo por mi bosque... ¿por fin sabes tu nombre?»

Un recuerdo afloró en la mente de Ravyn. Había oído esas palabras antes. Emory se las había susurrado en la Roca.

—Este es mi precio —continuó el Espíritu. Una sonrisa se dibujó en sus labios—. Mi trato. Si respondes correctamente, te concederé la última Carta de la Providencia. Si no, la conservaré. —Sus garras se

cerraron sobre los Alisos Gemelos—. Tu nombre, Ravyn Yew. Dime tu nombre.

El acertijo sacudió la mente de Ravyn, dejándole una sensación de consternación. Se sintió como cuando jugaba al ajedrez con Elm. Como si el simple hecho de estar allí ya hubiera sellado su derrota.

"Me ofreciste dos cosas", dijo lentamente. "Las rechacé. En nombre del equilibrio, pido dos pistas".

“Te diré lo que le dije al Rey Pastor cuando vino aquí, hace mucho tiempo.” El viento empezó a soplar con más fuerza y su voz se alzó. “Los Doce se invocan unos a otros cuando la luz se desvanece, cuando los días son cortos y el Espíritu está en su máximo esplendor. Invocan a la Baraja, y la Baraja los invoca a ellos. Reúnannos, dicen, y la oscuridad se disipará. En el árbol que lleva el nombre del rey, con la sangre negra de la sal, las doce Cartas, juntas, acabaremos con el mal. La niebla se dispersará de las montañas al mar. Nuevos comienzos… nuevos finales…”

“Pero habrá un precio que pagar”, concluyó Ravyn.

—El día del Solsticio —dijo el Espíritu, mirándolo con ojos implacables—, la Baraja se reunirá bajo el árbol que lleva el nombre del Rey. Ese árbol no es un serbal. Esta es tu primera pista.

Ravyn tamborileó con los dedos sobre la empuñadura de marfil de su cinturón. "¿Y el segundo?"

—No te lo diré con palabras. —La sonrisa del Espíritu era pura dientes—. Te lo mostraré.

El mundo se inclinó. Cuando se enderezó, Ravyn y el Espíritu seguían en el prado, rodeados de nieve. Solo que ahora estaban a la sombra de unos tejos.

Al borde del prado había una habitación de piedra con una única ventana oscura.

Ravyn se giró, buscando las torres del Castillo Yew tras los árboles. No estaban allí. Otro castillo se alzaba ante él.

Un castillo que sólo había visto en ruinas.

"¿Hasta dónde en el pasado nos encontramos?"

"Hace quinientos años. No nos verán ni nos oirán." El Espíritu del Bosque señaló el edificio con una garra nudosa. "¿Entramos?"

El castillo bullía de actividad. Los músicos afinaban sus instrumentos. Los sirvientes corrían por los pasillos y subían las escaleras con bandejas de plata rebosantes de comida, mientras niños de cabello oscuro corrían entre ellos, robando rebanadas de mollejas y fruta confitada. Ramitas de acebo y muérdago adornaban cada puerta. Cintas de terciopelo rojo, verde y amarillo adornaban los brazos de hierro de los candelabros.

Ravyn se dio cuenta de que era el solsticio.

Cinco largas mesas llenaban el salón de honor, y los bancos estaban llenos de cortesanos bebiendo y riendo. Al fondo de la sala, no había

una plataforma elevada, sino un trono de madera construido con gruesas ramas entretejidas.

Un hombre se sentó en él.

No participó en las celebraciones. No habló con nadie, con el rostro inclinado sobre un libro abierto en su regazo. El Antiguo Libro de los Alisos.

Su piel cobriza estaba surcada de profundas arrugas. Su rostro era anguloso, su boca severa. Tenía una nariz larga y aguileña. Al levantar la vista, Ravyn vislumbró sus ojos.

Eran amarillos.

"Eso es…"

“El Rey Pastor, en carne”, susurró el Espíritu.

Llevaba una corona en la cabeza que enredaba su cabello oscuro y ondulado. Un círculo dorado que parecía un entrelazamiento de ramas y hojas nudosas.

Ravyn ya había visto esa corona en la cámara de piedra al borde del prado, quinientos años después.

Mantuvo la mirada fija en el Rey Pastor. Parecía un sueño ver el rostro tras esa voz, esos susurros esquivos, esos gruñidos y silbidos irritantes. Pero si bien esa era la huella del monstruo, esto... esto era sin duda un hombre.

Había algo extrañamente familiar en su rostro. Pero antes de que Ravyn pudiera descifrar qué era...

El humo llenó el aire.

Se filtraba por todas las puertas, denso y sofocante. Los cortesanos huyeron de sus puestos, y mil gritos resonaron por la sala mientras se pisoteaban en su apresurada huida. Los guardias del castillo abandonaron sus puestos para guiar a hombres, mujeres y niños asustados fuera del castillo. El Antiguo Libro de los Alisos cayó del regazo del Rey Pastor, y este comenzó a levantarse...

Pero una mano enguantada se lo impidió.

Un hombre emergió de detrás del trono. Su cuerpo era corpulento, sus rasgos angulosos, con profundos surcos en la frente. En la otra mano, sostenía dos Cartas de la Providencia: el Caballero Negro y la Guadaña.

La sangre goteaba lentamente de su fosa nasal izquierda, manchándole el labio superior. Pero Ravyn solo podía ver sus ojos. Verdes, como los de su tío. Como los de Hauth y Elm.

Bruto Rowan.

Guardó las cartas en el bolsillo, se inclinó sobre el trono y se dirigió al Rey con palabras que Ravyn no pudo oír. Buscó su cinturón y sacó una daga...

Y se lo metió entre las costillas al Rey Pastor.

Hombres con capas negras irrumpieron en la habitación llena de humo, con la mirada perdida, fija en Brutus Rowan. «Encuentren a su

hija», les ordenó. «No dejen que lo cure. Luego traigan a los otros niños».

El Rey Pastor se puso de pie, golpeándose la nuca con la mandíbula de Bruto. Un grito desgarrador llenó la habitación.

Ravyn tosió por el humo y se frotó los ojos. Cuando los abrió, el Rey Pastor y Brutus Rowan ya no estaban.

"Ven", dijo el Espíritu del Bosque, agarrándole la mano con sus garras. "Ya casi está terminado".

Ella lo condujo afuera. Ya era de noche. El cielo estaba negro, la luna creciente oscurecida por el humo. Llamas anaranjadas lamían las torres del castillo mientras los últimos cortesanos huían gritando en la noche.

Todo el cuerpo de Ravyn se tensó mientras el Espíritu del Bosque lo guiaba por el prado. Sabía adónde se dirigían. Había recorrido esos escalones miles de veces. La cámara del Rey Pastor.

Así como su tumba.

“No sé si podré soportarlo.”

La cola del Espíritu se movió rápidamente por el aire lleno de humo. "¿Quieres que pare?"

Unas figuras los adelantaron corriendo, huyendo a través de la nieve. El Rey Pastor, seguido de cuatro niños. En sus brazos estaba Tilly. Por la forma en que sus extremidades y cuello colgaban flácidas, y por sus ojos, abiertos y ciegos, Ravyn supo que estaba muerta.

Corrieron hacia la cámara de piedra dejando un rastro de sangre en la nieve.

A Ravyn le temblaban las manos. "¿Todos van a morir, verdad?", preguntó.

La voz del Espíritu del Bosque no transmitía amor, odio ni compasión. «Sí».

Cuando el Rey Pastor y sus hijos llegaron a la cámara de piedra y desaparecieron por la ventana, el Espíritu invitó a Ravyn a entrar.

La habitación quedó sumida en la oscuridad. Pero el resplandor de las llamas del castillo se filtraba por la ventana, revelando una silueta en un rincón. La silueta de un hombre.

Brutus Rowan. Al acecho.

Llevaba una capa dorada, bordada con el emblema del serbal. Con un golpe rápido y brutal, desarmó al Rey Pastor y le quitó la espada de una patada.

“Los árboles no pueden ayudarte ahora”.

El Rey Pastor bajó a Tilly y se plantó entre Bruto y sus hijos. «No sabía que el Espíritu se llevaría a Ayris. No quería que muriera».

—No te creo. Eres un mentiroso, amigo mío. La magia te ha transformado en un loco sin alma... te ha vuelto irreconocible. —Le apuntó con la espada al pecho—. Ya no eres apto para gobernar.

"¿Entonces quieres tomar mi trono? ¿Matar a mis hijos?"

Brutus tensó la mandíbula. "Me duele mucho. Perder tu amistad me dolió. Perder a Ayris me dolió. ¿Pero recuerdas lo que me dijiste una vez?" Su mano se tensó alrededor de la empuñadura. "Comandar la Guadaña es comandar el dolor. ¿Qué sentido tiene comandar un reino comparado con eso?"

Los soldados irrumpieron en la cámara. Eran once, cada uno blandiendo un Caballo Negro.

—Dime dónde encontrar la Carta de los Alisos Gemelos —dijo Brutus más alto, ahora que contaba con el apoyo de sus hombres—. Haré lo que tú no pudiste. Disiparé esta maldita niebla.

El Rey Pastor colocó la mano donde lo habían apuñalado. Al retirarla, estaba cubierta de sangre. Se tambaleó y una risa escapó de su boca. «No».

Bruto saltó hacia adelante como un cazador. Y como el Rey Pastor seguía negándose a ceder, lo agarró por el cuello y lo estrelló contra la piedra...

Y hundió su espada en el pecho.

Los niños gritaron, pero el Rey Pastor no emitió ningún sonido, salvo un siseo largo y profundo. Se desplomó en el suelo, con la corona deslizándose de su cabeza. Extendió una mano ensangrentada hacia sus hijos.

—Te encontraré al otro lado del velo —murmuró. Entonces su mirada se volvió hacia Brutus. Amarilla, cruel...

Infiniti.

Incluso muerto, no moriré. Soy el pastor de la sombra. El espectro del terror. El demonio del sueño. La pesadilla del horror.

Yacía allí, sangrando en el suelo desnudo. Nunca más se movió.

Brutus lo miró, mostrando los dientes y con lágrimas en los ojos. Al enjugárselas, su mirada era gélida. Golpeó su guadaña tres veces. «Mátenlos», ordenó a los hombres que estaban detrás de él.

Ravyn se abalanzó sobre él, pero cayó atravesando su cuerpo.

—Espera —dijo la voz tempestuosa del Espíritu—. Mira.

Mientras los gritos llenaban el aire, Brutus saltó de la habitación. Ante él se alzaba el infierno negro y naranja del castillo en llamas.

En el prado, enmarcado por el fuego y el humo, había un niño.

Se parecía a su padre. Alto, cabello oscuro, rasgos angulosos. Nariz aguileña. La única diferencia eran sus ojos, que no eran amarillos...

Pero gris.

—Traidor —gruñó. Sacó una espada de su cinturón—. Te mataré por lo que has hecho.

—No, no lo harás. —Brutus blandió la Tarjeta Roja y la sostuvo ante él—. Ahora caminarás hacia mí, Bennett. Y, al igual que tu padre, sentirás mi espada en el estómago.

El niño palideció. Pero no se movió.

La voz de Bruto se hizo más fuerte. "Ven aquí."

Bennett ladeó la cabeza. Sus ojos se posaron en la Guadaña. "No."

Bruto empezó a gritar. Avanzó. Se enfrentaron, y en tres golpes, el hombre, mucho más corpulento, le arrebató la espada de la mano al chico. Levantó la hoja para asestar el golpe final.

Pero Bennett se acercó rápidamente y le arrebató la guadaña de entre los dedos. Entonces, como si no fuera más que un trozo de papel y terciopelo, tomó el indomable papel rojo y le sonrió a Brutus...

Y lo partió en dos.

Brutus abrió mucho los ojos. Se tambaleó hacia atrás y volvió a alzar la espada. Pero antes de que la hoja pudiera golpearlo, Bennett metió la mano en el bolsillo. Sacó una Carta Espejo...

Y desapareció.

El mundo cambió.

Ravyn y el Espíritu se encontraron en un callejón inmundo de la ciudad. Vieron a Bennett, con la capucha puesta sobre el rostro, mendigando comida. Lo vieron unirse a una compañía de bandidos en el bosque y atacar un convoy de carruajes. Vieron a los Paladines patrullando las calles, mientras que carteles toscamente dibujados con el rostro del chico decoraban postes en Blunder.

Vieron a Bennett, ya adulto, abrazar a una mujer de cabello negro ondulado y ojos marrones. Los vieron pronunciar sus votos matrimoniales bajo árboles altos y retorcidos.

La visión terminó donde comenzó, en el prado.

Los árboles que rodeaban la cámara de piedra del Rey Pastor eran imponentes. Eran lo único que quedaba intacto tras el incendio. Vieron a Bennett caminando, encorvado por la edad, entre las ruinas. Entró en la cámara y derramó su sangre sobre la piedra.

La ranura se abrió y colocó las Cartas de la Pesadilla y el Espejo dentro. «Ten cuidado, padre», susurró. «Ten cuidado. Sé bueno».

Luego desapareció.

Ravyn y el Espíritu del Bosque se encontraron solos nuevamente, con la nieve a sus pies.

Por primera vez desde que el Rey Pastor había poseído el cuerpo de Elspeth, las manos de Ravyn no temblaban. Permaneció inmóvil, mientras quinientos años de historia lo envolvían.

—Ese chico —murmuró—. Bennett. La Guadaña. ¿La destruyó?

"Se crearon cuatro guadañas", respondió el Espíritu. "Sin embargo, nadie ha visto jamás a los Rowan usar más de tres".

Pero las Cartas de la Providencia son eternas. Su magia no se desvanece. No se deterioran con el paso del tiempo. No pueden ser destruidas. El Rey Pastor lo declaró.

"Y él, como tú, es sin duda un mentiroso." El viento susurraba entre las ramas. "Se te acabó el tiempo, Ravyn Yew", dijo el Espíritu. "Quiero tu respuesta ahora. Dime... ¿cómo te llamas?"

A Ravyn se le hizo un nudo en la garganta. Dejó que su mirada vagara por el prado, hasta las copas de los árboles. Árboles a los que él, Jespyr y Emory habían trepado de niños.

Igual que Tilly mientras esperaba a su padre.

Una nube de vapor brotó de su boca al tocar el aire frío. Había sido tan obstinado en seguir adelante, siempre adelante, que nunca había considerado el pasado. Pero ahora el pasado se le había revelado. Había quedado al descubierto ante él.

Las ramas representadas en la corona del Rey Pastor y en los grabados de la empuñadura de su espada. La espada que blandía en el aire para mover los árboles. Un nombre susurrado contra un tronco nudoso.

Un nombre antiguo. Para un árbol antiguo y retorcido.

El rostro del Rey Pastor. Los ojos grises de su hijo Bennett.

La Guadaña no tenía poder sobre él. Al igual que no tenía poder sobre Ravyn.

No soy como tú en absoluto, parásito.

Sí, de hecho. Más de lo que imaginas.

Ravyn sostuvo la mirada plateada del Espíritu del Bosque. Cuando finalmente habló, supo con cada fibra de su ser que sus palabras eran ciertas. «Taxus. Me llamo Taxus».

Capítulo cuarenta y dos
Olmo



De todas las personas reunidas en el salón de honor, el monstruo era el que tenía el aspecto más agradable.

Hauth ocupaba el asiento que le correspondía, luciendo un jubón dorado ribeteado de piel de zorro blanco. Jugueteaba con el amuleto de crin de caballo que llevaba en la muñeca y no sonrió, pero su risa resonó al aceptar los cumplidos de los cortesanos. No mencionó la Carta de la Doncella que Ione le había devuelto, ni atribuyó su repentina recuperación a nada más que a sí mismo. Sin embargo, no cabía duda de que la estaba usando. Su rostro era demasiado perfecto, su expresión demasiado distante.

Levantó su copa por quinta vez, en un brindis fingido por el temple y la salud de los Rowan, y bebió.

Mientras tanto, mantuvo a Elm sometido con su guadaña.

Relegado a un rincón del estrado, nadie le prestó atención al segundo hijo. Ahora que el Príncipe Heredero había regresado, despertaba poco interés en la corte de Blunder, y los recientes moretones en su rostro eran aún más motivo para no mirarlo.

Hauth se sentó junto al Rey de ojos rojos, Ione en su lugar habitual a su otro lado. Linden deambulaba con los brazos a la espalda. La satisfacción brillaba en su rostro, ahora sin imperfecciones.

A Elm le palpitaban las sienes. No podía oír las palabras que Hauth le susurraba al Rey. Pero por la forma en que el rey abrió los ojos de par en par, era evidente que habían captado su atención. Quizás le estaba hablando de los impredecibles efectos de la Carta Rosa.

Elm no los miró mucho tiempo. Sus ojos solo estaban puestos en Ione. Llevaba otro de esos horribles vestidos grises. Esta vez, Hauth la había obligado a ponérselo. No le había dado tiempo a lavarse la sangre de la herida en el pecho, y el vestido era el único lo suficientemente alto como para ocultar la mancha roja en su piel.

Permanecía rígida, con la mirada nublada por la orden que Hauth le había dado con su guadaña. Probablemente, quedarse allí, quieta y en silencio. Nadie le preguntó por qué estaba tan pálida, ni por qué parte de su cabello, recogido en la nuca, estaba manchado de sangre. Al igual que Elm, atraía pocas miradas.

Cuando la fila de aduladores se extinguió, Hauth tomó la copa y se puso de pie. La voz de Baldwyn resonó: «El legítimo heredero del trono, Hauth Rowan, Príncipe Heredero, Futuro Gobernante de la Desavenencia, Paladín y Guardián de las Leyes».

El ruido de las sillas resonó por todo el salón y pronto todos los cortesanos estaban de pie, con los ojos fijos en su perfecto Príncipe Rowan.

La sonrisa de Hauth no se extendió por sus ojos. «Como Príncipe Heredero y Paladín, mis días están dedicados al deber. Mi tarea es defender a Blunder de la infección, y puedo enorgullecerme de hacerlo bien, de acuerdo con las leyes de mi padre y sus órdenes». Apoyó una mano en el respaldo de la silla de Ione. «Incluso acepté casarme para que mi padre pudiera añadir la esquiva Carta de la Pesadilla a su colección. Para que un día, Quercus Rowan pueda finalmente recomponer el Deck y disipar la niebla».

Hauth le pasó un dedo por la nuca a Ione. Parecía un gesto cariñoso, pero Elm lo entendió.

Una amenaza.

—Me han herido —continuó Hauth—. Mucho. No sabía lo plena que era mi vida hasta que casi la pierdo. —Se giró hacia el Rey, que lo observaba absorto—. Y ahora que estoy curado, hay cosas, además del deber y el honor, que ya no quiero dar por sentadas. —Puso una mano sobre el hombro de su padre—. Los lazos familiares, por ejemplo.

Un murmullo de aprobación se extendió por la sala.

"Me alegra", continuó Hauth, con un tono sombrío en los tonos más graves de su voz, "saber la amabilidad con la que has recibido a mi hermano en mi ausencia". Su mirada se dirigió a Elm. Cuando la sangre le subió a la nariz, se la secó antes de que nadie pudiera verlo. "Ven, Renelm, únete a nosotros. Llena nuestras copas. Brindemos juntos".

Elm sintió la sal apuñalarlo de nuevo. Linden se acercó y le puso una copa y una garrafa de vino en las manos. Elm intentó mirar a Ione, pero la Guadaña lo obligó a avanzar hasta el centro del estrado, rígido.

Hauth señaló con la mirada la copa vacía del Rey. "Llénala."

Elm inclinó la jarra y el vino se vertió en la copa de su padre. Hauth esbozó una sonrisa. «Por la familia», dijo en voz alta, alzando la copa.

Toda la sala respondió al unísono: “A la familia”.

Elm no bebió, incapaz de hacer nada más que quedarse quieto y respirar. Cuando el Rey vació su copa, la sonrisa en los labios de Hauth se ensanchó. Les dio la espalda a la habitación y miró a Elm y al Rey. "Hablando de familia", dijo en voz baja, para que solo ellos pudieran oírlo, "tengo entendido que Ravyn y su banda regresarán pronto. Junto con la mujer que me atacó". Su mirada se posó en su padre. "Una mujer que debería estar muerta. O pudriéndose en una celda".

El rey Rowan se irguió en su asiento. Un rubor le subió por el cuello. «Elspeth Spindle posee conocimientos antiguos. Necesito que

encuentre los Dos Alisos».

—¿Conocimiento antiguo, eh? —murmuró Hauth en su taza—. Eres un bruto y un borracho, padre. Pero nunca pensé que fueras un tonto.

El rubor del Rey se extendió por su rostro. «Hauth». Su voz era un rugido... una advertencia.

Pero el Príncipe continuó hablando en voz baja, inclinándose hacia adelante. «Toda tu vida has aspirado a encontrar la Carta de los Alisos Gemelos, a disipar la niebla, a curar la infección. Cuando en realidad son ellos —la niebla, la infección— los que alimentan el trono. La gente teme a la niebla. Temen a los Médicos y Paladines que llegan a sus puertas para erradicar la infección. En quinientos años, nadie ha desafiado a un Rowan por miedo. Y ahora, le has dado a Ravyn Yew una forma de destruir todo eso. Para empeorar las cosas, tu amado Capitán infectado regresa con algo más que la Carta de los Alisos Gemelos». Su boca se tensó en una fina línea. «Regresa con el maldito Rey Pastor en persona».

El rey estalló en una tos violenta y estrangulada.

—Y serás tú, hermano —dijo Elm apretando los dientes—, quien tendrá que enfrentarse a ellos cuando lleguen.

"Por eso tú y Ione Hawthorn están aquí, Renelm. Nunca los quise a ninguno de los dos... pero serán excelentes monedas de cambio." Hauth rió para sí mismo. "Esperemos que el fuego de tu pasión incipiente no se apague en prisión."

La copa del rey se estrelló contra el estrado. El anciano emitió un sonido ahogado y sus dedos regordetes y ásperos se buscaron la garganta. Tenía la cara roja y enrojecida. Tenía los labios morados. Tenía los ojos inyectados en sangre. Intentó agarrar la manga de Hauth. «A-ayúdame...», jadeó con voz gorgoteante.

—¿Qué pasa? —Elm miró la botella que Linden le había puesto en la mano, luego la copa vacía de su padre, donde había estado el vino que había vertido momentos antes. Su mirada se dirigió a Hauth—. ¿Qué has hecho?

Las cabezas comenzaron a girar. Algunos cortesanos se levantaron de sus asientos, mientras que otros permanecieron inmóviles, con la atención fija en el estrado.

Hauth respiró hondo. "Ignoren al Rey", dijo en voz baja.

El rey Rowan tosió violentamente. Tenía los ojos desorbitados y echaba espuma por la boca. Nadie se movió para ayudarlo. Ni sus sirvientes, ni los Paladines… ni Baldwyn, ni los señores y damas de Blunder que habían acudido en masa a la Roca para participar en sus banquetes. Su reputación, su ascendencia Rowan, lo habían convertido en el gobernante que era. Y ahora, mientras se asfixiaba, muriendo ante sus ojos…

Ni siquiera lo miraron. La Guadaña de Hauth obligó a todos a negarle su atención.

El Príncipe Heredero observó a su padre jadear con fría indiferencia mientras sus fosas nasales se llenaban de sangre.

—¡No lo hagas! —gritó Elm.

—No lo envenené. —Hauth asintió con la cabeza hacia la jarra que tenía en la mano.

Elm miró a su padre, el gobernante despiadado, insensible y egoísta... y sintió una terrible y desgarradora compasión por él. Ese hombre, grande y fuerte como un oso, estaba cruzando el velo.

Pero incluso con los sabuesos de la muerte pisándole los talones, el oso tenía dientes. Se abalanzó sobre él y derribó a Hauth. Con sus dedos regordetes, le arrancó la túnica dorada, encontró la Carta de la Guadaña y la arrojó al suelo.

La sal abandonó los sentidos de Elm y dejó caer la jarra.

Hauth se retorcía bajo el peso del Rey, empujando y pateando para intentar liberarse. Quercus Rowan levantó la vista por última vez. Su mano hinchada rebuscó entre sus ropas. Sacó algo de su jubón. Algo rojo como bayas de serbal, como vino envenenado. Su Carta de la Guadaña.

Se lo ofreció a Elm. «Tómalo». Entonces puso los ojos en blanco. Exhaló un último suspiro y permaneció inmóvil. La corona dorada de ramas de serbal entrelazadas se le deslizó de la frente.

El Rey del Error estaba muerto.

Todos se movieron a la vez. Gritos desesperados llenaron la sala, una cacofonía ensordecedora. Liberados ya de la influencia de la Guadaña de Hauth, la mitad de los cortesanos tropezaron entre sí en su prisa por escapar, mientras que la otra mitad se abría paso hacia el estrado para ver mejor. Los Paladines emergieron de las sombras, pero quedaron atrapados entre la multitud mientras corrían hacia el soberano.

El grito de Hauth se elevó por encima de la conmoción. Aún luchaba por liberarse del peso de su padre. "¡Arresten al príncipe Renelm! Usó su guadaña contra nosotros... ¡envenenó al rey!"

Más gritos. Miradas temerosas se posaron en Elm.

Unos pasos resonaron tras él. Con dedos temblorosos, Elm golpeó la guadaña de su padre tres veces y cerró los ojos. Las estatuas de hielo lo aguardaban en la oscuridad. Expulsó la magia de sí mismo, una marea de sal, como había hecho en la sala del trono. Hielo. Piedra. Quietud. Silencio. «Alto», dijo, dirigiéndose a todos en el salón de honor: los guardias, los cortesanos, los paladines... todos. Quédense quietos.

Cuando volvió a abrir los ojos, nada se movía a su alrededor. Cientos de personas, inmóviles como estatuas de hielo.

Delgado como una aguja, un dolor lo apuñaló en el rincón de su mente.

Encontró a Linden, le arrebató la guadaña robada del bolsillo y lo empujó bruscamente al suelo. Ione seguía en la mesa, paralizada en el

acto de levantarse. Elm corrió hacia ella, apoyó la frente en su hombro e inhaló su aroma. «Ven conmigo».

El patio exterior estaba vacío. Incluso los mozos de cuadra y los guardias de la torre estaban paralizados. Elm encontró su caballo. "¿Sabes montar a pelo?"

Ione asintió. Se tocó la nariz. Al retirar la mano, tenía los dedos manchados de sangre.

Galoparon en la noche. Con cada golpe de sus cascos en el camino, la Guadaña clavó una espada en la mente de Elm. "Estamos lo suficientemente lejos", dijo Ione. "Desactiva la Guadaña, Elm".

Los Paladines nos alcanzarán. Debo llevarte más lejos. Pero un gemido desgarrador resonó en su cabeza, acompañado de un dolor insoportable.

Se desplomó, jadeando en busca de aire, y cayó del caballo, cegado por el dolor.

Yacía allí, tendido en el camino. Su caballo se detuvo a su lado, relinchando y arrojándole grava en la cara. Inmediatamente después, Ione se arrodilló a su lado.

Elm le tocó el cuello para comprobar que aún tenía su amuleto. «No tomes los caminos principales», murmuró apenas. «Busca a los demás. Ravyn. Jespyr. El Rey Pastor. Si no los encuentras, quédate en la niebla... escóndete». Su mano seguía aferrada a la guadaña de su padre. Pero la otra guadaña —la suya, que había recuperado de Linden— se la dio a Ione. «Si alguien se atreve a mirarte con recelo, úsala».

Ella no se movió. "¿No vienes conmigo?"

Con cada respiración, el dolor, agudo como el cristal, le atravesaba la mente cada vez más profundamente. «Hauth necesita a alguien por quien intercambiar cuando Ravyn regrese. Y no puedo dejar que seas tú». Su tono se volvió inflexible. «Esta vez, no huiré de él».

Entrelazó sus dedos con los de ella, colocando la guadaña en su mano. «Ojalá hubiera podido pasar esos cien años contigo, Hawthorn. Que hubieras podido ser reina».

—No me importa convertirme en reina. —Ione lo abrazó con fuerza, presionando sus labios temblorosos contra los suyos—. No eres Hauth, y ya no eres el chico al que atormentaba. Sería una locura morir solo para demostrarlo. Por favor, Elm. Ven conmigo.

Su beso sabía a lágrimas. Por un instante, Elm se perdió en él, pero luego se apartó. «Monta ese caballo y vete, Ione».

Cuando sus ojos color avellana se nublaron bajo la influencia de la Guadaña, Elm tuvo que resistir el impulso de apartar la mirada. Ione montó en su caballo y lo animó a seguir, su cabello reflejando la luz de la luna, una hermosa cinta pálida ondeando al viento. Mientras se alejaba, gritó su nombre, destrozando el último pedazo de su corazón ya destrozado.

Vete, le ordenó. No mires atrás.

Ella luchó. Maldita sea, si no luchó para darse la vuelta y mirarlo una última vez.

Las lágrimas ardían en los ojos de Elm. Se sentó en el camino y soportó el dolor, como siempre. Veinte minutos después, por fin golpeó la guadaña de su padre.

Cuando los Paladines lo encontraron, él estaba observando la luna, brillante y ajena, atravesar lentamente el cielo.

Capítulo cuarenta y tres
Elspeth



La Pesadilla permanecía en silencio en la playa. Ravyn no había regresado. En cuanto a Jespyr, sus venas ya no eran negras como la tinta. Pero sus ojos permanecían cerrados y su respiración era lenta. Trabajosa.

La Pesadilla la miró. Luego, inclinándose, se acurrucó lentamente en la arena y la abrazó como si fuera una niña. «Cuando miro su rostro, no sé si me recuerda más a Ayris o a Tilly», susurró, con un volumen no mayor que el del chapoteo de las olas en la orilla.

Como la corona de oro que una vez llevó en la cabeza, el tiempo era un círculo. Ravyn, Jespyr… Taxus, Ayris. Quinientos años no eran nada en aquella costa pálida y desolada.

Ya sabía la respuesta, pero pregunté de todos modos. ¿Murió tu hermana en el aliso?

Sí. Su voz era suave, llena de arrepentimiento. Intenté llevar su cuerpo a casa. Llegué a mitad de camino, pero estaba demasiado cansado. Quería conservar mis fuerzas... para recordar todo lo que el Espíritu y los árboles me habían revelado sobre cómo reensamblar la Baraja y hacer los amuletos. Yo...

Durante un largo rato, no dijo nada. La acosté en un claro tranquilo. Me fui.

¿Qué hizo Brutus Rowan cuando regresó sin su esposa?

Me rompió la nariz. Esperó tres meses.

Luego te mató a ti y a tus hijos.

Sí.

No sabía qué decirle, ahora que todos sus secretos finalmente habían salido a la luz. Él siempre había sido el guardián de una gran magia —del conocimiento—, mientras que yo era su pobre pupila, ávida de cualquier migaja que estuviera dispuesto a compartir conmigo.

Pero la marea cambia, y la verdad siempre sale a la luz. Él mismo me lo dijo una vez. No pude aceptarlo. Pero apreté mi conciencia contra el muro de nuestra mente compartida. Basta de acertijos, amigo mío, susurré. ¿Qué quieres de verdad?

Sigue reescribiendo cosas, dijo. Hace once años, te quité tanto, Elspeth Spindle. Cuando me vaya, pretendo dejarte un Blunder mejor

que el que creé cuando era su Rey.

Repetí mi nombre lentamente. Elspeth Spindle. No sé quién soy sin ti.

Ya aprenderás. Muy pronto te conocerás a ti mismo... sin mí.

No sabía por qué, pero después de tantos años deseando que se fuera, sus palabras me llenaron de tristeza. ¿Cuándo?

Después de que el Deck se reúna, llegará el siguiente Solsticio.

Esto no pasará con la sangre de Ravyn, dije. No morirá derramándola sobre tus Cartas. No lo permitiré, Pesadilla.

Yo tampoco.

Entonces, ¿de quién será la sangre que unirá la baraja?

Tengo un plan.

Busqué en la oscuridad de su mente, pero no encontré nada. Solo imágenes, todas borrosas. El rostro de Ravyn. El de Elm. Luego, con mayor claridad, el de Brutus Rowan.

¿Y entonces?, pregunté. ¿Me lo explicarías?

Sus dientes empezaron a rechinar con un ritmo monótono y familiar. Me resulta extrañamente reconfortante que, aunque nuestras mentes estén interconectadas, todavía tenga que explicarte cosas, Elspeth.

Tal vez si no hablara con acertijos y medias verdades, no te MOLESTARÍA tanto.

De todos modos me molestarías, sin importar lo que dijera o pensara.

Suspiré. Realmente no te soporto.

¿Pero confías en mí?

¿Tengo una alternativa?

Repitió las mismas palabras que me había dicho en mi habitación de Spindle House, justo antes de apoderarse de mi mente. Querida, siempre tuviste una alternativa.

Un silencio antinatural cayó sobre la playa.

La Pesadilla se dio cuenta y puso una mano sobre Jespyr, como para protegerla. El viento arreció y la marea bajó.

De repente, una ola imponente, coronada de espuma, apareció en el horizonte, y dentro de ella estaba Ravyn. Salió a la superficie y nadó hacia la orilla. Su pecho subía y bajaba al ritmo de sus respiraciones profundas.

Las olas seguían rompiendo contra él, empapándole la ropa. Cuando se apartó el pelo mojado de la frente y volvió a la playa, sus ojos grises brillaron. Parecía más alto. Menos cansado. Dondequiera que hubiera estado, lo que fuera que hubiera visto, lo había fortalecido.

La Pesadilla lo encontró en la orilla. "¿Y bien?"

Ravyn se alzaba sobre él, con sus hombros anchos. "Jespyr es..."

"Viva. ¿La Carta de los Alisos Gemelos?"

Ravyn extendió la mano. Una luz verde brillante brilló entre sus dedos.

Me quedé sin aliento. Él lo hizo.

La Pesadilla bajó la voz. "¿Tu precio?"

“Solo mi nombre.”

"¿Su nombre?"

—Ya lo conoces. —Ravyn miró fijamente a la Pesadilla a los ojos—. Al fin y al cabo, es tuyo.

En la habitación oscura que ocupaba reinó un silencio absoluto.

Ravyn se aclaró la garganta y continuó en voz baja, como si luchara por no gritar: «Podrías haberme dicho que las Cartas del Espejo y la Pesadilla que tengo en el bolsillo pertenecían a tu hijo, Taxus».

Evidentemente, había algunos secretos que aún no se habían filtrado. «Pesadilla», susurré. «¿Qué significa todo esto?».

Su voz se atenuó, como humo saliendo de una chimenea. Miró a Ravyn con los ojos entrecerrados. «Parece que eres menos estúpido de lo que pensaba».

"Tú, en cambio, eres tan insoportable como siempre."

La Pesadilla soltó una risa nasal. "Bueno, sabes, tardé más de lo debido en reconocerte. Supongo que Bennett cambió el apellido. Pero la magia, como la degeneración, es hereditaria. Tu incapacidad para usar las Cartas... lo reconocí." Una inesperada calidez llenó su mente. "Además de tu nariz."

Pasado y presente se superponían ante mis ojos. Siempre había habido algo terriblemente familiar en Bennett, perdido en los oscuros recovecos de la memoria del Rey Pastor. Bennett observándome con sus ojos grises, no amarillos. Bennett en la biblioteca de su padre, ladeando la cabeza como un ave de rapiña y revolviendo entre sus dedos las mismas cartas que Ravyn guardaba en su bolsillo. Ahora lo comprendía, y la verdad me apretaba la garganta.

Bennett. Su asombroso parecido con Emory... con Ravyn.

Las familias de Blunder siempre han recibido el nombre de árboles, susurré.

"Taxus es un nombre antiguo", fue su persuasiva respuesta. "Para un árbol antiguo y retorcido".

Finalmente, todo encajó y la verdad me quedó clara. El árbol genealógico del tejo es el tejo.

Ravyn miró a la Pesadilla a los ojos. "¿Lo sabe Elspeth?"

«Sólo ahora.»

¿Por qué no nos lo dijiste?

“¿Habrías creído las palabras de un monstruo, un mentiroso?”

El silencio de Ravyn fue respuesta suficiente. «El Espíritu me mostró tu muerte». Suspiró. «Puedo imaginar lo que quieres de mí, Taxus. Pero no soy el ave negra de tu venganza. No seré otro Capitán que usurpe el trono. Reconstruiré la Baraja... pero nunca seré el Rey del Desacierto».

Observé a Ravyn, considerando sus palabras, muchas para un hombre habitualmente tan lacónico.

—Nuestro paseo por el bosque —respondió la Pesadilla— no se trataba solo de la Carta de los Alisos Gemelos, Ravyn Yew. Había quinientos años de verdad por desenterrar. Y ahora que tú y Elspeth lo saben... —Su risa aguda resonó en la superficie del agua—. Todavía no lo entiendes. Mi venganza no es solo una espada. Es una balanza. Es equilibrio. Reclamaré el trono de Blunder. Pero no por ti. —Enderezó la espalda, fijando en Ravyn su mirada fija—. Por Elm.

Al mencionar el nombre de su prima, los ojos de Ravyn se entrecerraron, velados por la emoción.

La Guadaña que creé se ha usado para cometer crímenes atroces. Niños infectados han sido perseguidos y asesinados. Los médicos han recurrido al asesinato. El Antiguo Libro de los Alisos ha sido mancillado por los Rowan para justificar todos sus caprichos. El dolor es el legado de Blunder. Ha destrozado el reino durante siglos, y si tu familia —mis legítimos herederos— reclamara el poder por la fuerza, seguiría haciéndolo. Se desataría una terrible agitación. Tú y yo somos el castigo de Blunder. No su paz.

Su voz se suavizó, como si le contara un cuento a una niña. «He tenido quinientos años para imaginar mi venganza. Hauth Rowan la experimentó aquella noche en la Casa del Huso. Pero la poesía es tan sabia como la violencia. ¿No sería poético provocar la caída de los Rowan desde dentro? ¿Tomar ese legado de sufrimiento y ver a uno de sus descendientes aplastarlo bajo su talón? ¿Abrirle el camino a un Príncipe que nunca usó la Guadaña con fines violentos? Tu primo Elm hizo más de lo que Brutus Rowan o yo jamás podríamos. Miró al dolor a los ojos... y se negó a convertirse en un monstruo».

El aire se volvió tenue. Antes de que Ravyn o yo pudiéramos hablar, estalló un trueno.

El cielo se volvió negro como la tinta, y el Espíritu del Bosque regresó, caminando sobre el agua, con los labios entreabiertos en una sonrisa burlona. "Eres listo, Rey Pastor". Su mirada plateada se posó en Ravyn. "Y tú también. Pero si quieres reescribir la historia y unificar el Deck, para liberar a Blunder de mi fiebre, de mi niebla, tendrás que darte prisa". Miró la carta de los Alisos Gemelos en la mano de Ravyn, y su sonrisa se transformó en una sonrisa. "Llevas mucho tiempo usando esa carta". Las paredes de mi habitación oscura temblaron. El rostro de Ravyn palideció. Jadeó... y luego tocó la carta de los Alisos Gemelos.

El mundo pareció desmoronarse. La playa se estremeció y luego se sumió en la oscuridad. La Pesadilla saltó hacia Jespyr y la levantó en brazos.

Un instante después, estaba cayendo.

Su cabeza golpeó algo duro. Mientras el mundo volvía a enfocarse lentamente, vi a través de sus ojos las ramas de los dos árboles entrelazadas sobre nosotros. Una clara, otra oscura.

Estábamos de nuevo en el bosque de alisos. Solo que ahora...

El suelo estaba cubierto de nieve.

Capítulo cuarenta y cuatro
Ravyn



Las vértebras de Ravyn golpearon violentamente las raíces. Jadeó y vomitó una maldición, con la vista nublada. Cuando recuperó la concentración, los alisos gemelos se alzaban sobre él. Se giró sobre sus costillas magulladas, buscando a Jespyr en la cima de la colina.

Ella yacía a varios metros de distancia, fuertemente sostenida por los brazos de Pesadilla.

"¿Estás bien?"

La Pesadilla no respondió. Arrastraba la punta de su bota por la capa de nieve blanca y polvorienta que cubría el suelo. Solo entonces Ravyn se dio cuenta del frío que hacía. Mucho más frío que cuando entraron en el bosque de alisos.

La Pesadilla bajó a Jespyr al suelo y desenvainó su espada. Pasó la palma por el filo de la hoja. Cuando el corte sangró, frotó la mano contra los troncos de ambos alisos. "¿Qué día es hoy?"

En el día de la larga noche, los árboles respondieron con su horrible voz disonante.

Los ojos amarillos de la Pesadilla miraron fijamente a Ravyn. "¿Cuánto tiempo llevas usando la Carta de los Alisos Gemelos?"

—No lo sé. —Ravyn miró al cielo y los copos de nieve le rozaron la cara. Era de noche, pero no sabía qué hora era. Se puso de pie, con la voz apagada por el pánico—. No puede ser... no puede ser el solsticio.

Más que nunca, dijo el aliso pálido.

“Menos con cada momento que pasa”, repitió su gemelo oscuro.

Ravyn sintió náuseas. "¿Cuánto tiempo estuvimos en esa playa?"

Durante veinticuatro revoluciones del sol. Vuelve rápido a tu habitación, Taxus —dijo el aliso oscuro—. Tienes hasta la medianoche para recomponer la baraja.

La Pesadilla apretó los dientes. Sin dudarlo, agarró a Jespyr, la cargó sobre sus hombros y huyó colina abajo.

Ravyn corrió tras él.

Se precipitó cuesta abajo. Tropezó dos veces con la ladera rocosa, solo para levantarse de nuevo, cubierto de moretones y contusiones. Al llegar al fondo, en el valle, la niebla estaba sembrada de huesos y cadáveres.

Adelante, siempre adelante.

Del valle de la descomposición, al bosque voraz. Los árboles agitaban sus ramas, con las espinas extendidas, hambrientas, mientras el viento silbaba una canción estridente y discordante. Bestias feroces los acechaban. Saltaban por encima de las raíces, blandían sus espadas contra las bestias. La Pesadilla llevaba a Jespyr en brazos, y Ravyn lo protegía, recibiendo los golpes de las ramas que lograban alcanzarlo.

No había comido en lo que parecía una eternidad, pero no tenía hambre. Había viajado a través de los siglos, había recorrido el tiempo con el Espíritu del Bosque. Y ahora que había regresado, solo tenía una necesidad.

Corre más rápido que el reloj.

El bosque los persiguió durante la noche. Entonces, como una vela en una habitación oscura, Ravyn vio una tenue luz al frente. La Pesadilla también la vio y aceleró el paso. La luz provenía de una fina grieta entre los árboles. Llamaba a Ravyn con la misma fuerza con la que la niebla había arrastrado a Jespyr al aliso.

El amanecer.

Todo tiene un precio, bramaban los árboles tras ellos. Nada es seguro. La magia es amor, pero también odio oscuro. Pagas el precio. Te encuentran, luego te pierdes. La magia es amor, pero también...

—¡Por Dios! —La Pesadilla escupió una gota de flema sobre las raíces—. Basta.

Salieron del aliso a toda prisa, a la gris luz de la mañana. Cuando Ravyn se giró, el sendero entre los troncos ya se había cerrado. Respiró hondo y el aire, libre de olor a podrido, llenó sus pulmones, tan puro que lo hizo toser. Por un instante, se quedaron inmóviles en el álamo donde habían dormido la noche anterior. Solo que no había pasado solo una noche, sino casi un mes.

Entonces Ravyn se acordó de Petyr.

Su mirada se dirigió a la derecha y luego a la izquierda. Gritó el nombre de su amigo. "¡Petyr! ¡Petyr!"

"No pudo haber esperado tanto", jadeó la Pesadilla, aún abrazando a Jespyr. "Un hombre inteligente, y desde luego no lo es, habría regresado al Castillo Yew". Se dirigió hacia el oeste. "Y nosotros debemos hacer lo mismo. Y rápido."

A Ravyn se le revolvió el estómago. «Las Cartas», murmuró sin aliento. «Aunque lleguemos al Castillo Yew antes de medianoche, no podremos recomponer el Baraja. No... no tengo todas las Cartas conmigo».

La Pesadilla se detuvo tan bruscamente que Jespyr se deslizó de su hombro. La atrapó antes de que su cabeza cayera al suelo. Ella dejó escapar un gemido y parpadeó.

Ravyn se tambaleó hacia ella y le tocó la frente ardiente. "¿Jes?"

Jespyr abrió sus ojos marrones. Extendió la mano y le tocó la cara, la nariz hinchada. "¿Qué pasó?"

Un dolor agudo y punzante le recorrió la cara donde los dedos de su hermana lo habían tocado. Se apartó. «Te lo explicaré todo pronto. Pero primero tenemos que ir a casa».

—A casa —repitió Jespyr, cerrando los párpados. Apoyó la cabeza en el pecho de la Pesadilla—. Dile al Rey Pastor... que necesita un baño.

Ella perdió el conocimiento, y la Pesadilla la cargó de nuevo sobre su hombro. Cuando se giró para mirar a Ravyn, sus ojos se abrieron de par en par, sorprendido.

Instintivamente, Ravyn se tocó la nariz, justo donde la Pesadilla lo miraba.

—¿Qué quieres decir con que no tienes todas las cartas contigo? —preguntó Pesadilla.

Ravyn continuó tocándose la cara. No sentía nada: ni hinchazón ni dolor, solo un ligero hormigueo donde los dedos de Jespyr le habían rozado la piel. «El mazo está dividido entre las cartas escondidas en la piedra de tu habitación y las que tengo en mi bolsillo. Solo falta la Guadaña, y él la tiene...»

—El Principito —siseó la Pesadilla como una serpiente—. Entonces debemos encontrarlo. Es nuestra única oportunidad. Emory no vivirá para ver otro solsticio.

—Lo sé. —Ravyn le ofreció los brazos a Jespyr—. Vamos, déjame...

—No —gruñó la Pesadilla—. Yo la llevaré.

Los cuervos graznaban en lo alto. Ravyn y la Pesadilla continuaron su carrera hacia el oeste. Encontraron un pequeño arroyo y bebieron con avidez, aunque Ravyn vomitó casi toda el agua por el esfuerzo.

La Pesadilla seguía sujetando a Jespyr con fuerza. Incluso cuando ella pedía indicaciones a los árboles, él nunca la decepcionó.

El amanecer se convirtió en día, luego cayó el anochecer. El viaje no fue fácil. A veces, el sendero desaparecía, dejando solo rocas, espinas y espeso sotobosque.

En un momento dado, Ravyn tropezó y cayó de rodillas. «Necesito... parar», jadeó, sin aliento.

La Pesadilla siguió corriendo, respirando con dificultad. «Elspeth dice que si no te levantas, no te volverá a besar».

«Él – no – puede – haber – dicho – eso.»

—Levántate, Ravyn. —La voz tranquilizadora de la Pesadilla resonó entre los árboles—. Levántate.

Ravyn se levantó y lo siguió. En diez años de entrenamiento militar, nunca se había exigido tanto, ni siquiera cuando sus oponentes contaban con el apoyo del Caballo Negro, mientras que él solo podía confiar en su propia fuerza. Nunca había sentido una necesidad tan desesperada y urgente de avanzar.

La maleza desapareció y, de repente, sus botas quedaron cubiertas de barro. Levantó la vista.

El lago.

Había caído la noche y la oscuridad se cernía sobre la superficie extrañamente quieta del agua. La última vez que lo cruzaron, el lago tenía un tenue tono plateado. Ahora, era del color de la tinta más negra.

Ravyn se detuvo junto a la Pesadilla en la orilla fangosa y metió la mano en el bolsillo. Sus dedos rozaron el terciopelo de cinco Cartas de la Providencia: el Caballero Negro, la Doncella, el Espejo, la Pesadilla y los Alisos Gemelos. Si se ahogaba, se perderían en el fondo del lago.

"¿Habrá más monstruos en el agua?"

—No. Ese trato ya está pagado. —La Pesadilla apretó el torso de Jespyr con más fuerza y se metió en el lago hasta las rodillas—. Date prisa.

El agua empapó las botas de Ravyn. Pero antes de que pudieran sumergirse...

El olor a sal le inundó la nariz y desapareció al instante. Ravyn conocía la sensación. Alguien había intentado usar una Carta de la Providencia con él, a la que era inmune.

Su mano voló hacia su daga. Al cabo de un momento, oyó el estruendo de un caballo al galope.

Ravyn reconoció de inmediato el caballo blanco con manchas grises de Elm. Venía del sendero que los seguía, con dos personas a cuestas.

Antes de que el animal se detuviera por completo, el primer jinete desmontó con una atronadora maldición. "¡Al diablo contigo! ¿Dónde te has metido?"

Era Petyr. Corrió a toda velocidad hacia Ravyn. «Nunca me había alegrado tanto ver tu fea cara».

Ella lo abrazó con fuerza. "Igualmente", murmuró Ravyn, sin aliento. Miró por encima del hombro y abrió los ojos de par en par, sorprendido.

Ione Hawthorn estaba junto al caballo de Elm, vestida con un traje gris raído. Su mirada pasó de Ravyn a Jespyr, y luego se posó en la Pesadilla. "¿Elspeth?"

—Está conmigo —dijo Pesadilla poniendo los ojos en blanco—. Y expresa con mucha fuerza su emoción al verte, rubia.

Petyr se apartó de Ravyn. "¿Qué demonios pasó? ¿Jes está bien?". Se tambaleó hacia la Pesadilla. Extendió la mano hacia Jespyr.

"Me lo llevo..."

—Hazte a un lado, viejo cascarrabias. —En un movimiento rápido, la niña estaba en brazos de Petyr—. ¿Sigues con nosotros, princesa? ¿Quieres que te preste mi moneda de la suerte?

Ella se estiró en sus brazos. Hizo una mueca. Sus ojos marrones se entrecerraron. «Hueles aún peor que él».

Petyr soltó una carcajada. «Por alguna razón, no me gusta acercarme a vías fluviales que desconozco». Miró a Ravyn. «Te has ido para siempre». Asintió hacia Ione. «Han pasado muchas cosas», dijo, con el rostro surcado de profundas arrugas.

Los ojos de Ravyn seguían fijos en el caballo. Con cada respiración, sentía un nudo en el estómago. "¿Dónde está Elm?"

El rostro de Ione se arrugó. Ravyn olvidó su cansancio. "¿Dónde está?"

Ione abrió la mano. En su palma había una guadaña. «Está en la Roca». Sus ojos color avellana se posaron en el rostro de Ravyn, llenos de ira. «Con Hauth».

Había sucedido semanas antes.

Hauth, curado por la Carta de la Doncella.

El Rey, asesinado.

Olmo, hecho pasar por el culpable y presumiblemente mantenido con vida para que Hauth pudiera intercambiarlo por los Alisos Gemelos. En cuanto a las condiciones en las que estuvo prisionero...

Ravyn sólo podía imaginarlos.

Con las manos apretadas en puños, su mente se perdió en un lugar tan oscuro y terrible que se vio obligado a apartar la mirada mientras Ione le explicaba lo sucedido. La única información que pudo asimilar fue la de Elm. Elm estaba solo, en la Roca.

Con Hauth.

La piel de Ione estaba enrojecida, su rostro marcado por las lágrimas y la ira. Les contó cómo Elm la había obligado a huir con la Guadaña, mientras él se quedaba para enfrentarse a su hermano. Cómo había cabalgado hasta el Castillo Yew y había llamado a la puerta a medianoche, rogando saber adónde habían ido Ravyn, Jespyr y el Rey Pastor.

Fenir se había preparado para guiarla al bosque, pero Ione no lo esperó. «Me adentré en el bosque detrás del Castillo Yew como una flecha... y me perdí al instante», dijo, mirando el lago. «Cabalgaba toda la noche y hasta la mañana siguiente, gritando. No había nadie. Pero entonces encontré un sendero. Era como si los árboles...» Frunció el ceño. «Como si los árboles se hubieran movido. Sé que suena extraño».

—No lo es —dijo Ravyn, animándola a continuar.

Llegué al lago y lo crucé. El caballo estaba nervioso y nadaba rápido, como si le tuviera miedo al agua. Llegamos a la otra orilla, pero no sabía adónde ir. Me perdí de nuevo, pero esta vez habían pasado días. Una leve sonrisa curvó sus labios. Cuando los cuervos me encontraron, pensé que me comerían. O tal vez yo habría intentado comérmelos, tenía tanta hambre. Pero menos de una hora después, mujeres con

máscaras de hueso emergieron de los árboles. Sus ojos se pusieron vidriosos. Mi madre y mis hermanos estaban con ellos.

—Me encontró dos días después —concluyó Petyr—. Volví a... —Le temblaba la voz—. A enterrar a Wik. Estaba vagando por ahí, esperando a que salieras de ese bosque. Y ahora que has vuelto... —Tragó saliva—. ¿Sabes qué día es hoy?

—El Solsticio. —La Pesadilla ladeó la cabeza. Su mirada se posó en la Guadaña que Ione sostenía—. Me alegra mucho que estés aquí, rubia. Porque ahora tenemos las doce Cartas.

"Todavía no", le recordó Ravyn. "Seis nos esperan en la cámara mágica. Debemos regresar antes de la medianoche... y entonces podremos reunir la Baraja". Apretó la mandíbula, sin pronunciar las palabras que tenía en la punta de la lengua. Con mi sangre.

Los ojos penetrantes de la Pesadilla se posaron en su rostro. Se miraron fijamente, dos mentirosos lidiando con la verdad. "Sobre esto y el Principito... tengo un plan. Pero el tiempo..."

—Muy bien. —Ravyn miró el lago—. Hablaremos de esto. Pero primero, nademos.

Subieron a Jespyr al caballo de Elm y entraron al agua. Hacía mucho más frío que la última vez que cruzaron el lago. La Pesadilla iba delante. Ione sujetó el hocico del caballo, susurrándole palabras de aliento al oído y guiándolo hacia el agua. Con cada respiración, una bocanada de vapor escapaba de su boca. Petyr estaba pálido como la muerte y murmuraba para sí mismo que esta era la última vez que saldría de su hogar.

Ravyn nadó último. Ni siquiera la ira ardiente por lo que le había pasado a Elm pudo calentarlo en el agua helada.

Ningún monstruo del lago lo molestaba. Lo único con lo que tenía que lidiar era con sus propios músculos exhaustos. En un momento dado, a mitad del lago, se le acalambró la pierna izquierda. Continuó nadando con la derecha. Pero al acercarse a la orilla, un calambre también le agarró la otra pierna. Se hundió en la oscuridad, dejando un rastro de burbujas a su paso.

No. Había estado en el infierno y había salido con vida. Había encontrado una Carta perdida durante quinientos años. Había sufrido todo tipo de heridas para recuperarla. No se ahogaría el día del solsticio, a pocos kilómetros de casa.

Había fingido ser fuerte durante tanto tiempo, pero ya no fingía. Con potentes brazadas, llegó a la superficie y tomó aire. Sus piernas encontraron el fondo fangoso y se arrastró hasta la orilla, respirando con dificultad, hasta que el tambor de guerra en su pecho recuperó una marcha tranquila.

Era de noche. No había luz que los ayudara a encontrar el camino a casa. Pero Ravyn había estado en el bosque incontables veces como

paladín. Y como bandido. Estaba acostumbrado a viajar en la oscuridad. Con paso inseguro, partió con los demás.

El bosque estaba exactamente como lo había dejado la Pesadilla: dividido en dos por un camino envuelto en niebla.

Mientras la luz de la luna iluminaba el límite del bosque, Ravyn dejó escapar un suspiro tembloroso. Las siluetas recortadas contra el horizonte no eran árboles. Eran las torres del Castillo Yew.

Casa.

Adelantó a los demás y salió del bosque hacia el prado…

Y olía a humo.

La Pesadilla lo retuvo, tapándole la boca con una mano. Luego levantó un dedo, indicándoles a los demás que se detuvieran.

Delante de ellos, justo al otro lado de los árboles, unas voces resonaban por el prado. Una era más fuerte que las demás, con una claridad penetrante, fría y brutal. La piel de Ravyn se cubrió de sudor y luego ardió. Conocía esa voz.

Pertenecía a su primo Hauth.

Una sonrisa se dibujó en la voz aterciopelada de la Pesadilla. «Qué poético. No podría haber pedido un Solsticio mejor». Acercó su boca al oído de Ravyn. «Entonces, cuervo estúpido, ¿quieres escuchar mi plan ahora?»

Capítulo cuarenta y cinco
Olmo



Elm no estaba solo en el gélido interior de la Roca. Con él estaban Erik Spindle y Tyrn Hawthorn. Separados por barrotes de hierro, eran los únicos tres prisioneros en su pasillo.

Las antorchas fuera de sus celdas habían sido descuidadas u olvidadas. Estaba tan oscuro que su mente le jugó una mala pasada. Formas incorpóreas danzaban ante sus ojos, y voces resonaban en sus oídos. Voces de niños llorando. Como él de niño.

Cada centímetro de piel, cada folículo piloso, dolía como una muela podrida, como un nervio en carne viva. El frío era físicamente insoportable.

Durante días, nadie vino. Ni Hauth, ni ninguno de los Paladines, ni un solo guardia, salvo el sirviente que trajo agua y pan mohoso, e incluso él llegó a horas tan extrañas que Elm no tenía forma de medir el tiempo.

Se había engañado a sí mismo pensando que Hauth vendría, que habría una especie de enfrentamiento entre ellos. Que se enfrentarían —ojos verdes contra ojos verdes— y que solo uno saldría con vida.

Pero la noche en que murió el Rey, Elm estaba tan devastado, tan desesperado por sacar a Ione de la Roca, que sostuvo la Guadaña demasiado tiempo. Y el dolor lo obligó a hacer algo que nunca antes había hecho.

Un error fatal. Imperdonable.

Debería haber ido con ella, huido lejos. Actuar con inteligencia. Los hombres inteligentes no se congelaban por orgullo, creyendo que podían vengar agravios pasados. Y ciertamente no murieron creyendo que su hermano mayor, que siempre había sido un bruto, de repente comenzaría a luchar con justicia.

Los hombres inteligentes morían en sus propios términos. Y si eran prudentes, astutos y buenos, podrían morir en paz.

Evidentemente no poseía ninguna de las tres características.

Un tónico y una manta pasaron entre los barrotes. "Espera", susurró Filick Willow. "Ravyn vendrá a buscarte".

Elm se quedó al borde de la inconsciencia. "Esta vez no."

En el noveno, o quizás décimo, día de cautiverio, los ecos resonaron por el pasillo. Erik ladeó la cabeza, con la voz oxidada por la prolongada inactividad. «Ya vienen, Príncipe. Agárrate fuerte».

Los paladines no fueron amables. Cuando terminaron de golpearlo, alguien le puso una copa tosca en las manos. El vino era amargo y le quemó las llagas de la boca.

Linden se paró frente a él y tocó la Carta del Cáliz. "¿Adónde fueron Ravyn y Jespyr a buscar los Alisos Gemelos?"

Elm no tenía respuesta. "No lo sé".

Horas después, tras otra ronda de palizas, Linden regresó con más vino y volvió a golpear el cáliz. "¿Dónde está Ione Hawthorn?"

Elm cerró los ojos. "No lo sé."

Otra Carta se unió al Cáliz. Elm reconoció de inmediato la sensación de una Guadaña. Una mano fría le agarró la mandíbula y se encontró frente a dos ojos verdes.

El rostro de Hauth, esculpido por la magia de la Doncella, era de una belleza monstruosa. «Tuviste la oportunidad de escapar con ella, pero no lo hiciste. ¿Por qué?»

La cabeza de Elm se inclinó. La sangre goteaba de su boca sobre el suelo de la celda. «Nunca te importó. Si quieres negociar con Ravyn, me tendrás como rehén». Su risa fue interrumpida por un ataque de tos. «Además, quería quedarme para matarte».

En cualquier otro momento, su hermano se habría reído a cambio y luego le habría dado un puñetazo, pero en cambio su rostro permaneció inexpresivo, casi desinteresado, rozando la indiferencia. Estos eran los efectos secundarios de la Doncella. "Tienes razón", dijo. "Nunca me importó. Aun así, la cazaré. Recuperaré la Guadaña que robó. Y esta vez, no habrá Doncella para salvarla. Solo le has ganado tiempo y has reafirmado que eres un traidor."

Elm escupió sangre al suelo. "Llevo años", murmuró. "Estuve allí, en el bosque, el día que te desfiguraron. Fui uno de los bandidos que tendieron una emboscada a Wayland Pine, intentando robar la Puerta de Hierro. Ayudé a reunir las Cartas de la Baraja ante tus narices". Respiró lenta y ásperamente. "Lo haría de nuevo, solo para verte pálido".

La mano de Hauth se apretó contra su garganta. "No palidezco en absoluto. En cuanto a matarme, hermano..." Su mirada era gélida. "No puedes... Nada puede."

Lo dejó caer al suelo y salió de la celda, seguido por los Paladines.

La oscuridad envolvió a Elm.

“¿Estabas en el bosque cuando robaron la Puerta de Hierro de Wayland Pine?”

Elm jadeó. No recordaba haberse quedado dormido, y no sabía cuánto tiempo había dormido. Tres bandejas de comida yacían intactas en el suelo de la celda.

Erik Spindle lo miró a través de los barrotes que dividían sus celdas.

"Yo..." Elm hizo una mueca. Incluso hablar le dolía. "Sí, estuve allí. De hecho, casi me apuñalas con tu espada." Se pasó un dedo por el labio partido. "Tu hija también estaba allí."

Una nube de vapor se elevó por el rabillo del ojo. "¿Elspeth? ¿Por qué?", preguntó Erik Spindle con la voz entrecortada.

Nos ayudaba a reconstruir la Baraja. Quería curar la degeneración de Emory, y la suya propia. Me salvó de tu espada. —Exhaló débilmente—. Y le devolví el favor con desconfianza y desprecio.

Alguien tosió en la celda contigua. «M-mi Ione. ¿Ha escapado? ¿Está a salvo?», preguntó Tyrn con voz débil y temblorosa.

—No lo sé. —Elm se tapó la cara con las manos—. Reza para que tu hija te perdone por cambiar esa Carta de la Pesadilla por casarte con Hauth. Porque yo nunca lo haré.

Incapaz de mantenerse despierto, Elm soñó en amarillo.

La hierba de verano y un ligero vestido de muselina le rozaron los dedos. Su cabello rubio le acarició el rostro; un suspiro, como un aleteo, resonó en su oído. No había niebla, ni sal, ni serbal rojo. Todo era lento, suave. Delicado.

Pero era imposible escapar del frío. Se despertó con el castañeteo de sus dientes, con el cuerpo sacudido por temblores incontrolables.

—No deberías dormir tanto —dijo la voz de Erik—. Levántate. Mueve las extremidades.

Elm soltó una risa sardónica. Se miró los dedos congelados, que se habían vuelto negros hasta los nudillos. "Lo siento, capitán, no creo que esté de humor para una sesión de entrenamiento".

Erik se agazapó en su lado de los barrotes, por fin lo suficientemente cerca como para ser más que una figura sombría. Su rostro estaba pálido, su piel dañada por la congelación y salpicada de antiguos moretones. Se había dejado crecer una larga barba, y su ropa estaba rasgada y manchada de sangre. Cuando habló, su voz era solemne.

"La madre de Elspeth, Iris, se contagió", dijo. "Intentó ocultármelo. Degeneró y sufrió terriblemente, en silencio. Todo porque yo era el Capitán de los Paladines. Sabía que si me interrogaban con el Cáliz, su secreto significaría mi muerte. Así que no dijo nada. Y yo..." Se pasó una

mano por la cara. "No hice nada. Ella murió. Y cuando Elspeth también se contagió..."

La corteza de aquel hombre, firme como un árbol, se quebró, y su severidad finalmente dio paso al dolor. «Empecé a odiarme a mí mismo. A odiar a mis Paladines y las leyes que representábamos. En el fondo, era un traidor». Respiró entrecortadamente. «Cuando el hijo de Yew tomó mi puesto y me liberaron de mi cargo, pensé que mi odio se disiparía. No fue así. En cuanto a Ravyn Yew... era tan fuerte como yo. Frío e implacable como yo. Sabía que, mientras hombres como él y como yo comandáramos a los Paladines, Blunder nunca cambiaría».

Su voz se suavizó. «Pero entonces lo vi el Día del Mercado, sosteniendo a mi hija. La sostenía en sus brazos como yo una vez sostuve a Iris. No era el mismo hombre que me reemplazó como Capitán». Erik negó con la cabeza. «Porque el Capitán Paladín no es un hombre, es solo una máscara. Una muestra del poder de Rowan. Y en este mundo, siempre habrá cosas más fuertes que el poder de Rowan».

Elm cerró los ojos. "¿Por qué me cuentas estas cosas?"

"Nunca se lo he dicho a nadie. Quería ver a qué sabía, para ser sincero."

"¿Bien?"

«Amaro.»

Las comisuras de la boca de Elm se levantaron. "No se preocupe, capitán. Pronto me llevaré sus secretos a la tumba".

Se oyeron toses en la celda vecina. «No soporto esta porquería que nos están dando», gimió Tyrn Hawthorn.

Erik caminaba de un lado a otro, golpeando de vez en cuando sus botas para evitar que se le congelaran los dedos. "Entonces te mueres de hambre."

La bandeja de Tyrn se estrelló contra los barrotes con un ruido desagradable que resonó por toda la prisión. «Crees que soy débil».

“No es nada nuevo”, respondió Erik.

¿Te sorprendería saber que maté a un hombre?

Elm arqueó las cejas. Él también había intentado caminar, pero después de una hora, le había vuelto a dar sueño. "Un poco."

Tyrn bajó la voz. «Era un bandido. Por casualidad, caminábamos por el bosque al mismo tiempo. Cuando vi la Carta de la Pesadilla de terciopelo burdeos asomando de su manga, no me detuve a pensar. Simplemente lo apuñalé con mi espada y se la robé».

Volvió a toser con voz hueca. «Mientras pensaba en cómo usar la Carta para ganarme el favor del Rey para mí y mi familia, él seguía viniendo a mi mente. Pero incluso cuando logré mi objetivo, e Ione se comprometió con el Príncipe Heredero, no sentí alegría. Solo miedo de

perder lo que había logrado. Traicioné a Elspeth porque temía que...» Su voz se quebró. «Que si Ione no se hubiera convertido en Reina, habría sido un asesino sin motivo alguno».

Erik dejó de caminar.

—Tienes razón —continuó Tyrn—. Soy débil. Mi esposa y mis hijos lo saben. Todos lo saben. Soy débil y estoy manchado de sangre.

Elm se estaba quedando dormido. "Bienvenido al club".

El sonido metálico de una espada al chocar contra los barrotes sacó a Elm de su ensoñación. La puerta de la celda se abrió de golpe. Le ataron las manos a la espalda y lo arrastraron, junto con Erik Spindle y Tyrn Hawthorn, fuera de la prisión, subiendo por la larga escalera de caracol, entre un mar de capas negras. Reconoció vagamente a los hombres que lo empujaban. Eran paladines. No solo sus compañeros de entrenamiento, sino también soldados veteranos.

La forma en que atacaron a Erik no hizo más que confirmarlo. «Traidor», lo llamaron con desprecio, golpeándolo en el estómago.

Erik no reaccionó. Tenaz, impasible. Incluso Tyrn tuvo la decencia de no ponerse a gimotear cuando un paladín le golpeó la cara contra la puerta del castillo.

La luz gris de la mañana cegó a Elm. Cuando por fin recuperó la vista, vio que había nevado.

Paladines, viejos y nuevos, estaban sentados a horcajadas sobre sus corceles en el patio, esperando.

A sus órdenes, alto, poderoso y apuesto, Hauth lució la corona de su padre y un jubón azul oscuro con un serbal bordado en oro en el pecho. Miró a los prisioneros, haciendo girar la guadaña entre los dedos. Cuando sus ojos se posaron en Elm, asintió. «Tu sufrimiento casi ha terminado, hermano. El bandido se encuentra con el verdugo. Pero primero... ¿qué tal si vamos a la ciudad?»

Lo ataron a un caballo como a un ciervo recién matado. Lo único que podía ver era el camino bajo las patas del animal.

Estaba casi completamente cubierto de nieve.

Mientras conducían hacia la ciudad, sentía como si cada moretón, cada llaga, se extendiera por su piel. Cuando el camino de tierra terminó y oyó el ruido de cascos sobre el pavimento, se dio cuenta de que estaban en Market Street.

Tiró de las cuerdas que lo sujetaban, intentando mirar hacia arriba. Las puertas y los postes de las farolas estaban decorados con guirnaldas rojas y amarillas. "¿Qué día es hoy?"

Linden se acercó a él y lo golpeó en la nuca con un garrote. «El Solsticio», dijo con sarcasmo.

Elm sintió que algo cálido y pegajoso goteaba en su cabello y se hundió en la oscuridad.

Cuando recuperó el conocimiento, los caballos se habían detenido. Unas manos brutales lo desataron, lo bajaron de la silla y lo pusieron de pie. Tenía las piernas débiles y sus pies congelados le gritaban de dolor a cada paso.

Las altas torres del castillo Yew se alzaban sobre él.

La puerta del castillo estaba abierta, no cerrada con pestillo, como solía mantener Jon Thistle. Cuando los Paladines arrastraron a Elm, Erik y Tyrn al interior, el aire era frío. Olía a humedad.

El nudo que se había formado en el estómago de Elm le subió hasta la garganta. Algo andaba mal.

El castillo de Yew estaba abandonado: las chimeneas apagadas, los sirvientes ausentes, las puertas y ventanas abiertas a pesar del frío.

"Mírala una última vez, Renelm", dijo Hauth. "A medianoche, esta vieja casa embrujada arderá en una hermosa hoguera del solsticio".

Pasaron por la casa y salieron al jardín por la puerta este, pisoteando zarzas y arbustos hasta que llegaron al césped cerca de las ruinas.

Los paladines que Elm ya había visto los esperaban, acompañados por seis más. Morette, Fenir y Jon Thistle estaban con ellos. Emory también estaba allí. Al ver a Elm, sintieron una oleada de alegría y los ojos verdes de Morette se llenaron de lágrimas.

El alivio de Elm al verlos duró lo justo para que pudiera apreciar su apariencia. Estaban pálidos, magullados y temblando. No llevaban capas para protegerse del frío. Emory se tambaleaba, sostenido por los brazos de sus padres.

Tenía un corte en la mano izquierda. Largo y profundo, la sangre goteaba sobre la nieve.

A Elm se le cortó la respiración. "¿Qué le hiciste?"

Hauth caminó junto a la hilera de Paladines. «Nuestros tíos, con un poco de ánimo de mis hombres, mi Guadaña y un Cáliz, por supuesto, me informaron que Ravyn, Jespyr y su amiga Elspeth Spindle partieron de aquí en busca de la Carta de los Dos Alisos». Una sonrisa despiadada le torció la boca. «También me contaron la fascinante historia de una piedra escondida en una cámara tras el castillo».

Sacó seis Tarjetas de la Providencia de su bolsillo. Un Profeta. Un Pozo. Una Puerta de Hierro. Un Huevo de Oro. Un Águila Blanca. Un Cáliz.

La mirada de Elm se dirigió al corte en la palma de Emory.

Hauth chasqueó la lengua. «Te lo dije, Renelm. No tengo ganas de reconstruir el Deck. La niebla y la infección mantienen a Blunder pequeño. Siembran el terror entre sus habitantes. Y la gente, cuando está aterrorizada, es fácil de controlar. La pequeña colección de Ravyn —sus mentiras, sus robos— solo ha servido para adornar las bóvedas de la Roca con más Cartas de la Providencia».

Erik Spindle maldijo, escupiendo sangre en la nieve.

Hauth lo ignoró. Tenía la mirada fija en la hilera de árboles más allá de la cámara de piedra. «Te tomaste tu tiempo, Ravyn. Mis hombres llevan semanas vigilando este bosque. Pero aún podría llegar. Tienes hasta la medianoche para que la Carta de los Dos Alisos te sea de alguna utilidad».

Elm se había preguntado, allá abajo, en aquella celda gélida, por qué su hermano no había venido aún a por él, Erik o Tyrn. Ahora lo sabía. «Somos tu cebo». Estaba temblando. Había pasado un mes sufriendo el frío. Pero ahora... un infierno abrasador burbujeaba en su pecho y le subía a la garganta. «¿Quieres intercambiarnos por los Dos Alisos?»

—Claro que no. Son traidores. Todos morirán esta noche. —Hauth se mordió una uña, aburrido—. Pero Ravyn no lo sabe, ¿verdad?

La luz del día se desvaneció en la noche.

Elm contó quince Paladines en total, incluyendo a Hauth, lo que significaba que no todos iban equipados con un Caballo Negro. Observó sus movimientos, fijándose en aquellos que habían sido reclutados durante su cautiverio. Caminaban en silencio por la nieve, recogiendo ramas, zarzas y maleza seca, que formaron cuatro grandes montones alrededor del prado.

Cuando oscureció por completo, encendieron cuatro fogatas. La nieve reflejaba las llamas amarillas y anaranjadas. Nadie dijo una palabra. Todas las miradas estaban fijas en la hilera de árboles, esperando a Ravyn.

Entonces, suave como un pájaro, la voz de Emory rompió el silencio: «No ganarás».

Hauth dejó de caminar. Se detuvo frente a Morette y Fenir, quienes intentaban ocultar a su hijo tras sus espaldas. "¿Qué dijiste?", Hauth se llevó una mano a la oreja con sarcasmo. "No te oigo con esos jadeos agonizantes, Emory".

Elm tiró de las cuerdas que lo mantenían atado y sintió el sabor de la sangre en su lengua.

Emory vaciló. Entonces, más rápido de lo que debería haber sido un moribundo, saltó hacia adelante y agarró la muñeca de Hauth. Puso los ojos en blanco, y al hablar, su voz era extraña, tranquilizadora, resbaladiza como el aceite. «No ganarás», repitió. «Porque todo tiene un precio, y nada es seguro. La venganza lo persigue todo con furia eterna. Cuando el antiguo rey regrese, la era del terror terminará. Muerte al odiado Rowan». Sus ojos grises brillaron de nuevo y se fijaron en Elm. «Larga vida a un Rey mejor».

Hauth se zafó de su agarre. Aunque inexpresivo, su rostro se había vuelto del color del papel. Levantó una mano y golpeó a Emory en la

cara con el puño cerrado.

El niño cayó en la nieve y no se levantó.

Morette gritó. Fenir extendió la mano para inclinarse sobre su hijo, pero el Paladín a su izquierda lo agarró y le retorció el brazo tras la espalda.

Elm intentó soltarse, pero las cuerdas se le clavaron aún más en las muñecas. «Hauth», dijo, en un tono que era mitad súplica, mitad maldición, «no lo hagas. Es solo un niño».

Hauth miró a Emory de arriba abajo. No había absolutamente nada en sus ojos verdes.

—Algo se mueve, Su Alteza —gritó un paladín, apuntando con su espada a los árboles del otro lado del prado—. Allí... frente a usted.

La mirada de Hauth se dirigió hacia la dirección indicada. Todos guardaron silencio, tanto prisioneros como paladines, conteniendo la respiración mientras escudriñaban el bosque.

Al principio no vieron nada más que el susurro del viento. Luego, tan silencioso y etéreo que bien podría haber sido el mismísimo Espíritu del Bosque...

Ione Hawthorn entró en el prado.

Llevaba el mismo vestido gris que había usado al huir de la Roca, solo que ahora estaba sucio y empapado. Tenía la cara roja de frío y el cabello recogido en una gruesa trenza que le caía por la espalda. Los ojos de Elm la devoraron, pero su alegría se convirtió en angustia al posar la mirada en su mano.

En su palma abierta yacían tres Cartas de la Providencia: la Doncella, la Guadaña y una tercera, verde bosque. Representaban dos árboles, uno claro y otro oscuro, con sus raíces y ramas entrelazadas.

La Carta de los Alisos Gemelos.

Ione recorrió con la mirada a Hauth y su horda de Paladines, a la familia Yew, a su tío y a su padre. Al captar la mirada de Elm, sintió una oleada de aire y se le relajó el ceño.

Entonces vio el estado de su rostro. Se puso rígido y sus mejillas sonrojadas palidecieron. Cuando volvió a mirar a Hauth, sus ojos color avellana ardían de ira.

El nuevo Rey cruzó el césped con paso decidido y le dedicó una reverencia burlona. «Siempre has tenido la facilidad de sorprenderme desagradablemente, Ione». Señaló con la cabeza la Carta de los Alisos Gemelos. «¿Dónde la conseguiste? ¿Te la dio Ravyn?»

Ione no dijo nada.

Hauth dio otro paso adelante. "¿Dónde está?"

Elm necesitaba que lo mirara. Que comprendiera que aquello no podía acabar así. «Ione», dijo con la voz entrecortada. «Vete. Por favor... vete».

Ella no se movió ni un centímetro, de hecho, hundió sus pies más profundamente en la nieve.

Hauth siguió avanzando, observándola como si fuera un animal herido en el bosque. "¿Pretendes usar esa guadaña contra mí, te lo prometo? ¿Con todos mis hombres?" Chasqueó la lengua contra los dientes con desprecio. "Adelante. Pero te advierto: tendrás que ser lo suficientemente hábil para controlarnos a todos a la vez. Porque si no, bueno. Recuerda lo que pasó en la habitación de mi hermano."

Detrás de Elm, Linden se burló.

"Si me dices dónde está Ravyn, tu muerte será indolora. Pero si te opones..." Hauth sacó su guadaña del bolsillo. "Te mataré lentamente. Entonces, ¿quieres luchar contra mí? Siempre lo has intentado."

Tyrn estalló en un sollozo desgarrador. "¡Corre, Ione!"

Ella no lo escuchó. Miraba con abierta repugnancia al hombre que iba a ser su esposo. "¿Quieres verme morir, Hauth?"

Levantó un dedo hacia la Guadaña. "Sería el único placer que podrías ofrecerme."

El dedo de Ione se movió más rápido. Golpeó a la Doncella una, dos, tres veces. «Entonces mátame. Si puedes».

Un cuchillo silbó en el aire.

Hauth se dobló, maldiciendo. La sangre goteaba de su mano, con la hoja incrustada en la palma. La guadaña se le escapó de las manos y revoloteó en la nieve, arrastrada por el viento.

Olmo sabía a sal. No a la salinidad del sudor, ni de las lágrimas, ni de la sangre que le había goteado en la boca. Era una salinidad diferente. Más antigua.

Entonces lo oyó. Lo que había estado esperando en cada esquina, en cada momento de silencio.

La voz de Ravyn.

Olmo.

Apareció de la nada, de pie ante Ione, un ave rapaz negra sedienta de venganza. Hauth abrió los ojos de par en par y retrocedió un paso. El único hombre al que había temido estaba frente a él, apuntándolo con una pistola.

Y Ravyn Yew, el imperturbable Capitán Paladín, sonrió. Desenvainó su espada y su mirada se desvió de Hauth a Elm. «Tienes un aspecto terrible».

Devolverle la sonrisa habría dolido demasiado. Sigo siendo más hermosa que tú. Elm jadeó. Hauth tomó las Cartas de la cámara del Rey Pastor. Las tiene en el bolsillo.

Los recuperaré ahora. Ravyn alzó su espada y apuntó a la línea de paladines. «Ya no soy su Capitana», dijo. «Tengo asuntos pendientes con su nuevo Rey y con la Baraja de Cartas. Si desean vivir, abandonen este lugar. Ahora mismo».

Hauth se irguió cuan alto era. Se arrancó el cuchillo de la palma. Dondequiera que sostuviera la Carta de la Doncella, ya lo estaba sanando. «Una declaración bastante atrevida de un hombre solitario,

acompañado de una prostituta, contra la guardia de élite del Rey». Giró la cabeza rápidamente hacia la hilera de árboles. «Supongo que mataste a Gorse. ¿Dónde están Jespyr, los bandidos y esa cosa que te llevaste?»

"Cerca", respondió Ravyn. "Muy cerca. Nos están observando. Esperando".

“¡Traidor!” gritó un paladín.

“¡Bastardo infectado!” repitió otro.

Sacaron sus espadas ruidosamente y apuntaron hacia Ravyn.

Hauth miró la fila de sus hombres. «Parece que ya han tomado una decisión», dijo. Su voz destilaba arrogancia. «Dame los Alisos Gemelos, primo. O verás morir a tu familia».

Ravyn miró a sus padres y a Emory, que yacían en la nieve, y los músculos de su mandíbula se contrajeron.

No te rindas, gritó Elm en su mente. No. Te. Rindas. Joder.

Los ojos grises de Ravyn se posaron en él. «Sigue a Ione al bosque», dijo. «Ve con ella... luego nos vemos en la cámara de piedra. Acabaremos con esto, Elm. Con todo».

La sal abandonó la consciencia de Elm. Ravyn tocó el hombro de Ione y se abalanzó hacia adelante. Ella se volvió invisible de nuevo.

Ione se giró y corrió hacia el bosque.

"Maten a los prisioneros", ordenó Hauth a los Paladines. Se arrojó al suelo para buscar su Guadaña caída en la nieve. "Y tráiganme los Alisos Gemelos".

Las cuchillas estaban a punto de abalanzarse sobre el cuello de la familia Yew. Elm sintió un cuchillo acercándose a su garganta, justo debajo de la oreja. Cerró los ojos. Entonces se oyó un rugido profundo y penetrante...

Y la tierra comenzó a temblar.

La nieve caía de las copas de los árboles, envolviéndolo todo en un remolino blanco. Un estruendo terrible provenía del bosque. Algo se acercaba.

Los árboles, se dio cuenta Elm. Los árboles se movían.

Las raíces se desprendieron del suelo, enormes ramas azotaron el aire. Inclinándose, los tejos invadieron la pradera por todos lados, golpeando y agarrando a los Paladines.

El primero se estrelló contra ellos a través de las ruinas, derribando antiguas columnas de arenisca. Atrapó a dos Paladines entre sus ramas, arrancándolos de Emory y sus padres. Con un estruendo escalofriante, los aplastó bajo sus raíces.

El suelo volvió a temblar. Elm perdió el equilibrio y cayó sobre Erik y Tyrn, una maraña de ramas. Cuando levantó la vista, el prado era un caos de árboles y nieve, iluminado por las amenazantes llamas de las hogueras. Los Paladines eran masas oscuras que corrían por el caos.

Corrieron tras Ione.

Capítulo cuarenta y seis
Ravyn



Ravyn y Jespyr sabían lo que hacían. Flexibles y audaces como las ramas del árbol cuyo nombre llevaban, habían aprendido a mantener el equilibrio cuando el Rey Pastor gobernaba el bosque.

Mientras el suelo empezaba a temblar y los Paladines junto a sus padres tropezaban, Jespyr emergió de la oscuridad. Aún estaba demasiado débil para usar su espada, a pesar de la ayuda de Petyr y el Caballo Negro. Pero era lo suficientemente fuerte para sus cuchillos. Dos Paladines cayeron, empalados por sus espadas. Cuando un tercero se puso de pie y se abalanzó sobre ella, ella lo esquivó, pero su espada la rozó bajo la barbilla.

Petyr saltó de entre las sombras y empujó a su atacante al suelo. El Paladín se desplomó en la nieve. Un árbol lo golpeó de inmediato y lo arrojó con un estruendo espantoso.

El último paladín que no había corrido tras Ione fue Allyn Moss. Iba detrás de Jon Thistle, con la espada desenvainada, pero cuando los árboles lo derribaron, permaneció en el suelo, con la mirada aterrorizada.

Ravyn apareció de la nada, se arrodilló sobre él y le puso una mano en la garganta. «No quiero matarte». El rostro de Gorse apareció ante sus ojos. «Pero si es necesario, lo haré».

El Paladín tembló. Sacó la Carta del Caballo Negro de su bolsillo y la arrojó a la nieve en señal de rendición.

Ravyn la soltó; un temblor familiar en su mano. "Vete."

Moss huyó en la noche. Cuando Ravyn volvió a mirar hacia el prado, vio a Ione desaparecer entre los árboles tras la cámara de piedra, perseguida por ocho paladines. Elm, Erik Spindle y Tyrn Hawthorn los seguían cojeando.

Todo iba según lo previsto.

Hauth seguía en el centro del prado, luchando contra tres árboles que lo rodeaban y le propinaban una lluvia de golpes poderosos. Hauth atacaba las ramas con su espada, esquivándolas e intentando deslizarse entre los troncos, pero los árboles seguían retorciéndose y doblándose. Guiados por la espada de la Pesadilla, lo mantuvieron a raya, impidiéndole tomar su Guadaña...

Esperando a que Ravyn esté listo para enfrentarlo.

Pero primero tenía que cuidar de su familia. Ravyn corrió hacia ellos y usó un cuchillo para cortar las cuerdas que ataban a Thistle y a sus padres. Jespyr se agazapó en la nieve y abrazó a Emory. Dejó escapar un suspiro tembloroso. «Aún respira».

—Llévalo de vuelta al castillo. —Ravyn le entregó a Petyr el Caballo Negro de Musgo y luego acarició la mejilla de su madre—. Cuídalo.

—Podemos ayudarte —dijo Thistle, recogiendo una espada que un paladín había dejado caer.

"Todo está bajo control. Entra."

Fenir encontró una segunda espada en la nieve. «Necesitarás un par de manos extra...»

Las fosas nasales de Ravyn se dilataron. «Si no entran al castillo, se lo diré al Rey Pastor, y los árboles los arrastrarán. Jespyr necesita descansar». Miró a Emory a sus pies. «Y él también. Empezamos todo esto por él, y casi lo logramos. Así que, por favor… finge que no he heredado mi extrema terquedad de ti, y vete. Al. Castillo.»

Lo miraron boquiabiertos. «Nunca te había oído hablar tanto», murmuró Morette.

—Mejor haz lo que dice, o seguirá parloteando —dijo Jespyr con un guiño. Pero tenía el rostro demacrado y los hombros encorvados por el cansancio. Se tambaleó, y Thistle la sujetó.

Fenir le lanzó a Ravyn una mirada penetrante. "¿Nos vemos pronto?"

"Nos veremos pronto."

Partieron, cargando a Emory a hombros. "Los acompañaré y luego volveré", dijo Petyr. Le dedicó a Ravyn una sonrisa torcida. "¿O me regañarás también?"

"Probable."

Se dieron la mano y luego Petyr corrió tras Ravyn y la familia de Thistle hacia la niebla, levantando una ráfaga de nieve detrás de él.

Ravyn se giró para inspeccionar el prado. Estaba más oscuro. Los árboles habían extendido sus raíces sobre las hogueras, sofocando las llamas. A pesar de la oscuridad, Ravyn aún podía ver lo que necesitaba ver.

Hauth, atrapado por los árboles en el centro del prado.

Avanzó con la mirada fija en el bosque. No podía verlo, pero sabía que la Pesadilla estaba allí, intentando guiar los árboles con su espada. Vigilante. Esperando.

Metió la mano en el bolsillo y tocó el papel burdeos. ¿Elspeth?

Ella respondió inmediatamente. ¿Está tu familia a salvo?

Sí. Ione y los Paladines vienen hacia ti.

—Bueno —dijo la meliflua voz de la Pesadilla—. ¿El Principito?

Detrás de ellos. ¿Qué hora es?

Según los árboles, faltan treinta minutos para medianoche.

Elspeth se aclaró la garganta. ¿Ravyn?

Aun así, a pesar de la tensión, su voz lo hacía sentir bien, como un paño tibio sobre los ojos. ¿Sí, Elspeth?

No mueras

Eso no sucederá.

Porque si mueres, robándonos el tiempo que nos queda para vivir juntos, te odiaré, Ravyn Yew. Te amaré y te odiaré por siempre.

Una comisura de los labios de Ravyn se curvó imperceptiblemente. A medianoche, todo esto terminará, Elspeth. Después, podrás amarme todo el tiempo que quieras.

La Pesadilla fingió arcadas. No es por interrumpir tu idilio, pero el tiempo se acaba. ¿Seguro que no quieres la ayuda de los árboles, cuervo estúpido?

Puedo enfrentarme a Hauth yo solo.

Bien. Tráelo a mi habitación, junto con las cartas que lleva. Su risa era tan envolvente como el humo. ¡Como sea!

Las manos de Ravyn descansaban sobre la empuñadura de marfil de su daga. Lo haré.

Los tres tejos que aprisionaban a Hauth se detuvieron. El nuevo Rey se apartó de ellos, con el rostro impenetrable, salvo por las venas hinchadas de ira que le sobresalían del cuello y la frente. Sus ojos escudriñaban la nieve, buscando la guadaña que aún no había recogido.

-Dale una fiesta, murmuró Pesadilla.

Ravyn respiró hondo. Y como nunca se lo había dicho, ni al principio ni después de que desapareciera en el Rey Pastor, le habló una última vez a Elspeth Spindle. Yo también te amo, Elspeth.

Luego empezó a correr.

Chocó con Hauth justo cuando los dedos de su primo se cerraban sobre su guadaña. Rodaron por la nieve como perros gruñendo. Cuando Hauth recuperó el equilibrio, se guardó la Tarjeta Roja en el bolsillo y blandió la daga. La hoja destelló en el aire. Ravyn retrocedió, pero no lo suficientemente rápido. Con un sonido penetrante, la daga atravesó el cuero, trazando una fina línea escarlata en el torso de Ravyn.

Hauth dejó escapar un ladrido triunfal. «El intocable Ravyn Yew sangra, por fin».

Ravyn se dio la vuelta, ligero de pies. Metió la mano en el bolsillo, tocó la Tarjeta Espejo. Y desapareció.

Hauth apretó los dientes. "¡Cobarde!"

¿De verdad creías que lucharía limpio después de todo lo que has hecho?, dijo Ravyn en la mente de su prima. Eres una tonta.

Hauth palideció. Reemplazó la daga con su espada. "¿Una Carta de Pesadilla? ¿La robaste también en una emboscada en el bosque, bandido?"

Ravyn rió con paso ligero. «Esta vez no. Heredé esta Carta».

Reapareció frente a Hauth y le dio un puñetazo en la mandíbula. Hauth cayó al suelo con un golpe sordo y rodó, esquivando la bota de

Ravyn. Gracias al Caballo Negro, sus movimientos eran rapidísimos.

Rápido como un rayo, pero predecible, Hauth alzó su espada en el aire. Antes de que pudiera volver a atacar, Ravyn se abalanzó sobre él, le agarró el brazo y se lo dobló tras la espalda.

Con un gruñido, Hauth dejó caer su espada.

Ravyn le apretó el cuello con la daga. «Esta historia termina esta noche. Tú, yo y la Cubierta».

Los fríos ojos verdes de Hauth se volvieron aún más gélidos. "¿O si no? Cualquier herida que me inflijas será curada por la Doncella. Clavé el cuchillo en el corazón de Ione Hawthorn, la vi desangrarse... y aun así, sobrevivió. Mi Carta de la Doncella está escondida en lo profundo de la Roca, Ravyn. No puedes matarme."

Avanzó, presionando el cuello contra la daga de Ravyn hasta que la piel se le partió. La sangre brotó a borbotones de la herida, pero Hauth no se inmutó y cargó contra su primo con la fuerza de un caballo a la carga.

Los pies de Ravyn se hundieron en la nieve, y Hauth comenzó a golpearla en los costados, impulsada por la inagotable energía del Caballo Negro. Las costillas de Ravyn absorbieron los golpes. Luego se doblaron...

Hasta que se rompa.

Con un gruñido, Ravyn agarró a Hauth por el cuello y lo arrojó contra la nieve. Inmovilizándolo contra el suelo, desató sobre él todo el resentimiento que había acumulado durante los últimos diez años. Lo había estado conteniendo, rezando por el día en que pudiera desatarle. Golpe a golpe, le pagó a Hauth por todo lo que había hecho. Uno, por matar al Rey. Dos, por decirle a Orithe Willow que Ravyn estaba infectado, de niño. Tres, por hacer lo mismo cuando Emory enfermó. Cuatro, por el legado de Rowan y la atroz masacre que Brutus Rowan había perpetrado. Diez, por Elm.

Y por lo que Hauth le había hecho a Elspeth, Ravyn sacó su daga con empuñadura de marfil y la hundió en su abdomen.

Hauth tosió, con el rostro apenas distorsionado por el dolor. Era una masa de sangre y saliva, pero sus ojos estaban fríos.

—Vendrás conmigo a la cámara mágica —gruñó Ravyn—. Entera o en pedazos.

—Lo dice el hombre que ni siquiera sabe manejar una guadaña. —Hauth le escupió en la cara—. ¿Quieres subyugarme, Ravyn? ¡Oblígame!

Con los nudillos crujidos y gritando de dolor, Ravyn metió la mano en el jubón de su primo. Al palpar el terciopelo, vació el bolsillo.

Todas las cartas que Hauth había robado de la cámara del Rey Pastor estaban esparcidas por la nieve. El Huevo de Oro. El Profeta. El Águila Blanca. La Puerta de Hierro. El Pozo. El Cáliz.

Ravyn los ignoró. Solo quería la Guadaña de Hauth. La sostenía en sus manos, roja como la sangre.

Pero las Cartas de la Providencia son eternas, le había dicho al Espíritu del Bosque. Su magia no se desvanece. No se deterioran con el paso del tiempo. No pueden ser destruidas. El Rey Pastor lo declaró.

Y él, como tú, es indudablemente un mentiroso.

—Puede que no pueda usar la Guadaña —dijo Ravyn—, pero puedo destruirla. Respiró hondo y apretó la mandíbula...

Y rasgó por la mitad el invencible Papel Rojo.

La boca de Hauth se abrió de par en par cuando las dos mitades de la guadaña se arquearon sobre él y luego cayeron al suelo, reducidas a nada más que papel y terciopelo.

Una sonrisa floreció en el rostro de Ravyn. Se rió, embriagado.

Un dolor abrasador le atravesó el costado.

Su risa se apagó. Al bajar la vista, una daga ceremonial se clavó entre sus costillas. Le extrañó que la hoja le hubiera penetrado la carne con tanta facilidad, hasta la empuñadura. Como si él también fuera papel... frágil como las alas de una mariposa.

Y lo que es aún más extraño es que la herida estaba exactamente en el mismo lugar donde Brutus Rowan había apuñalado al Rey Pastor, quinientos años antes.

Una mancha de sangre se extendió por la nieve. Ravyn jadeó. Cayó.

Hauth lo apartó y se levantó. Sus heridas ya estaban cicatrizando. Se inclinó sobre su primo y le palpó los bolsillos. Sacó sus cartas: la Pesadilla y el Espejo. Sonriendo, recogió las demás cartas de la Providencia, esparcidas por la nieve como fragmentos de cristal de colores.

—Es una pena que la Doncella no te afecte, primo. —Para cuando Hauth se acercó a Ravyn, todas sus heridas habían sanado. Era perfecto, brutal. Un auténtico Rey Rowan—. Siempre soñé con ser yo quien te matara algún día. —Golpeó la Carta Espejo de Ravyn tres veces.

Y desapareció.

Capítulo cuarenta y siete
Elspeth



Aún no podía ver a Ione, pero sus Cartas brillaban en la oscuridad del bosque. Por el brillo de las luces rosas, rojas y verde bosque, me di cuenta de que mi prima había salido del prado y se había adentrado en el bosque, recuperando el caballo de Elm de donde lo había dejado. Lo había montado y ahora cabalgaba hacia mí, tal como lo había planeado la Pesadilla.

Estaba agachado en el suelo, inclinando la cabeza de un lado a otro, crujiendo las articulaciones del cuello. Después de hablar con Ravyn, dejó de balancear los árboles y sostenía su espada con soltura, dedicándose a la habilidad que había perfeccionado a lo largo de los siglos.

Él estaba esperando.

Esperó mientras Ione y Ravyn se enfrentaban a Hauth. Esperó mientras Jespyr y Petyr se escabullían entre las sombras. Incluso esperó mientras guiaba a los árboles hacia el prado.

Esperé a que llegaran los Paladines.

Pero no era tan hábil en el arte de esperar. Una palabra se repetía obsesivamente en mi mente: Medianoche. Medianoche. Medianoche.

—Cállate —le advirtió la Pesadilla—. Siento tu preocupación en los huesos.

No puedo evitarlo. Solté un largo suspiro que no me tranquilizó en absoluto. Tienes tan poco tiempo.

En ese momento, oí pasos. Provenían de varios pares de pies, todos corriendo.

Ione cabalgaba ruidosamente, zigzagueando entre los árboles. Los paladines que la perseguían eran mucho más silenciosos, lo que dificultaba su localización. Pero no era imposible.

La Pesadilla apretó con más fuerza su espada y la estrelló contra el suelo, siseando el nombre de su árbol homónimo: «Taxus».

Rey Pastor, los árboles respondieron a coro.

"¿Cuántos paladines hay en el bosque?"

Ocho Caballos Negros llegan en grupo apretado. Persiguen a la Doncella, listos para atraparla. Pero nosotros, los árboles, seguiremos la

espada del Pastor. Aplastaremos a los guardias del Rey, borraremos la deshonra.

La Pesadilla se alzó. Con las venas negras por la magia, blandió su espada en el aire. El bosque se estremeció y luego volvió a moverse. La tierra, la niebla y la nieve le nublaron la vista, así que cerró los ojos, contentándose con escuchar los sonidos del bosque.

Escuché con él. Oí el gemido de los árboles... el crujir de las raíces que se desprendían del suelo para atacar a los Paladines. El golpeteo de los cascos del caballo de Ione. Entonces, por encima del estruendo, resonaron las voces de los hombres.

Eran los Paladines los que gritaban.

La Pesadilla abrió los ojos e Ione galopó delante de nosotros. El caballo relinchó, esquivando los árboles que aún se movían. Ione cabalgó con destreza, guiando al animal en amplios círculos por el bosque. Con cada pasada, atraía a más Paladines de las sombras, y la Pesadilla, blandiendo su espada, los derribó de los árboles.

Cuando solo quedaban cuatro Paladines, Ione giró su caballo y galopó hacia la Pesadilla. Un Paladín se acercó tanto que la punta de su espada cortó un pelo de la cola del caballo de la muchacha. El hombre sacó un cuchillo y se lo lanzó. Pero con un golpe de espada, la Pesadilla ordenó a los árboles que detuvieran la espada... y derribaran al Paladín.

Ione alcanzó a la Pesadilla y, desmontando, sacó la Tarjeta Roja de su bolsillo. «Quietos», dijo jadeando. «Quietos, Paladines».

Más fuerte, Ione, le grité en la oscuridad.

“Más fuerte”, repitió la Pesadilla.

Los ojos de Ione se tensaron. Cuando comandó la Guadaña por tercera vez, su voz resonó más fuerte que el relincho del caballo, o el estruendo de los pasos de los Paladines... más fuerte que el propio bosque. "¡Quietos!"

La sal lo impregnaba todo. Incluso a mí, aunque la Guadaña no tenía poder sobre la Pesadilla. Cuando miré por la ventana, tres Paladines estaban a pocos metros de nosotros, congelados en completa inmovilidad.

Sus Caballos Negros irradiaban un aura oscura. Sin moverse, los Paladines miraron a mi primo, y una inconfundible expresión de disgusto brilló en sus ojos.

Ione permaneció junto a la Pesadilla y observó sus cuerpos inmóviles, con miradas llenas de odio. Con la Guadaña y su imperiosa orden, los había subyugado por completo.

Pero un susurro bastó para destruirlos. Ione se giró hacia la Pesadilla, bajando la mirada hacia su espada. "Continúa."

Una alegría maligna invadió nuestra oscuridad compartida. Mientras su espada silbaba en el aire, los árboles respondieron a su llamado. Con un impacto tan devastador que solo oí un crujido terrible, los Paladines fueron arrojados al suelo y aplastados por sus raíces en la nieve.

Ione hizo una mueca de dolor. Una gota de sangre le corría por la nariz. Metió la mano en el bolsillo y tocó la guadaña. "¿Están todos?"

La Pesadilla cerró los ojos, escuchando el bosque.

—Bess... ¿lo viste todo? Debió ser terrible para ti.

La Pesadilla la ignoró y se aclaró la garganta para hablar con los árboles una vez más.

"¿Puedes decirle que siento mucho lo que pasó en el Equinoccio?" Ione se frotó la cara con una mano. "Me da asco pensar que nos peleamos por ese maldito Hauth Rowan..."

—Sabes, rubia, siempre me has gustado. Pero si no te callas y me dejas escuchar, le diré a los árboles que te tapen la boca con sus ramas.

Ione retrocedió, ofendida, y abofeteé la oscuridad. ¿Te costaría mucho ser un poco más amable?

Ya estoy muerto. Sí. Definitivamente. La Pesadilla entrecerró los ojos. Miró a Ione. «Elspeth me está gritando».

Al principio vacilante, luego radiante, una sonrisa floreció en los labios de mi prima. Ella no la vio, pero le devolví la sonrisa. Vamos, abrázala.

No seas ridículo

Un momento después, la Pesadilla se enderezó. Se llevó un dedo a los labios, indicándole a Ione que guardara silencio. Se oían otras voces en el bosque. Gritos de hombres.

—¡Al diablo contigo, Tyrn! —tronó una voz—. Deja de esconderte. Solo son árboles.

Salté hacia adelante en la mente de la Pesadilla. Es mi padre.

Una segunda voz le respondió, cortante y burlona. "¿Solo árboles? ¿Alguna vez has visto la cofia del sacerdote en tu jardín arrancada y enrollada alrededor de tu cuello, Huso?"

Mi sonrisa se ensanchó. Era Elm.

La tercera voz era la de mi tío. «Al menos el bosque no parece estar enojado con nosotros, eso es algo... Ay, Espíritu, hay otro». Las arcadas resonaron entre los árboles. «No soporto a todos estos paladines muertos».

"No me importa en absoluto", dijo Elm.

La Pesadilla puso los ojos en blanco y golpeó el suelo con su espada. El bosque dejó de moverse, y el suelo y la nieve se asentaron.

Tres figuras se tambaleaban hacia ellos, como barcos en un mar tempestuoso. O mejor dicho, restos de naufragio, dada su apariencia. Tenían los hombros encorvados y las manos atadas a la espalda. Sangraban, con la piel magullada y ennegrecida por la congelación. Los tres cojeaban.

Ione corrió hacia ellos sin aliento.

—No seas tímido —dije con reproche—. Ve a saludarlos.

Cuando Elm, mi padre y mi tío vieron a Pesadilla y a Ione acercándose, se quedaron boquiabiertos.

Tyrn llegó primero, tropezando. Con las manos atadas, no pudo hacer más que empujar el pecho hacia ellos. Olía a sudor y tierra. «Ione», sollozó. «Elspeth. Lo siento mucho».

La Pesadilla siseó y se apartó. «Aléjate de mí, vil traidor».

Al menos desátalo.

Gruñendo, el monstruo le entregó su espada a Ione. Si lo hacía, podría matarlo.

Ione cortó las cuerdas que ataban a su padre, y luego a mi padre. Erik Spindle se mantuvo más sereno que Tyrn. No intentó abrazar a la Pesadilla, sino que la miró fijamente a los ojos amarillos. "¿Qué te pasó, Elspeth?"

"Te lo explico luego", dijo Elm sin aliento mientras Ione cortaba sus ataduras. Cuando tuvo las manos libres, las sacudió a los costados. Al mirar a mi primo, un rubor se asomó a su piel marcada. "Hola, Hawthorn".

La Pesadilla recuperó su espada y chasqueó un dedo hacia Elm. «Concéntrate, Príncipe. Tenemos muy poco tiempo. Cúrate con la Doncella, luego debemos correr a la cámara de piedra. ¿Cuántos Paladines caídos contaste en el bosque?»

Elm se esforzó por apartar la mirada de Ione. "¿Qué dijiste?"

La Pesadilla apretó los dientes. "¿Cuántos..."

"Cuatro", respondió mi padre. "Pasamos junto a cuatro paladines muertos".

Ione miró a la Pesadilla a los ojos con expresión preocupada. Sabía lo que estaba pensando. Ocho Paladines la habían perseguido desde el prado hasta el bosque. Cuatro estaban muertos en el suelo, tres aplastados por las raíces de los árboles. En total, siete Paladines habían caído.

Eso significaba que el octavo…

¡Allá!, grité.

Caminaba en silencio a pocos metros de nosotros, armado con una ballesta. Lo reconocí a pesar del halo oscuro que emanaba de su Caballo Negro. Era el mismo Paladín que me había perseguido a través de la niebla el Día de Mercado, el mismo que había sido herido por la Pesadilla. Royce Linden.

La Pesadilla volvió a golpear con su espada. Pero antes de que pudiera controlar a los árboles, la flecha de Linden voló. Rozó el brazo de Elm y luego se alojó en el hombro de Ione.

Ella se tambaleó hacia atrás.

La Pesadilla y Elm cargaron al unísono. Linden giró y disparó una segunda flecha. La Pesadilla la desvió y siguió corriendo. El Paladín arrojó su ballesta y desenvainó dos cuchillos. Pero los pasos de la Pesadilla eran tan rápidos, tan diestros, tan furiosos que, al alcanzarlo, sus extremidades y espadas chocaron, su fuerza sobrehumana derribó a Linden de espaldas.

Su cráneo se estrelló con fuerza contra las raíces. Su mirada estaba llena de asco. La Pesadilla respiró hondo y alzó su espada una vez más...

—Dámelo —dijo Elm, arrebatándoselo de las manos. Con el pelo castaño rojizo cayéndole sobre los ojos, apuntó con la hoja al pecho de Linden y habló con los dientes apretados—. Ya sabes el dicho, imbécil. Cuídate. Sé bueno.

Cerré los ojos. Al volver a abrirlos, la espada había atravesado el corazón de Linden. La sangre brotó a borbotones, derramándose sobre el suelo. El Paladín cerró los ojos y exhaló un último suspiro antes de que el sueño eterno lo llamara a través del velo.

Elm lo miró fijamente un momento más y luego se dio la vuelta. Le entregó su espada a la Pesadilla. «Tenía una promesa que cumplir», dijo contrito.

Cuando regresaron a Ione, ella sostenía la Carta de la Doncella. La flecha que la había herido estaba en el suelo, y su hombro ya había sanado. Miró de reojo a Elm, golpeando el suelo con el pie. «Eso fue excesivo».

Él rió entre dientes, luego tomó su rostro entre sus manos, se inclinó, presionó sus labios contra los de ella y la besó con pasión. "Lo siento. Debería haber venido contigo. Fui un tonto. Lo siento... Lo siento."

La Pesadilla y yo los miramos boquiabiertos. "Parece que nos perdimos algo importante", dije.

Quisquilie.

Mi tío y mi padre apartaron la mirada, con la cara roja. Cuando Ione logró separarse de Elm, un poco aturdida, le entregó la Tarjeta de la Doncella. Elm la tocó, respirando aliviado mientras sus heridas —los cortes, los moretones, la congelación— sanaban y su piel volvía a estar sana.

Mi padre y mi tío hicieron lo mismo. Aunque sentí un enorme alivio al verlos curados, una palabra resonaba obsesivamente en mi mente, con más fuerza que antes. Medianoche. Medianoche. Medianoche. Gracias, le dije a la Pesadilla. Están vivos gracias a ti. Ahora, sin embargo...

Debemos tomar las Cartas y reunirnos con Ravyn en la cámara. Pero al pronunciar esas palabras, sus hombros se tensaron. Miró hacia el bosque y vi lo que él había presentido. Luces destellaron en nuestra visión compartida. Un torbellino de colores.

Había algunas Cartas de la Providencia en el bosque. Solo que no se dirigían hacia la cámara de piedra, sino en dirección contraria. Y rápidamente.

Llamé al vacío. ¿Ravyn?

No hay respuesta.

Se me hundió el corazón. Algo anda mal.

La Pesadilla puso su mano sobre el hombro de Ione. «Lleva a la Doncella, la Guadaña y los Alisos Gemelos a la cámara de piedra». Su

mirada se encontró con la de Elm. «Aún tengo planes para ti».

Echó a correr. No hacia las luces, sino hacia el Castillo Yew. «Más rápido», grité por encima del frenético latido de su corazón. «Corre más rápido».

Cruzó la hilera de árboles y se encontró en el prado. La nieve cubría cada brizna de hierba, pero no era blanca.

Era rojo.

Ravyn yacía boca arriba, con una mano apretada contra el costado, con el rostro color ceniza. Tenía los ojos abiertos, vidriosos, y la respiración rápida y entrecortada.

Sangre. En la nieve, en su ropa, en su cara y manos. Sangre por todas partes.

La Pesadilla soltó un gruñido inhumano. Solo entonces vi lo que miraba. La empuñadura de una daga se le clavó entre las costillas.

URLs.

La Pesadilla cayó de rodillas a su lado. "No", dijo, conteniendo su mano temblorosa. "No saques la espada. Detendrá la hemorragia".

Ravyn parpadeó. Tenía la mirada perdida. Susurró mi nombre, solo para nosotros. «Elspeth».

Luché en la oscuridad, luchando contra la nada, intentando alcanzarlo. Estaba tan agitado que la Pesadilla empezó a temblar. "¿Fue Hauth Rowan?", preguntó con veneno.

Ravyn asintió levemente. "Mi Espejo, las Cartas... él..."

«Lo encontraré.»

Ravyn hizo una mueca de dolor, intentando concentrarse. «Elspeth», repitió. «Dile a Elspeth que no me odie».

Algo se rompió en la habitación oscura donde vivía.

Las manos de la Pesadilla comenzaron a temblar sobre su espada. El inquebrantable anciano, de quinientos años, miró a Ravyn, su descendiente perdido, sin poder controlar el temblor. «Quería un Blunder mejor para ella. Si mueres, ese Blunder nunca existirá».

"Si el Deck no se reúne, no existirá de todos modos", gruñó Ravyn, con los labios manchados de sangre. "Solo tú puedes ver mis Cartas. Encuentra a Hauth. Termina esta historia como querías, Taxus. Estaré bien."

Un crujido de dientes y huesos llenó mi habitación oscura. Y me di cuenta de que aquello que se rompía en mil fragmentos afilados era yo. Esto no puede terminar así.

La Pesadilla apretó la mandíbula. "Volveré", dijo, a mí, a Ravyn, a sí mismo. "¿Cuánto tiempo aguantarás?"

—Llegué diez minutos tarde a la Casa del Huso. —Los labios de Ravyn esbozaron una leve sonrisa, que el dolor borró rápidamente—. Cruzaré el velo dentro de diez minutos.

No, no, no…

No quería dejarlo. No podía.

Pero la Pesadilla ya corría. Más rápido de lo que jamás la había oído correr. Su espada silbaba al cortar el frío aire del solsticio. Corrió por el prado, y una vez más nos encontramos en el bosque.

No tardé mucho en encontrar a Hauth. Resplandecía de color; casi toda la Baraja estaba escondida en su bolsillo. Ya no estaba bajo la influencia del Espejo. Podía ver su ancha espalda y sus brazos moviéndose rítmicamente.

La Pesadilla dejó de correr y se agazapó en el suelo, con la espada en alto. La golpeó tres veces contra la tierra endurecida. Clic, clic, clic. Sus pupilas se contrajeron, oscureciendo nuestra visión compartida. El espacio a mi alrededor se ensanchó, como si la Pesadilla y yo nos expandiéramos. No podía verlo, pero sabía que el Rey Pastor, con su armadura dorada, estaba con nosotros. Porque él era la Pesadilla, y la Pesadilla era el Rey, y yo era ambos.

La magia ardía en nuestros brazos, poderosa, vengativa, llena de ira.

Nuestra mirada recorrió el bosque. Vimos un serbal de Hauth y gritamos, con un grito largo y prolongado, el nombre de nuestra bandada: «Taxus».

La tierra respondió con un rugido atronador. Una vez más, los tejones despertaron... y comenzaron a moverse. Sus raíces se desgarraron, partiendo el bosque en dos, y se lanzaron tras Hauth.

Miró hacia atrás con los ojos desorbitados. La tierra volvió a temblar, un temblor devastador, y Hauth cayó con un grito. Los árboles lo rodeaban. La Pesadilla y yo dibujamos intrincados patrones en el aire con nuestras espadas, moviendo raíces y ramas para impedir su movimiento.

Para entonces, Hauth estaba rodeado. Gritó, maldijo y blandió su espada. Pero las ramas se enredaron en sus tobillos y muñecas hasta que quedó completamente inmovilizado, con la espalda presionada contra un tronco nudoso.

El Rey Pastor, la Pesadilla y yo nos erguimos en toda nuestra altura. Al avanzar, el bosque se detuvo para dejarnos pasar.

"Deberías haber evitado huir a mi bosque, Hauth Rowan", dijo la Pesadilla, furiosa. "Tus Paladines encontraron su fin aquí. Lo mismo te ocurrirá a ti".

Los ojos verdes de Hauth se entrecerraron. Pronunció mi nombre con desprecio, como una maldición. "Huso. ¿O debería llamarte de otra manera?" Frunció los labios. "¿Cómo está Ravyn?"

La mano de la Pesadilla le agarró la garganta, como en la Casa del Huso. Solo que esta vez, el Rey Pastor no era el único sediento de venganza. Yo también.

Grité en la oscuridad. La Pesadilla abrió la boca, y mi grito se convirtió en el suyo, un horrible grito de odio, rabia y desesperación, tan absoluto que estremeció los árboles, apagando la arrogancia en el rostro de Hauth y reemplazándola con terror.

Y de repente, ya no era Hauth a quien mirábamos, sino a otro hombre de astutos ojos verdes: Brutus Rowan.

La Pesadilla —Taxus— y yo hablamos en un susurro profundo y amenazador. «Hubo un tiempo, hace siglos —dijimos—, en que el serbal y el tejo crecían en armonía en el bosque. Conversaban en delicadas rimas, susurrando historias de equilibrio, de magia. Historias del Espíritu del Bosque. Pero el tiempo corroe, como la sal. Como la descomposición. Y ahora las raíces del serbal están manchadas de sangre, y el tejo está tan retorcido que se ha vuelto irreconocible. Somos monstruos, tú y yo».

Brutus Rowan frunció el ceño. Parpadeé, y cuando lo miré de nuevo, era Hauth Rowan otra vez. "Eso es lo que se necesita", respondió cáusticamente, "para ser el Rey del Desacierto".

La Pesadilla le soltó la garganta. Con un movimiento de su espada, los árboles que sujetaban a Hauth comenzaron a moverse. Lo arrastraron por el bosque, siguiendo las indicaciones de la Pesadilla, caminando delante de ellos.

Llegaron al límite del bosque, de pie junto a la cámara de piedra que el Rey Pastor había construido para el Espíritu del Bosque. Por un instante, Hauth quedó suspendido sobre el techo en ruinas...

Luego lo dejaron caer.

Hauth se estrelló contra la cámara. Al estrellarse contra la piedra, emitió un gemido sordo y agitó las extremidades, tendido como una ofrenda de sacrificio en un altar.

La Pesadilla entró en la habitación por la ventana. ¿Medianoche?, preguntó a los árboles.

Quedan sólo unos minutos.

La sal impregnaba el aire. La niebla nos envolvía como una marea fría y plateada. Hauth se puso de pie con dificultad. Nueve Cartas de la Providencia se le escaparon del bolsillo y se esparcieron por el suelo, un vívido fresco de colores en la habitación oscura. Pesadilla. Espejo. Puerta de Hierro. Pozo. Cáliz. Águila Blanca. Profeta. Huevo Dorado. Caballo Negro.

Hauth se apoyó contra la pared del fondo de la habitación. Se le había caído la corona. Al recogerla y ponérsela de nuevo en la cabeza, su pie golpeó otra corona que yacía en el suelo de tierra. Esta también tenía ramas entrelazadas, pero estas eran de tejo en lugar de serbal.

La corona del Rey Pastor.

La Pesadilla la recogió y la colocó sobre la piedra donde había forjado sus Cartas, donde habían muerto sus hijos. El lugar que se había convertido en su tumba. No había más tiempo. Sin embargo, continuó esperando, de pie junto a la ventana del dormitorio, atrapando a Hauth dentro.

Medianoche, urgí. ¡Ravyn!

Pero él esperó.

Él estaba esperando.

Él estaba esperando.

Entonces, como seda de araña, su voz envolvió la habitación. «Eres el último Rowan», dijo. «El último de tu linaje. Tenlo en cuenta, antes de que el Espíritu te lleve a la putrefacción».

—Te equivocas —replicó Hauth. Su voz destilaba desprecio. Los árboles lo habían desarmado, pero sus manos se cerraron en puños a los costados—. Puede que te resulte fácil matar a mi hermano... pero a este Rowan te resultará muy difícil eliminarlo, Rey Pastor.

La Pesadilla estalló en una risa cruel e interminable. «Tonto. No tengo intención de matar a tu hermano». Abrió los brazos. Una invitación... y una promesa. «Solo coronarlo».

Miró por la ventana, por encima del hombro. «Ni serbal ni tejo, ni tejo ni serbal. Una nueva era para Blunder, libre de la enfermedad. Túnica negra, ojos llenos de fuerza. El primero de su especie. Olmo, Rey de los Olmos».

Fue entonces cuando los vi. Tres luces brillaban en la oscuridad: roja, rosa y verde bosque. La Pesadilla se hizo a un lado y las luces se acercaron a la Cámara.

Elm e Ione entraron por la ventana, con las últimas cartas de la baraja —Guadaña, Doncella y Alisos Gemelos— en la mano. Ninguna de las dos usaba ya la Doncella. Pero se veían tan hermosas que me daban miedo. Elm miró a Hauth y luego a Pesadilla, entrecerrando los ojos verdes.

¿Sabes lo que tienes que hacer?, le preguntó la Pesadilla.

Elm asintió.

La Pesadilla le agarró la mano y le entregó la empuñadura de su espada. "Entonces es tuya. Con todo incluido."

Elm tomó la espada. Miró a la Pesadilla a los ojos. "¿No te quedas?"

"Debo regresar." Miró por última vez las luces de las Cartas de la Providencia por las que había vivido, derramado su sangre. Por las que había muerto. "Me esperan."

Y salió de la habitación.

Capítulo cuarenta y ocho
Olmo



Mientras corrían hacia la cámara de piedra, Ione explicó lo que iba a suceder. Elm se encontraba frente a Hauth, en igualdad de condiciones. Uno era el cazador, el otro el zorro que se había cansado tanto de ser perseguido que había construido su propia trampa.

La espada del Rey Pastor parecía hecha a medida para Elm. La empuñadura tallada encajaba a la perfección en su palma. Había sido forjada para un hombre alto, y la hoja era más larga que la de su espada de Paladín. La sostuvo ante él, con la punta tocando la piedra que lo separaba de su hermano. «Es un hombre inteligente, el Rey Pastor», murmuró. «Extraño, pero inteligente. Mucho más que yo». Miró fijamente a Hauth. «Y, sin duda, más que tú».

Hauth no dijo nada, inescrutable, intocable.

Elm dio un paso al frente. Estiró los hombros. «Antes no estaba listo», dijo. «Pero ahora sí».

"¿Listo para qué?"

«Convertirse en el Rey del Error.»

“Para cambiar las cosas”, añadió Ione, a su lado.

Unos ojos esmeralda los examinaron. Hauth miró las Cartas de la Providencia en la mano de Ione, luego las demás esparcidas por el suelo. Una risa profunda y despiadada burbujeó en su garganta. "¿Crees que podrás reunir la Baraja? Faltan momentos para la Medianoche... si es que no es ya. Por ser tan astuto, el Rey Pastor olvidó un detalle muy importante. Nadie en esta habitación está infectado."

Ione se agachó y recogió las Cartas caídas. Elm permaneció a su lado, con la espada apuntando a la garganta de su hermano. Una a una, Ione colocó las Cartas en la piedra del centro de la cámara, junto a la corona dorada que ya estaba allí. «Todavía no».

Al colocar la Guadaña en la Cubierta, tensó la mandíbula. «Has hecho muchas cosas terribles con esta Carta, Hauth. Y no solo a mí ni a Elm». La tocó con un dedo. «La primera vez que supe quién eras de verdad fue cuando la usaste para enviar a esa gente a la niebla sin sus amuletos».

Hauth se burló. "Sea lo que sea que te haya dicho ese monstruo, estaba equivocado." Se tocó la corona. "Moriré antes de renunciar a

esto. Y como tengo a la Doncella, hermano, no moriré de todos modos. No puedo morir."

Se abalanzó sobre Elm y agarró la espada del Rey Pastor por la hoja. La sangre goteaba entre sus dedos mientras la sostenía con firmeza. Extendió el otro brazo hasta que sus dedos se cerraron alrededor del cuello de Elm.

Elm sintió la fuerza familiar de la mano brutal de su hermano. Por primera vez en su vida, no se tensó. Sosteniendo la espada en una mano, agarró la muñeca de Hauth con la otra y buscó a tientas el brazalete de crin que sabía que estaba allí. Miró a su hermano a los ojos.

Él sonrió.

Y se arrancó el amuleto.

Hauth abrió mucho los ojos. Abrió la boca para maldecir... para gritar...

La niebla entró en él.

Tan intenso que ardía, la sal se condensó en la cámara, envolviendo a Hauth. Empezó a temblar y a pasarse las manos por la cara, la boca y la nariz, como para disipar la niebla. Seguía siendo hermoso. La niebla no pudo deshacer la influencia de la Doncella en su cuerpo...

Pero el Espíritu se había apoderado de su mente. Le había clavado los dientes. Sus ojos se pusieron vidriosos y luego se inyectaron en sangre. Cayó hacia atrás, encorvado sobre la piedra en el centro de la cámara, retorciéndose, gimiendo y tapándose los oídos con las manos, como si no quisiera oír algo terrible que solo él podía oír.

Cuando sintió sus brazos, arrancándose las mangas, sus venas estaban negras como la tinta. La infección se extendió por él como una marea salada, imparable. Oscura, mágica y fatal.

Elm retrocedió. Cuando su espalda golpeó el pecho de Ione, ella lo abrazó por la cintura. Elm observó a su hermano retorcerse en la niebla. Su lápiz óptico jamás reproduciría esa imagen. Pero quería mirar. Necesitaba recordar.

“Ayúdame”, le susurró a Ione.

Ella puso su mano sobre la de él, y juntos soportaron el peso de la espada del Rey Pastor. Inhalaron simultáneamente. Luego, sobre la Baraja de Cartas, apoyaron la punta de la espada contra el pecho de Hauth, en el mismo punto donde había apuñalado a Ione.

Y presionaron.

Hauth Rowan apenas pareció notar cuando la espada le atravesó el corazón. La niebla, la Doncella y su entrenamiento para soportar el dolor le habían robado algo vital. Cuando su sangre brotó, primero lentamente, luego a torrentes, sobre la Baraja de la Providencia, empapando los antiguos bordes de terciopelo, Elm apretó los dientes. Contuvo la respiración.

Por un terrible instante, no pasó nada. Luego, una a una, las Cartas de la Providencia desaparecieron.

Hauth seguía forcejeando. La Doncella comenzaba a sanarlo. La carne se cerraba alrededor de la espada clavada en su pecho. Pero seguía perdido. "¡No!", gritó. "¡No, no iré!"

Ione empezó a temblar, pero su agarre en la espada –en Elm– permaneció firme.

Hauth dejó escapar un jadeo desesperado y se quedó paralizado. Sus ojos se pusieron en blanco, ya no verdes, sino blancos, surcados de venas rojas e hinchadas.

Cuando la niebla empezó a salir de la cámara, arrastró a Hauth consigo. Se desprendió de la espada, se tambaleó junto a Elm e Ione y se arrojó por la ventana. Sin un sonido ni una palabra final, el Rey del Desatino se desvaneció en el aire, la última víctima de la niebla y la codiciosa trampa del Espíritu del Bosque.

No quedó nada de él excepto la corona que se le había caído de la cabeza, un círculo dorado que representaba ramas de serbal entrelazadas, sobre la tumba del Rey Pastor.

Cuando Elm e Ione volvieron a mirar la piedra ensangrentada, la Baraja había desaparecido. En su lugar, se había abierto una grieta. Dentro yacía una Carta de la Providencia que nunca habían visto.

“Lo logramos”, dijo Ione con voz quebrada y el rostro inundado de lágrimas.

La luz de la luna se derramaba en la habitación a través del techo desmoronado. Elm levantó la vista y sintió que se le llenaba el corazón de alegría. El frío cielo nocturno, finalmente libre de niebla, era de un color cuyo nombre desconocía. La luna, las estrellas... eran tan brillantes que lo dejaban sin aliento, y todo a su alrededor estaba claramente definido.

Ione lo abrazó, con la cabeza vuelta hacia el cielo. "Es hermoso".

Elm se llevó la mano a la boca. Estaba seguro de que al Espíritu del Bosque no le importaban las miserables vidas de los hombres. Pero en ese momento, cuando, después de quinientos años, la niebla finalmente se disipó y él se convirtió en el Rey del Desacierto, Elm miró al cielo. Abrazó a Ione Hawthorn. Y supo con certeza que cada momento de su vida lo había conducido a ese momento, como si estuviera escrito en los anillos de crecimiento de los árboles. Un círculo irregular y maravilloso, con su nombre en el centro.

Recogió la Carta que yacía en el hueco de la piedra. Tras guardársela en el bolsillo, salió de la habitación con Ione. Para cuando salieron al prado, los incendios se habían extinguido. Todo estaba en silencio, el mundo a su alrededor, benévolo e intacto.

Todo excepto el rastro de sangre escarlata que conducía al castillo.

Capítulo cuarenta y nueve
Ravyn



Dondequiera que estuviera Ravyn, había demasiado ruido para estar al otro lado del velo. Morir debería ser apacible, como quedarse dormido. En cambio, esto...

Esto fue un tormento.

Se arrastró por la nieve hasta el Castillo Yew, dejando tras de sí un reguero de sangre. El dolor en el costado se había vuelto insoportable, y por un instante perdió la visión y el conocimiento. Cuando volvió a abrir los ojos, sintió unas manos sobre él, y en algún lugar sobre su cabeza, se oían voces gritando.

Fue levantado... llevado.

«Árboles sagrados, como pesas.»

El cuello de Ravyn se desplomó y su cabeza se arrastró por la nieve hasta el suelo de piedra. Unas manos la agarraron y la sostuvieron. Ravyn parpadeó; las sombras danzaron ante sus ojos.

Petyr lo sujetó por las axilas y caminó hacia atrás, guiando a Jon Thistle, Fenir y Morette por el castillo. «No intentes morir ahora», le advirtió.

La daga de Hauth sobresalía de su costado como una rama muerta y venenosa. Su mano temblaba sobre la empuñadura.

—¡No lo toques! —gritó Morette, que lo sujetaba por las piernas.

Ravyn intentó hablar, pero su mandíbula era una jaula de hierro, con los dientes apretados de dolor. En lugar de palabras, surgió un gemido ahogado.

—Ponlo sobre la mesa —dijo Fenir sin aliento.

Ravyn miró hacia el techo abovedado, donde telarañas rebeldes se incrustaban en las esquinas. El salón de honor del Castillo Yew.

Su único pensamiento era que estaba sangrando en la mesa donde sus padres estaban desayunando.

—¿Dónde están las herramientas médicas de Filick? —gritó Morette.

—Voy a buscarlos. —Jon Thistle salió corriendo de la habitación, derribando varias sillas al pasar.

Los hermanos de Ravyn aparecieron a su lado. Al ver la herida, Jespyr se quedó sin aliento y el poco color que le quedaba desapareció de su rostro. «Oh, no».

Emory se sentó a la mesa y apoyó la cabeza en el pecho de Ravyn. «Todavía no, Ravyn». Su respiración era lenta y entrecortada. «Todavía no».

Dos lágrimas se filtraron de las comisuras de los ojos de Ravyn.

La voz retumbante de Thistle resonó por la habitación. «Traje vendas, puntos, ungüentos y... solo los árboles saben qué tintura es esta; huele fatal». Dejó caer el equipo sobre la mesa, y la descarga provocó un dolor agudo en el costado de Ravyn.

Jespyr maldijo y empezó a desenvolver una venda con manos temblorosas. "¿Qué... qué vamos a hacer? Si sacamos el cuchillo..."

—Se desangrará en unos instantes —respondió Morette con gravedad.

Se desató una discusión sobre cómo salvarlo. Y a medida que sus voces se hacían más fuertes y consternadas, Ravyn seguía perdiendo el conocimiento. En los raros destellos de lucidez, quería pedirle a uno de ellos que encendiera la chimenea. Tenía un frío terrible. Pero le dolía demasiado hablar... respirar... incluso parpadear. Mantenía la mirada fija en el techo, y con cada segundo que pasaba, la habitación se volvía más fría. Más oscura.

Las sombras lo rodearon y lo llamaron por su nombre.

Ravyn Yew.

Ravyn Yew.

«¡Ravyn Yew!»

Todos guardaron silencio. La voz volvió a llamar, aún más fuerte. "¡Ravyn Yew!"

La puerta del salón se abrió con tanta fuerza que la madera se desprendió de la bisagra superior. Por un instante, Ravyn no vio más que una figura oscura y amenazante. La figura se acercó, apartó a Fenir y se inclinó sobre él.

Ojos amarillos.

—Taxus —murmuró Ravyn.

La Pesadilla suspiró aliviada, con las fosas nasales dilatadas. «Así que sigues vivo».

—Sólo un poquito —dijo la débil voz de Morette.

—Ha perdido demasiada sangre —susurró Petyr.

—Hace frío. —La mirada de la Pesadilla recorrió la habitación—. Enciende el fuego.

Jespyr puso una mano sobre el pecho de Ravyn. "¿Qué vas a hacer?"

La Pesadilla la ignoró. Estaba enfrascado en otra conversación, consigo mismo. «Lo sé, Elspeth. Gritar así no tiene sentido». Volvió la mirada hacia Jespyr. «¿Perdiste la cabeza en el aliso, Jespyr Yew? Enciende esa hoguera».

La niña corrió hacia la chimenea.

—Tú —le ordenó la Pesadilla a Jon Thistle, chasqueando los dedos—. Córtale la túnica. —Se arremangó—. Necesitaré la ayuda de todos para

sujetarlo.

¿Qué herramientas necesitas?

“Lo único que puede salvarlo ahora es la magia”.

Morette y Fenir intercambiaron una mirada. «Ravyn es inmune a la mayoría de las Cartas de la Providencia».

«Lo sé bien.»

—¿De qué magia estás hablando entonces?

La Pesadilla golpeó la mesa con las manos, y el rostro de Ravyn se retorció de dolor. "No es mi culpa, Elspeth", murmuró, "estar siempre rodeado de idiotas". Se giró hacia Morette y Fenir. "La magia es hereditaria. Tienes otros dos hijos infectados, ¿verdad?"

Su mirada se dirigió a Jespyr, junto a la chimenea.

—No sé... —balbució—. No sé qué poderes obtuve en el aliso.

“Estás a punto de descubrirlo”, dijo Pesadilla.

Una luz crepitante ahuyentó algunas sombras y el calor comenzó a extenderse por la habitación. Thistle hizo todo lo posible por no tocar la herida de Ravyn mientras le cortaba la ropa de la cintura para arriba.

De alguna manera, la mano de Ravyn encontró la muñeca de la Pesadilla. El monstruo levantó la vista, y la luz del fuego se reflejó en sus inquietantes ojos amarillos. "¿La Cubierta?"

El rostro de la Pesadilla era indescifrable. "Pronto lo sabremos".

—El fuego está encendido —anunció Jespyr desde la chimenea—. ¿Y ahora qué?

"Calienta tus manos. Luego ven a mí."

Un momento después, Jespyr estaba de pie junto a la mesa. «Está muy pálido».

—Ahora sacaré el cuchillo. Y tú, Tilly... —La Pesadilla se mordió el interior de la mejilla—. Jespyr. Pon las manos sobre la herida abierta. Los demás, sujétenlo. Si está tan molesto por una nariz rota, no me atrevo a imaginar que sea por esto.

Jespyr se puso rígido junto a Ravyn. "¿Quieres que... ponga las manos sobre la herida?"

Las sombras alrededor de Ravyn se espesaban a pesar del fuego. Tenía frío otra vez, temblando. Estaba más cansado que nunca en su vida.

"Su corazón late más lento", susurró Emory con voz entrecortada. "Se está muriendo".

Ravyn dejó escapar un profundo gemido. Hizo una mueca de dolor y una nueva oleada de dolor la recorrió. "Estoy bien."

—¡Dios mío, mentiroso estúpido! —La Pesadilla agarró las muñecas de Jespyr y acercó sus manos a la daga que Ravyn tenía clavada en el costado. Su padre y Thistle le sujetaron las piernas, su madre y Petyr los hombros—. Listo —dijo Morette.

“Listos”, repitieron Fenir y Thistle.

La mirada de la Pesadilla se cruzó con la de Ravyn. "Elspeth dijo que está harta de ti."

Su voz era débil. "No, no dijo eso."

—Es cierto. Él jamás diría eso. —Las palabras se le escaparon de la boca a la Pesadilla como un hilo—. Es hora de ser fuerte, Ravyn Yew. Se te acabaron los diez minutos.

Sacó la daga del costado de Ravyn y Jespyr presionó las manos sobre la herida. Ravyn sintió el dolor más insoportable que jamás había sentido.

Entonces el mundo se volvió negro.

Cuando Ravyn despertó, ya no estaba en el salón de honor del Castillo Yew, sino en su propia habitación, sudando bajo varias capas de edredones acolchados.

Intentó sentarse, pero una mano firme le presionó el pecho y lo sujetó.

Ravyn levantó la vista y jadeó. «Elm», dijo con un nudo en la garganta.

Su primo lo miró, con el cabello cobrizo despeinado. Una sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios. "¿Quién se ve horrible ahora?"

Ravyn empezó a reír, pero una punzada de dolor se lo impidió. Se puso una mano en la cadera. Estaba con el torso desnudo y el abdomen envuelto en gruesas vendas de lino.

Se incorporó demasiado rápido. "¿Cuánto tiempo dormí?"

«Dos días.»

«La cubierta… La niebla…»

La sonrisa de Elm se ensanchó. Se acercó a la ventana y descorrió las cortinas. "Míralo tú mismo."

A través del cristal opaco, apareció el cielo azul. Ravyn contuvo la respiración mientras la luz del sol inundaba la habitación. Nunca había visto el mundo de ese color. Amarillo. Lleno de calidez. De promesas.

"Es hermoso, ¿no?"

Ravyn estaba aturdido, como agotado. "Olmo."

Su primo levantó la vista.

"Pido disculpas."

La sonrisa de Elm se desvaneció. "¿Por qué?"

—Nunca debí dejarte en la Roca. —Ravyn tragó saliva—. Sabía cuánto odiabas ese lugar, y te dejé de todos modos.

Elm acababa de abrir la boca para responder cuando la puerta se abrió de golpe. Con un chillido estridente, Jespyr se abalanzó sobre la cama de Ravyn. "Oh, gracias a los malditos árboles. Creí haberte matado." Le puso una mano en la frente, toqueteando sus vendajes. "Filick ya te examinó. Dijo que es un milagro que no te desangraras..."

—Le estás aplastando el esófago con ese codo, idiota —dijo Elm, cambiando el peso del cuerpo—. Imagínate lo humillante que sería matarlo ahora, después de presumir ante todos de haberle salvado la vida.

¡Mira quién habla! Llevas dos días agitando esa nueva Carta de Providencia delante de todos.

Empezaron a discutir, la misma historia de siempre. Ravyn apenas escuchaba. Miraba fijamente a otra figura de pie en la puerta. Una figura erguida, con luz en sus ojos grises y piel bronceada. Ravyn le tendió la mano. «Ven aquí, Emory».

Una sonrisa torcida se dibujó en la boca del chico. Corrió a la cama y se abalanzó sobre Ravyn con tanta fuerza que lo dejó sin aliento. Ravyn gimió y se alborotó el pelo oscuro. «Ya te sientes mejor».

—Sí. Tres toques a esa tarjeta nueva, y mira... —Emory le apretó la mejilla con la palma desnuda—. Puedo tocar a la gente. Nada de visiones. Nada de magia. Nada de nada. Estoy en plena forma.

—¡Emory! —exclamó Jespyr, fingiendo sorpresa—. No puedes usar ese lenguaje delante del Rey.

Emory saltó de la cama de Ravyn y se inclinó pomposamente ante Elm, fingiendo levantarse una falda invisible. "Mis disculpas, Su Santidad."

"Se llama Su Alteza, pequeña..."

Elm guardó silencio. Ione Hawthorn pasaba por la puerta, con el pelo rubio recogido sobre el hombro con una cinta blanca. Se apoyó en el marco de madera de la puerta y se detuvo en el umbral. «Me alegra que te sientas mejor, Ravyn». Su mirada se dirigió a Jespyr, Emory y Elm. «No te preocupes por sus travesuras. Estaban poniendo caras larguísimas mientras esperaban a que despertaras».

Elm se apoyó en la pared junto a ella. Jugó con un mechón de su cabello. "No nos pasemos."

Ione le dio una cariñosa palmada en la mano y continuó pasillo abajo, no sin lanzar a Elm una mirada lánguida cuyo significado, incluso medio muerto, Ravyn comprendió perfectamente.

Esperó a que se fuera y le dedicó una sonrisa a su prima. "¿Y bien?"

Elm se mordió el labio inferior. "No digas nada."

Emory y Jespyr rieron entre dientes, con la boca oculta tras las manos, y estallaron en carcajadas mientras Elm los empujaba fuera de la habitación. Cerró la puerta. «Por mucho que me alegre de verte atormentado por la culpa, Ravyn, no tienes por qué sentirte así. Mi destino era quedarme en la Roca, con Ione». Se irguió y sacó algo del bolsillo. «Y esto lo demuestra».

Los ojos de Ravyn se abrieron de par en par. Ante él yacía una Carta de la Providencia que nunca había visto. No era de un solo color, sino iridiscente como una vidriera. Sobre ella había un hombre de brillantes

ojos amarillos, con una corona dorada de ramas de tejo entrelazadas. Escritas encima, había dos palabras.

El pastor.

Ravyn sintió un ardor en los ojos. "¿Dónde está?"

—Fue a buscar algo a la Roca. Volverá pronto. —Elm cerró los dedos alrededor de la Tarjeta del Pastor—. Me pidió que te dijera que no la usaras para tratar tu infección hasta que hayas hablado con él.

Ravyn asintió. Sus párpados se volvieron pesados. Mantenerse despierto era un fastidio. «Serás un gran rey, Elm. Todos lo creemos. Incluso Taxus».

«¿Chi?»

Ravyn cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, era de noche.

La luz de la luna se filtraba por la ventana. El dolor donde Jespyr lo había curado había remitido, pero aún se sentía muy rígido. Se incorporó lentamente, se pasó una mano por la cara y tosió, con la boca seca.

“Aquí”, dijo una voz en la esquina.

La mano de Ravyn voló a su cinturón, que no llevaba puesto. «Árboles sagrados. Me dejaste en shock».

La Pesadilla le entregó un vaso de agua, que Ravyn bebió de tres tragos. "¿Qué haces aquí?"

"Estaba esperando a que despertaras. Hay algo que tengo que mostrarte."

"¿Qué?"

La Pesadilla guardó silencio, y por un momento, el único sonido entre ellos fue el de sus mandíbulas apretándose y aflojándose. Luego, lentamente, su mano se deslizó por detrás de su espalda. Dentro, adornada con terciopelo burdeos, había una Tarjeta de la Pesadilla.

Ravyn se sentó.

La Pesadilla se inclinó para examinar la Carta que tenía en la mano. «Las doce Cartas que usamos para reconstruir el Baraja han desaparecido. Las demás siguen dispersas por Blunder. Esta es la única Carta de la Pesadilla que queda. Estaba escondida en la Roca, como había estado durante tantos años en la biblioteca de Tyrn Hawthorn». Pasó un dedo curvado por el terciopelo. Suspiró. «Hacía mucho tiempo que no tocaba una Carta de la Providencia».

Cerró los dedos alrededor de ella y caminó hacia la puerta, deteniéndose en el umbral. "¿Me acompañarás al bosque una última vez, Ravyn Yew?"

No estaba lejos. Ravyn podría haber recorrido la distancia con los ojos vendados. Cuando llegaron al prado detrás del Castillo Yew, la

habitación del Rey Pastor estaba bañada por la luz de la luna. Una suave brisa mecía las ramas del tejo. Ravyn se preguntó si Tilly y los demás niños estarían allí, al otro lado del velo, esperando a su padre. Como siempre.

Ravyn necesitaba ayuda para subir a la ventana del dormitorio. Resolló, y la Pesadilla lo atrapó, tirándolo del brazo.

Se encontraron juntos de nuevo en la oscuridad, cerca de la piedra. Sobre ella yacían las antiguas diademas doradas de Aemmory Percyval Taxus y Brutus Rowan. Dos coronas entrelazadas, manchadas de sangre.

La Pesadilla miró el techo en ruinas y el árbol que se asomaba. "¿Le dirás a tu familia de quién son descendientes?"

"No lo sé."

“¿Tienes miedo de que se vean diferente?”

"Tal vez."

La risa de la Pesadilla era un murmullo. Una melodía en tono menor. «Eso pensaba Elspeth. Que nadie la querría si supiera quién... qué... era en realidad».

—La amo —dijo Ravyn sin dudarlo un instante.

—Lo sé —murmuró la Pesadilla. Apretó la mandíbula, como si revelarle la verdad a Ravyn fuera una lucha—. Sabes, me consideraba el padre que ella merecía. Pensé que podía ayudarla a sobrellevar este mundo terrible y violento. No había podido hacerlo con mis propios hijos, y cuando desperté en su joven mente, lo primero que sentí después de quinientos años de rabia... —Suavizó la voz—. Fue una maravilla. Una sensación de calma y dulzura. Recordé lo que significaba amar a alguien.

«A mí también me hizo sentir lo mismo.»

La Pesadilla agachó la cabeza y encorvó la espalda. «Elspeth no sanará tocando la Carta del Pastor».

Ravyn se quedó paralizado. "Pero tiene que hacerlo."

La decimotercera Carta curará a quien desee curarse de la infección para siempre, igual que la Doncella. Su efecto no se limitará a una sola persona a la vez, ni habrá consecuencias negativas por usarla demasiado tiempo. —Apretó la mandíbula—. Pero la magia de Elspeth es... extraña —continuó apretando los dientes—. Si tocara la Carta del Pastor, la absorbería. Cada intercambio... cada pago que he hecho. Absorbería las doce Cartas de la Providencia. —Negó con la cabeza—. No sanará.

Sus palabras le dieron a Ravyn en el corazón. Se encorvó, respirando con dificultad.

Una mano fría se deslizó sobre su hombro. Ravyn estaba demasiado cansado para quitársela de encima. "Por favor", dijo. "¿No he pagado ya suficiente? ¿No he renunciado a una parte de mí siguiéndote a ese bosque? Lo hice por ella". Miró esos antiguos ojos amarillos, con

lágrimas amenazando con brotar de los suyos. "Dime la verdad. ¿Hay alguna manera de que Elspeth y yo nos volvamos a encontrar de este lado del velo?"

La respuesta fue un silencio frío y ensordecedor.

Ravyn cerró los ojos con fuerza y apretó los dientes con tanta fuerza que se le tensó la mandíbula. Sintió como si estuviera de vuelta en el prado con un cuchillo clavado en el costado, desangrándose.

Entonces, suavemente, como la brisa que sopla entre las ramas del tejo, la Pesadilla respondió: «Solo una».

Ravyn abrió los ojos. La Pesadilla estaba frente a él, con la mano extendida y la palma abierta.

Dentro estaba la carta de la Pesadilla.

"Destrúyela", susurró. "Cuando la última Carta de Pesadilla desaparezca, mi alma desaparecerá. La degeneración de Elspeth no tendrá nada a lo que aferrarse. Ella regresará. Y yo..." Su voz se apagó. "Por fin descansaré."

Ravyn extendió la mano temblorosa hacia la Carta de la Pesadilla. "Si la destruyo, ¿regresará Elspeth?"

"Sí."

Algo cálido empañó el alivio de Ravyn. "¿Me estás diciendo que tuve los medios para liberarla todo este tiempo?"

La Pesadilla sonrió. "Sí."

—Pero nunca me lo dijiste... Porque... —Ravyn se tragó la ira—. Es prácticamente imposible no odiarte.

Tenía que recomponer mi Baraja. Revisar la historia... y reescribirla. Un camino que trazar para ti y el Principito, ambos legítimos herederos al trono. —La Pesadilla sostuvo la Carta con su nombre entre los dedos un momento más y se la entregó a Ravyn—. Y además, aún no estaba listo para despedirme de Elspeth.

Ravyn observó al monstruo con atención. No fingió comprender la conexión entre Elspeth y el Rey Pastor. Sabía que estaba profundamente arraigada. En una magia antigua y aterradora. "¿Pero estás lista ahora?"

La Pesadilla asintió. "Pasó por un infierno conmigo." Su voz se volvió más fría. "Es hora de liberarla."

Ravyn no se movió.

La Pesadilla se giró, con los labios apretados en una línea firme. "Hazlo ahora."

¿No quieres despedirte?

"¿Eres un cuervo estúpido?"

Ravyn cruzó los brazos. "Por ella, parásito."

Esos ojos amarillos brillaban, crueles, infinitos. Agarrando con fuerza la Carta de la Pesadilla, Ravyn salió de la habitación, trepando por la ventana, con un gesto de dolor. «Adiós, Taxus. Ten cuidado. Ten cuidado. Pórtate bien».

Esperó diez minutos en el prado.
Luego rompió la Carta de Pesadilla en dos.

Capítulo cincuenta
Elspeth

Los recuerdos me rodeaban. Canciones de cuna, rimas, acertijos.

Sé lo que sé. Mis secretos son silenciosos. Los he guardado durante mucho tiempo y los guardaré durante mucho tiempo.

¿Qué criatura es esta, esta de máscara de piedra? ¿Un capitán? ¿Un bandido? ¿O una bestia oscura y desconocida?

Chica rubia, normal, no buscada.

La baya del serbal es roja, escarlata…

Eres joven y estás lleno de preocupaciones. Yo no he cambiado... desde hace quinientos años.

La Pesadilla se sentó en la piedra de la cámara del Rey Pastor, contemplando el techo desmoronado. El mismo lugar donde, una vez, Aemmory Percyval Taxus vivió, sangró y murió. «Aquí nos reencontramos por fin, querida», susurró. «El fin de todo. La última página de nuestra historia».

Intenté acercarme a él como lo hice antes, pero ahora era yo, no él, quien estaba atrapado en la oscuridad.

Esta vez, fue él quien me contactó. Solo quiero que sepas que lo siento, Elspeth. Su presencia fue como una mano en mi mejilla. He estado demasiado tiempo en la oscuridad. También me disculpo por eso. Por arrastrarte a la oscuridad también.

Valió la pena, dije. Para reunir la Baraja y disipar la niebla. Para verte corregir antiguos errores. Lo haría todo de nuevo solo para conocerte un poco mejor, Taxus.

No dijo nada, reacio a aceptar, incluso entonces, que era más que un monstruo. «No sé cómo será finalmente atravesar el velo», susurró. «Espero sentir lo que sentí hace once años, cuando me liberaste de la Carta de la Pesadilla, Elspeth Spindle. Una sensación de calma y dulzura. Llena de asombro».

Será así. Será exactamente así.

Relajó la mandíbula y respiró profundamente.

—Te contaré una historia —susurré—. De niña, siempre me ayudaba a dormir.

Él asintió, juntó las manos sobre su regazo y cerró los ojos.

Érase una vez una niña amable e ingeniosa que se escondía en las profundas sombras del bosque. También había un rey, un pastor, un hombre que dominaba la magia y escribió un antiguo tomo. Los dos estaban juntos, y eran...

No pude continuar.

Elspeth.

No. No estoy listo. Todavía no.

Termina la historia, querida mía.

Los dos estaban juntos…dije con voz temblorosa.

Juntos.

Y eran la misma cosa.

La niña susurró: Miel, aceite y terciopelo.

El Rey…

Dijimos nuestras últimas palabras al mismo tiempo, nuestras voces resonando con cansancio en la oscuridad. Una nota final. Una despedida eterna. Unidos, una criatura monstruosa.

Epílogo

Me sometí voluntariamente al Cáliz para que la verdad fuera proclamada a todo el pueblo de Blunder. Hauth Rowan cometió regicidio, poniendo fin al reinado de nuestro Soberano, Quercus Rowan, quien fue enterrado bajo el árbol que lleva su nombre en la Roca. En la noche del Solsticio, cuando la niebla finalmente se disipó, comenzó una nueva era para Blunder. Nuestras fronteras están abiertas, y los representantes de los Reyes y Reinas de las tierras más allá de la niebla son bienvenidos en nuestro reino.

Para todos los infectados que deseen una cura, vengan al Castillo Yew y la Carta del Pastor los sanará. Para quienes se hayan visto obligados a abandonar sus hogares por la infección, la Roca ya no es una fortaleza, sino un refugio. Para quienes prefieran permanecer como están, atormentados por la fiebre, y conservar el don de la magia, pueden hacerlo sin riesgo.

No consideremos el Libro Antiguo de los Alisos como nuestra ley inmutable. Más bien, apreciémoslo por lo que es: la compleja historia de Blunder. Un libro antiguo, escrito por un hombre que conocía la magia tan bien como su nombre, y que cedió a su influencia.

Pero recuerda: aunque la niebla se haya disipado, el Espíritu del Bosque permanece, observando, sopesando. A mi reino, a mi Error, a mi tierra: ten cuidado. Sé sabio. Sé bueno.

El rey de los olmos.

En la mañana del equinoccio de primavera, las campanas del castillo de Yew sonaron en celebración.

Las casas de Blunder respondieron, y alegres campanadas resonaron por la calle, hasta el centro del pueblo. El repique se hizo cada vez más fuerte, con tonos agudos y profundos, tanto cercanos como lejanos. Parecían mucho más estridentes ahora que la niebla ya no los amortiguaba.

Caminaba entre las ruinas tras los terrenos del castillo, con el vestido rojo de mi madre. El césped era un esplendor acolchado.

Me detuve a esperar bajo un tejo. Aunque ya no podía ver la luz púrpura de su Carta Espejo, sabía que Ravyn estaba cerca.

Un momento después, apareció a mi lado. «Ya están aquí», dijo, guardando en el bolsillo la Carta Espejo que Elm le había dado de la cámara del tesoro de la Roca. «Todos. Esta vez, incluso Ayris vino. Incluso Bennett. Todos están con él».

Asentí y una lágrima me rodó por la mejilla. El áspero pulgar de Ravyn la secó. Me abrazó con fuerza, un abrazo que se resistía a soltar desde la noche en que destruyó la Carta de la Pesadilla. "Es hora de irnos", susurró en mi pelo. "Si llegamos tarde, nos matará".

Nos reunimos frente a las antiguas puertas de Hawthorn House. Mi tía me abrazó, bailando de puntillas con lágrimas en los ojos. Mis hermanastras, Dimia y Nya, corrían entre los arbustos, perseguidas por mis primos pequeños, Lyn y Aldrich. Mi madrastra les silbó para que se portaran bien, pero su voz quedó ahogada por la risa estruendosa de Jon Thistle. Mi severo y estricto padre le había contado un chiste. Cuando lo miré a los ojos, se sacó una flor de milenrama de detrás de la espalda.

Lo puse en mi cabello.

“Eso debería tirarse después de la ceremonia”, le dijo Ravyn a Jespyr, quien estaba ocupada decorando los collares de Petyr y Emory con sus flores.

"Sólo estoy embelleciendo un poco a estos guapos galán", respondió ella, pellizcando la mejilla de su hermano.

Petyr hinchó el pecho con orgullo mientras Emory la ahuyentaba, murmurando algo sobre las amargas humillaciones a las que estaba sometido. Luego le entregó un pañuelo a Filick Willow. "Árboles sagrados, Filick, la ceremonia ni siquiera ha comenzado y ya estás gimiendo".

Ione llevaba un vestido blanco y estaba descalza. Elm, el Rey, no llevaba corona ni ropas elaboradas, solo una sencilla túnica negra. No pude comprobarlo, pero estaba seguro de que era la misma que había usado para disfrazarse de bandido. La única diferencia era que la espada del Rey Pastor ahora colgaba de su cinturón.

Al comenzar la ceremonia, Ravyn estaba junto a Elm y yo junto a Ione. Ravyn tenía las manos entrelazadas. Ya no le temblaban. Cuando me miró, una comisura de su boca se curvó, como solía ocurrir. Pero esta vez, una sonrisa iluminó todo su rostro.

Thistle lloraba. Mi tía lloraba. Morette y Fenir, e incluso mi tío, relegado al fondo del salón, lejos de quienes aún no lo habíamos perdonado por lo que me había sucedido en Spindle House, derramaban abundantes lágrimas.

Cuando Filick le entregó los anillos de oro, Elm miró a Ione a los ojos. «Cien años», dijo, como si ella fuera la única persona en la habitación.

«Te amaré durante cien años... y luego por la eternidad».

Ione no esperó a que le pusiera el anillo. Lo abrazó por el cuello y lo besó sin reservas, arrancando un grito de alegría de Emory y muchas más lágrimas de todos nosotros.

Al salir de Hawthorn House de la mano, el Rey y la Reina del Despropósito, lanzamos lirios amarillos al aire. Lirios en honor a mi madre. Amarillos porque... bueno, Elm había sido muy exigente con ellos.

Ione me tomó del brazo y me abrazó con fuerza. Detrás de él, Elm puso la mano sobre la empuñadura de la espada del Rey Pastor. Me guiñó un ojo.

—Nada de esto habría sido posible sin ti, Elspeth —susurró Ione—. ¿No es maravilloso?

Juntos emprendimos el camino por el camino del bosque.

Me pareció extrañamente poético haber pensado alguna vez que el mundo se acabaría si mi prima se casaba con el heredero del trono de Blunder. Había tanto equilibrio en todo lo sucedido desde el último equinoccio. Era como si todas nuestras vidas —largas líneas separadas — se hubieran curvado hasta tocarse. Como si todos nos hubiéramos convertido en círculos que se entrecruzaban. Destinados a estar juntos, como un rebaño guiado por un pastor.

Los árboles estaban en flor. Mientras caminábamos hacia la ciudad, el bosque se llenó de nuestras voces. Era el mismo tramo de carretera que había recorrido con Ione meses antes el día de mi santo. El mismo donde conocí a Ravyn y Elm. Eran bandidos en aquel entonces. Y yo...

Desde entonces yo también he cambiado.

Las risas resonaban entre los árboles, y la luz del sol iluminaba el bosque floreciente, donde todo, desde los tallos hasta las espinas, era mucho más exuberante ahora que la niebla ya no bloqueaba sus rayos. Pronto, alguien tendría que podar los árboles, o el camino estaría cubierto de maleza.

Esperaba que sucediera. Las zonas silvestres de Blunder eran mis favoritas. Me sentía como en casa en el bosque salvaje.

Una ramita se quebró a mi izquierda y mi mirada se dirigió hacia los árboles. Quizás, después de pasar toda una vida en la niebla gris, me costaba apreciar el brillo del sol. Porque por un instante —un instante fugaz y maravilloso— creí ver sus ojos amarillos mirándome a través de los árboles.

Pero era sólo un rayo de sol brillando a través de un tronco podrido.

Ravyn me estaba esperando en la curva.

—¿Piensas en la última vez que estuvimos aquí? —preguntó, extendiendo la mano—. ¿Cuando me dejaste inconsciente?

Lo acerqué, me puse de puntillas y le susurré en los labios: “Este es uno de mis recuerdos más preciados”.

Me besó, hundiendo los dedos en mi pelo. "Yo también, señorita Spindle."

Ravyn no había usado la Carta del Pastor. No se había curado junto con Emory, Jespyr y todos los demás que habían llegado al Castillo Yew. Había usado su magia para destruir la última Carta de la Guadaña. Y aunque solo me lo había confiado a mí, en la tranquilidad de nuestra habitación, no quería que lo curaran. A su manera, seguía conectado con lo ocurrido en el aliso. Con su magia. Con su legado secreto. Con Taxus.

Fue por esta misma razón que, cuando me giré para mirar el camino del bosque, con la mandíbula abriéndose y cerrándose —clic, clic, clic —, Ravyn no se movió. Sabía tan bien como yo que la Pesadilla se había ido. Pero Aemmory Percyval Taxus había invadido mi mente durante tanto tiempo que, en algún lugar de la oscura y opaca orilla de mi subconsciente, permaneció conmigo. Porque fuimos nosotros quienes dibujamos esos círculos. Nosotros quienes guiamos a otros hacia su destino. Nosotros quienes reorganizamos el reino como los árboles de nuestro bosque.

Y aunque me había llevado mucho tiempo, ahora sabía quién era sin él. Era más que la niña, el rey y el monstruo en la oscura y enmarañada historia de Blunder.

Yo fui su arquitecto.

Gracias

Lo que dicen es cierto. Los segundos libros son caprichosos. Incluso un poco monstruosos. La dificultad de escribir Dos Coronas Torcidas no surgió de inmediato, como un ataque a toda velocidad. Surgió gradualmente. Sabía lo que quería y cómo quería lograrlo. Pero la inevitabilidad de despedirme de esta dulogía, de estos personajes, después de tantos años llevándolos conmigo, hizo que la escritura fuera por momentos devastadora. Este libro no tuvo en cuenta mi tierno corazón. Pero me ayudó a crecer en conciencia y competencia. Me enseñó a levantarme y seguir adelante. Por eso, siempre lo amaré. Y, por supuesto, no me enfrenté a todo esto sola.

Para John y Owen. Los amo y amo nuestra pequeña y tranquila vida. A veces me cuesta creer que sea real y lo increíblemente afortunada que soy.

A mi familia y amigos. Gracias por todo su cariño y apoyo, y por dejarme con la mirada perdida mientras este libro me hacía sentir fatal.

A Whitney Ross, mi increíble agente. Gracias por tu sabiduría y por calmar mi caos con tu incansable constancia y apoyo. Todavía recuerdo aquel correo de hace cuatro años, cuando me preguntaste si tenía tiempo para una llamada y me llené de alegría. No podría haber pedido una mejor compañera y amiga en este viaje.

Al equipo de Orbit. Como editorial, como grupo de personas, su inquebrantable compromiso e integridad me dejan sin aliento. Miro los estantes de mi casa, llenos de títulos de Orbit, y me siento abrumado por el orgullo. Ha sido un honor y un sueño trabajar con ustedes en esta dulogía.

A Brit Hvide, mi editora, cómplice y fan incondicional de Elm. Disfruté cada momento de nuestra colaboración. Tus perspicaces reflexiones y tu apoyo hicieron de este libro lo que es hoy.

Para mi amiga Kalie Cassidy. Nuestras conversaciones significan mucho para mí. Fue maravilloso tener a alguien con quien gritar (y llorar) como niñas.

Para Sarah García. Sé que estás orgullosa de mí por exhibir "Una Ventana Oscura" junto a tus importantes libros de medicina en tu oficina. Gracias... todavía me hace reír.

Por último (pero no menos importante), a los lectores, críticos y artistas que animaron esta dulogía. Me han llenado de amor. Pensarlo

me llena de lágrimas. Gracias. Gracias. Gracias. Aún tengo mucho más reservado para ustedes.